

YOU MANIAC!

เดี๋ยว
จะรัก
ซะให้บ้า

GMM-TV



พ เรือง





—Quiero hacer un montón de locuras contigo.

Si Moth hubiera escuchado esas palabras de cualquier otra persona, probablemente le habrían dado escalofríos. Pero cuando salen de la persona que tiene enfrente... menos de media hora después, los dos ya están juntos en una habitación.

Hay todo tipo de locos en este mundo. Algunos insisten en mostrar su propia locura, otros saben esconderla muy bien. Hay quienes ni siquiera se dan cuenta de que están locos, y también quienes fingen estarlo solo para llamar la atención. Moth no sabe con certeza en cuál de estas categorías encaja. A lo largo de sus veinticuatro años de vida, le han dicho “loco” más veces de las que puede contar. Pero de algo está seguro: nunca podría ser más loco que ese chico.

¿Qué se le va a hacer? Moth es un maniático que adora hacer locuras... al igual que otro maniático llamado Dean.



NOTA DEL AUTOR

¿Alguna vez se han preguntado si un “buen amor” realmente tiene que empezar cuando dos personas están listas?

Porque si es así, esta novela es definitivamente una excepción.

Esta es la historia de dos personas rotas que terminan encontrándose justo en el momento en que ninguna de las dos está lista para nada. Una de ellas parece abrirle el corazón a todo el mundo, pero en realidad se mantiene encerrada en su zona segura, por miedo a comprometerse. La otra aleja a cualquiera que intente acercarse, porque tiene miedo a llevarse una decepción.

Cuando dos personas que cargan con miedos distintos se encuentran, el principio termina lleno de situaciones que vuelven loco a uno, y de una relación tan caótica que, vista desde cualquier ángulo, no parece tener ni la más mínima oportunidad de funcionar. Pero es justo así... a veces al destino le gusta jugar, y pone en nuestra vida “a la persona correcta, en la versión equivocada”.

Esta novela quizás empiece con una relación descontrolada, de esas que nos hacen reír y llevarnos las manos a la cabeza al mismo tiempo. Pero espero que, a medida que avance la historia y los personajes vayan creciendo, vaya metiéndose poco a poco en el corazón de todos ustedes. Y que puedan darse cuenta de que, por mucho que uno se sienta destrozado o sin valor, siempre habrá alguien lo suficientemente “loco” dispuesto a cruzar esa muralla y decirnos que siempre merecemos ser amados.

Gracias por todo el apoyo, y espero que disfruten de esta historia de amor tan loca entre Dean y Moth.





INTRODUCCIÓN

¡Esto es una locura de la mierda!

Fue lo primero que se le pasó por la cabeza a Moth mientras miraba fijamente una pintura abstracta que destacaba en la galería. No era su belleza refinada ni ninguna historia profunda lo que lo tenía ahí atrapado. Solo eran colores vivos esparcidos por el lienzo sin ningún orden aparente. Aun así, por alguna razón, esa imagen le hizo pensar en lo que había entre él y Dean, y sus pensamientos salieron disparados lejos de ahí. Moth se quedó frente a la obra bastante tiempo, como si hubiera quedado hipnotizado.

—¿Te gusta el arte abstracto?

La voz suave de una mujer lo sacó de la pintura y lo devolvió a la realidad. Moth ni siquiera tuvo que girar la cabeza para saber quién era. Esa misma chica llevaba casi una hora intentando encontrar alguna oportunidad para acercarse a él.

—Dicen que cuando uno mira una pintura abstracta no hay que usar la razón, sino la emoción...

—No me gustan las mujeres.

Moth la interrumpió sin rodeos. Su figura alta y elegante se giró hacia ella con una sonrisa, pero era de esas que le dan escalofríos a quien la recibe. Después su mirada se desvió hacia un chico guapo que los observaba desde lejos con cara de sospecha.

—Y además de eso, escuché a tu amigo preguntarse si me gustan las mujeres o los hombres, y mandarte a ti a que vinieras a comprobarlo. Así que dile que me gustan los hombres. Solo que no me gusta tu amigo.

La chica se quedó sin saber qué decir por un instante, confirmando que Moth había dado justo en el clavo. No le importaba si sus palabras tan directas le habían lastimado los sentimientos; eso no era problema suyo.

No, el verdadero problema era el tipo que estaba parado esperándolo en la entrada de la galería.

—¿Qué carajos haces aquí?

Dean se quitó los lentes oscuros, dejando al descubierto unos ojos brillantes en ese rostro guapo y de rasgos marcados. Una sonrisa discreta apareció en sus labios mientras se acercaba hasta hablarle al oído a Moth.

—Vine a hacer un montón de locuras contigo.

Si esa frase hubiera salido de cualquier otra persona, a Moth probablemente le habrían dado escalofríos de asco. Pero viniendo del hombre que tenía enfrente... menos de media hora después, los dos ya estaban de vuelta en la habitación.

Dean lo empujó contra la cama y se apoderó de sus labios con un beso voraz. Los mordió hasta que se abrieron y profundizó el beso, como si quisiera saborear cada rastro de dulzura que encontrara ahí.

Hay muchísimos tipos de locos en este mundo. Algunos insisten en exhibir su propia locura; otros la esconden muy bien. Hay quienes ni siquiera se dan cuenta de que están locos, y también quienes fingen estarlo solo para llamar la atención.

Moth no sabía muy bien en cuál de esas categorías encajaba. A lo largo de sus veinticuatro años, ya le habían dicho “loco” más de cien veces. Pero de algo estaba seguro: nunca podría ser más loco que el idiota que tenía encima en ese momento.

Con un movimiento rápido, Moth invirtió las posiciones y se sentó encima de Dean, decidido a devolverle con la misma intensidad todo lo que estaba recibiendo.

¿Qué se le va a hacer? Al fin y al cabo, Moth también era un loco al que le encantaba hacer locuras —y no se quedaba nada atrás de ese maniático llamado Dean.





CAPÍTULO 1

Para otros, el Bar MANIAC puede ser simplemente un lugar famoso, siempre lleno incluso entre semana, y donde las reservas para fines de semana se tienen que hacer con meses de antelación. Pero para Dean, es su segundo hogar. Si le preguntan qué hace especial a este sitio, él diría que no tiene nada extraordinario: es solo un bar común, con una decoración bonita y moderna, pero sin excesos; las bebidas son normales y la música no es nada excepcional. Sin embargo, lo mejor de todo es la gente.

No importa si son clientes de siempre o nuevos: el ochenta por ciento son gente excelente.

Cuando viene aquí, a Dean siempre le va bien.
Qué se le va a hacer. Esa es otra historia.

Cerca de las diez de la noche, el lugar empieza a llenarse. La luz se extiende por todo el salón, acompañada de música pop que sube el ritmo y anima el ambiente. Varias copas pequeñas se levantan al aire, y una de ellas está en la mano de Dean, quien se la bebe de un solo trago.

—¿Otra ronda? — le pregunta Ohm, un chico guapo que está en esa mesa, tras haberse terminado también la suya. Dean se voltea y le contesta en el mismo tono.

—Con calma, viejo, si apenas acabamos de llegar.

En realidad, esa no era la mesa de Dean; solo se había acercado para saludar. Además de Ohm, estaba Boom, que todavía tenía su copa en la mano: apenas le había bajado la mitad al líquido, y Dean frunció el ceño.

—Oye, ¿por qué no te la terminaste?

—No puedo. Si me emborracho, ¿quién me va a cuidar? — respondió Boom, fingiendo quejarse, y Dean siguió el juego de inmediato, respondiéndole con voz tierna.

—¿De qué tienes miedo? Yo te cuido.

—Vaya, ¿y yo en qué puesto quedo? — soltó una risa Boom, fingiendo esquivarlo, mientras Ohm también se reía. Ohm y Boom eran clientes frecuentes y de alto nivel; siempre salían juntos, y Dean era amigo de ambos.

—Me voy a mi mesa ahora, luego vuelvo.

Dean se alejó de la mesa de Ohm y Boom y fue saludando a todos, mesa por mesa. Algunos eran amigos muy cercanos, otros conocidos, ya había intercambiado palabras con algunos por internet, y había gente que acababa de conocer y le extendía el celular pidiéndole su Instagram de forma casual.

Y Dean nunca se negaba.

Si la amistad no cuesta nada, ¿por qué habría de rechazarla?

Cuando por fin llegó a su propia mesa, ya llevaba casi una hora saludando a la gente.

—Vaya, qué popular eres, viejo — le dijo Ten, su mejor amigo que le había estado guardando el lugar, sin poder evitar bromear con un toque de

envidia —. Tardaste una eternidad en llegar. ¿Vas a ganar el Premio Nobel de la Amistad o qué?

—Para nada, el Premio Nobel solo tiene categoría de la Paz — Dean no se molestó por la broma, pero sí le incomodaba lo fea que era la mesa que les habían asignado —. ¿Y por qué escogieron esta? Está en una esquina oscura, qué horror. Cuando llegaste, ¿les avisaste que esta era mi mesa?

—Ya deja de quejarte, exagerado. Aquí estoy desde las ocho de la noche cuidándola.

Dean sabía perfectamente que su amigo nunca se preocupaba por dónde quedaba la mesa cuando salían. El simple hecho de haber logrado sacar de casa a ese introvertido empedernido aunque fuera una vez al año ya era todo un milagro. Pero no soportaba estar metido en esa esquina apartada.

Por suerte, Dean era amigo de Jo, el jefe de meseros del bar. En cuanto lo vio terminar de atender la mesa de al lado, se le acercó, lo abrazó por la espalda y empezó a hacérsele cariñoso.

—¡Hola, Jo!

—¿Hola qué, Dean? Ya me has dicho eso como cuatro veces — le respondió Jo bromeando —. Ah, ya se me olvidó, eso fue anteayer. Perdón, es que te veo tan seguido que parece que vives aquí.

—Ay ya, ¿no vale la pena ser cliente fiel? Si sigues así me voy a ofender y me cambio de bar.

Dean puso cara de tristeza fingida, y Jo no pudo evitar pellizcarle las mejillas con cariño. Aunque sabía que era puro teatro, el hombre disfrutaba el momento.

—Ay, ¡es broma! Ven siempre que quieras. Si un día dejas de venir, te voy a extrañar.

—Oye Jo, ¿me puedo cambiar de mesa? Esta no me gusta nada.

—¿Por qué? ¿Acaso no se ve bien la gente desde aquí? — dijo Jo, pellizcándole la nariz con fingido desdén —. Vamos, si eres un influencer famoso: te van a ver estés donde estés.

Y no era exageración: casi el treinta por ciento de la gente del bar tenía la vista puesta en Dean. Unos con admiración, otros probablemente con desprecio, pero todos tratándolo como corresponde a alguien con un millón de seguidores.

—No es eso... es que aquí no se siente igual. Por favor Jo, déjame cambiarme.

—Está bien, voy a ver qué puedo hacer. Perdón, no sabía que era tu mesa.

—¡Gracias! — Dean sonrió con alegría desbordante. No importaba qué tan serio fuera alguien, con su forma de ser tan ligera y cariñosa lograba ablandar a cualquiera. Jo aceptó y se fue, mientras Dean volvía a sentarse a la mesa, y volvió a fastidiarse al ver a Ten todo encorvado sobre el celular, revisando las cámaras de seguridad de la casa para ver si Madmoiselle, su perrita pomerania, estaba durmiendo tranquila.

—Oye Ten... ¿viniste al bar y nada más estás viendo al perro? ¿Estás loco?

—Es que me preocupo por mi hija.

—Si te preocupa tanto, ¿para qué diablos saliste de casa?

—Tenía que venir — respondió Ten con firmeza. Aunque eran muy buenos amigos, su forma de ser era todo lo contrario a la de Dean: amaba la tranquilidad y odiaba los lugares llenos de gente. Pero hoy tenía un propósito claro —. Porque hoy necesito encontrar a la madre de mi hija. Me dijo que vendría aquí.

—¿Quién?

Dean se detuvo confundido, preguntándose si se había perdido de algo. Veía a Ten casi todas las semanas por trabajo; si él andaba con alguien, era imposible que no se enterara.

Su duda no duró mucho. Cuando Ten le mostró el Instagram de alguien, Dean empezó a entender.

—Es esta de aquí... esta persona...

—Ah... el Dr. Pun...

Dean le echó un vistazo rápido al perfil que aparecía en la pantalla del celular y lo reconoció al instante. Se destacaba su rostro bien definido y llamativo, además de ser un veterinario famoso con cientos de miles de seguidores. Un perfil así era imposible no conocerlo: aparte de que ya lo seguía, seguramente le habría dado “me gusta” unas diez veces o más.

No era nada del otro mundo, su círculo social era bastante reducido. Pero Ten lo entendió de una forma totalmente equivocada.

—Espera un momento, Dean... ¿tú también conoces al Dr. Pun?!

—Bueno, es famoso, ¿no? Lo he visto en persona un par de veces en eventos de influencers.

—No me vayas a decir que tú y el Dr. Pun ya...

—Jamás — le cortó Dean de inmediato —. Ay ya... deja de pensar que ando con todo el mundo...

La verdad es que a Dean le molestaba que todos pensaran lo mismo de él. No solo Ten, sino todo el mundo. En eso, alguien lo llamó por detrás.

—¡Dean!

Dean se dio la vuelta y vio a Hun, otro de sus amigos cercanos. Se levantó y lo abrazó de inmediato.

—Vaya, Hun... ¿viniste? Normalmente nunca apareces cuando te invito.

—De vez en cuando sí paso, pero cada vez que vengo, siempre te encuentro aquí — dijo Hun entre bromas y risas, y Dean le respondió al instante.

—Será cosa del destino.

Allí estaba Ten viendo cómo Dean y Hun hablaban y se reían con toda confianza. Conocía a Dean desde hacía años y sabía que tenía

muchísimos amigos: amigos de fiesta, amigos para platicar, amigos famosos, amigos de todo tipo. Pero entre tanta gente, Ten podía notar quién quizás era algo más que un amigo.

Como este que acababa de aparecer. Sin duda alguna, Ten supo que ahí estaba la cosa.

Decir que Dean andaba con todo el mundo puede ser exagerado, pero si alguien dijera que se llevaba con absolutamente todos en el bar, quizás no estaría tan lejos de la verdad.

De nuevo se levantaron varias copas pequeñas al aire, y esta vez fueron muchas más. Dean llevó a Ten para que se uniera a Ohm y Boom, y también trajo a Hun. Les presentó a Ten y a Hun.

—Ellos son Ohm y Boom. Y este es Ten... mi amigo. Pero el tonto escogió la peor mesa de todo el bar, así que pedí que nos cambiaran aquí. Y este es Hun... hoy vino solo, así que lo invité a sentarse con nosotros.

—¿Qué tal están? — Hun saludó amablemente a Ohm y Boom, y Dean sabía que ambos eran personas muy amables.

—Todo bien — respondió Ohm, y Boom asintió de acuerdo —. Aquí nomás somos dos. Pero qué bueno que te animaste a venir solo.

—Me aburría. Les marqué a mis amigos, pero uno no pudo y otro ya tenía planes. Así que mejor me vine solo y ya. Así quedó.

—Otro día ven con nosotros.

—Pásame tu Instagram entonces.

Hun sacó su celular y les pidió su cuenta a Ohm y Boom. En cuestión de minutos ya se habían agregado los tres.

Quizás ese era el mayor encanto de ese lugar: todo el que venía terminaba llevándose bien con el resto. Si de ahí va a salir algo más, o si mañana volverán a ser desconocidos, eso ya es otra historia. Pero amistad es amistad.

Sin embargo, a Ten, que era de pocas compañías, le costaba entenderlo. Entre más veía lo bien que se veían y se arreglaban Ohm, Boom y Hun — todos gente muy destacada—, más resaltaba esa mesa, y ya no pudo aguantarse la curiosidad.

—Oye, cuéntame algo: ¿de estos tres con quién has salido? — le dijo Ten apartándolo un poco para susurrarle, y Dean se encogió de hombros con total naturalidad.

—Pues... con todos.

—¿¡Qué?! — soltó Ten asombrado. Por suerte la música estaba tan fuerte que nadie se dio cuenta —. ¿Y ahora están todos en la misma mesa?

—¿Y qué? Al final todos somos amigos. Yo mismo les presenté a Ohm y Boom, y ahora Hun también se va a llevar bien con ellos.

—¿Estás loco? — Ten ya no sabía qué palabra usar para describir la lógica con la que vivía su amigo, que cada día estaba peor. Dean no alcanzó a responder, porque en eso se les acercó Jo.

—Dean, ya te conseguí otra mesa.

—Perdón Jo, esperé muchísimo y pensé que ya no me iban a dar nada, así que mejor me senté con mis amigos.

Jo se quedó sorprendido. Con cualquier otra persona ya se habría molestado por pedir ayuda y luego no cumplir. Pero viendo esa carita tan bonita y traviesa, era imposible seguirle molesto.

—Sabía que en el fondo no me necesitabas.

—Ay ya, no te enojés — Dean le puso cara de cachorrito —. Vamos, tómame algo conmigo.

Dean llevó a Jo hasta el centro de la mesa, sirvió dos copas, le dio una a él y lo presentó con todos.

—Gente, les presento a Jo. Si quieren reservar mesa aquí, hablen con él. Les aseguro que les consigue los mejores lugares.

Dean brindó con Jo y ambos se tomaron el trago mientras Ohm, Boom y Hun aplaudían. Mientras tanto, Ten ya no les prestaba atención, porque por el rabillo del ojo vio que alguien acababa de entrar.

Ten le dio un codazo de inmediato.

—Oye... ¡mira allá! ¡Ya llegó!

Dean se dio la vuelta y vio que la persona que Ten buscaba acababa de entrar al bar. Dean no era de los que juzgaban a primera vista: era educado y lo suficientemente abierto como para no guiarse solo por la apariencia, y valoraba mucho más lo de adentro, que la gente se sintiera a gusto y hubiera buena química. Aun así, en su mente siempre solía

ubicar a la gente: quién estaba arriba, quién en medio. Y el Dr. Pun estaba sin duda en lo más alto. Un rostro guapo, piel impecable, parecía que se bañaba diez veces al día. Un perfil perfecto: veterinario con su propia clínica y un creador de contenido de calidad que enseñaba sobre el cuidado de los animales. Incluso a Dean, que no soportaba a los animales, le gustaba ver sus videos. Y claro que había muchísima gente que ni siquiera tenía mascotas y lo seguía solo para escuchar su voz suave y ver esa sonrisa tan cálida y encantadora.

No era nada raro que alguien se enamorara de él, y mucho menos Ten, que al lado de él parecía estar muy por debajo.

—Ah, Dean — lo saludó Punen cuanto lo vio, sin notar todavía a Ten.

—Hola, Dr. Pun. No sabía que también le gustaba venir a este bar — le respondió Dean amablemente.

—No suelo venir muy seguido. Hoy me invitó un amigo. ¿Viniste acompañado?

—Sí... — Dean aprovechó el momento, acercó a Ten, que cada vez se encogía más y quería esconderse, y lo puso enfrente —. Ah, te presento a Ten, es mi amigo. Creo que ya se conocen, ¿verdad?

—¿Ah sí? ¿Cuándo? — Pun frunció el ceño tratando de recordar, mientras Ten se hacía chiquito de la vergüenza.

—Hoy... por la tarde... en la clínica.

Ten lo dijo con timidez, mirándolo como quien ya no tiene ninguna esperanza. Pero justo antes de que Dean pensara que solo era un admirador, Pun se acordó.

—Ah, ¡tú eres el papá de Madmoiselle! — Al escuchar eso, Ten se puso contentísimo y por dentro se le movió la colita igual que su perrita en casa —. Vaya, perdóname, está tan oscuro que no te reconocí bien, y además... traigo la cabeza hecha un lío, hasta me da pena.

A Pun le dio mucha pena no haber reconocido a un paciente de su propia clínica, pero se veía tan tierno que, lejos de molestarse, Ten quedó aún más encantado.

—No se preocupe. El Dr. Pun atiende a muchísima gente al día, es normal que no se acuerde de mí.

Pero a diferencia de él, el tono tan apagado de Ten puso la situación extraña. Se dio cuenta de inmediato que no había dicho lo correcto, pero antes de que pudiera arreglarlo, Dean intervino.

—Pun, ¿ya tienes mesa? Puedes sentarte con nosotros.

—No te preocupes, vine acompañado... perdón, ya me tengo que ir.

Pun sonrió y se alejó. Ten se volvió de inmediato hacia Dean.

—¿Por qué parece que le estás tirando la onda al Dr. Pun?

—¿Qué es lo que quieres lograr? Tú eres el que va, tonto. Hasta te ayudé y mira lo que lograste. Di algo que te haga ver interesante, no algo que te haga ver como un perdedor.

Ten quiso replicar, pero no tenía argumentos. Los dos siguieron a Pun con la mirada y vieron que se dirigía hacia alguien que estaba sentado en la barra. Lo abrazó con mucha confianza, y Dean no pudo evitar reaccionar.

—Oye... ¿ya vino con su pareja?

—No... — respondió Ten con duda.

En ese momento, Pun le dijo algo al oído al chico que acababa de abrazar. Acto seguido, el chico se dio la vuelta hacia Dean y se cruzaron las miradas.

Era la primera vez que Dean y Moth se veían. Normalmente a Dean no le tomaba más de cinco segundos ubicar a alguien, pero con ese desconocido que nunca había visto en su vida no supo muy bien en qué lugar ponerlo. Era alto y delgado, vestía de forma sencilla pero con mucho gusto. Tenía ojos oscuros que resaltaban mucho con su piel clara, y unos labios finos con una sonrisa un poco cínica, como si se estuviera burlando de todo el mundo.

¡Qué belleza tan increíble!

—Mira hacia atrás. A las cinco...

Después del abrazo, Pun le dijo eso señalando a Dean para que Moth lo mirara. Moth no entendió por qué tenía que hacerlo: a simple vista era un chico común. No negaba que su rostro llamaba mucho la atención, pero estéticamente sentía que le faltaba algo. Era de estatura normal, no muy alto. Lo que de verdad le molestaba, aunque no supiera explicar por qué, era esa mirada tan viva y esa sonrisa tan bonita que lo hacían ver increíblemente interesante.

Pero bueno, si el mundo tiene a Cha Eun-woo, Henry Cavill y tantos hombres indiscutiblemente guapos, Moth no veía razón alguna para estar fijándose en ese tipo.

Salvo por esa sonrisa, claro.

—Es Dean — le explicó Pun al ver que no reaccionaba —. El que tiene el canal EveryDean Live.

—No lo conozco — Moth apartó la mirada rápido de esa sonrisa tan cautivadora, levantó su copa y bebió para disimular, dejando a Pun frustrado.

—¿Cómo que no? Es súper famoso, tiene millones de seguidores. Interésate un poco por el mundo de vez en cuando.

—Prefiero interesarme por cosas que tengan sustancia — le respondió Moth con sequedad.

Pun se rió de su actitud y sus palabras cortantes. Cualquiera que no lo conociera se habría ofendido, pero Pun, que lo conocía desde hacía años, no le veía nada malo. Al contrario, mientras más cariño le tenía a Moth, más le parecían encantadores cada una de sus acciones y respuestas.

—¿Y por qué me hiciste mirarlo?

—Porque capaz y te gusta.

Moth casi se atraganta con su bebida. Iba a soltar una grosería, pero Pun le tapó la boca antes.

—Es broma. No digas groserías, mejor te las tragas.

—¡Eres un idiota!

Moth solo pudo decir eso antes de que Pun le quitara la mano. No le gustaba que nadie se metiera en ese tipo de temas; si Pun no fuera su único amigo cercano y la persona que más quería, jamás se lo habría perdonado.

—¿Te acuerdas de Aong? El de la habitación cuatro — soltó Pun de repente.

—Ajá.

—¿Y qué hay de Thames, ese amigo de la universidad que te presenté?

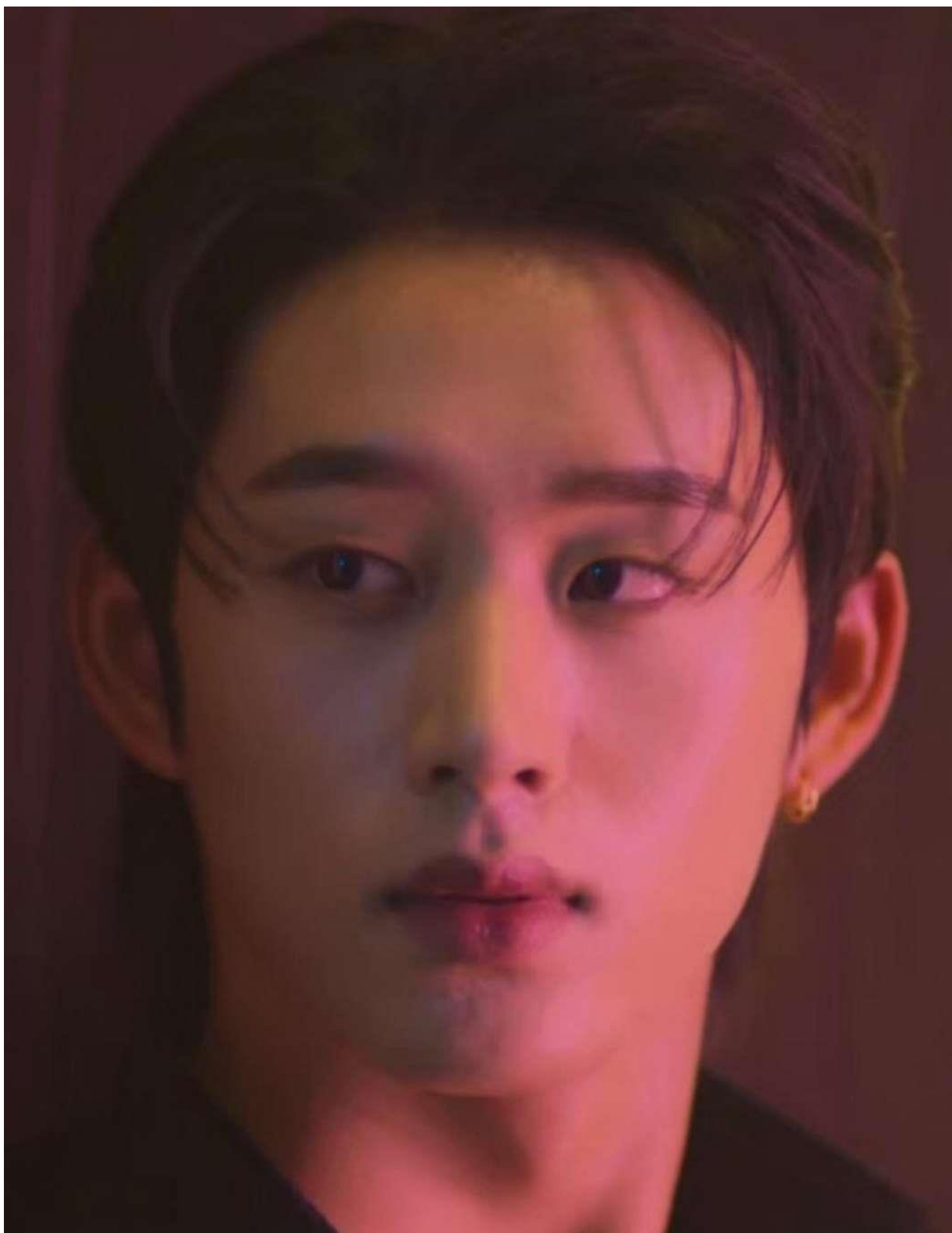
—Suenas el nombre, pero no me acuerdo de la cara.

—¿Y Mark, el que diseñó mi clínica, y James, que iba en mi misma clase?

—A ese no lo conozco. Pero ¿por qué me estás nombrando a todos?

—Porque todos los que te dije ya anduvieron con Dean — se rió Pun, dejando ver por qué insistió tanto en mostrárselo. Era una historia tan increíble que merecía la pena contarla, pero Moth, al escucharla, no le encontró ninguna gracia.

Solo pensó que una sonrisa así realmente podía ser peligrosa.







CAPÍTULO 2

—Oye, Moth... creo que ese Dean te está mirando. — En realidad, no hacía falta que Pun se lo dijera: Moth ya se había dado cuenta hacía rato que el chico del otro lado lo miraba de vez en cuando. Solo no entendía por qué.

—Que mire lo que quiera.

—¿No tienes curiosidad?

—Para nada. — Pun se rió bajito. Moth no tenía ningún interés en conocer a Dean. Al menos eso se decía a sí mismo. Incluso después de escuchar todo lo que le contó Pun, no entendía por qué tendría que prestarle atención a ese tipo. Podía ser famoso, guapo y tener millones de seguidores, pero nada de eso significaba que fuera alguien interesante para él. Aun así, sin darse cuenta, volvió a mirar hacia allá una vez más. Dean seguía rodeado de gente; parecía conocer a todo el mundo. Se reía, platicaba, le ponía la mano en el hombro a la gente y se movía por el lugar como si fuera su propia casa. Moth apartó la mirada.

—Ya estás mirando otra vez —le dijo Pun con burla.

—Solo estaba viendo lo que tú querías que viera.

—Claro, eso seguro.

Dean también se había dado cuenta. El amigo de Pun no parecía de los que muestran mucho en la cara, pero ya lo había mirado varias veces. Y eso fue suficiente para despertar su curiosidad.

—Ten.

—¿Mande?

—¿Quién es el amigo del doctor Pun? Ten miró de reojo.

—Ni idea.

—¿No lo buscaste?

—A mí me interesa Pun, no sus amigos. — Dean sacó su celular.

—Pues yo sí lo averiguo.

—No vayas a armar líos.

—¿Yo? Jamás. — Ten ni siquiera se molestó en contestar. En poco tiempo Dean encontró el perfil: Moth. Su Instagram era totalmente distinto a lo que se esperaba. Casi no tenía información personal, y lo que publicaba no parecía hecho para agradar a cualquiera. Algo que combinaba perfectamente con la expresión de su dueño.

—Moth... —repitió Dean el nombre en voz baja.

—Deja de andar metiéndote la vida de los demás —se quejó Ten.

—Solo lo estoy mirando.

—Así empieza siempre. — Dean le hizo caso omiso.

—No me sigue en redes.

—¿Y qué?

—Nada. Pero me dio curiosidad.

Un rato después, Pun se apartó para contestar una llamada y Moth se quedó solo. Dean vio su oportunidad.

—Eres Moth, ¿verdad? — Moth levantó la vista. Era Dean.

—Sí.

—Yo soy Dean.

—Lo sé. — Dean se sorprendió un poco.

—Ah, ¿entonces ya sabes quién soy?

—Pun acaba de hablar de ti.

—Qué pena, ya no me puedo presentar como si nada. — Moth no respondió. Dean se recargó cerca de él.

—¿Siempre hablas tan poco?

—Depende de quién me esté hablando.

—¿Y conmigo?

—Todavía lo estoy decidiendo. — Dean se rió. Pareció que eso le divertía un poco, aunque intentaba no demostrarlo.

—Pun me dijo que no vienes mucho por aquí.

—No me gustan los lugares llenos de gente.

—Pues escogiste el peor lugar posible.

—Yo no escogí, él escogió. — Dean miró hacia Pun, que seguía hablando por teléfono.

—¿Son muy cercanos?

—Sí, lo somos.

—Mi amigo está interesado en él. — Moth lo miró fijamente.

—¿Y por qué me estás contando esto a mí?

—A lo mejor tú me puedes ayudar.

—Yo no soy casamentero.

—Ni yo, pero hoy estoy intentando serlo. — Moth soltó una risita corta. Dean se dio cuenta.

—Ah, sí sabes reírte. — La expresión de Moth volvió a su seriedad habitual.

—No te acostumbres. — Dean sonrió. Pun regresó antes de que la plática fuera más larga.

—¿Qué están haciendo ustedes dos?

—Platicando —respondió Dean.

—Él vino a hablar conmigo —corrigió Moth.

—Lo mismo de siempre. — Pun los miró de uno a otro, claramente entretenido.

Dean señaló hacia su mesa.

—Voy a volver con mis amigos. — Antes de irse, miró a Moth.

—Mucho gusto.— Moth solo respondió con un murmullo bajo. Dean se rió.

—Voy a tomarme eso como “el gusto es mío también”.— Y se alejó. Moth lo siguió con la mirada un instante. Pun se dio cuenta.

—Interesante.

—Cállate.

—¿Fuiste a hablar con él? —le preguntó Ten en cuanto Dean regresó.

—Sí, fui.

—¿Para qué?

—Para conocerlo.

—¿Y qué tal?

Dean tomó su vaso.

—Raro.

—¿Raro en mal sentido?— Dean lo pensó un momento.

—Todavía no lo sé.— Ten lo miró con desconfianza.

—Esto no va a terminar bien.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ya te dio curiosidad.

—No me dio nada.

—Te conozco bien.— Dean le hizo una seña para que se callara y siguió bebiendo. La noche siguió su curso: el grupo bebía, platicaba y se mezclaba con más gente. En algún momento, Pun y Moth se acercaron a la mesa. Pun se puso a platicar con Ten, Om se unió a la charla, Boom ofreció tragos, Hun contó un chiste... y Moth se quedó parado junto a Dean.

—Pensé que no te gustaban los lugares llenos de gente —le comentó Dean.

—Sigue sin gustarme.

—Entonces ¿por qué viniste? —Moth señaló disimuladamente a Pun.

—Él quiso venir.

—Siempre la culpa es de él.

—Funciona.— Dean se rió. Moth observó cómo se llevaba con todos: era exactamente igual a como se veía desde lejos, actuaba como si conociera a todo el mundo de toda la vida.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Dean.

—Ya tengo bebida.

—Ese vaso lo tienes ahí desde hace rato.— Moth miró su copa.

—¿Me estás observando?— Dean sonrió.

—Tal vez.— Moth lo sostuvo la mirada unos segundos.

—Peligroso.

—¿Para quién? — Ninguno de los dos respondió de inmediato. Alguien llamó a Dean y cortó la conversación. Moth dio un trago.

Cuando ya estaba avanzada la noche, Pun avisó que se iría pronto y Moth estuvo de acuerdo. Dean volvió a aparecer.

—¿Ya te vas?

—Sí.

—¿Y Pun también?

—En un rato.— Dean asintió.

—Pues entonces hasta la próxima.

Moth casi solo asintió con la cabeza, pero al final preguntó:

—¿Vienes siempre por aquí?— Dean sonrió.

—Casi siempre.

—Entonces probablemente nos volvamos a encontrar.

—Es muy probable.— Moth se dio cuenta demasiado tarde de que eso sonaba casi como una invitación. Dean también lo notó.

—Buenas noches, Moth.

—Buenas noches, Dean.

Después de esa noche, Moth pensó que ya no le daría más importancia al asunto. Estaba equivocado. En los días siguientes, Dean se le venía a la mente de vez en cuando. No era algo importante; era más bien como un recuerdo molesto, ligado a esa sonrisa y a su forma de ser demasiado sociable.

A Moth no le gustaba la gente que se mete en su espacio. Dean parecía ser exactamente ese tipo de persona. Pero aun así, había algo en él que le despertaba curiosidad. Moth intentó hacer como si nada.

Dean, por su parte, no tenía por qué fingir que no sentía curiosidad. Cuando algo llamaba su atención, le gustaba averiguar más. Y Moth era difícil de descifrar, lo que ya de por sí lo hacía aún más interesante. Dean

volvió a abrir su perfil de Instagram: pocas publicaciones, poca información, nada que explicara mucho.

—¿Otra vez viendo su perfil? —le preguntó Ten.

—Solo estoy viendo algo.

—Tú siempre “solo estás viendo algo”.

Dean cerró la aplicación.

—No me estés molestando.

—¿Le vas a mandar mensaje?— Dean lo miró.

—¿Para qué?

—No sé, tú eres el que está interesado.

—“Interesado” es una palabra muy fuerte.— Ten se rió. Dean no dijo nada más.

Unos días después, Dean regresó al MANIAC. Como siempre, saludó a gente por el camino antes de llegar a su mesa. Y entonces vio a Moth, solo. Dean sonrió: tal vez fuera la oportunidad perfecta para saber si esa curiosidad tenía algún motivo. Tomó su bebida y se dirigió hacia él.

Moth se dio cuenta cuando Dean se acercó.

—Tú otra vez.

—¿Me extrañaste?

—Para nada.

—Qué frío eres.— Dean se detuvo a su lado.

—¿Estás solo?

—Por ahora.

—Entonces me puedo quedar aquí.

—Yo no dije eso.

—Pero tampoco dijiste que no.— Moth lo miró.

—Acabo de decirlo.— Dean se rió y no se fue de todos modos.

—¿Siempre insistes tanto así?

—Cuando quiero algo.

—¿Y qué es lo que quieres?

Dean tardó un segundo en contestar.

—Todavía lo estoy decidiendo. — Moth casi sonríe.

—Me copiaste la respuesta.

—Me gustó.

La conversación se alargó más de lo que Moth tenía planeado. Dean hacía preguntas y Moth respondía cuando quería; cuando no,

simplemente las ignoraba. Y curiosamente, a Dean no parecía molestarle.

—¿En qué trabajas? —le preguntó Dean. Moth se lo dijo y Dean escuchó con atención. Después le habló de su propio trabajo, del contenido que crea, de sus clientes y de lo impredecible que es vivir de internet. Moth se dio cuenta de que había mucho más detrás de esa imagen superficial que se había imaginado. No lo dijo en voz alta, y Dean tampoco se lo preguntó.

Cuando llegó Pun, se los encontró platicando.

—Ah. — Moth lo miró.

—¿Qué pasa?

—Nada.— Pun sonreía. Dean levantó la mano para saludarlo.

—Doctor Pun.

—Dean.— Pun volvió a mirar a Moth.

—No los voy a interrumpir.

—Ya nos estás interrumpiendo —respondió Moth. Dean se rió y Pun pareció aún más complacido.

Más tarde, Dean regresó a su mesa y Moth se quedó con Pun.

—¿Y bien? —preguntó Pun.

—¿Y bien qué?

—¿Qué tal Dean?

—¿Qué tiene?

—Ya platicaste con él.

—La gente habla.

—Tú no hablas con cualquiera.— Moth no contestó; Pun había dado en el clavo.

—No es tan malo como creías, ¿verdad?

—Nunca dije que fuera malo.

—Pues prácticamente sí.

—Tú le das demasiada vuelta a todo.— Pun se rió. Moth tomó su vaso. No quería admitir, ni ante su amigo ni ante sí mismo, que Dean había sido distinto a como se lo esperaba.

Antes de irse, Dean volvió a pasar cerca de ellos.

—Ya me voy.— Pun respondió primero; Moth solo lo miró.

—Hasta la próxima.

—¿Estás seguro de que habrá próxima?— Dean sonrió.

—Seguro estoy. — Moth levantó una ceja.

—Qué convencido.

—Realista.— Dean se alejó. Pun esperó unos segundos.

—Le caíste bien.

—No empieces.

—Si ni siquiera dije nada.

—Ya lo dijiste con la mirada.— Pun se rió. Moth miró hacia donde se había ido Dean. Tal vez todavía no supiera exactamente qué opinar de él, pero una cosa estaba clara: Dean había logrado llamar su atención.





CAPÍTULO 3

—Caramba, Dean... ¿reservaste mesa hoy? —le preguntó P’Joe al verlo entrar.

—No, P’. —Dean miró a su alrededor—. Vine solo. Voy a buscar a algún conocido y me siento con él.

—Claro, para ti eso nunca es difícil. — P’Joe sonrió antes de irse a trabajar. Dean recorrió el salón con la mirada buscando alguna mesa donde pudiera sentarse con sus amigos. Enseguida vio a varios conocidos, pero esa noche había alguien en especial que le llamó la atención: Moth. Dean recordó de inmediato lo que le había dicho Ten.

—Oye... Dean, lígale a Moth por mí.

—¿Qué dices? ¿Por qué haría eso?

—Porque ya no quiero verle la cara. — Dean se había reído en ese momento, pero Ten hablaba en serio. Le parecía una locura, pero mientras más explicaba, más entendía que su amigo quería usar a Moth para darle celos a otra persona... y de alguna forma creía que Dean era la persona perfecta para lograrlo.

—Tú puedes, ¿verdad? —insistió Ten—. Tú siempre logras lo que te propones. — Dean no le había prometido nada, pero ahí estaba Moth, solo. Lo observó unos segundos: la verdad es que aunque Ten no se lo hubiera pedido, igual le habría dado ganas de acercarse. Seguía siendo alguien difícil de descifrar, y a Dean le gustaban los retos. Tal vez fuera divertido. Tomó su bebida y se dirigió hacia él.

Moth estaba tomando solo.

Pun no había ido esa noche, y Moth no pensaba quedarse mucho tiempo: solo quería tomar algo y volver a casa, cuando escuchó una voz conocida.

—¿Está ocupado este asiento?— Moth giró la cabeza. Era Dean.

—No. — Dean sonrió.

—Perfecto.— Y se sentó. Moth lo miró.

—Yo no te invité.

—Yo solo pregunté si había alguien.

—Y yo te dije que no.

—Pues entonces ya está resuelto.— Moth suspiró: era exactamente el tipo de lógica que se esperaba de él.

—¿Viniste solo? —preguntó Dean.

—Sí.

—¿Pun no vino?

—No.

—Pues entonces te hago compañía.

—No hace falta.

—Lo sé.— Moth lo volvió a mirar.

—¿Siempre haces lo que se te da la gana?

—Casi siempre.

—Qué pesado.— Dean sonrió.

—Ya me lo han dicho.

Al principio Moth solo respondía lo indispensable, pero a Dean no parecía importarle que fueran respuestas cortas: hacía preguntas, comentaba cosas, bebía y se quedaba ahí como si fuera lo más normal del mundo sentarse con alguien que claramente no lo había invitado.

Al rato Moth le preguntó:

—¿No tienes amigos aquí?

—Sí, tengo.

—¿Entonces por qué te sientas conmigo? — Dean inclinó la cabeza.

—Porque quiero platicar contigo.

—¿Y para qué?

—¿Hace falta tener un motivo?— Moth no contestó y Dean siguió:

—¿Siempre eres tan desconfiado?

—¿Y tú siempre eres tan entrometido?

—También.— Moth casi se ríe y Dean se dio cuenta.

—Ahí está, casi sonrías.

—No estoy sonriendo.

—Casi.

—Te fijas demasiado en todo.

—En algunas cosas sí. Moth dio un trago y Dean se quedó mirándolo un momento.

La plática se alargó mucho más de lo que Moth tenía planeado. Dean hablaba con una facilidad increíble de cualquier tema. Moth no sabía si eso era talento o simplemente no tener vergüenza, pero de cualquier forma era difícil aburrirse con él.

—¿De verdad conoces a todo el mundo de aquí? —le preguntó Moth. Dean miró alrededor.

—No a todo el mundo.

—Parece que sí.

—Conozco a bastante gente.

—¿Y te gusta eso?

—Me gusta conocer gente.

Moth puso cara de que para nada pensaba igual y Dean se rió.

—Tú no, ¿verdad?

—No le veo la necesidad.

—¿Y entonces cómo haces amigos?

—No hago muchos.

—Eso ya me di cuenta.— Moth levantó una ceja.

—¿Eso fue una crítica?

—Una observación.

—Te fijas demasiado en todo.

—Eso ya me lo dijiste.

Después de unos tragos más, Moth empezó a sentir el efecto del alcohol. No estaba borracho, pero sí mucho más relajado. Dean se dio cuenta del cambio.

—¿Ya te estás poniendo borracho?

—Para nada.

—Tu cara dice lo contrario.

—Mi cara no dice nada.

—Dice bastante. — Moth lo miró: Dean estaba muy cerca, más cerca que al principio de la noche. Ni siquiera supo en qué momento la distancia entre los dos se había acortado.

—Me estás mirando fijamente —dijo Dean.

—Tú también. — Dean sonrió. Durante unos segundos ninguno apartó la mirada. Moth sintió algo extraño; probablemente era el alcohol, prefirió creer eso.

Dean también lo notó: Moth cambiaba cuando se relajaba. Su expresión se endurecía menos, la mirada se ponía menos a la defensiva, y aunque seguía hablando poco, respondía con más facilidad. A Dean le pareció muy interesante... demasiado interesante. Se acercó un poquito más y Moth no se apartó.

—Sí estás borracho —le dijo con tono de burla.

—Ya te dije que no.

—¿Entonces por qué dejas que me acerque tanto? — Moth lo miró a los ojos.

—¿Y por qué te estás acercando tú? — Dean se quedó callado un instante. Buena pregunta.

Moth decidió irse antes de seguir bebiendo más y sacó el celular para pedir un transporte. Dean lo observó.

—¿Ya te vas?

—Sí.

—Temprano.

—Para ti.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. — Dean se rió. Moth terminó de pedir el viaje y se levantó; Dean se levantó con él.

—Te dije que no hace falta.

—Lo sé, solo te acompañó hasta la salida.

—No le haces caso a nadie.

—Sí le hago caso, solo que no siempre obedezco. — Moth negó con la cabeza.

Afuera el aire se sentía más fresco. Moth se quedó esperando el auto y Dean se quedó a su lado.

—No tienes por qué quedarte aquí.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué te quedas aquí? Dean lo miró.

—Porque quiero. — Moth apartó la mirada; el auto todavía tardaría unos minutos en llegar. Por alguna razón, el silencio entre los dos no se sentía incómodo. Dean sacó su celular.

—Pásame tu Instagram.— Moth lo miró.

—Ya sabes cuál es.

—Quiero seguirte.

—Pues sígueme.— Dean abrió su perfil.

—¿Y tú me vas a seguir de vuelta?

—No lo sé.

—Qué cruel.— Moth casi sonríe.

—Te vas a sobreponer. — Dean presionó el botón de seguir.

—Listo.— Moth miró su celular cuando le llegó la notificación y no hizo nada. Dean se dio cuenta.

—¿No vas a seguirme?

—Después.

—¿Eso significa que no?

—Significa que después.— Dean aceptó la respuesta... por ahora.

Llegó el auto de Moth y Dean le abrió la puerta.

—Buenas noches.

Moth subió, y justo antes de que Dean cerrara la puerta dijo:

—Dean.

—¿Mande?

—¿Siempre eres así?

—¿Así cómo?— Moth lo pensó un instante.

—Olvidalo.— Dean sonrió.

—Buenas noches, Moth.

—Buenas noches.— Se cerró la puerta y Dean se quedó mirando cómo se alejaba el auto. Solo entonces volvió a mirar su celular: nada, Moth no lo había seguido de vuelta. Dean se rió para sí mismo. Esto se estaba poniendo cada vez más interesante.

Adentro del auto, Moth vio la notificación en Instagram: ****Dean empezó a seguirte****. Se quedó mirando la pantalla unos segundos. No tenía sentido darle tantas vueltas: era solo seguir de vuelta... o no. Era lo más sencillo del mundo. Abrió el perfil de Dean: vio fotos, videos, publicaciones, mucha gente, muchísimos comentarios... era exactamente el tipo de vida

que se imaginaba que llevaba. Volvió a la notificación, se quedó con el dedo suspendido sobre la pantalla y finalmente presionó: ***Seguir***. Inmediatamente se sintió tonto por haber dudado tanto de algo tan simple y cerró la aplicación.

Dean recibió la notificación antes de siquiera volver a su mesa: ***Moth empezó a seguirte***. Sonrió.

—Lo sabía.— En realidad no lo sabía, pero le gustó fingir que sí.

Al día siguiente Dean se despertó tarde. Lo primero que hizo fue mirar su celular: mensajes de trabajo, grupos, amigos y todo tipo de avisos, pero ninguno de Moth.

No esperaba que hubiera nada de él, aun así abrió Instagram: Moth seguía siendo su seguidor. Por ahora eso era suficiente. Dean no le escribió... todavía no.

Moth tampoco le escribió. Ambos pasaron el día con normalidad: Dean trabajó, Moth se ocupó de sus cosas. Ninguno tenía obligación de hablar con el otro, ni motivo para estar pensando en eso. Y sin embargo, en distintos momentos del día, los dos terminaban abriendo el perfil del otro. Sin mensajes, sin reacción, solo mirando.

Por la noche Dean recibió un mensaje de Ten.

Ten: ¿Qué tal?

Dean: *¿Qué tal qué?*

Ten: *¿Qué pasó con Moth?*

Dean: *¿Qué tiene?*

Ten: *¿Ya hablaste con él?*

Dean miró la pantalla: pensó decir que sí, contar que platicaron, tomaron juntos y se siguieron en redes. Al final solo respondió:

Dean: *Tal vez.*

Ten: *¡DEAN!*

Dean se rió y guardó el celular. Por ahora no quería explicarle nada a nadie, ni siquiera a Ten.

Tal vez porque él mismo todavía no entendía bien qué estaba haciendo. Solo sabía que quería volver a ver a Moth.







CAPÍTULO 4

¿Le mandó Dean un mensaje por Instagram para coquetearle a Moth como dijo que haría?

Respuesta: ¡no!

Porque esa no era la forma correcta.

Cuando Dean empieza a interesarse por alguien, al principio se acerca mucho para llamar la atención. Pero en cuanto siente que ya avanzó, se detiene y espera a que sea el otro quien dé el siguiente paso. Así funciona con todos: si él hace el esfuerzo de acercarse, nunca escribe primero. Se queda callado, deja que el otro se ponga un poco nervioso, y entonces es el otro quien lo busca.

Y así es como él lleva el control de todo.

Dean está convencido de que Moth no es diferente a los demás. Aunque dicen que es difícil de tratar, la noche anterior ya le demostró que no es para tanto.

Pero su amigo Ten no entendió nada de esa estrategia. Desde esa noche que Dean dijo en broma que ya tenía el Instagram de Moth, Ten no paraba de preguntarle si ya le había hablado, cuándo iban a salir, cuándo iban a ser novios. Y como a los tres días no tenía nada que contarle, Ten apareció en su casa sin avisar.

— Vaya, Ten, ¿ahora ya llegas a casa de la gente sin avisar ni decir nada?
— se quejó Dean cuando lo vio llegar una mañana.

— ¿Qué pasa? ¿Tienes a alguien aquí?

— ¡Nunca traigo a nadie! Tú y tu hija son los únicos que llegan sin que los inviten — refunfuñó Dean viendo a la niña correr por toda la casa —. Por cierto, el cliente ya aprobó el video y ya lo publiqué ayer. Cuando me paguen a fin de mes, te paso tu parte por la edición.

Dean sabía que probablemente venía por lo que le debía del trabajo. No tenía un empleo fijo, pero se ganaba la vida como creador de contenido: hacía videos para marcas o vendía productos por enlaces. Con millones de seguidores ganaba bastante bien para su edad. Ten, su amigo desde la universidad de Comunicación, se dedicaba a editar videos. Era muy bueno para eso, así que Dean siempre le pedía ayuda con los trabajos más complicados que le encargaban.

— No vine por eso. Vine a hablarte de ese chico Moth. — Tal como Dean esperaba, Ten se había tomado ese plan tan en serio que a veces Dean pensaba que debería ir al psicólogo —. ¿Y bien? ¿Cómo vas?

— Igual. Nada.

— ¿Ya quedaron de salir? ¿Notas que también le interesas?

— Te dije que no pasa nada, Ten. ¿Me estás escuchando?

— ¿Y por qué no? Tienes su Instagram desde hace casi una semana, ¿no? ¿Y no has avanzado nada?

— ¿Qué casi una semana? Solo llevan tres días.

— ¿Y por qué no le escribes primero? Si te quedas esperando a que él te busque, así nunca vas a conquistar a nadie.

— Vaya, ¿tú de verdad te atreves a darme lecciones? Con esa mentalidad nunca vas a conquistar a nadie. Yo no me rebajo a ese nivel.

— ¿Estás seguro de que Moth te va a buscar?

Para ser sincero, Dean quería decir que sí, pero... ya llevaban casi cuatro días.

Estaba tardando más de lo normal.

Aun así, no quería darle muchas vueltas al asunto.

— Pues entonces nada, porque yo no voy a andar detrás de nadie perdiendo el tiempo — dijo Dean poniéndose la chamarra para salir.

— ¿Y vas a salir así, bien arreglado?

— Tengo cosas que hacer.

— ¿Y qué pasa con lo de el doctor Pun? ¡Prometiste que me ibas a ayudar!

— Estoy intentando ayudarte, pero es lo único que he podido hacer hasta ahora. ¿Qué más quieres que haga?

Pero aunque lo decía, por dentro no podía dejar de pensar:

¿Y si es que no le intereso nada y por eso no me ha contestado?

— Vaya, ¿se agotaron los productos hoy y por eso viniste a buscarme? — le dijo Hun medio riendo, cuando Dean lo invitó a dar una vuelta por el centro comercial.

— No exageres.

— ¿En qué exagero? ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos de día y no fue en una fiesta o en un bar?

Dean se encogió de hombros y le contestó sincero:

— Hoy no tenía ganas de estar con más gente. Quería algo tranquilo, con un amigo.

Hun lo miró y sonrió, notando lo natural que le salió decir "amigo". Por más intensa que fuera lo que tenían, nunca pasó de ahí y al final quedaron como amigos.

Igual que le pasaba a todo el mundo que entraba y salía de la vida de Dean.

Los que lo entendían, se quedaban como amigos.

Los que no, se ofendían y se alejaban.

Hun era de los primeros, porque desde el primer día nunca se hizo ilusiones con él. En cierto modo se parecían: no en el sentido de jugar con la gente, sino en que preferían estar con lo que les hace bien y no con lo que les hace daño. Así que mientras algo les diera gusto, lo disfrutaban; pero en cuanto se volvía complicado, sabían cómo manejarlo.

— ¿Vamos al cine? Hay una que se ve buena, empieza a las cinco — le propuso después de caminar un rato, pero Hun le dijo que no porque ya tenía planes.

— No puedo.

— Pero ¿no dijiste que estabas libre todo el día?

— Sí, estoy libre todo el día. Pero hay cosas que quiero hacer y no se pueden hacer con un amigo. Así que tengo que apartar tiempo para otras personas.

A Dean le sorprendió un poco, pero no le pareció raro: durante todo ese tiempo Hun no dejaba de contestar mensajes. Se dio cuenta de que alguien más cercano lo necesitaba y Hun se fue sin dudarlo, sin importarle dejarlo solo.

Pero no se enojó. Sabía que no tenía derecho a retener a nadie. Si él no se compromete con nadie, tampoco puede exigir que los demás se comprometan con él.

Se despidió y decidió mejor ir al taller de cerámica. Antes le había escrito a varias personas para ver si alguien se animaba a ir al cine, pero nadie le contestó. Sin embargo, en el camino al taller por casualidad se encontró a Ohm y Boom comprando entradas en el cine.

— Vaya... Boom... Ohm... ¿también vinieron al cine? — los saludó al verlos en la taquilla. Los dos se pusieron un poco nerviosos al verlo antes de saludarlo.

— Mmm...

Dean miró la pantalla y vio que era la misma película que él quería ver.

— Yo también quiero ver esa. ¿Vamos juntos?

Pero se quedaron callados un buen rato y Dean empezó a notar que algo pasaba.

— ¿Qué pasa? ¿Hay algún problema?

— Es que... Ohm y yo vamos a reservar asientos de pareja — dijo Boom. Al principio Dean pensó que era alguna promoción y que los usarían entre los dos. Iba a decir que no había problema, que él compraba su entrada aparte, cuando Ohm decidió decir la verdad.

— De hecho ya te íbamos a contar. Es que Boom y yo... ya estamos saliendo.

Dean se quedó sorprendido, casi pensando que era broma, hasta que los vio tomados de la mano frente a él.

— Si quieres verla con nosotros no hay problema. Solo no queríamos que te sorprendieras si nos ves tomados de la mano en la sala.

Pero Dean entendió la situación y no quiso estorbar. Decidió ver otra película.

— No se preocupen, yo creo que veré otra.

Se despidió de ellos y compró su entrada para otra película, solo. Pero no le puso nada de atención: no dejaba de pensar en lo que acababa de ver.

Ohm y Boom eran igual que Hun. Los dos habían estado con él, los dos habían tenido su momento, casi al mismo tiempo. Ohm fue quien pidió ir más despacio al darse cuenta de que él no quería nada serio. Boom se sintió decepcionado, pero al final todo quedó bien. Incluso se conocieron porque Boom le tenía celos a Ohm por estar con él. Y al final se hicieron tan amigos que hasta se olvidaron de él.

¿Pero hasta el punto de ser novios?

Dean no sabía bien qué sentir. No es que no se alegrara por ellos, pero tampoco es que no sintiera nada.

Para ser sincero, le quedó un vacío extraño en el pecho.

Y no terminaba de entender qué era.

Por suerte no tuvo que quedarse mucho tiempo con esa sensación, porque Moth lo llamó por videollamada desde Instagram.

— Hola... — contestó Dean afuera del cine, admitiendo que hablar con él le interesaba mucho más que cualquier otra cosa. Al principio solo esperaba que le escribiera, pero ahora lo estaba llamando. El corazón le latía fuerte, sobre todo cuando lo invitó a verse.

— ¿Estás libre esta noche? ¿Nos vemos en el mismo lugar?

— Claro que sí — contestó Dean sin darse cuenta de que ya estaba sonriendo.

— Aparta una mesa para tres: yo, tú y mi amigo Pun. — Dean frunció un poco el ceño pero entendió que quería llevar a alguien más. Así que en un segundo calculó todo y respondió:

— Pues entonces que sean cuatro. Yo también llevaré a mi amigo.

¡Listo, el juego ha comenzado!





CAPÍTULO 5

Moth no sabía cómo tomaría Dean lo que estaba haciendo, ni siquiera le daría importancia de más, pero él tenía muy claro por qué lo hacía.

Todo empezó porque Pun lo invitó a cenar para celebrar su cumpleaños dentro de dos días, y hasta le compró un regalo.

— Feliz cumpleaños, amigo.

— Gracias. Sin ti, alguien con el carácter tan difícil como yo no tendría amigos cercanos. De verdad no quiero perderte.

— Cuando consigas pareja, tal vez yo ya no sea tan importante para ti — dijo Pun como si nada, pero Moth notó un deje de resentimiento en su voz.

— Yo no voy a tener pareja. Nunca la tendré. Tú eres buena persona y algún día encontrarás a alguien igual de bueno. Y entonces seré yo quien deje de importarte.

Moth se lo dijo en serio, como tratando de hacerle entender algo, pero Pun fingió no entender.

— No, yo nunca voy a dejar de valorarte.

Esas palabras ya lo habían dejado confundido. Y cuando abrió la caja y vio una cartera de piel auténtica muy elegante, con su nombre grabado, sintió que era demasiado lujoso para ser un regalo entre amigos.

— Que este año te vaya muy bien, que cumplas tu sueño de ser pintor, que tengas tu propia exposición y que tengas suerte tanto en el juego como en el amor.

Moth le sonrió, pero era una sonrisa mezclada de alegría y vergüenza.

No... no podía dejar que las cosas siguieran así, hasta terminar perdiendo su amistad. Sabía que tenía que hacer algo.

Y por eso llamó a Dean.

Porque era la única salida que se le ocurría.

Pensó que así ninguno saldría perdiendo, al contrario, los dos saldrían ganando.

Dean, por lo que decían los demás y por lo que él mismo había visto, era alguien inconstante, que coqueteaba con todo el mundo. No creía que sintiera algo de verdad por él, solo quería sumarlo a su lista. Así que no le pareció mal dejar que Dean se sintiera contento con su nuevo "juguete", usándolo para que Pun entendiera que tenía que dejar de quererlo en secreto.

Moth estaba seguro de que Pun era lo suficientemente maduro y sensato como para aceptar con calma si veía que él ya sentía algo por otra persona.

Y esa persona tenía que ser Dean.

Sí... necesitaba que Pun viera que él sentía algo por Dean.

En el papel parecía fácil, pero en la práctica resultó mucho más difícil de lo que imaginaba. Sin alcohol que le nublara el juicio, Moth se dio cuenta de lo complicado que era fingir que le caía bien alguien como Dean. Qué tipo tan extraño, con un ego inmenso, demasiado hablador y lo peor de todo: una arrogancia sin disfraz, como si creyera que su encanto era irresistible.

Pero tampoco era culpa de él que uno se lo tomara así.

No pasa nada, solo tenía que aguantar un poco.

Al principio de la noche, el bar MANIAC estaba tranquilo, todavía no había mucha gente. Moth y Pun compartían mesa con Dean, y Ten venía detrás porque Dean lo había llamado — claro, con la misión de acercarse a Pun.

Pero no solo Moth se estaba molestando con Dean; Dean también sentía que le subía el coraje. Moth fue quien lo invitó a salir, y sin embargo estaba con cara de pocos amigos como si lo hubieran obligado a venir. Dean intentaba sacar plática y él respondía con monosílabos o hacía como que no oía, hasta que casi pierde la paciencia — y eso que Dean se consideraba bastante tolerante.

Si no fuera porque es tan guapo...

Dean decidió cambiar de estrategia y empezó a platicar con Pun, que era mucho más amable y fácil de tratar. No entendía cómo podían ser amigos: uno parecía un ángel caído del cielo y el otro un demonio salido del infierno.

- Pun, ya se te acabó la bebida, te preparo otra.
- No me sirvas mucho, por favor. Me emborracho rápido.
- No te preocupes, aquí nos vamos a divertir mucho. Si te pasas de copas, nosotros te cuidamos.

A Moth le molestó mucho la actitud y las palabras de Dean, confirmando que de verdad coquetea con todo lo que se le acerca.

— Gracias — Pun tomó su copa y le agradeció muy educado —. Qué atento eres, Dean.

— Pff, ya se nota que eres todo un profesional — soltó Moth sin pensar, y ya no pudo quitarlo.

Dean y Pun se quedaron sorprendidos y Moth tuvo que reírse para disimular, diciendo que era broma.

Pero el que no se rió fue Ten, que parecía completamente olvidado en un rincón de la mesa. Se inclinó y le susurró a Dean molesto:

— ¡Qué bruto eres, Dean! Te dije que le hicieras caso a Moth, no a la doctora Pun. ¡Estás coqueteando con quien no es!

— ¿Estás loco? — le contestó Dean en voz baja, molesto —. Si me interesara Pun, ¿para qué te hubiera llamado? Tú tienes la oportunidad, aprovéchala y háblale en lugar de quedarte callado.

Al final Ten se sintió frustrado consigo mismo por no atreverse a hablarle, y fue Pun quien tomó la iniciativa.

— Oye Ten, si saliste hoy, ¿quién se quedó cuidando a Madmoiselle?

— Está en casa — contestó Ten ingenuo —. Es que no me atreví a traerla porque vi un video tuyo donde decías que a los animalitos no les gusta el ruido, ¿verdad?

Dean escuchó eso y casi se tapa la cara de la vergüenza. La situación estaba tan incómoda que ya no aguantó más y soltó de golpe:

— Vamos a jugar a "¿Cuál prefieres?" para conocernos mejor. Quien se identifique, que levante la mano — Dean estaba seguro de que había salvado la situación, porque Pun se veía más animado — al menos era mejor que quedarse callados sin saber qué decir. En cuanto al otro, que siempre tenía cara de asco, intentó ignorarlo —. ¿Prefieren un lugar tranquilo o música electrónica?

Pun y Ten levantaron la mano a la vez: "lugar tranquilo".
Dean respondió solo: "música electrónica".

Moth se quedó callado hasta que Pun lo miró con expresión de desaprobación, como recordándole que participara. Moth respondió a regañadientes:

— Música electrónica.

Dean lo miró y sonrió porque habían elegido lo mismo, mientras que a Moth le dio un coraje inexplicable y decidió que en la siguiente ronda respondería exactamente lo contrario.

— ¿Comida picante o barbacoa coreana?

Esta vez salió tal como Moth quería: Pun y él levantaron la mano por la comida picante, mientras que Ten y Dean eligieron la barbacoa.

— ¿De verdad? — Dean intentó sacar plástica para romper el hielo —.
Doctor Pun, no se ve como alguien que aguante el picante. Qué sorpresa.

— Al principio no podía, pero Moth siempre me invitaba a comer y ya me acostumbré.

— Ah... — Ten escuchó y se sintió apenado, dándose cuenta de lo mucho que le importaba Pun a Moth —. ¿Y si probamos la barbacoa coreana?

A partir de ahí, Moth decidió hacer también las preguntas y soltó de inmediato:

— ¿Prefieres hablar con varias personas a la vez o de uno en uno?

Dean dudó un instante, sabiendo que lo hacía a propósito para molestarlo, pero no se inmutó. Mientras Ten, Pun y Moth respondieron "de uno en uno", Dean levantó la mano con seguridad y eligió la primera opción.

— Es que no soy de los que se encierran. Hablar con más gente aumenta las posibilidades de conocer a más personas.

Le guiñó un ojo a Moth, que puso cara de asco.

— Yo también pregunto: ¿perros o gatos? — se animó Ten. Esta vez Dean y Moth respondieron al mismo tiempo, casi sin pensar:

— Ninguno.

— Los perros son molestos — se quejó Dean.

— Cierto — coincidió Moth —. Y los gatos, no entiendo para qué los tiene la gente.

Pun y Ten se sorprendieron de verlos así: siempre parecen llevarse mal y de repente se ponen de acuerdo.

— Ya me tengo que ir, mañana temprano tengo un caso — le dijo Pun a Moth cuando fueron juntos al baño.

— ¿Ah sí? — Moth dudó un poco, sintiendo que no había logrado lo que quería. La idea era demostrarle a Pun que le interesaba Dean, y apenas había empezado.

Qué coraje consigo mismo por no saber fingir.

— No me dijiste que íbamos a venir aquí después. Pensé que solo era la cena.

Moth estaba a punto de pedirle que se quedara, pero Pun habló primero:

— ¿Cómo conociste a Dean?

Moth dudó un instante. Por el tono y la mirada de Pun, tal vez su plan estaba funcionando mejor de lo que esperaba.

— Pues... nos conocimos aquí. Él se me acercó a platicar — dijo Moth, observando su reacción, tal como esperaba. Quizás por el efecto del alcohol, Pun no logró ocultar lo que sentía como solía hacer.

— ¿Hasta el punto de invitarlo a salir juntos?

— Mmm... salir con alguien así es... divertido.

— ¿Vas a regresar conmigo ahora?

Moth lo miró fijamente, respiró hondo y respondió con firmeza:

— No, quiero quedarme un rato más. Pero tú vete, no se te olvide lo que tienes que hacer.

Esta vez Pun se quedó callado mucho tiempo. En ese momento Moth sintió una lástima enorme por él y se preguntó si no estaba siendo cruel con su amigo. Pero apartó ese pensamiento rápido: sabía que dejar que Pun siguiera queriéndolo en secreto para después decepcionarlo sería aún peor.

Así que tenía que ser fuerte y terminar esto ahora mismo.

— No te preocupes por mí. Dean se encarga de mí.

— Entonces me retiro.

— No te acompaño...

Pun dudó otra vez, pero al final sonrió y respondió con esfuerzo:

— Está bien...

Moth se alejó de él y regresó de inmediato al bar, esperando que la oscuridad ocultara la culpa que le crecía en el pecho.

Perdóname, Pun. Pero supéralo pronto y volvamos a ser los amigos de siempre. Te prometo que no te voy a lastimar y que seré el mejor amigo que tengas.

Pensó que eso lo haría sentir mejor, pero no fue así...

A veces Moth odiaba ser como era.

Regresó a la mesa y se bebió de un trago lo que tenía, dejando a Dean extrañado por lo que habría pasado. Ten, al verlo volver solo después de haber salido con Pun, preguntó:

- ¿Y el doctor Pun?
- Ya se fue.

Dean no entendía nada, mientras que Ten exclamó:

- ¿Qué? ¿Cuándo?
- Ahorita mismo.
- Vaya... pues yo me voy, Dean. Ya me preocupa mi hija.

Ten no esperó a ver qué decía Dean. Agarró su mochila grande y salió corriendo.

Salió del bar y vio a Pun a lo lejos. Salió tras él corriendo.

- ¡Doctor Pun! ¡Doctor Pun!

Pero Pun no lo escuchó. Subió a un taxi que estaba parado en la acera y el auto se fue rápido.

Ten casi se queda tirado en la banqueta, frustrado consigo mismo. Tuvo la oportunidad de estar con la persona que le gusta y ¿un tipo tan común como él solo pudo llegar a eso?

Estaba ahí desanimado cuando el taxi de Pun regresó, bajó la ventanilla y le habló.

- ¿Qué pasa, Ten? Te vi corriendo detrás de mí.

Ten se sorprendió, nervioso y ansioso, pero después de un momento se decidió a hacer lo que tenía planeado y nunca se atrevía: sacó una caja de galletas y se la entregó.

— Se las traje, para agradecerle que cuidara a Madmoiselle.

Pun dudó un poco, pero al final sonrió y le dio las gracias.

— Gracias.

Al ver esa sonrisa Ten casi pierde el juicio. Sabía que probablemente solo estaba siendo amable, pero aun así seguía enamorado, sobre todo cuando Pun dijo:

— Cuando tengas tiempo, podemos volver a vernos.

— Sí.

Pun le sonrió, subió la ventanilla y el auto se marchó. Ten se quedó mirándolo ir mientras el corazón le iba a mil por hora.

Mientras tanto, Dean y Moth se quedaron solos en el bar, hombro con hombro porque ya había más gente. Dean se acercó para romper el silencio que llevaban demasiado tiempo guardando.

— ¿Por qué me llamaste hoy?

— ¿No podía?

— Llevabas días sin decir nada.

— Simplemente me dieron ganas de llamar y lo hice.

— Ah, o sea que me ves como algo que se usa y se tira.

Moth sabía que Dean solo quería molestarlo con tonterías, pero andaba de tan mal humor que no pudo dejarlo pasar.

— ¿Puedes dejar de decir esas cosas? Es muy molesto.

Pero Dean no paró. Sabía que se estaba metiendo en terreno peligroso, pero de alguna manera le resultaba desafiante.

— ¿Qué tiene? Si es verdad.

— ¿Y quién dijo que me iba a conquistar? Ni siquiera te vi intentarlo una sola vez.

— Es que para que algo funcione tiene que haber respuesta, ¿no? Yo te pedí tu Instagram, lo justo es que tú me escribieras.

— Seguramente hablas con tanta gente que ya ni encuentras nuestra conversación.

— Sabes, si fueras un poquito menos gruñón, serías mucho más guapo.

Moth giró la cara para responderle, pero Dean le sostuvo suavemente la barbilla y le dijo antes:

— Pero aun así, ya eres muy guapo.

Se volvieron a mirar a los ojos. Esta vez Moth se le olvidó todo el coraje. Esa mirada oscura y profunda parecía hipnotizarlo, haciéndolo sentir calor otra vez...

Y Dean también... de pronto sintió que esos labios finos y rosados, que solo soltaban palabras desagradables, le daban muchísimas ganas de tocarlos y besarlos.

Cuando los dos estaban como hechizados, el DJ empezó a poner una canción nueva...

*You look at me, and I look back
You stare at me, and I stare into your eyes*

*You look into my eyes, and I look into yours
You stare at me, and I stare at you*

*[*Me miras, y yo te miro*
Me clavas la mirada, y yo te clavo mis ojos
Me miras a los ojos, y yo te miro a los tuyos
Me observas, y yo te observo]*

La canción era muy cursi, aunque la versión que puso el DJ era más movida. La letra seguía siendo de lo más empalagosa.

Pero dicen que...

¿No es cierto que muchas veces nos enamoramos de la forma más cursi?

El tiempo pareció detenerse un instante, pero fue Moth quien recuperó el control primero. Se apartó rápido cuando Dean hizo ademán de acercarse a su cara.

— Me voy.

— ¿Qué? — preguntó Dean confundido, como si lo hubieran despertado de un sueño y no hubiera dormido bien.

— Que me voy.

Dijo Moth sin hacerle caso y empezó a caminar. Esta vez Dean sí se enojó de verdad, corrió tras él, lo agarró del brazo y le dijo furioso:

— ¡Oye! Me llamas para que venga y cuando por fin nos vemos, ¿me sueltas así de fácil?

Normalmente Dean nunca retenía a nadie: el que quería venir venía, el que quería irse se iba. Pero ahora esta persona lo estaba sacando de quicio.

Moth dudó un segundo ante la reacción de Dean, pero su orgullo pudo más, se soltó y le contestó con la misma dureza:

— ¿Y por qué gritas? Nunca acordamos hasta qué hora nos íbamos a quedar...

— Vaya, qué desgraciado.

— Si no te gusta, dejamos de hablar y ya.

Por primera vez alguien lo hizo enojar tanto que le dieron ganas de golpear algo.

Pero no hizo nada de eso. Regresó adentro del bar refunfuñando y maldiciéndolo por dentro.

Qué tipo tan insoportable... guapo, pero qué maldita sea la madre que lo parió.

Mientras tanto, Moth se dispuso a irse a casa, pero no pudo. Le dio culpa haber dejado a Dean tan molesto. No era justo haberse ido así sin más, sobre todo cuando lo había buscado solo para usarlo.

Otra vez salió a flote su rechazo hacia sí mismo, y después vino el coraje.

Regresó al bar con la intención de pedirle perdón —tal vez no de frente, pero al menos quedarse y acompañarlo—. Pero apenas entró, lo que vio le hizo querer darse la vuelta de inmediato.

Ese que hace unos segundos estaba furioso porque lo habían dejado solo, ahora estaba bailando contentísimo con otro chico guapo, como si fuera otra persona.

Moth suspiró, aceptó lo que veía, echó la culpa a otro lado y se dio la vuelta, con un pensamiento hirviéndole por dentro.

De nada sirve preocuparse por a quién lastimas...

¡Porque hay gente que también está lista para lastimarte a ti!





CAPÍTULO 6

Hoy era el cumpleaños de Moth.

Pero él nunca le había dado mucha importancia a esa fecha.

Para Moth no era más que un día cualquiera que pasaba, igual que todos los años anteriores.

Mientras que a mucha gente le gusta rodearse de amigos y familia o hacer fiestas, Moth creía que un buen cumpleaños debía ser lo más sencillo posible.

Y sobre todo, quería pasarlo solo.

Tal vez pasar un día que todos consideran importante sin tener a nadie alrededor servía para recordar una verdad:

Al final, la única persona indispensable para ti eres tú mismo.

Por eso Moth tenía una regla muy clara.

El día de su cumpleaños nadie podía buscarlo.

Nada de felicitaciones.

Nada de llamadas.

Nada de visitas.

Solo quería que lo dejaran en paz.

Sus padres conocían su forma de ser y respetaban su decisión, por eso le habían llamado el día anterior para felicitarlo.

Pun también lo sabía.

De hecho ya lo habían celebrado dos días antes, con cena y regalo incluido.

Aun así, esa mañana Pun le mandó un mensaje.

Pun: *Feliz cumpleaños, amigo. Sé que no te gusta que te feliciten justo el día de hoy, pero... déjame ser la excepción, por favor.*

Moth se puso tenso al leerlo.

No solo por la felicitación en sí.

Lo que más le molestó fue esa frase: “*déjame ser la excepción*”.

Le hacía pensar demasiado.

Y sobre todo, le pareció una señal más de que Pun estaba empezando a cruzar los límites de esa amistad.

Moth ya lo venía sospechando desde hacía tiempo.

Las pequeñas señales siempre habían estado ahí.

Probablemente Pun sentía algo por él que iba mucho más allá de la amistad.

El problema era que nunca hablaba de ello.

Nunca lo admitía.

Nunca sacaba el tema a la luz entre los dos.

Si se tratara de cualquier otra persona, Moth ya lo habría encarado directamente.

Le habría preguntado.

Habría tenido una respuesta.

Y si fuera necesario, cortaría la relación antes de que eso se convirtiera en un problema más grande.

Pero Pun era diferente.

Era el único mejor amigo que Moth había tenido en su vida.

Y no podía ser cruel con él de la misma forma que lo era con los demás.

Así que durante mucho tiempo solo se limitó a esperar que ese sentimiento se fuera solo.

Que Pun lo superara.
Que los dos siguieran siendo amigos.
Sin que nadie saliera lastimado.

Pero esperar no parecía estar funcionando.
Moth tendría que apresurar las cosas.
Pensó que con llevar a Pun a conocer a Dean y fingir un poco que le interesaba sería suficiente.
Pero después del mensaje de esa mañana se dio cuenta de que probablemente no bastaba.
Tendría que seguir con eso un tiempo más.
Hasta que Pun realmente lo creyera.
Hasta que se rindiera.

Moth abrió Instagram.
Y llamó a Dean.

No estaba seguro de que fuera a contestar.
La última vez que se vieron no terminó precisamente bien.
Pero en ese momento Moth no tenía otra opción.

—¿Diga?
Dean contestó.
Moth respiró hondo.
—¿Estás libre?

—No.
Moth se quedó callado.
Sabía que debía pedir perdón, pero las palabras no salían.
Dean, por su parte, sabía que lo más sensato sería colgar.
Pero el gusto secreto de ver que Moth volvía a buscarlo le dificultó seguir fingiendo que estaba enojado.

—¿Por qué?

Por el tono de voz, Moth entendió que Dean no estaba tan molesto como para no volver a hablarle.

Así que decidió saltarse las disculpas.

Fue directo al grano.

—Está bien. La regla será la siguiente: solo hablamos cuando tengamos ganas de hablar y solo nos vemos cuando tengamos ganas de vernos.

Pero cuando quedemos en algo, definimos de antemano cuánto tiempo vamos a estar juntos. Así no te dejo tirado a mitad de camino otra vez.

Dean se quedó callado unos segundos.

—Eso suena mucho más justo.

Hizo una pausa.

—¿Y por qué me llamaste?

—¿No dijiste que querías coquetear conmigo?

Dean sonrió.

—Lo dije.

—Pues entonces hazlo.

Moth siguió diciendo:

—¿Y qué es lo que te hace querer coquetear con alguien?

Dean lo pensó un momento y respondió:

—¿Estás libre hoy?

Moth esperó un instante.

—Vamos a salir, como si fuera una cita.

Dean y Moth se detuvieron frente a una sala de juegos interactivos dentro de un centro comercial muy conocido. Un letrero de colores brillantes parpadeaba sobre la entrada y se reflejaba en el piso liso y reluciente. De adentro salían risas, pasos apresurados y el sonido electrónico de las máquinas. Dean levantó la vista hacia el frente, incrédulo.

Nunca se hubiera imaginado que la primera cita —y encima idea de Moth— sería en un lugar así.

Para Dean, la palabra cita normalmente significaba restaurante, luces bonitas, música suave, algún lugar bonito para tomar fotos y que todo se viera bien en las historias. Pero lo que tenía enfrente parecía requerir esfuerzo físico de verdad.

—¿Esto es en serio lo que quieres hacer? —le preguntó mirándolo de reojo.

Todavía intentaba entender qué clase de persona era ese hombre.

Moth se encogió de hombros, como si fuera lo más normal del mundo, aunque con un brillo desafiante en la mirada.

—Normalmente a esta hora ya estaría haciendo ejercicio. - Lo miró a Dean.

—¿Por qué? ¿Te da miedo cansarte?

Ese tipo de provocaciones siempre funcionaban: la duda de Dean desapareció al instante y se volvió hacia él.

—Oye... ¿y quién debería tener miedo aquí?

Ya no había vuelta atrás: tenía que aceptar el reto. Moth levantó un poco la barbilla.

—Por favor. Yo fui deportista.

Intentaba parecer totalmente seguro de sí mismo, aunque por dentro empezaba a sospechar que tal vez se estaba jactando de lo equivocado.

Dean abrió un poco los ojos.

—¿En serio? ¿Artista y deportista a la vez?

Lo dijo arrastrando las palabras a propósito, y se notaba en su mirada que se estaba divirtiendo.

—Exactamente —respondió Moth con cara seria—. Soy un hombre completo.

Esa última frase le salió demasiado rígida, como si estuviera haciendo un esfuerzo enorme por no reírse. Dean se dio cuenta.

—¿De qué deporte? ¿Esgrima?

Moth terminó por reírse. Dean sintió una satisfacción tonta: solo quería sacarle una sonrisa y había logrado que se riera a carcajadas. Ganancia.

—¿Qué pasa? —preguntó Moth.

Dean negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Nada.

Moth apartó la mirada hacia la entrada, como si no quisiera admitir que el ambiente entre los dos se había relajado mucho.

Adentro el lugar era más grande de lo que esperaba Moth. El piso negro estaba dividido en cuadros luminosos, y en las paredes laterales había decenas de botones redondos de todos los colores, dándole el aspecto

de un parque de diversiones para adultos. Una música electrónica acelerada sonaba de fondo. Las luces cambiaban constantemente mientras la pantalla les indicaba qué colores pisar y qué botones presionar en las paredes.

Al principio los dos estaban completamente perdidos. Se encendía una luz a la izquierda y uno de los dos iba a la derecha. Casi se chocan de hombros más de una vez.

—¡Izquierda! —gritó Dean.
Y pisó a la derecha.

Moth lo miró de inmediato.
—Eso es la derecha.

El juego no dejaba tiempo para pensar: los cuadros se encendían uno tras otro obligándolos a seguir el ritmo. Corrían cortas distancias, se detenían de golpe, esquivaban las luces rojas, se agachaban para alcanzar botones bajos y luego estiraban los brazos al máximo para tocar los que estaban más altos.

—¡Arriba! —avisó Dean.
Moth saltó y acertó justo a tiempo. Se giró sin aliento.

—¿Puedes avisar un poquito antes?
Dean se reía cada vez que fallaba, pero poco a poco la risa se mezcló con la respiración entrecortada.

—Perdón... mi cerebro no va tan rápido.

Moth todavía intentaba mantener la dignidad, pero ya le corría el sudor por las sienes y le costaba respirar. Cuando el juego se aceleró, ninguno tuvo tiempo de preocuparse por la postura o elegir bien las palabras.

—¡Dean, atrás!

Moth lo agarró del brazo y lo jaló hacia atrás justo antes de que una luz roja se apagara bajo sus pies. Dean tambaleó... y se rió.

El cansancio fue derribando las barreras entre ellos una por una. Al rato solo quedaban respiraciones agitadas, risas, gritos de aviso y movimientos casi sincronizados. Lo que debía ser molesto terminó cobrando su propio ritmo.

Y extrañamente, se entendían perfectamente.

Cuando la puerta por fin se abrió, salieron completamente sin aliento. Dean se dobló apoyando las manos en las rodillas, respirando hondo como si acabara de escapar de algo.

Moth se recargó en la pared intentando mantener la cara seria, pero su pecho subía y bajaba con fuerza y eso lo delataba todo.

Dean tenía el pelo pegado de sudor y la camisa de Moth se le empezaba a humedecer en la espalda.

Aun así los dos estaban sonriendo. Dean se volvió hacia Moth y se rió otra vez; todavía no podía creer que ese hombre tan reservado se hubiera soltado tanto jugando.

Moth fingió que no le importaba, pero se le notaba mucho más animado que cuando entró.

Parecía que el cansancio les había quitado toda la energía que gastaban en ponerse barreras el uno al otro, y solo quedaba una cosa clara: se habían divertido.

Y tal vez la persona que tenía al lado no era tan insoportable como creía.

Antes de que se diera cuenta, Dean ya estaba señalando la siguiente sala. Moth lo siguió sin quejarse.

La siguiente actividad era más para trabajar en equipo que para competir. Casi se apagaron todas las luces y solo quedaron líneas azules recorriendo el piso y las paredes. Cuando empezó la cuenta regresiva, los dos se acercaron sin darse cuenta. Moth miraba con atención dónde tenía que pisar.

Dean, por un instante, se quedó mirando su perfil bajo esa luz tenue. Una sonrisa leve apareció en la cara de Moth; probablemente ni siquiera se dio cuenta de que estaba sonriendo, y Dean terminó sonriendo también.

Empezó el juego: tenían que cambiar de posición, correr, agacharse, esquivar y tocar símbolos que aparecían en varios sitios a la vez. El ritmo se fue acelerando, las piernas empezaron a pesarles, las manos les ardían de tanto presionar botones y ya no les daba el aire para seguir el compás de la música.

—Tú vas a la derecha, yo me quedo a la izquierda —dijo Dean deprisa.

Moth asintió.

Al segundo siguiente cambiaron las luces.

—¡Cambio!

Los dos giraron en direcciones opuestas, pasaron tan cerca que casi se rozan los hombros y Dean perdió el equilibrio.

—¡Eh!

Moth lo agarró de la muñeca y lo jaló de vuelta al cuadrado verde.

Dean iba a darle las gracias pero sonó la alerta del juego.

—¡Atrás!

Moth se dio la vuelta y presionó el botón de la pared justo a tiempo. Siguieron corriendo, y durante unos segundos se quedaron con las manos unidas más tiempo del necesario.

—Ya puedes soltar, ¿no? —dijo Moth.

Le salió la voz más baja de lo que quería, probablemente porque todavía no tenía aire para que sonara firme. Dean miró su mano y la soltó de inmediato.

—Solo no quería que te cayeras.

Moth estaba demasiado cansado para apartarlo con su rapidez habitual, y Dean estaba demasiado ocupado intentando respirar como para pensar en alguna broma. Solo quedaba el calor en la muñeca y el ritmo del juego: hasta terminar esa etapa tendrían que seguir confiando el uno en el otro.

Cuando por fin apareció la palabra CLEAR en la pantalla, Dean celebró primero.

—¡Lo logramos!

La emoción se le cortó por falta de aire. Se volvió hacia Moth y le tendió la mano.

—Lo logramos.

Moth miró la mano un instante y luego le dio un golpe suave.

—¿Quién dijo “lo logramos”? Yo te tuve que cargar.

El choque de manos duró apenas un segundo.

Pero el impulso los hizo acercarse: hombro con hombro, todavía sin recuperar el aliento.

Se sentía el olor sutil de sudor mezclado con perfume. Estaban demasiado cerca como para fingir que no lo notaban. Dean se detuvo al ver a Moth sonreír tan cerca: no era esa sonrisa irónica de siempre, ni una sonrisa educada, era genuina. Se le había escapado porque Moth estaba demasiado cansado para seguir fingiendo.

—Estás sonriendo —dijo Dean, mucho más bajo de lo que había hablado durante todo el juego.

Moth pareció darse cuenta recién en ese momento. La sonrisa se le congeló en la cara y enseguida apartó la mirada.

Cuando terminaron todas las actividades, Moth le entregó una botella de agua a Dean.

Estaba sentado intentando recuperar el aire. Dean bebió varios tragos y luego miró a Moth, que se veía extrañamente tranquilo.

—¿Y tú no estás cansado?

Moth simplemente se encogió de hombros. Dean entrecerró los ojos.

—Ah, cierto... dijiste que fuiste deportista.

De repente Moth se rió. Dean se dio cuenta.

—¿De qué te ríes?

—¿Ves el sudor?

Señaló su camisa que estaba empapada y luego levantó el reloj mostrando los latidos de su corazón.

—Y mira esto. ¿Todavía hace falta preguntar si estoy cansado?

Dean frunció el ceño.

—Entonces es que simplemente controlas muy bien lo que sientes.
Aunque estés agotado, no se nota.

Se detuvo.

—Oye... ¿eso significa que mentiste cuando dijiste que eras deportista?

—No mentí.

Respondió Moth con la mayor seriedad posible:

—Sí fui deportista.

Dean esperó.

—De bolos.

Dean se quedó mirándolo sin decir nada y Moth empezó a reírse.

—Con lo inteligente que soy, ¿crees que iba a practicar cualquier otro deporte? De chico estaba enfermo todo el tiempo: me resfriaba casi cada semana, me desmayaba al sol, tenía alergia cada vez que llovía...

—Pero ahora te ves perfectamente bien.

Dean le tomó del brazo.

—Y además tienes músculos.

Moth miró la mano de Dean y luego su propio brazo.

—Fui creciendo, ¿no? Uno trabaja en lo que antes era su punto débil.

Seguía sonriendo. Dean sacó el celular y le tomó una foto. Moth se detuvo.

—¿Por qué me tomaste foto?

—Es raro verte sonreír. Quiero guardarla para verla después.

—Exagerado. Yo sonrío todo el tiempo.

—¿Cuándo?

Dean levantó una ceja.

—¿Sonríes más de diez segundos al día?

Algo extraño empezó a crecerle dentro a Moth, pero no quería darle importancia así que cambió de tema.

—Yo elegí la primera actividad.

Guardó el celular.

—Ahora te toca a ti. ¿Qué quieres hacer?

Dean lo pensó: por fin le tocaba elegir después de que Moth lo hubiera llevado a algo totalmente distinto a lo que él consideraba una cita normal. Se le fue abriendo la sonrisa y Moth desconfió de inmediato.

—¿Por qué esa cara?

Dean no respondió, solo señaló con la cabeza unas cabinas de fotos coloridas bajo luces de neón.

—Por aquí.

Tomó la iniciativa con la seguridad de alguien que por fin estaba en su terreno.

Minutos después estaban los dos apretados hombro con hombro dentro de una cabina de fotos. El ambiente no podía ser más distinto al de la sala de juegos.

Dean se agachó frente a la pantalla y eligió rápidamente el estilo de las fotos, como si por fin estuviera en su verdadero elemento.

Moth, de brazos cruzados, lo miraba sin dar crédito.
Lo que había elegido Dean era tan clásico que casi parecía cursi.

—¿Esto es lo que quieres hacer?
Dean lo miró.

—¿Es lo único que se te ocurrió decir?

—¿Y qué? Es algo clásico.

Moth intentó pagar, pero Dean fue más rápido, pasó la tarjeta primero y se puso delante de la máquina bloqueándolo con el cuerpo. La pantalla empezó la cuenta regresiva. Primera foto. Moth se quedó completamente rígido. Dean tuvo que girarse hacia él.

—Sonríe un poco... ¿no es esto una cita?
Los números iban bajando.

Diez.

Nueve.

Ocho.

—Una cita no tiene por qué llevar sonrisa.

—Pero para tomar foto sí...

Moth giró la cara para replicar y la máquina no esperó. El flash estaba a punto de dispararse. Dean se acercó todavía más con esa sonrisa desafiante que parecía decirle que no iba a escapar. En el último segundo Moth levantó un poco las comisuras de los labios: una sonrisa forzada, pésima. Dean soltó la carcajada.

—¿Eso es sonreír?

Le tomó la cara con una mano y lo giró suavemente hacia la cámara. El flash disparó.

La primera foto quedó con Moth sonriendo a la fuerza y Dean al lado riéndose a gusto. En la siguiente Moth se vengó: levantó la mano e intentó empujar la cara de Dean fuera del encuadre. Dean se apartó riendo. En ese espacio tan reducido empezaron a chocar el uno con el otro:

hombros, brazos, manos. En cada cuenta regresiva, en lugar de posar tranquilos, se disputaban el lugar frente a la cámara y se provocaban mutuamente. En una de ellas Dean hizo el gesto de victoria mientras Moth se mantenía impasible.

En la siguiente, Moth intentó taparle media cara a Dean, pero Dean alcanzó a poner la cara al lado de la suya segundos antes de que el flash se disparara.

Hasta que los dos se movieron a la vez. Dean se inclinó hacia la izquierda y Moth giró la cara justo en ese instante. La distancia entre ellos se redujo muchísimo. Las risas que llenaban la cabina se callaron al mismo tiempo. Moth levantó la vista y se encontró con la mirada de Dean. La luz rosa de la pantalla se reflejaba en sus rostros mientras la máquina seguía contando, ajena a todo lo que estaba pasando. El flash disparó y ninguno de los dos miró a la cámara. La foto no quedó graciosa: quedaron demasiado cerca, mirándose el uno al otro, y las sonrisas de antes se iban apagando poco a poco.

Y algo distinto empezó a aparecer en su lugar. Algo que ninguno de los dos sabía nombrar. Como siempre, Moth decidió no hacerle caso.

El plan había funcionado. Moth subió una de las fotos con Dean a sus historias y Pun las vio... de hecho las vio todas. Eso significaba que ya se había dado cuenta de que Moth estaba pasando su cumpleaños con Dean, precisamente el día en que todos los años no dejaba que nadie se le acercara. El mensaje era claro: Dean era especial. Era exactamente lo que Moth quería que Pun creyera. Esperaba que con ese pequeño detalle él se diera por vencido y volviera a verlo solo como un amigo.

Así Moth ya no tendría que seguir fingiendo que salía con ese loco. Volvió a mirar las fotos: era imposible no ver que parecían una pareja.

Tal vez por las poses.

Tal vez por esa foto en la que habían quedado demasiado cerca.

O tal vez por algo invisible.

Moth ya había escuchado a gente obsesionada con juntar parejas — reales o de ficción— hablar de química.

Nunca lo había entendido bien.

A veces ni siquiera creía que existiera de verdad.

Pero mirando esas fotos con Dean, no podía evitar sospechar que tal vez fuera eso.

Qué locura.

Deja de decir tonterías.

Sacudió esos pensamientos de la cabeza.

La realidad era sencilla: había ido a esa cita fingida con Dean para que Pun se rindiera, y ya le estaba costando bastante trabajo.

—Quédate con ellas. No las quiero.

Moth le entregó las fotos impresas a Dean.

—Pedí dos.

Dean le mostró la otra copia.

—Una para cada uno.

Moth tomó la suya de mala gana.

Un rato después Dean le preguntó:

—¿Quieres hacer algo más?

—No se me ocurre nada.

Moth guardó el celular; lo de ese día ya le parecía más que suficiente.

—¿Nos vamos?

Dean lo miró con cara de indignación.

—¿Qué dices?

—¿Quién fue el que prometió que cuando nos viéramos íbamos a pasar tiempo de calidad?

—Llevamos casi seis horas juntos. ¿No es suficiente?

Antes de que Dean contestara, le vibró el celular. Lo tomó y respondió a un mensaje sonriendo. Moth lo vio y suspiró: seguramente alguna conquista. Dean levantó la vista.

—Un amigo me invitó a ir al bar de siempre.

—¿Amigo de verdad?
Dean sonrió.

—Claro que sí. Un amigo.
Se inclinó un poco hacia él.

—¿Por qué? ¿Tienes celos?

—No.

Respondió Moth al instante.

—Si te están esperando en otro lado, ve. Aquí nos separamos.
Hizo un gesto con la mano.

—Adiós.
Se dio la vuelta.

Dean le habló antes de que se fuera:
—Hoy es tu cumpleaños, ¿verdad?

Moth se detuvo y se giró despacio.
—¿Cómo lo sabes?

—Porque me fijo en las cosas.
Dean se encogió de hombros.

—¿Cuándo conoces a alguien no te fijas en cuándo cumple años?

—No.

—Pues entonces no hace falta que preguntes el mío.

Dean sonrió.

—Nací el veinte de noviembre.

Moth frunció el ceño.

—¿Y por qué me cuentas esto? No te voy a regalar nada.

—No te lo pedí.

Dean siguió sonriendo.

—Entonces... ¿qué vas a hacer?

Moth esperó.

—Siendo tu cumpleaños... ¿te vas a ir solo a casa?

Dean inclinó la cabeza.

—¿No es un poco triste?

—¿Por qué? ¿Acaso no puedo querer estar solo en mi cumpleaños? —

Moth se cruzó de brazos.

—Llevo más de diez años pasando mi cumpleaños solo y no me he muerto por eso.

Dean le respondió al instante:

—¿Entonces por qué hoy saliste conmigo?

Moth se quedó callado.

—Te sentías solo, ¿verdad?

Moth no contestó.

Sabía que no tenía caso discutir. Dean se encogió de hombros.

—Tú sabrás.

Hizo una pausa.

—El cumpleaños pasa una vez al año. Si quieres irte a encerrar a tu cuarto, allá tú.

Moth lo miró directamente a los ojos.

—¿Quién dijo que me voy a ir a casa?







CAPÍTULO 7

Dean titubeo.

No podía negar que esa persona que tenía enfrente siempre lograba sorprenderlo.

Un gran barco blanco de cenas-crucero se alejaba lentamente del muelle.

Tenía dos cubiertas y se deslizaba suavemente por las aguas del río Chao Phraya. En la cubierta superior había una terraza abierta decorada con pequeñas luces cálidas a lo largo de la barandilla. En la inferior, un comedor con paredes de cristal ofrecía una vista panorámica de las luces de la ciudad desde casi cualquier ángulo.

Mientras el barco avanzaba siguiendo la corriente, el motor producía una vibración suave bajo el suelo de madera. Casi imperceptible, se mezclaba con el leve vaivén de las olas y le daba a esa noche la sensación de estar flotando.

Era como si el barco no tuviera prisa por llegar a ningún lado. Como si su única misión fuera mantener a todos ahí, atrapados en ese momento.

La luz dorada del comedor se reflejaba sobre los manteles blancos. Había música en vivo sonando bajito, mezclada con el murmullo de las conversaciones: lo suficientemente fuerte para crear un ambiente agradable, pero no tanto como para molestar a quien quisiera hablar. Al otro lado de los grandes ventanales, las dos orillas del río pasaban lentamente.

Rascacielos iluminados.

La sombra de templos junto al agua.

Puentes a lo lejos.

Todo se reflejaba en el río en líneas brillantes, como si toda Bangkok latiera al mismo ritmo que el barco.

Dean estaba sentado junto a la ventana con Moth.

Recorrió la vista el paisaje antes de volver a mirarlo, todavía sorprendido y admirado.

Dean todavía no podía creer que el plan original de Moth para su cumpleaños fuera cenar ahí completamente solo.

—¿Entonces esto era lo que tenías pensado... reservar esta cena para venir solo?

Dean miró a su alrededor.

—Esto es de locos.

—¿Por qué? Es mi cumpleaños. Hago lo que se me da la gana.

—Pero...

Dean se encogió de hombros.

—¿De verdad te parece un lugar para venir solo?

Moth le lanzó una mirada de reojo.

—Si no dejas de juzgarme, puedes tirarte al río y nadar de vuelta a casa.

El tono era el de siempre: brusco y cortante. A primera vista Moth parecía molesto, pero Dean empezó a notar que esa rudeza no siempre significaba enojo de verdad.

Muchas veces era solo una forma de evadir la conversación. Un muro. Tal vez un muro que Moth levantaba tan automáticamente que ni siquiera se daba cuenta. Y una vez que Dean empezó a verlo así, esa lengua afilada y esa postura de quien está listo para echar a cualquiera le dejaron de parecer tan amenazantes.

Al contrario: había algo extrañamente tierno en ello. Era como si Moth hiciera un esfuerzo enorme por parecer duro frente a todo el mundo, cuando en el fondo tal vez no fuera tan fuerte como aparentaba.

—Está bien, está bien, me rindo.

Dean levantó las manos.

—Menos mal que vine yo hoy, así nadie va a pensar que estás loco.

—A cambio, me toca cenar con un loco como tú.

Moth le respondió con la misma sequedad, pero una pequeña sonrisa se le escapó en la comisura de los labios. Dean le devolvió la sonrisa: estaba empezando a entender el lenguaje de ese hombre.

Volvió a mirar Bangkok al otro lado del cristal. Al principio miles de luces se veían frías y lejanas, como si la ciudad tuviera un ritmo propio al que era difícil llegar si no la conocías. Pero cuanto más miraba, más se acostumbraba a las sombras y reflejos, y empezaron a notarse pequeños detalles escondidos entre los edificios, la orilla del río y el agua.

Cuando se dio cuenta, ese paisaje que al principio parecía duro le daban ganas de seguir mirándolo. Tal vez Moth era igual: difícil de alcanzar, áspero.

Siempre poniendo barreras.

Pero si Dean no se apresuraba a juzgarlo y se tomaba el tiempo de observarlo bien, tal vez también descubriera que tenía algo brillante escondido dentro.

En ese momento el camarero les sirvió vino espumante a los dos. Dean levantó su copa proponiendo un brindis con una sonrisa. Moth suspiró. Sin saber muy bien cómo habían terminado ahí, también levantó la suya. Las copas chocaron suavemente.

Después de cenar fueron retirando los platos uno a uno. Solo quedaron sobre la mesa las copas de espumante, brillando doradas bajo las luces del barco. Dean se disculpó para ir al baño. Moth tomó su copa y salió a la terraza. La brisa le movía suavemente la camisa. Se quedó mirando el agua abajo, golpeando el casco con un ritmo constante.

Todo parecía tranquilo. Tan tranquilo que daba la impresión de que toda la ciudad había bajado el volumen para dejarlo realmente solo, justo el día que había planeado pasar completamente aislado. Las orillas del río Chao Phraya pasaban lentamente a su lado. Moth levantó la copa y bebió despacio. Tenía la mirada perdida a lo lejos, como si quisiera que todos esos pensamientos revueltos se fueran con la corriente. No se dio cuenta de que Dean había vuelto. Ni de que se había detenido a unos metros de él. Dean no dijo nada al principio, solo lo observó. A Moth bajo la luz del barco. Esa calma que no era del todo pacífica. Esa dureza que parecía suavizarse un poco con cada soplo de viento. Entonces sacó el celular.

Tal vez quería guardar una prueba de que, en su cumpleaños, día en que Moth pensaba estar totalmente solo, hubo al menos un momento en que no se veía tan solo.

—Gira un poco la cara hacia la cámara.

Moth se asustó y se giró de golpe. Dean lo corrigió:

—No tanto. Quédate como estabas, solo muestra un poquito más la cara.

—¿Qué estás haciendo?

—No es nada difícil. Solo quédate así.

Dean se rió.

—¿Por qué tienes que oponerte a todo?

Moth estuvo a punto de responder con alguna pulla, pero se dio cuenta de que la mirada de Dean no tenía burla ni exigencia. Era más suave que sus palabras, casi como si le estuviera diciendo sin hablar: confía un poquito en mí.

Moth se calló y esa resistencia automática suya empezó a ceder. Volvió a colocarse como estaba.

—Así, quédate ahí.

Dean levantó el celular.

—Levanta un poco la copa, o dale un trago si quieres.

Moth lo hizo y Dean tomó la foto. Al rato se la mandó. Moth la abrió sin esperar gran cosa y se quedó quieto: salía mucho mejor de lo que imaginaba. La luz suave del barco le suavizaba los rasgos, y al fondo el río y las luces lejanas de la ciudad parecían puestas ahí a propósito para que quedara perfecta.

La volvió a mirar: había algo en esa foto que lo sorprendió. No se veía forzada, no parecía una pose.

Se veía... él. Pero de una forma que nunca se había visto. Tal vez confiar en otra persona da más que solo una buena foto: tal vez permite que alguien te muestre un lado tuyo que tú solo nunca te atreverías a ver.

—¿Sabes qué ventaja tiene salir con alguien? —le dijo Dean—. Que te tomen fotos bien hechas en lugar de estar siempre con selfies.

Moth le contestó de inmediato:

—Pun también me toma fotos.

—¿Entonces por qué no saliste con él hoy?

—Porque decidí que en mi cumpleaños quiero estar solo.

Dean dio un trago al espumante y luego le preguntó con sinceridad:

—¿Por qué?

Moth levantó una ceja y Dean repitió:

—¿Por qué tienes que estar solo en tu cumpleaños?

Moth soltó un suspiro largo. Curiosamente, se sentía lo suficientemente cómodo para decir la verdad.

—Porque el cumpleaños es un día importante para uno. — Miró el río.

—Y un día importante deberías pasarlo con la persona más importante que tienes.

Dean esperó.

—Que eres tú mismo.

Siguió diciendo:

—Al menos así tienes tiempo para hablar contigo mismo, escuchar lo que realmente quieres, y quitar de tu vida lo que ya no necesita estar ahí.

Dean hizo una pausa.

—¿Y soplas la vela del pastel solo?

—No soplo nada.

Moth lo miró.

—Acabo de decir que elimino lo que no hace falta.

Dean se rió.

—Por lo que dices, suena muy solitario.

Moth le devolvió:

—¿Y el tuyo? ¿Cómo es?

Dean miró su copa.

—¿El mío?

Lo pensó un momento.

—Siempre es lo mismo.

Empezó a contarle:

—Reservo unas diez mesas, invito a un montón de gente. A algunos los conozco bien, a otros ni tanto. Me emborracho hasta caer, me quedo inconsciente y luego paso dos días con resaca.

Lo contó riendo.

Pero mientras hablaba se dio cuenta de algo extraño: los recuerdos de sus cumpleaños se mezclaban todos juntos. No podía distinguir un año de otro, y le costaba recordar algo que fuera realmente especial.

Sus cumpleaños lo tenían todo: gente, música, bebida, ruido.

Pero casi nada que pudiera llamar un recuerdo de verdad.

—Para ser sincero...

Dean suspiró.

—Apenas recuerdo lo básico, no me acuerdo de lo que pasó cada año.

Moth lo miró.

—¿Y eso no se siente solitario?

Añadió sin rodeos:

—Te lo pregunto en serio.

Dean dudó y no respondió de inmediato; la pregunta se le quedó dando vueltas en la cabeza.

—Admito que a veces sí.

Miró el agua.

—Pero creo que es normal. Al final todo el mundo se siente solo alguna vez. Hay que aprender a convivir con eso.

—Es verdad.

Por primera vez Moth estuvo de acuerdo sin dudar, sin ganas de contradecirlo. Y eso lo sorprendió: Dean parecía mucho más profundo de lo que aparentaba su forma de ser.

Dean levantó su copa otra vez y Moth dudó un instante antes de chocarla con la suya. El cristal sonó suavemente.

Antes de que pudieran beber, aparecieron dos camareros con un pastelito pequeño y una sola vela encendida en el centro que se movía con la brisa del río. Uno de ellos sonrió y empezó a cantar:

—Que los cumplas feliz...

Moth se quedó helado. Dean se sumó de inmediato sin ninguna vergüenza:

—Que los cumplas feliz...

Incluso empezó a aplaudir al ritmo, con los ojos brillando satisfecho por haber logrado su propósito. Moth seguía quieto con la copa en la mano.

—Que los cumplas, Moth, que los cumplas feliz...

Cantó Dean diciendo su nombre al final. Los camareros aplaudieron y algunas personas de las mesas de al lado también. Moth se sentía como si le hubieran roto a la fuerza una regla que llevaba más de diez años cumpliendo. Dean se inclinó hasta su oído:

—Solo por este año... intenta hacer algo que no sea necesario.
Moth giró un poco la cara hacia él.

—Los camareros hicieron todo ese trabajo, al menos sopla la vela.

Dean añadió:

—Y pide un deseo antes.

—Ya sé.

Moth cerró los ojos, pidió un deseo y apagó la vela.

—Feliz cumpleaños, señor Moth —dijeron los camareros.

—Gracias.

Le entregaron el pastel y Dean se ofreció a sostenerlo.

—Esa es otra ventaja de celebrar el cumpleaños con alguien.
Moth lo miró.

—Que te hagan una sorpresa.
Dean sonrió.

—Feliz cumpleaños.
Hizo una pausa.

—Espero que seas muy feliz.

Lo pensó un momento.
—La verdad es que no sé qué más desearte.

Y simplemente dijo:
—Me alegro de haberte conocido.

Moth sonrió. Antes de que pudiera responder, Dean tomó un trozo pequeño de pastel y se lo llevó a la boca. Moth dudó, pero ya se había dejado llevar demasiado como para seguir resistiéndose a todo, así que aceptó.

Después Dean también comió un trozo y se le quedó un poco de crema en la comisura de los labios. Moth se dio cuenta.

—Te manchaste.

—¿Dónde?

Dean intentó limpiarse y falló. Moth señaló:
—Ahí.

Lo intentó otra vez y tampoco acertó. Moth suspiró, se acercó y con la punta de los dedos le limpió con cuidado la crema del borde de los labios. El roce duró solo un instante, pero en ese momento se quedaron mirándose a los ojos y todo el ruido alrededor pareció desaparecer.

Moth ya estaba retirando la mano cuando Dean la sujetó, como si todavía no quisiera soltarlo. Moth se quedó quieto y luego, despacio, abrió la mano y dejó que la palma descansara sobre la mejilla de Dean. Dean bajó suavemente la mirada, apoyó la cara en esa mano sin prisa y luego llevó los dedos de Moth por su propia mejilla. Despacio.

Milímetro a milímetro, hasta cerca de los labios, como si quisiera alargar ese instante mucho más de lo necesario. La distancia entre los dos pareció desaparecer y solo quedaba el aliento.

En ese momento un estallido lejano rasgó el cielo: colores se abrieron sobre el horizonte. Dean y Moth miraron hacia afuera casi al mismo tiempo, arrancados de ese pequeño mundo que habían creado. Fuegos artificiales estallaron sobre el río y la luz brilló sobre el Chao Phraya. Eran hermosos, tan hermosos como lo que Moth estaba sintiendo en ese instante.

—¿Esto también era parte de la sorpresa.

Dean dudó apenas una fracción de segundo y luego se encogió de hombros, intentando aparentar que todo lo tenía planeado.

Pero sus ojos lo delataban: él también acababa de ver los fuegos por primera vez. Moth se dio cuenta y soltó una risita baja.

Durante años todos sus cumpleaños habían pasado en silencio, casi sin dejar huella. Moth creía que estar solo era la forma más segura de proteger esos días importantes: sin felicitaciones, sin expectativas, sin

riesgo de que nadie te decepcione. Pero ese año estaba Dean: un pastelito, una canción que no había pedido, fuegos a lo lejos sobre el río, y una sensación que empezaba a meterse en su vida sin pedir permiso.

Ese día común que pensaba pasar solo se había convertido en un cumpleaños imposible de olvidar.

El taxi se detuvo frente al edificio de Moth. Dean pagó al conductor y recién entonces miró al pasajero que tenía al lado: Moth se había quedado dormido apoyado en su hombro. Una sonrisa suave apareció en el rostro de Dean. Se quedó mirándolo unos instantes, como si no quisiera despertarlo, y al final se inclinó:

—Oye...

Le habló bajito.

—Oye, ya llegamos.

Moth se despertó sobresaltado, con los ojos todavía nublados, parpadeó varias veces tratando de entender dónde estaba, y entonces se dio cuenta de dónde tenía apoyada la cabeza: en el hombro de Dean.

Se le subió un rubor inmediato a la cara y se apartó de golpe.

—¿Cuándo me quedé dormido? Ni me di cuenta.

Se llevó la mano a la nuca intentando disimular lo apenado que estaba. Dean sonrió.

—No sé si se puede llamar dormir a eso.

Moth lo miró.

—Fue más bien que se me apagó la luz.

Al mencionar el alcohol, los recuerdos de la noche empezaron a volverle en retazos: la música subiendo de volumen, las luces, copas levantadas en brindis tras brindis. Moth, que al principio pensaba tomar solo un poco por educación, se había dejado llevar porque se estaba divirtiendo mucho más de lo que esperaba. Perdió la cuenta de cuántas copas tomó y recuerda que se reía con mucha facilidad.

Hablaba más de lo normal, levantaba la copa cada vez que Dean proponía un brindis, casi como si quisiera compensar en esa noche todos los cumpleaños que había pasado en silencio. La diversión le había derribado las barreras y el alcohol hizo el resto.

Cuando se dio cuenta, se había quedado dormido apoyado en el hombro de Dean. Y ahora estaba ahí, frente a su casa. Se le volvió a calentar la cara, apartó la mirada y bajó del auto. Dean lo siguió, con esa sonrisa molesta de quien sabe algo que tú no sabes.

—¿Te acuerdas de todo o se te borró la memoria?

Se le notaba la provocación en la voz, pero la mirada era suave.

—Me acuerdo.

Moth respondió deprisa.

—No estaba tan borracho.

Pero le salió la voz mucho menos segura de lo que quería. Entró al vestíbulo y llamó al elevador. Dean lo siguió. Los pasos de los dos resonaban en el piso brillante en el silencio de la madrugada.

—¿Ah sí?

Dean siguió diciendo:

—Pero te quedaste dormido en el barco. ¿Tanto tomaste?

Moth mantuvo la cara seria.

—Solo no quería que se acabara el vino antes de que el barco atracara.

Se le notaba lo apenado al terminar la frase.

Llegó el elevador y se abrieron las puertas. Moth se giró hacia Dean con una sonrisa discreta, intentando que todo pareciera totalmente normal.

No le estaba saliendo.

—Gracias por traerme.

Iba a entrar cuando Dean le sujetó suavemente del brazo. Moth se giró.

—¿Puedes subir solo?

El tono parecía solo de preocupación, pero la mirada no.

—¿Quieres que te acompañe hasta el departamento?

Moth entendió perfectamente esa mirada, y notó con cierta molestia que su cuerpo reaccionaba mucho más rápido de lo que debía.

—Puedo solo.

Tragó saliva.

—Ya se me pasó el efecto. Ya no estoy borracho.

Dio un paso adentro y Dean entró detrás. Moth se detuvo y vio cómo Dean presionaba el botón. La puerta se cerró.

El silencio en ese espacio tan pequeño hizo que su corazón le latiera más fuerte. Dean habló como si fuera lo más normal del mundo.

—Es por si acaso no puedes caminar hasta la puerta.

Moth suspiró y no respondió. Se quedó mirando los números que iban cambiando en el tablero, pero sabía exactamente dónde estaba Dean: a su lado, demasiado cerca para fingir que no sentía nada.

Llegaron a su piso, Moth salió y Dean lo siguió hasta la puerta de su departamento. Moth se giró.

—¿Ahora te vas?

Dean se recargó en la pared del pasillo sin ninguna prisa.

—¿De verdad quieres que me vaya?

El corazón de Moth dio un salto. Aun así levantó una ceja.

—Esta apenas es nuestra primera cita.

Hizo una pausa.

—¿Y ya quieres entrar?

Dean le respondió al instante:

—¿Entonces cuántas citas hacen falta para que pueda entrar?

Parecía una broma, pero la forma en que lo miraba hacía que la pregunta pesara mucho más. Moth se quedó callado, con la respuesta casi en la punta de la lengua. Dean sonrió primero: sabía que si lo presionaba demasiado, Moth se echaría para atrás.

—Es broma.

Se apartó de la pared.

—Solo te acompañé hasta aquí. Ya me voy.

Se dio la vuelta y se fue por el pasillo.

Moth se quedó parado frente a la puerta viéndolo alejarse, entró y cerró.

Silencio... Se quedó recargado en la puerta: debería estar tranquilo, la noche había terminado. Pero el corazón se le seguía acelerando. En el pasillo Dean esperaba el elevador, presionó el botón y miró por última vez hacia la puerta cerrada de Moth. La sonrisa se le fue apagando, soltó un suspiro largo intentando convencerse de que con eso bastaba. Del otro lado de la puerta Moth no se había movido: la razón y lo que sentía lo tiraban en direcciones opuestas. La lógica le decía:

Cierra con llave.
Olvídalo.

Pero lo que sentía le decía otra cosa: si lo dejaba irse ahora, tal vez perdiera algo sin siquiera saber qué era. Moth maldijo entre dientes y de repente abrió la puerta.

Llegó el elevador y Dean empezó a entrar. En ese mismo instante Moth corrió por el pasillo y presionó el botón antes de que las puertas se cerraran del todo. Se volvieron a abrir. Dean dudó. Moth estaba ahí parado frente a él, sin aliento, con la cara encendida.

—Opa...

Dean apenas tuvo tiempo de reaccionar. Moth entró de golpe y el impulso hizo que Dean retrocediera hasta quedar pegado a la pared metálica. Quedaron cara a cara, muy cerca. El silencio hacía que la respiración agitada de Moth se oyera todavía más fuerte. Entonces Moth le preguntó sin rodeos:

—¿Te gusto?

Aunque la pregunta fue directa, se le notaba un leve temblor en la mirada. Dean lo sostuvo la mirada un instante sin apartarla.

—Sí.

Moth esperó y Dean terminó de decir:

—Muchísimo.

Se cerraron las puertas del elevador, como si los separaran del resto del mundo. La poca distancia que quedaba entre ellos era la última frontera entre la razón y todo lo que habían estado conteniendo toda la noche. Moth la rompió: sus labios se encontraron con los de Dean. Rápido, firme, sin darle casi espacio a dudar. Dean se sorprendió apenas un segundo y luego le correspondió con ganas. Le rodeó con los brazos y lo atrajo más hacia sí. El beso se hizo más profundo, su lengua buscó la de Moth, probando su sabor mientras respiraba su aroma.

Una de sus manos resbaló por su cuerpo, la palma áspera presionando suavemente el centro. Todo parecía ir avanzando naturalmente más allá, y en el fondo los dos sabían que ese beso ya no iba a bastar por mucho tiempo. Pero Moth fue el primero en apartarse. Esta vez había decisión clara en su mirada.

—Veintiún días.

Dean parpadeó confundido.

—¿Qué?

Moth respiró hondo.

—Si de verdad te gusto, vamos a salir durante veintiún días.

Lo dijo despacio, con claridad, como sabiendo que si no lo ponía en ese momento, después se arrepentiría.

—Si llegamos al final de esos veintiún días, entonces hablamos de qué pasa después.

Una chispa traviesa apareció en los ojos de Dean.

—O sea que...

Moth ya empezó a desconfiar.

—¿Qué después de veintiún días puedo entrar a tu departamento?

Moth se dio cuenta de la provocación, pero en lugar de echarse para atrás levantó la barbilla. Seguía estando tímido, pero también tenía ganas de ganar.

—Mmm.

Lo miró directamente a los ojos.

—Después puedes entrar donde quieras.

Esta vez fue Dean quien se quedó sin palabras unos segundos. Se le fue formando una sonrisa lenta en la cara, y en ese momento empezaron a nacer otras cosas entre los dos.







CAPÍTULO 8

Cuando volvió a entrar al departamento, Moth cerró la puerta despacio. El silencio lo envolvió de nuevo, pero ya no era el mismo silencio de siempre. Todavía sentía en los labios el beso de Dean y el corazón le seguía latiendo desbocado por lo que había pasado frente al elevador. Aun así, Moth sabía perfectamente que poner esa condición no había sido duda: había sido una decisión.

Su mente volvió a la conversación que tuvo con Pun unos días atrás. En ese momento solo quería asegurarse de que lo que estaba empezando con Dean no terminara lastimando más a Pun.

Pero mientras hablaba con su amigo, se dio cuenta de su propia indecisión más clara de lo que quería admitir: sorpresa, confusión, y sobre todo la duda de hasta dónde debía dejar que esto avanzara.

—¿Te importaría que yo... me acercara más a ese Dean? —le preguntó aquel día, con la voz más baja de lo normal, aunque intentando parecer indiferente.

Pun se quedó callado un instante y luego respondió con naturalidad:
—¿Por qué me importaría?

Hizo una pausa.

—No vas a tomarte esto en serio, ¿verdad?

Esa respuesta hizo dudar a Moth. Pun siguió hablando, con un tono más comprensivo que crítico:

—Alguien que coquetea con todo el mundo como Dean, y alguien por quien todo el mundo se enamora como tú... es obvio que van a chocar.

Pun se encogió de hombros.

—Pero una relación es otra cosa, es algo que dura.

Lo miró a los ojos.

—Y sabes perfectamente que con alguien como Dean no vas a durar mucho tiempo.

Moth levantó una ceja.

—¿Qué quieres decir con “mucho tiempo”? ¿Toda la vida?

Lo dijo como si fuera una broma, pero en el fondo realmente quería saber qué pensaba.

Pun lo pensó un momento.

—Creo que en el caso de ustedes dos, durar más de siete días ya sería todo un logro.

El recuerdo se le desvaneció.

Moth volvió a estar solo en su departamento y en ese momento entendió perfectamente por qué había inventado esa locura de los veintiún días. No era solo una forma prudente de probar lo que tenían: también era tiempo suficiente para demostrarle a Pun que no era un juego. Si Pun veía que de verdad estaba dispuesto a seguir saliendo con Dean todo ese tiempo, tal vez al final creería que lo tomaba en serio y se rendiría de una vez.

Pero cuanto más lo pensaba, más pesaba ese número: veintiún días. Veintiún días con un loco como Dean no eran poca cosa, sobre todo para

algo que había empezado así, y sobre todo para alguien como él que ni siquiera sabía si sería capaz de mantener sus propios sentimientos bajo control durante todo ese tiempo.

Miró el celular, suspiró y abrió la conversación con Dean. Escribió:

Moth: *Cambié de opinión. Mejor hagamos diez días.*

Se quedó con el dedo sobre la pantalla unos segundos, dividido entre la razón y el miedo, y finalmente envió.

Dean llegó a casa hablando por videollamada con Ten. Se quitó los zapatos sin cuidado y caminó directo a su cuarto mientras la voz de su amigo se escuchaba por el altavoz. Intentaba aparentar que no había pasado nada importante, pero ni él se lo creía.

—Logré que Moth se interesara por mí. Ahora que logres quedarte con el doctor Pun o no, eso ya depende de ti.

Lo dijo con una confianza exagerada, como si decirlo en voz alta fuera suficiente para que fuera verdad. Ten lo miró receloso desde la pantalla.

—¿Estás seguro de que le interesas de verdad?

Dean se encogió de hombros, pero la sonrisa lo delató.

—Nos besamos.

Hizo una pausa.

—¿Eso cuenta como que le gusto?

—Está bien, pero no se te ocurra terminar con él pronto. Dame tiempo para conquistar al doctor Pun.

Esta vez Ten hablaba muy en serio. Dean se tiró en la cama y suspiró, como quien se da cuenta de que lo han metido en su propio juego.

—Solo no te tardes mucho. No sé cuánto tiempo voy a aguantar su forma de ser.

Puso los ojos en blanco.

—Qué tipo tan complicado, lleno de exigencias.

Señaló la pantalla.

—Ya acepté ayudarte. Ahora por favor termina rápido con esto, que el cliente está esperando.

—Está bien, adiós.

Ten colgó.

Dean bajó el celular y antes de dejarlo la pantalla se iluminó de nuevo: un mensaje de Moth.

Moth: Cambié de opinión. Mejor hagamos solo diez días.

Dean lo leyó y soltó una risita. Empezó a escribir: *¿Por qué? ¿Tienes miedo de no aguantar?*

Pero se detuvo.

Lo volvió a leer y algo lo hizo dudar. Borró lo que había escrito y puso otra cosa:

Dean: Como quieras.

Lo envió.

Dejó el celular sobre la mesa, pero esa sensación que le había dejado Moth esa noche seguía inquietándolo por dentro. Se quedó quieto unos segundos y luego, casi por costumbre, abrió el cajón de la mesa de noche. Sacó la foto de la cabina y la miró apenas un instante: ahí estaba la sonrisa forzada de Moth y al lado la cara satisfecha de él. No se permitió mirarla más y la volvió a tirar dentro del cajón.

Como si fuera solo una cosita pequeña sin importancia que no merece cuidados, cayó encima de muchas otras: fotos de cabinas, polaroides, imágenes de personas con las que Dean había estado íntimo, a las que había abrazado, besado, y que por un momento le parecieron lo suficientemente importantes como para guardar un recuerdo. Al final todas terminaron en ese mismo cajón: sin marco, sin lugar en la pared, sin un espacio especial para ninguna. Dean no sabía cómo lo veía Moth, pero para él Moth era solo una persona más que pasaría por su vida.

Tal vez un poco más loca de lo normal.

Un poco más interesante.

Un poco más especial.

Solo eso.

DÍA UNO

Moth había elegido para la primera cita el famoso spa de baños de hielo. Dean ya había visto reseñas de otros influencers sobre el lugar, pero nunca le había llamado la atención. Tampoco hacía contenido sobre salud o ejercicio, así que no era su público. Estaba ahí por una sola razón: lo había elegido Moth. El lugar estaba diseñado para relajar el cuerpo: todo limpio, minimalista, frío.

Pero cuanto más tiempo pasaba y Moth no aparecía, más se impacientaba Dean. Empujó su bolso al armario con demasiada fuerza mientras hablaba por teléfono.

—¿Dónde estás?
Esperó.

—¿Cuándo vas a llegar?

Le subió la voz.

—¿Me vas a dejar plantado otra vez?

La respuesta le llegó por el celular al mismo tiempo que escuchó la voz detrás de él:

—Ya llegué. ¿Por qué haces tanto alboroto?

Dean se giró. Moth estaba justo detrás de él, con el teléfono en la oreja y esa cara de resignación de siempre. Dean colgó y miró el reloj como si Moth llevara una eternidad de retraso, cuando en realidad acababa de llegar.

Moth suspiró.

—El taxi se perdió.

—Tú me citaste y llegas tarde.

A Moth no le gustó el tono, aunque sabía que tenía la culpa.

—¿De qué te quejas? Acordamos que íbamos a turnarnos para elegir las actividades.

Dean sabía que no podía discutir contra su propia regla. Hizo una cara de resignación.

—Ya sé, ya me acuerdo.
Miró a su alrededor.

—Solo no entiendo por qué teníamos que venir aquí.

—Quería probarlo.

Moth se encogió de hombros.
—Todo el mundo va. ¿No tienes curiosidad?

Dean soltó un gruñido bajo, como si le costara admitirlo, y empezó a quitarse la ropa.

—Está bien, vamos a bañarnos antes de meternos al hielo.
Se quitó la camisa.

La mirada de Moth se quedó pegada en él sin querer. Dean era más delgado de lo que parecía, no tenía hombros exageradamente anchos, pero se le notaban los músculos bien definidos bajo la piel. El pecho no era grande ni inflado como el de alguien que entrena solo para presumir: era firme, proporcionado, y se notaba fuerza en esa delgadez.

Moth no estaba preparado para cómo le afectaba verlo así, y de inmediato se acordó del elevador: de cuando lo había atraído contra ese pecho, de esos brazos fuertes con las venas marcadas rodeándolo, de esa mano recorriéndole la espalda.

Y de esos labios carnosos abriéndose para recibir los suyos. Los recuerdos le vinieron demasiado rápido. Moth apartó la mirada y el corazón se le descontroló. Dean se dio cuenta, por supuesto que sí, y se le dibujó una sonrisa provocadora.

—Oye... ¿no dijiste que nos íbamos a bañar?

—Ya sé.

—Pues quítate la ropa.

Moth se giró de golpe, entre molesto y apenado.

—Ya me la voy a quitar. Deja de mirar.

Dean dio un paso hacia él.

—Solo te estoy devolviendo la mirada.

Moth lo miró entrecerrando los ojos.

—Tú me estabas mirando, ¿verdad?

—No te estaba mirando.

—Ah, ¿no?

—Solo tenía los ojos abiertos.

Dean se rió.

—¿Entonces por qué te da pena?

—Eres un...

Moth estuvo a punto de insultarlo, pero se contuvo. Si Dean quería jugar así, él también sabía jugar. Se quitó la camisa de golpe.

Dean se quedó callado. La piel de Moth era muy clara y suave, desde el cuello y los hombros hasta la cintura, pero su cuerpo no era tan frágil como Dean quizás se imaginaba. Al contrario: los músculos bajo la piel dejaban claro que se cuidaba, con hombros bien definidos.

Brazos firmes, con el abdomen marcado pero sutil. Exactamente igual que Dean lo había sentido dos días atrás. Moth levantó una ceja.

—¿Satisfecho?

Dean tragó saliva. Verlo así de verdad, sumado a esos labios finos y rosados que ya había probado, hacía que le costara demasiado ocultar cómo le afectaba. Desvió la mirada.

—Mejor nos damos prisa o se nos va a acabar el tiempo.

Agarró una toalla y se fue a la ducha. Moth se quedó mirando su espalda un instante y luego se volvió a su casillero. El corazón se le seguía acelerando. Tal vez el hielo le ayudara. Tenía que ayudar.

No ayudó. Cuando los dos estaban sentados en extremos opuestos de la bañera, el frío brutal del agua no logró apagar lo que estaba pasando entre ellos. Los pantaloncitos mojados se le pegaban a la piel. El frío le subía por las piernas y le tensaba los músculos. Aun así los dos intentaban actuar como si nada, pero el silencio seguía cargado de todo lo que había pasado minutos antes. El instructor explicó:

—Para quienes empiezan, la temperatura está entre diez y quince grados. Les pongo cinco minutos. Si no aguantan, avisen.

Dean ya estaba temblando, aunque intentaba aparentar que lo tenía todo bajo control. Moth permanecía inmóvil, respirando lento y profundo, y eso le molestaba. Moth notó que temblaba.

Se le dibujó una sonrisita.

—Si no aguantas, no te fuerces.

Dean lo miró y Moth siguió diciendo:

—¿Quieres apostar a quién aguanta más?

Dean respondió al instante:

—¿Y qué obtiene el que gane?

Sonrió.

—¿Otro beso?

Moth no se echó para atrás.

—El que gane primero.

Se quedaron mirándose: ninguno quería ceder. El frío se les metía en el cuerpo. Dean forzaba una sonrisa aunque tenía los hombros tensos. Moth seguía sentado derecho fingiendo que no sentía nada, hasta que los dedos se le empezaron a contraer y apretó los labios.

Un temblor leve le recorrió los brazos. Dean se dio cuenta.

—Si no aguantas, ríndete. ¿Para qué forzarte?

Hasta su propia voz le temblaba.

—No.

Dean se rió.

—¿Pues no tienes tantas ganas de besarme otra vez? Qué lástima.

Moth lo miró con cara de pocos amigos. Dean siguió diciendo:

—Casi me arrancas la boca aquel día.

—Solo no quiero perder.

—La verdad, un beso no es un premio tan grande, ¿no crees?

Dean inclinó un poco la cabeza.

—Ya nos besamos. Podría ser algo más que eso.

Moth se puso desconfiado.

—¿Qué tal un golpe?

Dean parpadeó.

—El que gane le puede dar un puñetazo en la cara al otro.

Dean se echó a reír.

—¿Un golpe en una cita?

Se le puso una cara satisfecha.

—Qué intenso. Hasta el agua helada se calentó.

Moth estuvo a punto de insultarlo, pero el frío era demasiado fuerte como para gastar saliva en frases largas. Así que simplemente le lanzó agua helada a la cara. En ese mismo instante sonó el cronómetro.

Moth parpadeó varias veces, se le contrajo la cara y se llevó la mano al muslo.

—Ay...

Dean se puso alerta.

—¿Calambre...?

Le salió la voz bajita. Se le veía tan dolorido que el corazón de Dean dio un salto.

—Oye, ¿qué te pasa?

Dean se olvidó por completo de la apuesta.

—¿Dónde te duele?

Se levantó de golpe salpicando agua por todos lados y cruzó la bañera de un lado a otro hacia Moth. Le hablaba corto y urgente, y se le notaba la preocupación de verdad en la cara. Moth lo miró apenas un instante, y entonces la mano que tenía apretada en el muslo se relajó, se le fue la cara de dolor y se le dibujó una sonrisa triunfal en la comisura de los labios.

—Vaya.

Dean se detuvo.

—Te levantaste.

Moth sonrió más.

—Perdiste.

Dean se quedó quieto al borde de la bañera. La preocupación que le había apretado el pecho se convirtió en algo más frío que el agua misma. Se cruzó de brazos.

—¿Estabas fingiendo?

—En el deporte eso se llama estrategia.

Moth movió la pierna tranquilo dentro del agua.

—No rompe ninguna regla.

Dean lo miró fijamente. Moth esperaba que gritara, que se enojara, que le dijera algo fuerte. Pero no pasó nada. A Dean se le apagó la chispa divertida de los ojos. Se puso serio, callado, y simplemente salió de la bañera.

Sin decir una sola palabra. Moth se quedó solo, con su victoria y con un sabor raro en la boca.

En el vestuario todavía se sentía el frío en la piel, pero nada estaba tan helado como la cara de Dean. Moth lo miró e intentó controlar su molestia.

—Si te vas a enojar por perder, enójate contigo mismo, no conmigo.

Dean no contestó. Moth se molestó más.

—Era un juego. Es normal usar estrategias.

Dean se giró al fin.

—¿Normal?

Le habló bajito.

—¿Te parece normal jugar con lo que siente la otra gente?

Moth frunció el ceño.

—¿Sentimientos?

No entendía.

—¿Qué sentimientos?

—Preocupación, maldita sea.

Se le escapó antes de poder pensarlo. Moth se quedó callado: no estaba acostumbrado a que le hablaran así, y mucho menos a darse cuenta de que alguien se había preocupado de verdad por él.

—¿Y por qué te ibas a preocupar?

Esta vez dudó Dean. No tenía respuesta, pero le parecía increíble que Moth pudiera preguntar eso. Al final solo negó con la cabeza.

—¿Quieres saber algo? Déjalo así.

Recogió sus cosas.

—La verdad es que ni siquiera necesitabas hacer trampa. Con lo frío que eres, seguro ganabas igual.

Dean se fue. Moth se quedó solo. Esa palabra “frío” le golpeó por dentro sin querer, y de repente le vinieron recuerdos viejos: rosas de San Valentín tiradas al suelo, él sentado solo en el edificio abrazado a sus rodillas después de alejar a todo el mundo. Entonces recordó lo que le había dicho Pun:

Tal vez... cuando alguien quiera darte algo bonito, solo tienes que dejarlo entrar. No es tan difícil, ¿sabes?

Moth suspiró. El recuerdo se le fue, pero lo que le había dejado Dean se quedó ahí.

El primer día de ese trato terminó de forma muy tensa. Moth no esperaba mucho, pero ni siquiera imaginaba que Dean le iba a caer tan mal como compañero. Sin embargo, le guste o no... todavía le faltaba cumplir con esos días.

DÍA DOS

Dean estaba esperando a Moth en una mesa enorme al fondo del restaurante de un hotel. Era demasiado grande para dos personas, tenía casi diez sillas. Moth llegó poco después, se detuvo al verla y desconfió de inmediato. Dean lo miró con cara parecida, pero por razones totalmente distintas.

—Otra vez llegas tarde.

—Cinco minutos nada más.

Moth se sentó.

—Tú llegaste muy temprano.

Miró a su alrededor.

—¿Y por qué reservaste una mesa tan grande?

Antes de que Dean pudiera contestar, entraron Ohm y Boom cargando platos de comida. Lo saludaron con tanta naturalidad que Moth ni tuvo tiempo de reaccionar.

—Hola, tú eres Moth, ¿verdad? —dijo Ohm—. Yo soy Ohm y él es Boom. Somos amigos de Dean.

—Ajá...

Moth todavía estaba intentando pensar qué decir cuando sonó el celular de Dean. Él contestó de inmediato y empezó a hacer señas hacia la entrada.

—Hola... ya estoy en la mesa de atrás, te estoy saludando.

Entró Hun sonriendo.

—Perdón por la demora, había un tráfico terrible.

Dean señaló a Moth.

—Él es Moth. Y él es Hun.

Hun alargó un poco la voz:

—Ah... así que eres tú.

Lo miró de arriba abajo y se le encendió una lucecita rápida en los ojos, discreta pero imposible de no notar.

—Hola, Moth.

Sonrió y dijo:

—Ya me muero de hambre, ¿puedo ir a servirme?

Se fue de inmediato.

Moth se inclinó hacia Dean:

—¿Qué demonios es esto?

Ya se le notaba molesto.

—¿No se suponía que íbamos a comer solos?

—¿Qué pasa? Son solo amigos.

Dean miró hacia otro lado y volvió a hacer señas.

—¡Jo! ¡Por acá, Jo!

Jo se acercó con más amigos y empezaron las presentaciones. Todo era alegría y ruido. Moth se quedó sentado ahí mirando todo, sin saber si

enojarse o aceptar que su idea de “cita” y la de Dean no tenían nada que ver. En poco tiempo casi todas las sillas estaban ocupadas: voces, risas, cubiertos, conversaciones que se cruzaban. Dean estaba en su ambiente: hablaba con uno, luego con otro, hacía bromas, se reía, cambiaba de tema con total naturalidad.

Moth, en cambio, se sentía como quien lo han dejado tirado en una ciudad donde todos hablan un idioma que no entiende. Miró a un lado: Ohm y Boom se estaban dando de comer el uno al otro como si nada. Nadie en la mesa lo encontraba raro. Moth se sintió todavía más fuera de lugar. Las sonrisas de los demás parecían tan fáciles, y él se sentía cada vez más fuera de lugar. Jo notó que Moth apenas comía y le extendió un plato.

—Moth, ¿quieres pollo? Está muy rico.

—No, gracias, después me sirvo.

—Yo sí quiero, Jo, gracias.

Hun interrumpió sonriendo y le acercó su plato para que le sirviera. Jo se rió y le sirvió. La conversación siguió fluyendo. Dean le lanzó una mirada rápida a Moth, pero enseguida otra cosa le llamó la atención. Moth suspiró: no entendía por qué seguía ahí sentado, callado mientras todos hablaban y se divertían. De repente sintió que le tocaban la mano por debajo de la mesa: era Dean, entrelazó sus dedos con los suyos, firme y sin hacer ruido. Moth se quedó quieto, sin saber qué hacer con esa sensación.

Justo cuando se sentía más fuera de lugar, Dean se había acordado de que estaba ahí. Pero eso lo hizo sentir aún más extraño: porque Dean seguía hablando, riendo, bromeando con todos como si nada, como si tomarle la mano fuera lo más natural del mundo, algo que podía hacer

sin dejar de estar con los demás, sin necesidad de anunciarlo ni de apartarse de todos. Moth soltó su mano.

—Voy al baño.

Se levantó sin esperar respuesta. Las risas se quedaron atrás, y cuanto más se alejaba de la mesa, más vacío se sentía por dentro.

En el baño se lavó las manos con agua fría, miró su reflejo y suspiró. Al salir se encontró con Ohm y Boom que entraban; les devolvió una sonrisa educada y siguió caminando, pero se detuvo: había dejado el celular en el lavabo. Volvió a entrar y antes de hacerlo escuchó que hablaban bajito pero claro:

—El nuevo interés de Dean es guapo.

Hubo una pausa.

—Pero es demasiado serio.

Otra voz respondió:

—No sé si es cosa mía, pero se me hace un poco arrogante.

—Tal vez apenas se están conociendo.

—O es ese estilo de artista.

Moth cerró los ojos un instante, respiró hondo y entró. Ohm y Boom se asustaron al verlo. Él solo sonrió como si no hubiera escuchado nada.

—Se me olvidó el celular.

Lo tomó del lavabo con cara impasible, aunque por dentro no lo estaba. No dijo nada más y salió.

Ohm y Boom se quedaron callados detrás de él.

Cuando volvió a la mesa todo seguía igual: charlas, risas, movimiento. Pero él se sentía todavía más alejado. Dean se giró en cuanto lo vio, sin notar cómo se sentía.

—Estábamos quedando para ir al MANIAC más tarde.

Moth respondió de golpe:

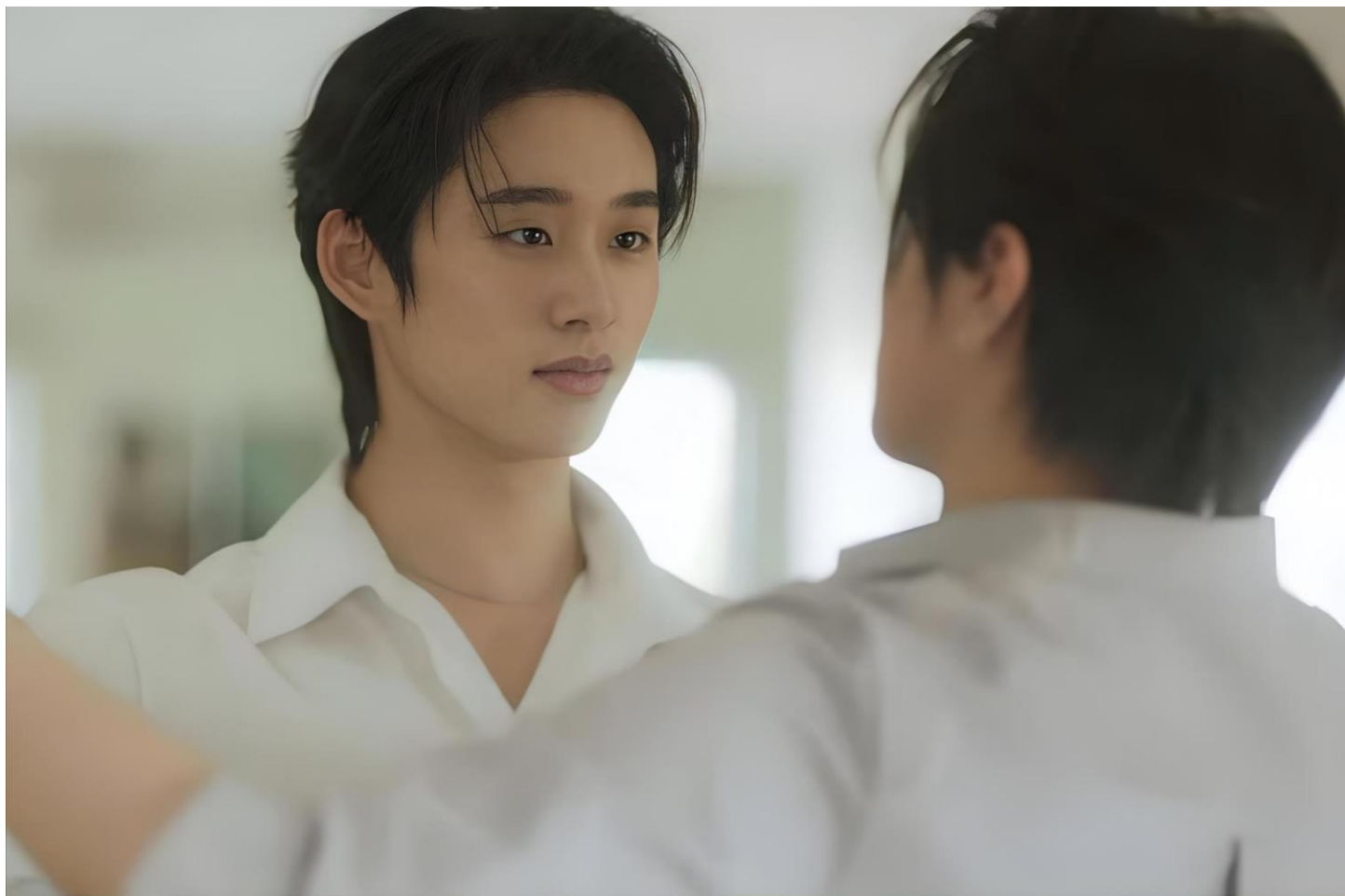
—No voy.

Dean se detuvo.

—Estoy cansado.

Le salió la voz más seca de lo que quería, como si todo lo que había estado tragando en esa comida se le hubiera salido de golpe.

Las risas se apagaron alrededor y varios lo miraron. Dean se quedó confundido, sin entender de dónde venía tanta molestia. Moth tampoco lo sabía bien: se quedó ahí en medio del silencio preguntándose si estaba enojado con Dean, con la situación, con la gente o consigo mismo por haberse metido en esto. Solo tenía claro que todavía faltaban ocho días.





CAPÍTULO G

Las citas siguieron según el plan de Moth. Pero conforme pasaban los días, empezó a preguntarse en serio si aguantaría hasta el final sin romperse por dentro. No hubo un solo día en que no se sintiera al borde del colapso: cuando no estaba molesto con Dean, estaba molesto consigo mismo. Y lo peor era recordar por qué hacía todo esto: solo quería que Pun viera que iba en serio con Dean y así por fin se rindiera. Moth no podía dejar de pensar: ¿para que mi amigo deje de quererme, de verdad tengo que arrastrarme por este desastre todos los días?

Para Dean las cosas tampoco eran fáciles. Siempre había evitado los problemas.

Sus relaciones solían empezar fáciles, terminar igual de fáciles y casi nunca exigían más que contestar mensajes a tiempo. Pero salir con Moth era como jugar la vida en modo difícil. ¿Quieres hablar? Tienes que adivinar qué tema no va a terminar en discusión. ¿Te preocupas por él? Se lo toma a mal. ¿Te acercas? Es como chocar contra una pared. Dean nunca imaginó que tendría que esforzarse tanto por alguien, y eso era precisamente lo que más le molestaba: ¿por qué Moth tenía que ser la excepción? Ninguno de los dos entendía cómo habían dejado que esto siguiera adelante.

DÍA TRES

La tercera cita fue en un estudio de danza que eligió Moth. Era un espacio moderno donde dos hombres podían bailar juntos sin tener que seguir

los papeles rígidos de siempre. Aun así, desde el primer minuto Dean no entendía por qué tenían que complicarse tanto aprendiendo pasos de vals frente a un espejo enorme. Dean se la pasó toda la clase tropezando y equivocándose, mientras Moth estaba tan concentrado que parecía no darse cuenta de lo mal que la estaba pasando.

DÍA CUATRO

El cuarto día Dean llevó a Moth a un bar: su tipo de lugar.

El mundo de Dean era música, luces, amigos y charlas que fluían de uno a otro con naturalidad. Moth permanecía a su lado como quien lo han dejado tirado en una fiesta donde nadie habla su idioma. Cuanto más intentaba Dean incluirlo, más fuera de lugar se sentía Moth.

DÍA CINCO

El quinto día Moth lo llevó a un taller de cerámica y pintura. El lugar era pequeño y tranquilo, pero para Dean se convirtió en una prueba de paciencia infinita: se quedó mirando pinceles, pinturas y platos vacíos como si fueran acertijos que nadie debería tener que resolver. Moth, en cambio, se concentraba en cada detalle, cada trazo, cada color.

Por ratos parecía olvidar que la persona que tenía al lado no era solo parte del decorado.

DÍA SEIS

El sexto día eligió Dean. El desastre solo cambió de forma: pasó del silencio del taller a un caos total. Dean decidió convertir la cita en contenido para redes: grababa, hablaba con conocidos, bailaba en público sin vergüenza alguna. Moth lo seguía a cierta distancia deseando desaparecer.

Después de tantos días, ninguno admitía en voz alta lo harto que estaba del otro.

Dean empezaba a pensar que todo lo que elegía Moth eran ejercicios de alguien que necesita demostrarse algo a sí mismo. Moth, por su parte, sentía que cada lugar que elegía Dean pertenecía a un mundo de locos al que no tenía acceso. Llegaron al punto de no saber si esos diez días seguían siendo un plan... o si se habían convertido en un castigo que los dos cumplían por puro orgullo.

La sopa picante hervía en la olla de fondue, pero el ánimo de Moth estaba todavía más encendido. Tras días acumulando frustración, terminó desahogándose con Pun:

—No sé qué clase de loco es ese.

Pun seguía comiendo tranquilo.

—Parece que necesita llamar la atención. No suelta el celular ni cinco minutos y se conoce a todo el mundo.

Pun tomó un trozo de carne con los palillos, lo puso en su plato y respondió tranquilo:

—¿Y qué es lo que más te molesta?

Moth lo miró.

—¿Qué conoce a demasiada gente?

Pun hizo una pausa.

—¿O que tú no sabes dónde encajas en su mundo?

Moth frunció el ceño: no le gustó nada que le diera justo en el punto.

—No me gusta nada de esto.

Empezó a hablar más rápido:

—¿No se supone que uno se va conociendo despacio? Salgo con él y de repente me encuentro en una mesa con diez personas más, como si fuera un animalito del zoológico que él decidió enseñar a todo el mundo.

Pun dejó los palillos en la mesa.

—O tal vez solo estaba intentando que formaras parte de su vida de verdad.

Moth no contestó.

—Alguien como Dean probablemente no complica las cosas tanto como tú. Tiene muchos amigos, así es su vida. Tal vez cuando le gusta alguien simplemente quiere llevarlo a su mundo.

—Pero yo no soy como él.

Le replicó de inmediato Moth.

—No estoy preparado para que me tiren en medio de desconocidos y tenga que sonreír a todos mientras me siento fuera de lugar.

Se le puso la cara más seria todavía.

—Yo solo quería salir con él, no me apunté para unirme a toda su banda.

Pun suspiró.

—Si son tan distintos, ¿por qué no lo dejas?

Moth estuvo a punto de decirlo: porque todo esto es para que tú te rindas conmigo. Pun estaba justo enfrente.

Esa era la verdadera razón de todo este teatro. Al final Moth miró hacia la olla y escondió la verdad detrás de su cara de siempre:

—Es que yo...

Dudó.

—No me gusta perder.

Pun solo pudo suspirar: todavía le costaba creer que Moth, que durante años había visto el amor casi como una amenaza, hubiera llegado hasta aquí.

—Estás exagerando.

Ten dio su opinión después de escuchar a Dean quejarse durante minutos. Dean se giró de golpe.

—¿Exagerando qué?

Empezó a contar con los dedos.

—Mira los sitios a los que me lleva: clases de baile, cerámica, exposiciones, baños de hielo...

Se quejó tirándose en la cama.

—¿Esto es una cita o un retiro de crecimiento personal?

Ten se rió.

—La gente normal invita a cenar, al cine, a caminar. No a hacer todo eso.

—Pues es muy típico de Moth.

—Ese es precisamente el problema.

Dean se revolvió.

—Todo lo que hace parece tener un significado oculto. Dice algo y tienes que descifrarlo. Se acerca y tienes que adivinar antes de que te muerda.

Se pasó la mano por el pelo.

—Nunca me había costado tanto con nadie.

Ten le preguntó directo:

—Entonces ¿por qué sigues?

Dean se quedó callado.

—Si es tan difícil, déjalo.

Ten levantó una ceja.

—Tú eres experto en eso, ¿no?

Dean abrió la boca pero no contestó de inmediato. Se pasó la mano por el pelo con fuerza.

—Es por tu culpa.

Ten esperó.

—¿Yo te estoy ayudando, no?

Dean se aferró a la excusa.

—Tú quieres conquistar al doctor Pun y yo necesito mantener ocupado a Moth. Todavía faltan días.

Ten alargó la voz:

—Aaaah, ¿sí?

Dean lo miró molesto.

—¿Entonces todo esto es por mi culpa?

—Claro.

Lo dijo demasiado rápido.

Dean agarró una almohada y la abrazó como para protegerse de la mirada de Ten.

—Deja de mirarme así. No es que me guste tanto.

Hizo una pausa.

—Solo me molesta que sea tan complicado.

Ten sonrió de lado.

—Ni siquiera dije que te gustara.

Dean se molestó más.

—Deja de buscarle tres pies al gato.

Le señaló con el dedo.

—Mejor dedícate a conquistar al doctor Pun antes de que abandone a mitad de estos diez días.

Ten suspiró.

—Está bien, lo intentaré.

Y luego sonrió:

—Pero si al final no terminas esto por mi plan, cuidado que no termines siguiendo por tu propia cuenta.

—Tonterías.

Dean lo cortó de inmediato. Pero se quedó callado demasiado tiempo después, como si esa palabra no hubiera logrado alejar ese pensamiento tan fácilmente como quería.

DÍA SIETE

El límite se rompió el séptimo día. Un DJ ponía música suave en la galería, la gente caminaba despacio entre las obras y luces cuidadosamente colocadas resaltaban los cuadros y los marcos. Para casi todos era un ambiente tranquilo y agradable, sobre todo para Moth, que miraba cada pintura con mucha atención. Dean, unos pasos atrás, era de los pocos que ya estaba harto de estar ahí.

Especialmente después de más de dos horas.

—Tengo hambre.

Moth seguía mirando el cuadro.

—Vamos a comer algo.

—Solo un minutito más.

Dean suspiró.

—¿Vas a tardar mucho?

—Si tienes hambre, ve tú primero.

Dean respiró hondo y al final se aguantó. Se recargó en la pared y sacó el celular.

—Está bien, te espero.

Pasó el tiempo y cuando ya eran casi las dos de la tarde, Moth seguía parado prácticamente frente al mismo cuadro, como si no notara que el tiempo pasaba. Su mirada seguía los colores, las sombras, los espacios vacíos, como si cada detalle pudiera esconder algo nuevo. Para Moth todo el mundo se reducía a esa pintura; para Dean cada minuto se hacía eterno. Miró la hora otra vez: el hambre y la paciencia que ya le quedaban casi nada por fin ganaron. Guardó el celular y se acercó.

—¿Ya podemos ir a comer?

Moth ni siquiera se giró del todo.

—Ya te esperé tres horas.

—Si tienes hambre, ve a comer.

Dean estalló.

—¿Y qué miras tanto ahí?

Moth se giró.

—Si te gusta tanto, ¡tómale una foto!

Se le puso la cara seria.

—Si vine hasta aquí es porque quiero ver la obra de verdad.

Le respondió molesto:

—Si fuera para verla en el celular, la buscaba en internet.

Dean intentó bajarle el tono, pero también estaba al límite.

—Hun reservó mesa en el restaurante de fondue desde el mediodía.

Moth se detuvo y Dean siguió:

—Ya son casi las dos. Lleva esperando casi una hora.

Una rabia difícil de explicar le subió a Moth: tal vez porque Dean le había gritado, tal vez porque había metido a otra persona en su cita sin preguntar, o tal vez por las dos cosas.

—Pues ve a comer con tu amigo.

Dean se quedó quieto.

—¿Y para qué estás aquí esperándome?

Eso fue lo que terminó de agotarle la paciencia. Se quedó callado un instante, y ese silencio hizo que toda la frustración acumulada saliera a la luz: como si de pronto se diera cuenta de que había pasado horas ahí... y Moth ni siquiera lo había visto de verdad.

—Contéstame una cosa.

Le subió la voz.

—¿Por qué sales conmigo si ni siquiera me ves?

Moth se puso tenso.

—¿Quién no ve a quién?

—Tú.

Dean le señaló.

—¿Hubo algún día en que te interesaras más por mí que por todas esas cosas raras?

—¿Raras?

Moth le gritó.

—¿Qué tienen de raro?

—¡Todo!

Dean soltó todo sin filtro.

—Clases de baile, pintura, toda esa cosa de arte.

Miró alrededor.

—¿Quién hace eso? Solo gente rara.

Esa palabra le dio justo donde más le dolía a Moth: no porque fuera el peor insulto, sino porque Dean acababa de burlarse de todo lo que él elegía con tanto cuidado: el baile, el arte, esos lugares pequeños que siempre habían sido su refugio. Primero le dolió.

Duró apenas un instante y luego le subió la rabia: Moth levantó de nuevo esa barrera impasible, con la voz helada y una respuesta cortante para devolverle el golpe.

—Ah, ¿entonces yo soy raro?

Dean se calló.

—¿Y tú qué eres?

Moth dio un paso hacia él.

—En cada cita me llevas a conocer a tus amigos.

Le salió la voz más fría todavía.

—Y ya te acostaste con todos ellos.

Dean se quedó quieto.

—Dime algo.

Moth lo miró fijamente.

—¿No te da asco?

—¿Asco?

Dean se sintió golpeado de verdad.

—¿Qué tiene de asqueroso?

—Asco. Sucio. Repugnante.

Moth bajó un poco la voz.

—¿Es tan difícil de entender?

A Dean se le cambió la cara. Cuando contestó, le costó no temblarle la voz:

—Está bien.

Respiró hondo.

—Si ser listo significa tener que estar descifrando tus cosas raras todo el tiempo, pues sí, prefiero ser tonto.

Miró directo a los ojos.

—Y estoy orgulloso de serlo.

—Ya sabes que eres tonto, así que cállate en lugar de decir que los demás somos raros.

Le devolvió Moth:

—Vuelve con tus amigos a tu pecera.

Dean se quedó callado.

Ya estaba acostumbrado a lo afilada que era la lengua de Moth, pero parecía que cada vez encontraba una forma nueva de doler. Eso fue suficiente.

—Creo que ya fue suficiente.

Moth no intentó detenerlo.

—Pues vete.

Dean se giró.

—¿Qué esperas?

Dean se fue. Moth se quedó solo bajo las luces blancas de la galería; el silencio que antes le gustaba ahora se sentía vacío, pesado, asfixiante.

Esa noche Dean volvió al bar, pero ya no se divertía igual. Daba vueltas al vaso entre los dedos.

Bebía en silencio. Su cara no pegaba nada con la música del lugar. Hun se dio cuenta.

—¿Qué pasó?

Dean levantó el vaso.

—Estás muy callado.

Bebió otro trago.

—No pasó nada.

—¿Y Moth?

Dean suspiró.

—No me hables de él, por favor.

Se sirvió más.

—Arruina el ambiente.

Hun lo miró y frunció el ceño.

—Qué raro.

Dean lo miró.

—¿Qué cosa?

—Nunca te había visto enojarte tanto por alguien.

Dean dudó un instante y eso solo lo confundió más.

Moth tiró la bolsa al sofá y se dejó caer. El silencio de su casa no lo calmó: la discusión le seguía dando vueltas en la cabeza. Poco después sonó el celular: era Pun. Se quedó mirando el nombre un momento antes de contestar.

—Hola.

—¿Dónde estás?

Pun estaba en la clínica y ya se le notaba preocupado.

—Acabo de llegar a casa.

—Está bien.

Hizo una pausa.

—¿Ya comiste?

—Todavía no.

—Entonces voy para allá. Pido algo de comer para los dos.

—Pero tú...

Pun no lo dejó terminar.

—Vi que dejaste de seguir a Dean en Instagram.

Moth se quedó callado.

—Te veo en media hora.

Colgó. Moth se quedó con el celular en la mano y suspiró: Pun ya lo había entendido todo sin que tuviera que decir nada. Y en ese momento solo pudo pensar: *¿qué demonios estoy haciendo?*





CAPÍTULO 10

Las cajas de comida estaban esparcidas sobre la mesa. Moth y Pun llevaban un buen rato comiendo en silencio, un silencio que ya se alargaba demasiado. Moth sabía que Pun no estaba ahí solo para acompañarlo: estaba esperando, eligiendo el momento justo, como si quisiera que la tensión por lo de Dean bajara antes de acercarse. Eso le molestaba a Moth, o más bien lo ponía incómodo, porque conocía demasiado bien a Pun para pensar que lo hacía con mala intención. Pun no era cruel.

Simplemente tampoco le gustaba perder, y ahora mismo se veía como alguien que está a punto de perder la partida. Eso lo hacía todo más difícil: Moth tenía miedo de que todo esto con Dean terminara mal, porque si fallaba tendría que admitir que se metió en otra relación llena de roces sin sacar nada en claro. Pero al mismo tiempo, si de verdad estaba saliendo mal, quizás Pun tenía razón en parte. Así que se quedó callado, resistiendo, sin querer admitir que lo que llamaba seguridad quizás no era más que una prisión que él mismo se había construido. Al final Pun preguntó:

—¿Estás bien?

Le habló con tono tranquilo.

Directo.

Moth respiró hondo.

—Sí.

Contestó casi sin pensar.

—No creo que me vaya a morir por algo así.

Lo miró.

—Solo estaba preocupado por ti. Ya vi que estás bien, así que listo.

Pun se quedó callado, dudando si seguir hablando. Si solo pensara en sí mismo, mejor callarse. No importaba por qué iban a fracasar; si fracasaban, hasta le convenía. Pero también era su amigo, y como amigo no podía fingir que no estaba preocupado.

Por eso decidió hablar.

—¿Puedo hablar claro?

Moth levantó la vista.

—No lo digo para atacarte.

Pun apretó los labios un momento buscando las palabras justas.

—La verdad, yo no perdí nada.

Hizo una pausa.

—Pero si decides abrirle el corazón a alguien y dejar que entre en tu vida, no puedes seguir haciendo todo exactamente igual que siempre.

Moth frunció el ceño.

—¿Quieres decir que tengo que dejar de ser yo mismo?

Pun no contestó de inmediato.

—¿Dejar de hacer lo que quiero y encima estar adivinando qué quiere el otro?

Moth soltó el aire.

—¿Quién haría eso?

—Adaptarse no significa dejar de ser tú.

Le habló con calma.

—Significa entender que llevan ritmos de vida distintos.

Moth se quedó callado y Pun siguió:

—Pero sabes perfectamente bien que cuando estás con alguien nunca cedes.

Suspiró.

—Siempre me he dado cuenta.

Moth lo miró.

—En cualquier relación intentas controlarlo todo.

Pun fue directo:

—De una forma u otra, tú tienes que poner las reglas.

Hizo una pausa.

—Parece que toda relación se convierte en una competencia que tienes que ganar.

Moth no se movió.

—Nunca te permites perder.

Pun concluyó:

—Tienes que ganar siempre.

Le puso una mano suave en el hombro. Fue un gesto sencillo, pero hizo que Moth se callara más todavía.

—Con Dean...

Pun pensó antes de seguir.

—Tal vez podrías simplemente dejar que las cosas fluyan.

Moth lo escuchó.

—Si de verdad está ahí contigo, dale una oportunidad.

Titubeó un poco.

—O sea... dale una oportunidad a él.

Se le notó un poco incómodo.

—Todavía ni siquiera han tenido tiempo suficiente para ver hasta dónde puede llegar todo esto.

Pun siguió:

—Intenta hablar con la gente que le importa. Pon límites cuando sea necesario.

Lo miró directo a los ojos.

—Pero también deja que las cosas pasen según lo que sientes.

Hizo una pausa.

—¿Puedes hacer eso?

Moth no contestó. Tenía demasiado revuelto por dentro. Cuanto más se daba cuenta de que Pun todavía le importaba, más difícil era seguir fingiendo que no lo veía. Su propio plan le pareció absurdo: había armado todo un juego para alejarlo, pieza por pieza, como si pudiera borrar todo problema sin mirar la verdad a la cara. Y ahora se daba cuenta de que quizás ni siquiera sabía manejar lo que sentía su mejor amigo, ni qué hacer con eso.

Todo se reducía a una palabra: valor. Moth nunca había tenido el valor suficiente para enfrentarlo de frente. Quizás lo más sencillo fuera aceptar que diciendo la verdad podía perder la amistad de Pun. Y era precisamente ese miedo el que convertía algo sencillo en un laberinto.

Quería arreglarlo todo sin lastimar a nadie, sin perder a nadie, sin tener que elegir... pero tal vez ese camino no existía. ¿Por dónde empezar entonces? Quizás por sí mismo.

El bar se llenaba cada vez más, la música subía y la gente se movía al ritmo. Pero Dean seguía sentado frente a su vaso.

Ese lugar que siempre era su refugio se sentía extrañamente lejano esa noche. Al final dejó el vaso en la mesa y se levantó.

—Me voy primero hoy.

Sus amigos lo miraron.

—Estoy cansado.

No dio tiempo a que le preguntaran nada y salió.

Afuera el viento nocturno le golpeó la cara y le ayudó a aclararse un poco. Empezó a caminar y un chico se le acercó:

—Disculpa... ¿me pasas tu contacto?

—Claro.

Le tomó el celular, se lo dio... pero sin esa sonrisa amable que siempre ponía en esos casos.

Le devolvió el celular, sonrió solo por educación y siguió caminando sin alargar la charla. Unos pasos después suspiró hondo: algo dentro de él había cambiado, y lo sabía perfectamente.

Le vino a la memoria una conversación anterior:

—Dime algo, Dean.

La voz insistía.

—De lo que hablamos.

Dean se había quedado callado.

—O de lo que de verdad sientes por Moth y te esfuerzas por ocultar.

Dean solo sonrió y levantó el vaso, como si con eso bastara para cambiar de tema. No bastó.

—Ten cuidado.

Y siguió:

—Enfrenta lo que sientes de verdad.

Y después:

—Cuando te vayas, acepta lo que llevas dentro y averigua qué vas a hacer con ello. Esa es la mejor salida.

Dean suspiró.

—Está bien.

Silencio.

—Admito que me gusta Moth.

Entonces vino la pregunta:

—¿De la misma forma que te han gustado los demás?

Dean se quedó quieto: sabía exactamente a dónde iba la pregunta, y por primera vez contestó distinto.

—No.

Respiró hondo.

—Esta vez se siente más...

Buscó la palabra.

—Creo que me estoy enamorando.

El recuerdo se fue y Dean siguió caminando... hasta que se detuvo. Ahí estaba Moth esperando bajo la luz de la calle, frente al MANIAC. Se miraron unos segundos y Dean habló primero:

—¿Qué haces aquí?

Moth dudó.

—Vi que Hun subió una foto tuya.

Hizo una pausa.

—Y supe que estabas aquí.

—Si querías hablar, ¿por qué no me llamaste?

—Es que yo...

Moth apartó la mirada un momento.

—Quería hablar contigo en persona.

Dean lo siguió mirando: todavía estaba molesto, pero no lo suficiente como para irse.

Pero tampoco tanto como para fingir que nada había pasado.

—¿Y por qué tienes el Instagram de Hun?

Moth frunció el ceño.

—Porque me siguió desde que nos conocimos en el café.

Dean soltó el aire y se le escapó una pulla sin querer:

—Qué bueno que aceptaste seguirlo.

Moth levantó una ceja.

—Pensé que no querías ser amigo de nadie en este planeta.

Le salió el reflejo de siempre, casi le contesta algo cortante... pero se acordó de lo que le dijo Pun. Se detuvo, respiró y decidió decir lo que de verdad pensaba:

—No tengo problema con tus amigos.

Dean se quedó callado.

—¿En serio?

Moth siguió:

—Son buena gente.

Le costó un poco decirlo.

—Pero... olvídalo.

Dean esperó.

—Si los vuelvo a ver, voy a intentar no ponerme a la defensiva.

Dean lo miró fijo.

—¿Por qué?

Moth ya se arrepintió de haber sido tan sincero.

—¿Todavía quieres volver a verlos?

—No dije que quiero.

Contestó rápido.

—Dije que si seguimos saliendo, probablemente va a pasar.

Dean se quedó quieto.

—Entonces...

Hizo una pausa.

—¿Quieres seguir saliendo conmigo?

Moth lo miró.

—¿Tú qué crees?

Una pregunta sencilla, pero hizo que Dean pensara mucho más de lo que quería. Siempre había evitado complicaciones: cuando algo dejaba de ser divertido, se iba; cuando alguien exigía demasiado, buscaba a alguien más fácil. Pero con Moth no funcionaba así: se iba, se molestaba, hablaba con otras personas, intentaba seguir con su vida... y aun así algo se le quedaba pegado dentro.

Tal vez ya estaba harto de convertir todo en provocación, en juego, en prueba, en intentar adivinar qué sentía el otro. Si seguían así, nunca iban a saber qué querían de verdad. Dean estaba cansado de fingir que no le importaba, y más aún de no saber si a Moth le importaba. Respiró hondo: —Hay algo que quizás no sabes.

Moth esperó.

—De verdad no pensé que habría problema en presentarte a mis amigos.

Lo dijo sin ironía.

—Para mí, llevarte a mi mundo era algo normal.

Moth lo escuchó callado.

—Pero si me dices directamente que algo no te gusta o que no quieres ver a alguien, todo es mucho más fácil.

Siguió Dean:

—Mejor que estar haciendo juegos y luego actuar como si nada te importara.

Moth se quedó callado mucho rato y al final dijo:

—Perdón.

Dean parpadeó, no se lo esperaba.

—Olvídalo.

Se pasó la mano por la nuca.

—No hace falta que te disculpes.

Moth lo siguió mirando.

—Yo también me equivoqué.

Dean suspiró.

—Creo que no pensé lo suficiente. Se me olvidó que eres completamente distinto a mí.

—No es solo eso.

Moth respiró hondo, como si le costara muchísimo decir algo tan pequeño.

—También quería pedirte perdón por cómo te hablé.

Le salió la voz más bajita.

—Fui duro.

Dean se le escapó una sonrisa.

—Está bien.

Moth esperó.

—¿Entonces estamos a mano?

Moth se quedó quieto unos segundos más: todavía le quedaba algo, algo muy difícil de decir.

—No sé qué te hicieron pensar mis actitudes.

Dean volvió a poner atención.

—Pero...

Moth dudó.

—La verdad, me gusta salir contigo.

Dean se quedó callado y Moth siguió antes de perder el valor:

—Siempre quise aprender baile de salón, pero nunca me atrevía porque tendría que bailar con alguien que no conozco.

Lo escuchó Dean.

—Tampoco puedo ir tranquilo a talleres o exposiciones: siempre se me acerca alguien a hablarme.

Suspiró y siguió:

—Pero cuando vienes conmigo, sí puedo hacer esas cosas.

Dean empezó a entender.

—Cuando estás cerca, nadie se me acerca a intentar nada.

Moth casi sonrió.

—Tal vez hay muchas cosas en las que no encajamos.

Corrigió:

—Hay.

Dean se rió bajito.

Moth hizo como que no oyó.

—Y hay cosas que me molestan bastante.

—Pero en general...

Moth lo miró a los ojos.

—Me siento bien cuando estoy contigo.

Dean se quedó quieto y la tensión se le fue aflojando poco a poco. Quizás eso era lo importante: él ocupaba un lugar en la vida de Moth, aunque todavía fuera pequeño. Moth añadió:

—Y nunca pensé que no fueras importante.

Hizo una pausa.

—Perdón por haberlo hecho parecer así.

Dean sonrió, sin malicia esta vez, con alivio, con una calma que antes no estaba ahí.

—La próxima vez, solo dilo.

Moth también sonrió suavemente. Todavía no estaba todo arreglado, pero algo volvió a su sitio.

Dean llevó a Moth de vuelta a la mesa y Om, Boom y Hun los miraron. Om habló primero:

—Oye... pensé que ya te habías ido.

Dean miró a Moth y contestó:

—Cambié de opinión.

Hizo un gesto hacia él.

—Moth también quiso venir.

Se veía un poco incómodo, pero esta vez no se escondió detrás de su frialdad.

—¿Puedo sentarme con ustedes?

Los demás sonrieron.

—¡Claro!

Boom le sirvió un trago.

—Entonces tómame uno de bienvenida.

Moth intentó negarse, pero no pudo: entre todos lo animaron y aceptó el vaso. Se lo tomó de golpe y todos celebraron.

Desde esa noche algo cambió entre ellos: Moth empezó a hablar con Dean y sus amigos con más naturalidad, entendió mejor a Boom, respondió a Om, se quedó ahí sin sentir que tenía que huir todo el tiempo. Y a veces se cruzaban las miradas con Dean y se sonreían sin necesidad de decir nada. Era algo pequeño todavía, algo que empezaba a crecer dentro de él. No sabía a dónde iba, ni cómo iba a terminar, ni siquiera sabía si ya podía llamarlo amor.

Cuando cerraron el bar salieron juntos. El aire de la madrugada estaba fresco y la música se fue apagando detrás de ellos al cerrarse la puerta.

Caminaron uno al lado del otro y Dean lo miró:

—¿Te gustó más esta vez?

—Todavía no me gusta tanta gente junta.

Dean sonrió.

—Pero fue mejor que otras veces.

Moth pensó.

—Sí.

—Entonces, si hay otro evento, ¿vienes conmigo?

Moth se giró hacia él.

—¿Y qué gano yo?

Dean contestó sencillo:

—Que yo voy contigo.

Moth se quedó callado y le vinieron a la mente las palabras de Pun: puedes poner límites, pero también puedes dejar que las cosas pasen según lo que sientes. Dean notó su silencio.

—¿Qué tienes?

Moth lo miró: esta vez no quiso responder con una regla más.

Otra condición que se rompió: simplemente le extendió la mano, tomó la de Dean y dejó que el sentimiento hablara por él.

—¿Vamos a mi departamento?

Dean asintió sin dudar.

La puerta se cerró detrás de ellos, respiraban agitados y la distancia desapareció casi por completo. Dean se acercó y Moth no se apartó: todo

lo que habían estado guardando estos días estaba a punto de desbordarse. Pero antes de ir más allá, Moth lo detuvo suavemente:

—Espera.

Dean se detuvo.

—Déjame bañarme primero.

—Ajá.

Dean respiró hondo.

—Está bien, tómame tu tiempo.

Moth le sonrió suavemente y se le iluminaron los ojos de timidez antes de entrar al baño.

Dean se quedó sentado al borde de la cama, se pasó la mano por el pelo e intentó calmarse, pero el corazón le seguía latiendo muy rápido. Los minutos pasaban lentísimos. Sacó el celular, deslizó la pantalla... pero no estaba leyendo nada. Al final se acostó y el cansancio y el alcohol empezaron a pesarle.

Cuando sintió que se quedaba dormido, sacudió la cabeza, se levantó y caminó por la habitación: dormirse justo ahora parecía una vergüenza absurda. Pero media hora después los ojos se le cerraban solos y Moth no salía. Se frotó la cara, miró la puerta del baño, volvió a la cama... y el sueño le ganó.

Cuando Moth por fin salió, encontró a Dean dormido. Se detuvo: toda esa seguridad y esa actitud de antes se habían ido.

Solo quedaba el cansancio. Moth se quedó mirándolo unos segundos y se le escapó una sonrisa pequeña. Se acercó a la cama, se acostó con cuidado de no despertarlo y se giró de lado, mirando su cara en la penumbra. Algo dentro de él se tranquilizó. Dean se movió, como si supiera que estaba ahí, y sin abrir los ojos le pasó el brazo por encima y lo atrajo hacia sí. Moth se quedó quieto un momento y luego se relajó. Esa noche durmieron juntos: a veces abrazados, a veces separados, a veces volviendo a acercarse sin darse cuenta.

Después de tantas reglas, competencias y peleas por ganar, sus cuerpos encontraron la respuesta más sencilla antes de que sus corazones pudieran empezar otra discusión.





CAPÍTULO 11

—¿Me estás diciendo que me llamaste a primera hora de la mañana solo para despertarme y hacerme escuchar tu lamento de corazón roto?

Dean refunfuñó por teléfono, con la voz ronca y dormida. Ten acababa de despertarlo solo para quejarse de Pun —que, al parecer, llevaba tres días metido en la ducha. La historia era sencilla: Ten le había mandado un mensaje directo por Instagram, Pun le contestó que se iba a bañar y simplemente desapareció. No volvió a contestar. Esa mañana Ten perdió la paciencia:

—Ya basta. Me rindo. Tengo que aceptar la verdad: entre él y yo las cosas llegan hasta aquí y no más.

Dean suspiró.

—No, Ten.

Hizo una pausa.

—Nunca llegaron a nada.

Eso dolió más que cualquier consuelo, sobre todo porque Dean tenía razón: nunca empezaron, nunca se acercó de verdad, quizás ni siquiera estaba en el radar de Pun.

—Está bien. Entonces ya no tienes que seguir coqueteando con Moth por mí.

Dijo Ten molesto.

—Me rindo.

—Está bien.

Le contestó Dean muy bajito, demasiado bajo. Ten se dio cuenta al instante.

—¿Dónde estás?

Dean se quedó callado.

—¿Y por qué hablas así?

—¿Así cómo?

—Así.

Dean respondió:

—Es que estoy susurrando.

—¿Y por qué susurras?

Dean suspiró y miró a su alrededor con cuidado: no era su cuarto, y el dueño seguía dormido tapado hasta la cabeza, respirando tranquilo como si no hubiera oído nada desde el borde de la cama. Dean bajó más la voz:

—Moth está durmiendo.

Silencio.

—¿QUÉ?!

—Adiós.

Dean colgó antes de que Ten tuviera tiempo de empezar a interrogarlo.

Solo entonces miró el cuarto con atención: olía a madera y perfume. La luz de la mañana entraba por una cortina azul claro que se movía con la brisa. Cerca de la ventana había un escritorio lleno de cuadernos, lápices, borradores y una tableta digitalizadora conectada, como si Moth

hubiera estado trabajando hasta tarde. En la cama seguía de lado, quieto, respirando con calma como si durmiera profundamente. Dean se acercó sin darse cuenta y se le escapó una sonrisa al verlo tan terco y a la vez tan indefenso mientras dormía. Se inclinó... y por un momento pensó en robarle un beso, pero no lo hizo.

Sonrió para sí mismo, le acomodó bien la cobija, tomó su celular y su cartera y salió del cuarto sin hacer ruido.

En cuanto cerró la puerta, Moth abrió los ojos. Se quedó quieto unos segundos esperando, y solo cuando estuvo seguro de que Dean se había ido soltó un suspiro largo. La verdad es que estaba despierto desde que contestó el teléfono: solo fingía dormir porque no sabía cómo enfrentar la mañana después de todo lo que había pasado. Se tapó la cabeza con la cobija. No era exactamente vergüenza: era algo difícil de nombrar, mezcla de extrañeza, incomodidad y algo que se negaba a ponerle nombre.

Cuando recordó que Dean le había acomodado la cobija, le dio un poco de culpa: estaba despierto, lo había visto todo y aun así lo dejó creer que dormía. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? En veinticuatro años nunca había amanecido en la misma cama que otra persona. Quizás así fue mejor, se dijo a sí mismo. Se levantó y se fue a bañar.

El agua caía rítmica sobre el piso. Moth estaba bajo el agua fría, y mientras se jabonaba se detuvo. Los recuerdos volvieron de golpe: primero, el beso en el ascensor.

Ese beso que empezó sin razón y le dejó una sensación persistente en el pecho mucho más tiempo del que quería admitir. Luego vino el recuerdo de la noche anterior: la puerta cerrándose, la distancia desapareciendo, la respiración de Dean acercándose, el silencio más intenso que cualquier palabra. No solo volvió a verlo, sino que lo sintió todo de nuevo. Cerró los ojos e intentó calmarse, pero inevitablemente tuvo que admitir

algo: Dean ya no era algo pasajero sin importancia. Abrió el agua fría y la dejó caer sobre él hasta temblar.

Esperaba que el frío apagara el calor que le subía al vientre, pero no lo hizo. Cambió a agua caliente para relajarse, pero sabía que el problema no estaba en el cuerpo: estaba en la persona que no se iba del cuarto y tampoco se iba de su mente. Cuando por fin se sintió más tranquilo salió del baño, con el pelo mojado y una toalla suelta en la cintura... y casi se muere del susto al ver a Dean sentado ahí como si nunca se hubiera ido.

—¡Mierda!

Se le escapó antes de pensar y se agarró la toalla con fuerza. Dean levantó una ceja y sonrió:

—¿Qué pasa? ¿Para qué tantos gritos?

—Pensé que ya te habías ido.

Le salió la voz bajita. Entonces vio una bolsa de la tienda de conveniencia sobre la mesa. Dean se levantó:

—Bajé a comprar unas cosas.

Señaló la bolsa.

—Tu ropa no me queda.

Empezó a acercarse con esa sonrisa que le decía a Moth que tenía que retroceder... pero las piernas no le obedecieron.

Dean se detuvo frente a él y le bajó la voz:

—¿Cómo me iba a ir?

El corazón de Moth se aceleró y Dean siguió:

—Aún no he terminado mi trabajo.

Le apartó suavemente un mechón de pelo mojado de la frente, se acercó y pudo oler su jabón en la piel recién bañada. Moth cerró los ojos un instante, y al abrirlos se dio cuenta de que le estaba dando demasiado poder... y aun así no se apartó.

Se le calentó la cara y la temperatura subió cuando Dean se inclinó y lo besó.

Esta vez Moth abrió los labios sin resistencia, como si todo lo que había intentado armar de barreras se hubiera desmoronado. El beso empezó provocador y se volvió intenso. Dean entró con su lengua despacio y Moth le respondió sin dudar. Le pasó la mano por el cuerpo, bajó por su piel caliente y sintió la tensión entre los dos. Todo lo que creía haber apagado bajo el agua volvió de golpe: nunca se fue, solo esperaba que él estuviera ahí para encenderse otra vez. Moth dudó, casi imperceptiblemente, y Dean lo notó al instante.

Se apartó y lo miró a los ojos:

—¿No quieres?

Le habló bajito, serio, sin presionarlo, sin insistir, solo preguntando. Moth no supo qué decir: querer y no querer eran palabras demasiado pequeñas para todo lo que sentía, aunque su cuerpo ya había contestado mucho más claro que cualquier palabra. Dean esperó unos segundos y retrocedió:

—Está bien.

Le dio espacio.

—Entiendo. No pasa nada.

Y algo dentro de Moth se apretó.

No quería que se alejara así. No quería perder lo que por primera vez tenía justo enfrente. Le tomó la mano, sin atreverse a mirarlo del todo:
—El trabajo...

Se detuvo, respiró hondo:
—Aún no ha terminado, ¿verdad?

Dean lo miró y Moth reunió fuerzas:
—Entonces termínalo.

La sonrisa de Dean volvió despacio, pero ya no era esa sonrisa provocadora de siempre: se veía que entendía perfectamente lo que le costaba decir eso. Se acercó de nuevo, pero con más cuidado.

Lo tomó de la mano, como asegurándose de que estaba ahí por voluntad propia. Moth no se apartó. Lo llevó a la cama, lo acostó y se puso encima. Moth sintió su peso, su respiración cerca, su calor... y todo lo que pensaba se fue desvaneciendo. Por primera vez tuvo claro: no quería huir.

Dean empezó a bajar por su cuerpo, despacio, con la nariz caliente recorriendo su piel como si lo estuviera descubriendo poco a poco: cuello, pecho, vientre.

Más abajo. El cuerpo de Moth respondió antes que su mente, igual que una abeja que recorre una flor entera hasta que la flor se inclina hacia ella. Dean levantó la vista y lo miró a los ojos. Sus dedos llegaron a la entrada, donde todo se había acumulado. Se inclinó a su oído:
—¿Prefieres suave o intenso?

Moth se quedó callado un momento y luego se acercó a su oído, devolviéndole la provocación casi en un susurro:
—Sorpresa.

Dean se rió.

Satisfecho, volvió a besarlo, esta vez con más firmeza, con una intensidad distinta a las veces anteriores. Cada movimiento parecía hacer la misma pregunta... y recibir la misma respuesta.

Entonces el celular de Moth empezó a sonar. La vibración sobre la mesa entró en el cuarto como una intrusa. Moth intentó ignorarlo, pero volvió a sonar una y otra vez hasta que Dean se apartó molesto:

—Contesta.

Moth lo tomó con cara de molestia, pero cambió de expresión al ver quién era: un cliente importante.

—¿Aló?

Escuchó.

—¿Diez de la mañana?

Miró el reloj.

—Está bien, regreso la llamada.

Colgó y se quedó callado: el deseo que sentía segundos antes se volvió preocupación. Dean se acercó y le besó suavemente el hombro:

—¿Trabajo?

Moth asintió.

—El cliente quiere adelantar la reunión de la tarde a las diez.

Hizo una pausa.

—Si no puedo, la próxima oportunidad es la semana que viene.

Dean miró la hora:

—¿Diez?

—Ajá.

—¿Dónde?

—Asok.

Dean calculó mentalmente:

—Entonces tienes que irte ya.

No era una pregunta. Moth asintió a regañadientes:

—Sí...

Suspiró.

—Tengo que irme.

Dean lo miró y luego le dijo, medio broma medio en serio:

—Tú también puedes posponerla para la semana que viene.

La mirada dejaba claro que prefería eso, pero le daba espacio para decidir. Moth quería decir que sí, quería posponerlo todo... pero el viejo hábito de ser responsable se le adelantó: sabía que no podía ignorar al cliente sin sentirse culpable después. Dean notó su duda y no necesitó que le dijera que no: la duda ya era respuesta. No quiso presionarlo, suspiró, tomó su camisa y se empezó a vestir:

—Está bien. Ve a tu reunión.

Moth lo miró vestirse y no pudo ocultar su arrepentimiento: cada botón que cerraban lo alejaba un poco más de lo que casi se atrevió a elegir para sí mismo. Quería detenerlo, decirle que no quería parar... pero el trabajo, la responsabilidad, la culpa lo tiraban de vuelta. Quizás así es mejor, pensó. Quizás.

El autobús estaba casi vacío y el aire acondicionado lo mantenía frío.

Estaban sentados juntos atrás. De vez en cuando, con el movimiento, se rozaban los hombros... y cada roce les recordaba lo que casi pasó en el cuarto. Moth miraba por la ventana:

—¿Por qué viniste?

Dean se giró:

—¿No vas a casa?

Moth evitaba mirarlo, porque mirarlo directamente le hacía volver a lo que pasó hace menos de una hora. Dean se encogió de hombros:

—Es justo lo que estoy haciendo.

Moth por fin lo miró y Dean terminó:

—¿Crees que vine a acompañarte?

—No.

Contestó demasiado rápido y volvió a mirar por la ventana. Dean se rió, le tomó la mano con naturalidad y empezó a acariciarle la palma con los dedos. Moth lo miró desconfiado mientras Dean la examinaba como si hubiera encontrado algo fascinante:

—Tienes la mano áspera.

Moth levantó una ceja:

—¿Naciste sufriendo?

Contestó de inmediato:

—Nací muy bien.

Hizo una pausa:

—Solo peleo con mucha gente. Por eso está áspera.

Lo miró:

—¿Quieres ser el próximo?

Dean se rió.

—Es broma, no te ofendas.

—No soy tan sensible.

La verdad es que Moth quería retirar la mano, pero el calor de la suya le hacía moverse mucho más lento que la boca. Dean siguió sosteniéndola, inclinó la cabeza y miró las líneas con fingida seriedad:

—¿Quieres que te lea la mano?

—¿Sabes hacerlo?

Dean lo miró:

—¿Por qué siempre respondes a una pregunta con otra pregunta?

—Porque necesito saber si de verdad sabes o solo estás inventando una excusa para seguir agarrándome la mano.

Dean sonrió:

—No necesito excusas para sostener tu mano.

Hizo una pausa intencional:

—Ya me has dejado hacer cosas mucho más íntimas que eso.

Moth se quedó sin respuesta y giró la cara: se le estaban calentando las orejas. Dean lo notó, claro que lo notó, pero tuvo la delicadeza —o la crueldad— de seguir como si nada. Empezó a trazar círculos pequeños en su palma con el pulgar, de una forma molesta y agradable a la vez. Lo

más molesto era que Moth no lo odiaba ni la mitad de lo que debería.

Dean fingió estudiar las líneas:

—La línea de la cabeza y la del corazón se juntan.

Moth lo miró y Dean siguió, con todo el aire de un adivino de poca monta:

—Significa que eres terco.

Empezó a listar:

—Extremista.

Hizo una pausa:

—Obstinado.

Moth entrecerró los ojos y Dean levantó la vista:

—Pero tierno.

Moth le quitó la mano de golpe:

—Eso es muy vago.

Dean se rió:

—¿Por qué nunca crees nada de lo que digo?

Se quedaron callados un momento y luego Dean preguntó:

—¿A qué hora termina la reunión?

—Más o menos por la tarde.

—¿Quieres que te espere?

Moth se giró:

—¿Para qué?

Dean sonrió:

—Para volver a tu cuarto y terminar lo que empezamos.

Moth apartó la mirada de inmediato:

—Tengo que trabajar por la tarde.

Dean frunció el ceño:

—¿Cómo así?

Lo miró:

—¿No dijiste que adelantaron la reunión de la tarde a la mañana?

—Exacto.

Contestó Moth como si fuera obvio:

—Así que ahora tengo que hacer por la tarde lo que habría hecho por la mañana.

Dean puso cara de sufrimiento:

—¿A qué hora terminas?

—No sé.

Dean se inclinó un poco más cerca y le susurró, como si estuvieran en privado aunque había luz de día y gente alrededor:

—¿Entonces esta noche?

Moth lo miró y Dean siguió:

—Te prometo que no me voy a quedar dormido.

Moth estuvo a punto de contestar, pero en ese momento se sentó alguien cerca y Moth se calló. Dean no se rindió: se acercó más y le susurró al oído:

—Prepárate.

Moth lo miró con cara de pocos amigos:

—Y no tardes tanto como ayer.

Moth hizo un ruido de desprecio y volvió a mirar por la ventana. Dean se estaba divirtiendo demasiado:

—Hoy no se puede.

—¿Mañana?

—Dean.

—¿Qué pasa?

Moth suspiró:

—Sábado.

Dean puso cara de horror:

—Dios mío...

Lo miró:

—Siendo hoy lunes.

Moth se rió bajito y le dio un golpecito en el hombro:

—Parece que te volviste niño otra vez.

Dean se quedó esperando:

—Pórtate bien cinco días.

Moth sonrió:

—Y nos vemos el sábado.

El autobús llegó y Moth bajó primero caminando hacia el edificio comercial.

Dean fue detrás y le habló al oído:

—Te faltan quince minutos para tu reunión.

Moth desconfió de inmediato y Dean siguió:

—Alcanza para encontrar un lugar por aquí y terminar lo que empezamos.

Moth abrió los ojos grandes:

—Conozco a alguien que vive cerca de aquí.

Esta vez Moth ni siquiera se molestó de verdad: ya conocía ese tono, solo quería molestarlo y hacerlo reír. Aun así se le calentó la cara:

—¡Estás loco!

Dean se rió.

La agencia de diseño en Asok ya estaba muy activa esa mañana.

Las paredes estaban cubiertas de pósters de videojuegos, manga y bocetos de personajes. Moth no vivía solo de lo que publicaba en redes sociales: también hacía trabajos comerciales, diseño de mascotas, logotipos e ilustraciones por encargo. Esa agencia era cliente habitual y ya conocía su forma de trabajar. Esta vez lo llamaron para crear la mascota nueva de una marca de galletas. El contrato tenía tres etapas: boceto conceptual, ilustración a color y arte final, además de un pago por adelantado al firmar el acuerdo. Moth estaba sentado frente al equipo intentando prestar atención.

Lo intentaba, pero cada vez que se encendía la pantalla de su iPad, se le iba la concentración. Le llegó otro mensaje de Dean:

—¿El miércoles puedes?

Y debajo:

—El sábado está muy lejos.

Moth se quedó mirando la pantalla demasiado tiempo hasta que escuchó:

—¿Señor Moth?

Bloqueó la pantalla de golpe, levantó la vista y sonrió como si hubiera estado atento todo el tiempo, aunque no había escuchado nada:

—¿Sí?

Intentó disimular:

—¿Qué me decía?

La clienta le sonrió con paciencia y le pasó el documento.

—Está bien, se lo repito.

Moth se enderezó:

—Para la primera entrega queremos el boceto a principios del mes que viene.

Señaló el documento:

—Solo el personaje principal, sin muchos detalles de fondo ni accesorios. Necesitamos ver su personalidad, los colores principales y el estilo general de la mascota.

Moth asintió:

—Entendido. Si la primera etapa es el personaje, puedo presentar dos o tres opciones para que elijan el rumbo.

La clienta asintió:

—Después ya desarrollo las poses y paso a la ilustración final.

Intentó concentrarse de nuevo... pero la pantalla se encendió otra vez con un mensaje corto:

—Me estoy volviendo loco de las ganas de verte.

Moth lo leyó y sonrió sin darse cuenta. En cuanto recordó dónde estaba, borró la sonrisa de inmediato. Maldición. No le gustaba que Dean tuviera ese poder sobre él, y menos aún descubrir que no le molestaba tanto como debería. No quería estar ahí en una reunión profesional sonriendo solo como un tonto. De verdad no quería.

El tiempo empezó a pasar extrañamente lento. El sábado no estaba tan lejos, pero para Dean parecía una eternidad. Era increíble cómo esperar a alguien podía desordenar toda la rutina. Y no dejaba de mandarle mensajes.

Preguntas innecesarias, provocaciones, intentos descarados de que adelantaran la cita. Moth se mantenía firme y le contestaba molesto, pidiéndole que respetara lo acordado... aunque ya ni él sabía qué clase de molestia era esa. Cada vez que soltaba el celular, se quedaba mirando la pantalla más tiempo del necesario, esperando el siguiente mensaje. El martes Dean empeoró:

—¿Qué haces esta noche?

Y Moth le recordaba:

—El sábado.

Poco después:

—¿El miércoles sí puedes?

Y luego:

—¿Estás libre hoy?

Preguntas que parecían casuales, pero no lo eran. Moth sabía perfectamente que Dean intentaba ganar por insistencia. Se ponía nervioso, suspiraba mirando la pantalla y contestaba corto y seco... pero cada respuesta le costaba más esfuerzo. Se le quedaban los dedos sobre el teclado y cada vez que vibraba el celular, el corazón le reaccionaba antes que la razón. Aun así se empeñaba en mantenerse firme: cuanto más demostraba Dean que no podía esperar, más quería Moth fingir que no le importaba. Solo había un problema:

Al final era él quien abría la conversación una y otra vez para ver si le había escrito algo nuevo. En menos de dos días Dean ya lo había intentado todo: mensajes coquetos, llamadas en momentos inoportunos, invitaciones que fingían ser bromas, hasta mensajes de buenos días tan descarados que nunca los reconocería como tales. Moth los rechazaba de la forma que sabía: contestando brusco, colgando, manteniendo la voz firme... pero en cuanto colgaba, se quedaba quieto unos segundos. El cuarto se sentía demasiado silencioso sin esa voz que lo molestaba. Y el sábado se convirtió en el destino final de los dos.

Dean mostraba su ansiedad tan claramente que no había ninguna duda.

Moth fingía que solo su rutina estaba siendo interrumpida.

Pero en el fondo estaba tan ansioso como él.

Solo era lo suficientemente terco para esconder todo detrás de la palabra “enfado”.

El miércoles, el que fingía estar perfectamente tranquilo empezó a inquietarse.

Moth trabajaba desde las diez de la mañana.

Pero los dibujos simplemente no salían como quería.

Y cada pocos minutos volvía a mirar el celular.

Y la culpa era enteramente suya: dos días antes fue él quien le dijo a Dean que esperara hasta el sábado.

Ahora su silencio ya empezaba a molestarlo.

Moth intentó resistirse.

No pudo.

Hacia las dos de la tarde tomó el celular y escribió:

—¿Qué estás haciendo?

Se quedó mirando su propio mensaje unos segundos y de inmediato sintió que había perdido la compostura.

Casi lo borra... pero ya era tarde.

Dean le respondió casi al instante:

—¿Tienes ganas de verme, verdad?

Moth abrió mucho los ojos y contestó rápido:

—Solo pregunté.

Pero el corazón ya le latía a mil por hora.

Después de eso ya no pudo concentrarse en nada.

Intentó dibujar, borró, volvió a intentar...

Y su mente volvía una y otra vez al sábado.

¿A qué hora llegará Dean? ¿Qué será lo primero que me diga? ¿Vendrá con esa sonrisa que me molesta tanto? ¿Cuánto tiempo aguantaré antes

de que esa sonrisa me derrita? ¿Y el beso? ¿Me besaré con prisa o despacio? ¿Dónde me pondrá las manos? ¿Cómo irán vestidos los dos? O mejor dicho... ¿irán vestidos? Moth soltó el lápiz:
—Maldición...

Y cuanto más pensaba, más explícitos se volvían sus pensamientos.

Y cuanto más explícitos se volvían, más molesto se sentía consigo mismo.

Ya no podía trabajar.

Y ahora tenía que admitir algo más:

Estaba casi volviéndose loco esperando que llegara el sábado.

El viernes por fin se rindió.

Llamó a Dean.

Su voz al otro lado se escuchó de inmediato llena de sorpresa y alegría:

—Se va a acabar el mundo.

Moth cerró los ojos:

—Me estás llamando tú.

—¿Estás libre mañana?

Dean se quedó callado un instante y respondió más despacio:

—Estoy...

Hizo una pausa:

—Libre.

—Entonces nos vemos mañana.

Dean pareció confundido:
—Pero mañana es viernes.

Moth tuvo ganas de gritar: ¡Lo sé!

Respiró hondo:
—Exactamente eso.

Dean se quedó callado:
—¿Estás libre o no?

—Sí.

Se le notaba la sonrisa en la voz:
—Nos vemos.

Moth colgó, se quedó mirando el celular y soltó un suspiro largo.
Tenía claro lo que sentía: había perdido.
Perdió contra Dean.

Y peor aún...
Perdió contra su propio corazón.







CAPÍTULO 12

El viernes llegó más rápido de lo que imaginaba, pero para Dean, esa emoción que le desbordaba el pecho desde los primeros días se estaba apagando poco a poco, sin hacer ruido. Al principio insistía muchísimo con Moth: le mandaba mensajes seguido, lo llamaba, se hacía el confundido con los días, actuaba como quien no puede esperar ni un minuto más. Sin embargo, Dean tenía un defecto: rara vez lograba mantener la atención en algo por mucho tiempo. Cuando la intensidad baja, su mente suele irse a otras cosas sin que se dé cuenta. No es que se hubiera olvidado de Moth o ya no quisiera verlo; simplemente ese entusiasmo que antes lo llenaba por completo se había suavizado hasta volverse un cariño más tranquilo y una nostalgia leve.

Como ya no sentía esa misma intensidad de al principio, cuando Moth le mandó el mensaje de “Nos vemos hoy”, no sintió esa emoción que lo ponía de pies en la tierra como le pasaba hace unos días. Lo leyó un momento, y justo en ese instante le llegó otro mensaje de un amigo invitándolo a una fiesta de cumpleaños esa misma noche. Las ganas de salir con sus amigos empezaron a pesarle casi de inmediato. Así que le respondió a Moth como si se tratara de una sugerencia cualquiera:

Dean: *¿Qué tal si primero pasamos por MANIAC?*

No era algo urgente, solo le estaba lanzando la idea, con la esperanza de que la noche saliera como él quería. Si Moth aceptaba ir con él, podía divertirse con los amigos sin sentirse culpable por haber dejado la cita de lado.

Pero Moth no tardó nada en responderle de forma cortante:

Moth: No voy.

Esa respuesta tan seca dejó claro que estaba ocupado trabajando y no tenía ganas de andar dando vueltas. Últimamente Dean ya conocía bien a Moth y sabía cuándo andaba de mal humor. Soltó un suspiro suave y volvió a preguntar, esta vez más directo:

Dean: ¿Entonces a qué hora nos vemos?

Moth le contestó:

Moth: Ya veremos más tarde. Déjame trabajar un rato.

Esa respuesta tan corta hizo que Dean soltara otro suspiro. Se quedó mirando la pantalla un momento más y luego se volvió hacia Ten, que estaba cerca ayudando a acomodar las luces para grabar contenido.

—¿Vas a ir a la fiesta de cumpleaños de Mack?

Ten frunció el ceño.

—¿Cuál Mack?

Dean puso cara de fastidio, como si le molestara tener que recordarle cosas a su amigo.

—Mack, el que fue con nosotros a Chiang Mai en segundo año de universidad. ¿Ya no te acuerdas?

—Vaya, eso fue hace una eternidad. ¿Quién se va a acordar de eso? —respondió Ten.

—Pues al menos él se acuerda de ti. Me pidió que te invitara — dijo Dean, y se quedó callado un momento —. Aunque capaz y no vaya.

Ten se volvió a verlo sorprendido.

—Si tú no vas, yo tampoco. Ni siquiera somos tan cercanos. Y además, ¿por qué no irías tú? Normalmente nunca te pierdes una.

—Tengo una cita con Moth — respondió Dean de forma breve.

Ten dudó un instante y se le escapó una sonrisa pícaro.

—Ah, ya veo, ¿hoy vas a cerrar el trato o qué?

Esa expresión de “cerrar el trato” hizo que Dean se detuviera. Antes él habría dicho algo así sin pensarlo dos veces, pero que se lo dijeran a él sonaba como si Moth fuera una cosa más de su lista que solo faltaba tachar.

Le molestó muchísimo escuchar eso, aunque no sabía explicar bien por qué.

Pero Ten siguió preguntando como si no se diera cuenta de lo que Dean estaba sintiendo.

—¿Y después de hoy qué va a pasar? ¿Se van a dejar o ya van a ser amigos como todos los demás?

Dean se molestó sin razón y se descargó con Ten de inmediato.

—¿Y por qué te metes en mi vida? Tú fuiste el que me hizo perder días enteros. ¿Y qué pasó con lo de que te gustaba el Dr. Pun? Al final se te escapó.

A Ten se le cambió la cara.

—Ya, no tienes por qué estar repitiendo eso todo el rato, exagerado.

Dean se calló. Se dio cuenta de que no podía hablar de Moth como si fuera un asunto, ni marcarlo como un punto final, y mucho menos tratarlo como si fuera uno más con el que salía, se divertía y ya. Lo peor de todo era que recién ahora se daba cuenta de que odiaba pensar así.

Aun así, no dejaba de querer ir a la fiesta de cumpleaños de su amigo esa noche.

Cuando la tarde se convirtió en noche, el cuarto de Moth se sentía distinto a otros días. Se escuchaba música suave de fondo. Todo lo que estaba tirado por ahí ya estaba guardado. Las sábanas estaban bien estiradas y acomodadas. El aroma suave de las velas que había prendido en las esquinas llenaba el ambiente. Todo eso hizo que Moth se diera cuenta sin querer que estaba acomodando ese espacio para alguien especial — aunque de inmediato se quitó la idea de la cabeza diciéndose a sí mismo que solo lo hacía para tener todo ordenado.

Moth dio la tercera vuelta al cuarto, aunque ya todo estaba perfecto. Acomodó las almohadas, acomodó las dos copas de vino a la distancia justa y se quedó mirando su propio cuarto con una sensación extraña, como si estuviera preparándose para recibir a alguien muy importante, mientras por dentro se negaba a admitir que estaba pensando en algo así.

Después de bañarse, se paró frente al espejo con nada más que una toalla en la cintura. Su piel todavía se veía fresca y brillante por el vapor.

Se echó crema en la mano y se la fue pasando despacio por los brazos. Su reflejo se veía tranquilo, aunque por dentro no lo estaba tanto. No quería admitir que se estaba arreglando y cuidando los detalles solo para verse bien para Dean.

Le tomó muchísimo tiempo escoger qué ponerse. Agarraba una prenda, se la ponía encima y la volvía a dejar. Probaba con otra y se arrepentía. Al final eligió la que parecía más sencilla — aunque en realidad fue la que más pensó. Se acomodó el cabello, se puso perfume y regresó a la habitación con la botella de vino y las dos copas.

En el reloj ya pasaban de las nueve. Moth abrió el chat con Dean. Los dedos le quedaron suspendidos sobre el teclado un buen rato, dudando en preguntarle a qué hora llegaba, pero el último mensaje que le había mandado ya aparecía como leído y sin respuesta. Ese silencio en la pantalla le fue quitando las ganas poco a poco.

Se quedó mirando unos segundos más y soltó un suspiro, como si ya se hubiera resignado a su propia inquietud. Al final lo llamó por teléfono. Cuando Dean contestó, Moth se sorprendió al escuchar música fuerte de fondo. Se quedó callado una fracción de segundo y luego preguntó, con la voz más áspera de lo que quería:

—¿Dónde estás?

—Hoy cumple años un amigo, así que pasé a saludar.

Moth casi le grita por el teléfono:

—¡Pero ya habíamos quedado de vernos!

No era solo que le hiciera esperar: eran las velas aromáticas, las dos copas de vino, todo el cuarto arreglado, toda la ilusión que él había puesto y que al otro parecía no importarle en absoluto.

—Cuando termine la fiesta me voy para allá — respondió Dean como si fuera lo más sencillo del mundo.

—¿A qué hora? — preguntó Moth, con la voz mucho más apagada.

Dean dudó.

—A la una o las dos de la mañana, más o menos.

—¿Estás loco?! ¡Ya teníamos una cita! ¿Me vas a hacer esperar hasta esa hora?

—Tú tampoco me contestaste cuando te pregunté a qué hora — le replicó Dean, y en su voz también se notaba que ya no le hacía mucha gracia la situación.

—¡Te dije “más tarde”! — dijo Moth apretando los dientes —. ¿O es que no entiendes lo que significa “más tarde”?

Eso hizo que Dean se detuviera en la puerta del bar. La culpa que sentía se le convirtió en terquedad.

—Bueno, a medianoche.

—¿Y eso qué significa? ¿Hasta qué hora me voy a quedar esperando? — insistió Moth.

—Ya te dije, a medianoche.

—¿Pero demonios qué es esto?! — Moth soltó una maldición molesto, mientras Dean suspiraba e intentaba arreglar las cosas.

—Pues ven conmigo. Quédate aquí conmigo y luego nos vamos juntos.

—¿De qué amigo es el cumpleaños? ¿De Ohm, de Boom o de Hun?

—No, es otro amigo.

—Pues no lo conozco. ¿Cómo voy a ir así nada más?

—¿Y por qué no? Aquí están Ohm y Boom.

Moth se quedó callado un segundo y luego le preguntó claro: — Elige. ¿Qué quieres hacer? ¿Te quedas en la fiesta de tu amigo o vienes?

—Es que los cumpleaños nada más se cumplen una vez al año...

—Ay ya, no te pongas así — le dijo Moth, sin nada de gracia —. Además, si quieres verme, puedes hacerlo cuando quieras, ¿no?

—¿Pero qué te pasa? Deja de hacerte el dramático. Mejor ven acá, ¿sí?

—¡No! — lo cortó Moth —. Quédate con tus amigos. Adiós.

Colgaron. Dean se quedó parado frente al Bar MANIAC con la frustración todavía atorada en el pecho. Miró la pantalla apagada un instante, guardó el celular y volvió a empujar la puerta para entrar. La música y las risas de sus amigos lo envolvieron, casi ahogando el silencio que había tenido segundos antes. Dean saludó a Ohm, a Boom y al cumpleañosero Mack con su sonrisa alegre de siempre, como si la conversación que acababa de terminar no hubiera dejado nada en su corazón.

Mientras tanto, lejos de la música y el ruido que arrastraban a Dean de vuelta a la fiesta, el cuarto de Moth estaba tan silencioso que se escuchaba el hielo chocando contra el vaso. Estaba sentado solo en el sofá, con esa luz tenue que había prendido para que se sintiera acogedor. La vela aromática todavía soltaba su perfume. El vino ya estaba abierto, pero la segunda copa seguía vacía. Moth levantó la suya y bebió despacio, diciéndose a sí mismo que no estaba triste, solo molesto. Pero el silencio que lo rodeaba era demasiado sincero: sabía que no estaba enojado solo por haberlo dejado plantado. Le dolía haberle dado más importancia a esa noche de la que debía.

Al final, Moth no pudo resistirse y terminó yendo al Bar MANIAC. En todo el camino se decía a sí mismo que no iba por Dean, que no tenía ganas de verlo, que no iba a ir a demostrarle que había elegido a sus amigos antes que a él — simplemente que en ese cuarto que había preparado con tanto esmero, el silencio se hacía insoportable estando solo. Un poco de alcohol de la botella que se había tomado en menos de una hora le quitó fuerzas a todas sus razones para no ir. Y ahí estaba, entre luces de colores, mirando la mesa de Dean y viéndolo bailar y reír a carcajadas, como si se le hubiera olvidado por completo que ese día había lastimado a alguien. La rabia que había estado guardando estalló de golpe.

Ohm y Boom fueron los primeros en verlo y le dieron un codazo a Dean. Pero Moth se dio la vuelta y se fue directo a la barra, se sentó en una silla vacía y se quedó ahí solo. Dean corrió tras él y le agarró del brazo.

—Dijiste que no ibas a venir.

—Estaba solo, no tenía nada que hacer — respondió Moth con sequedad.

Dean lo miró preocupado.

—¿Viniste con alguien? ¿Viniste solo?

—Si ya lo sabes, ¿para qué preguntas?

—¿Por qué te pones así? Ven, siéntate con nosotros.

—Ya te dije que no conozco a nadie.

—Aquí están Ohm y Boom.

Moth se soltó de un tirón y le respondió con dureza:

—¿Puedes dejar de meterte en mi vida? Ve a donde quieras, yo quiero estar solo.

Dean se quedó dudando, con la cara más seria y cerrada que de costumbre. No sabía si era el alcohol o si era el coraje.

—Por favor, habla claro.

Moth lo miró directo a los ojos y le dijo despacio:

—Está bien... deja de meterte.

Esa frase dejó a Dean sin nada que decir. Moth pidió una cerveza sin siquiera voltear a verlo. Dean solo dijo:

—Está bien, como quieras — y regresó a su mesa.

Moth se quedó tomando en la barra, tratando de aparentar que no le importaba nada, aunque de vez en cuando la mirada se le iba hacia

donde estaba Dean. Las risas de ese lado se filtraban entre la música y le llegaban con demasiada claridad. Cada vez que las escuchaba, sentía que su coraje y su frustración crecían más.

Levantó su copa para dar otro sorbo, decidido a no voltear, a no dejar que Dean notara que todavía le importaba. Pero justo antes de tragar ese sabor amargo, un alboroto en esa mesa rompió con todo, como si de repente hubiera partido el ambiente del bar a la mitad, y se escuchó el estallido de un vaso quebrado que hizo saltar a Moth.

—¡Hijo de perra!

La mano de Moth se quedó con el vaso suspendida en el aire, y todos los presentes voltearon hacia allá.

Moth miró y vio la mesa volcada, vasos y botellas hechos pedazos en el piso. Mack, el cumpleañosero, con la cara roja por el alcohol, le empujó el pecho a Dean con fuerza. Ohm y Boom intentaban separarlos, pero la situación empeoraba cada vez más.

—Mack, cálmate — intentó decir Dean, aunque ya se le notaba molesto.

Mack le gritó de vuelta:

—¿Cómo quieres que me calme? ¡Te advertí que no te metieras conmigo y aun así lo hiciste, maldito! ¿Tienes que andar involucrando a todo el mundo?

Dean frunció el ceño.

—¿Y quién es tu persona?

Esa respuesta fue como echarle gasolina al fuego. Mack soltó una maldición y le lanzó un puñetazo a Dean con todas sus fuerzas. El impacto hizo que Moth se levantara de la silla sin darse cuenta. Dean cayó al suelo, llevándose la mano a la comisura de la boca, de donde empezó a brotar sangre.

Mack intentó avanzar otra vez, pero Ohm y Boom lo sujetaron de ambos lados. Dos empleados del bar corrieron a controlar el desorden, mientras los gritos se hacían cada vez más fuertes.

—¡Oye, ya basta! — gritó Boom sosteniéndolo —. Estás borracho, cálmate.

—¡No me voy a calmar! — Mack forcejeaba aunque lo tenían sujeto, con la voz entrecortada por la rabia —. ¡Míralo, todavía hace como que no sabe nada!

Ohm se acercó a Dean, que seguía en el suelo con la mano en la boca.

—Dean, vete de aquí, ¡vamos!

Dean se limpió la sangre con la mano, agarró una botella de una mesa que seguía de pie y salió del bar con una expresión de puro asco.

Moth lo vio alejarse. Toda la rabia que sentía segundos antes se le cambió de golpe por preocupación. Se odió un poco a sí mismo por seguir sintiendo eso, después de todo lo que le había hecho.

La música del bar todavía se escuchaba allá afuera, en ese rincón tranquilo. Dean estaba sentado solo en la banqueta cerca de la entrada, con la mano en la comisura de la boca rota, donde la sangre le había

manchado las yemas de los dedos. Miró esa mancha roja con una expresión de puro asco, levantó la botella que había agarrado y bebió, como si no supiera de qué otra forma sacar todo ese coraje que llevaba dentro.

Poco después alguien se sentó a su lado. Dean volteó y vio a Moth ahí, con la luz de la calle proyectando sombras sobre su rostro. Moth miró la botella que tenía en la mano, luego la herida en la boca, y le dijo con voz neutra:

—¿Está buena? ¿Sabe bien mezclada con sangre?

Dean soltó una risa sin ninguna gracia, aunque en sus ojos no se le veía nada de risa.

—¿Te gustó el espectáculo?

Moth soltó un suspiro.

—Y todavía tienes la boca llena. ¿Así es como terminan los chicos populares? — Moth extendió la mano como para tomarle la cara y ver bien la herida, pero Dean se apartó. Lo miró con una dureza que no era habitual, y Moth dudó.

—¿Vas a ir al médico? — le preguntó ya más suavemente.

Dean levantó la botella y dio otro trago, respondiéndole con tono de burla, como si quisiera retar a todo el mundo:

—Mmm, ando pensando a cuál ir. Hay uno por aquí cerca, pero no es muy guapo. O capaz y hay uno aquí adentro del bar. Voy a ver qué tal.

Moth casi le da ganas de golpearlo. De hecho, ya se estaba arrepintiendo de haberlo seguido hasta afuera. Pero por alguna tontería había dejado todo su orgullo tirado y había venido tras él. Sin embargo, esas palabras tan provocadoras de Dean lo arruinaron todo, y ya no tenía sentido nada.

Mejor me pego yo mismo, pensó Moth con amargura, y se levantó diciendo mientras hacía ademán de irse:

—Sí, eso eres, un hijo de perra.

Pero de repente Dean le agarró del brazo, con una rapidez que no parecía de alguien ebrio, como si quisiera detenerlo, pero lo que salió de su boca no fue una disculpa.

—¿Vamos a tu cuarto? — Dean dudó un instante y siguió —. Para terminar lo que empezamos.

Esa frase fue como cerrar de golpe la última puerta que Moth todavía tenía entreabierta. Se soltó del agarre y le respondió claro y firme:

—No hace falta. Ya se terminó.

Moth regresó adentro del bar. La música seguía sonando y la gente seguía de fiesta como si nada hubiera pasado, como si no importara. Ohm y Boom lo vieron volver y se acercaron a preguntarle:

—¿Dónde está Dean?

—Ya... no vale la pena hablar con él. Lo dejé afuera.

Moth desvió un poco la mirada antes de contestar, y luego miró al tipo que había armado todo el alboroto, que seguía bebiendo sin parar. — Entonces, ¿qué pasó?

Boom soltó un suspiro de cansancio y le dijo con desdén:

—Ya se calmó. La persona con la que andaba lo dejó.

—¿A qué te refieres? — preguntó Moth.

—Fue un malentendido — respondió Boom suavemente —. Dean nunca tuvo nada que ver con esa persona.

Esa respuesta dejó a Moth helado un instante. La rabia que todavía le quedaba en el pecho se le fue de golpe, y en su lugar empezó a crecerle la culpa. No es que Dean no tuviera la culpa de haberlo dejado esperando, pero al menos lo que él le había echado en cara para alejarlo no era verdad. Moth corrió de vuelta al rincón donde estaba sentado Dean, pero ya no había nadie. Solo se escuchaba la música desde la puerta y quedaba un leve olor a cigarro en el aire. Miró a todos lados tratando de encontrarlo entre la gente de la entrada, pero no lo vio.

Sacó el celular y lo llamó varias veces, pero nadie contestó. Se le hizo más pesado el pecho, como si todas las cosas que no se dijeron se hubieran quedado tiradas por el camino sin llegar nunca al otro.

Una sola persona había logrado revolverle los sentimientos de mil formas en tan solo un día.

Capaz y sí me estoy volviendo loco, pensó Moth.

Dean llegó a casa con la boca partida. El dolor en el labio era como un recordatorio constante de todo lo que había hecho mal esa noche. Bajó del taxi y agarró el celular: tenía varias llamadas perdidas de Moth. Una parte de él quería devolver la llamada, solo para escucharlo y saber que seguía ahí. Pero la otra parte le tenía miedo: si contestaba, sabía que

vendrían preguntas que no sabía responder, o peor, que iba a volver a decir algo horrible.

Cuando le entró otra llamada, Dean la colgó de inmediato y apagó el celular, como si con la pantalla negra pudiera borrar todo lo que tenía revuelto por dentro.

Iba a entrar a la casa, pero al ver el auto de la familia estacionado ahí se detuvo en seco. Se quedó parado mirándolo unos segundos, aceptando que ese lugar donde se sentía seguro no podía mantener alejadas a ciertas personas.

Porque esa casa no era totalmente suya. Sus papás la compraron para cuando venían a Bangkok por trabajo, cosa que no pasaba muy seguido. Con el tiempo, Dean sin darse cuenta la había tomado como su espacio. Lo que siempre intentaba olvidar es que sus papás podían llegar en cualquier momento, y su hermana mayor también podía quedarse ahí cuando quisiera. Mientras más pensaba, más le apretaba el pecho el cansancio, casi sin dejarlo respirar. No estaba listo para que lo vieran así, sobre todo gente que creía que existía una versión mejor de él — algo que Dean sabía perfectamente que nunca había existido.

Adentro estaba todo oscuro. Dean no prendió la luz; se guió con el brillo de la pantalla de su celular apagado.

Hacia la cocina, como siempre, y buscó en el botiquín algo para la herida, a tientas en la oscuridad. En su mente no dejaban de aparecer las llamadas perdidas, y no podía dejar de pensar que capaz y Moth solo quería saber si estaba bien — pero esa idea solo lo hacía enojar más consigo mismo. Sin querer volcó la caja de curaciones, que cayó al suelo con un golpe seco, y Dean supo de inmediato que esa noche no se iba a librar tan fácil.

Dean soltó algo entre dientes y se agachó para recoger las cosas. Pero antes de que terminara, se prendió la luz de la cocina.

Ahí estaba Duen, su hermana mayor, parada junto al interruptor con los brazos cruzados y esa cara de quien ya se enteró de todo.





CAPÍTULO 13

—Tienes suerte de que no llamé a la policía — dijo Duen, mientras le curaba la herida, y Dean no se atrevía a mirar en todo momento.

—No quería despertarlos.

—Ya te metiste en cada lío, ¿eh? Cada día que pasa estás peor. Nunca cuentas nada, ni a papá y mamá, ni a mí.

—Tú viniste a Bangkok sin siquiera avisarme — le replicó Dean, sintiéndose sin fuerzas.

—¿Y cómo te iba a avisar? No contestas las llamadas y en Line ni siquiera lees los mensajes — dijo Duen guardando las cosas en la caja —. Vine a la boda de una amiga. Mañana me regreso, no te preocupes que no te voy a estar molestando.

Dean no contestó. Duen lo miró un instante y soltó un suspiro.

—No me vas a contar qué pasó, ¿verdad? Si le digo a mamá que te metiste en una pelea, no va a poder comer en varios días.

—¿Y por qué le ibas a decir? — respondió Dean suspirando, aunque sabía que estaba descargando con su familia —. Y capaz y mamá debería dejar de hacerse ilusiones conmigo.

Duen se quedó callada un momento y luego le dijo con voz más suave:

—No se hace ilusiones, Dean. Nada más quiere volver a tener al hijo que tenía.

Dean suspiró, sin ganas de discutir y sin saber qué decir. Duen guardó todo y salió de la cocina, dejándolo ahí con esa luz tenue y un peso en el pecho mucho más grande que la herida del labio.

Esa frase — “el hijo que tenía” — le seguía resonando. Aunque su hermana ya se había ido, esas palabras no se le iban. No eran fuertes, pero pesaban muchísimo: hablaban de alguien que su mamá todavía esperaba que volviera — aunque Dean ya casi no recordaba si esa persona existió de verdad.

Dean levantó la vista despacio y se quedó mirando la foto que estaba en la repisa. Una foto vieja de familia en un marco de madera sencillo. Sus papás atrás, vestidos de forma formal como empleados públicos, con esa mirada tranquila y serena de gente del campo que vive una vida sencilla. Duen sonriendo junto a ellos. Y en medio, un niño flaquito con uniforme escolar — pantalón café, camisa blanca amplia, unos lentes gruesos que le tapaban casi media cara. Tenía la piel clara y todavía no se le veía nada de malicia, ni esa sonrisa burlona, ni esa actitud retadora. Solo un niño que parecía inocente, bien portado, inofensivo — casi imposible creer que ese sería el Dean de hoy.

Lo que le dio escalofríos no fueron los lentes ni el uniforme, sino lo normal que se veía ese niño. Una normalidad tan común, tan callada, sin nada que resaltara. Parecía alguien que iba a crecer, vivir tranquilo en el pueblo, tener un trabajo sencillo, llegar a casa temprano, cenar con la familia y dejar que los días pasaran igual que el anterior.

Y eso era exactamente lo que más le aterraba a Dean.

No le tenía miedo a ser malo, como muchos creían. Al contrario, le daba pánico darse cuenta de que en el fondo no era más que ese chico común y corriente de la foto. Cada risa, cada fiesta, cada persona que se le

acercaba, cada cosa que hacía que su vida pareciera llena — capaz y todo era nada más para tapar el silencio que llevaba adentro.

Porque si algún día se detenía, si dejaba de ser el Dean que todos miran, si dejaba de actuar como si nada le importara, si dejaba de jugar con la gente como si no doliera, le daba miedo que lo que quedara fuera nada más ese chico del pueblo — alguien a quien nadie nota, que no tiene nada especial, por el que nadie se quedaría.

Mientras más miraba esa foto, más sentía que tenía enfrente la prueba de lo que pudo ser. Antes, sus papás y su hermana seguro creían que iba a ser alguien bien — no alguien que regresa de madrugada con la boca rota y oliendo a alcohol. Lo que le dijo Duen no le dio coraje; le dio justo en lo que siempre había tratado de ignorar. La verdad de que todavía hay gente que lo quiere de una forma que él no sabe cómo recibir — y es precisamente por ese cariño que se siente tan culpable que quiere huir.

Dean se quedó mirando la foto muchísimo rato. Esa imagen cálida no le dio consuelo; al contrario, hizo que la cocina se sintiera más silenciosa, más grande y más vacía.

En ese momento agarró el celular y lo prendió. Ignoró las llamadas perdidas de Moth y, sin darse cuenta, abrió Instagram. Vio que todavía subían historias en el Bar MANIAC, como si él nunca hubiera estado ahí, y que lo que le había pasado con ese amigo nadie lo iba a saber realmente.

Todo seguía igual.

Hay momentos en que sentimos que pertenecemos a un lugar, como si ese espacio hubiera sido hecho para nosotros. Pero la verdad es que sin nosotros no falta nada: la música sigue sonando, la gente sigue bailando, el bar sigue lleno y la vida sigue igual. Igual que cuando Dean apartó la vista del celular y volvió a mirar la foto de familia: ahí seguía igual, en el

mismo lugar. Sus papás y Duen seguían siendo la misma familia. Solo él sentía que se estaba desvaneciendo poco a poco de esa imagen, hasta ya no saber si de verdad estuvo ahí o si nada más era un recuerdo que todos querían conservar de alguien que ya no existe.

No hay ningún lugar que sea nuestro para siempre.

No... capaz que no.

—¿Dean no te contestó por Line? — preguntó Hun, impaciente, viendo a Moth alternar entre beber y mirar el celular una y otra vez.

—Mmm. Lo llamé y no contestó — respondió Moth.

Ohm, Boom y Hun se miraron entre sí y soltaron una pequeña sonrisa, lo que hizo que Moth frunciera el ceño.

—¿De qué se están riendo todos?

Boom levantó rápido las manos en señal de rendición, con una sonrisa que apenas podía contener. Miró a Ohm y a Hun y luego se dirigió a Moth, tratando de ponerse serio, aunque en los ojos todavía se le notaba cariño y burla a la vez.

—De nada. Es solo que... todos ya pasamos por esto. Esa etapa en la que Dean te vuelve loco de coraje.

—No estoy enojado — respondió Moth de forma automática.

Todos asintieron, sin creerle mucho, pero dijeron:

—Está bien, no lo estás.

—No es que me tome en serio a Dean — la incomodidad lo hizo seguir hablando, como si intentara convencer a los demás — o capaz y a mí mismo.

Entonces Hun se volvió y le dijo con tono tranquilo:

—Ya sé. ¿Quién se toma en serio a alguien como Dean? Nada más un tonto.

Moth se quedó callado, no esperaba que Hun fuera tan directo. Hun soltó un suspiro y lo miró, como viéndose a sí mismo en el pasado —. Pero en algún momento empiezas a importarte lo que le pasa, ¿no? Sea por lo que sea. Ahí es donde cambia todo.

Moth no supo qué responder. La imagen de Dean irse con la boca ensangrentada todavía se le venía a la mente, demasiado clara para ignorarla.

—Pero créeme: hay gente que nada más es para conocerla, no merece que nos preocupemos por ella. Al final Dean va a hacer lo que se le dé la gana.

Hun lo miró serio y luego levantó su copa para brindar con él, como si fueran palabras de consejo cualquiera. Pero para Moth fue como si le hubieran puesto una piedra enorme en el pecho. No se le quitó la presión; al contrario, se sintió más pesado en medio del silencio.

Moth despertó de golpe en la cama. El mareo lo hizo volver a cerrar los ojos antes de abrirlos, confundido. No recordaba cómo había regresado ahí, pero el sonido del agua en el baño le dio un vuelco al corazón sin esperarlo.

—¿Dean... eres tú? — preguntó con voz ronca.

Pero la puerta se abrió y apareció Pun. Moth se quedó callado de inmediato, mientras Pun se secaba las manos con una toalla y le explicó con cara de cansancio:

—Bebiste tanto que te desmayaste. Los amigos de Dean no sabían qué hacer y no daban con él. Un tal Hun se acordó de que somos amigos porque te vio etiquetarme en una historia. Me mandó mensaje por Instagram preguntándome qué hacer. Fui por ti, le pagué al taxista y te ayudé a traer hasta acá.

Moth bajó la mirada.

—Perdón por las molestias.

Pun negó con la cabeza.

—No te preocupes. Eres mi amigo. — Fueron palabras sencillas, pero en los ojos de Pun se notaba que le dolía.

Pun se dio la vuelta como para irse, y Moth le preguntó rápido:

— ¿Te vas?

Pun se detuvo en la puerta, se volvió y le sonrió levemente.

— ¿Me puedo quedar?

Moth no dijo nada. Pun siguió hablando con tono de quien ya se sabe la respuesta.

- Nunca me dejas quedarme. Ni siquiera te gusta que entre alguien a tu cuarto. Dean debe ser la única excepción.
- Es que yo... — intentó decir Moth, pero no pudo seguir. Pun lo miró fijamente y de repente le dijo:
- Te gusta. De verdad te gusta. Ya me di cuenta. Más bien, estás enamorado.

Moth se calló. No se atrevió a responder porque en el fondo sabía que Pun tenía razón.

- Él dice que no es cierto — dijo Pun, ya con voz más suave.

Moth miró hacia otro lado.

- Ya no vale la pena. De cualquier forma, ya se terminó.

Se quedaron mirándose en silencio. Moth veía el dolor en los ojos de su amigo con la misma claridad con la que sentía su propia confusión. Pero en ese momento ninguno de los dos sabía a quién consolar primero: si al que ama sin ser correspondido, o al que acaba de admitir que su corazón eligió a quien lo lastima.

Después de esa noche, Moth no volvió a ver a Dean. Ni siquiera le contestó un mensaje corto. El silencio de Dean lo fue consumiendo poco a poco, hasta que cada vez que miraba la pantalla del celular se le apretaba el pecho sin razón. Quería enojarse, querer rendirse, fingir que

no le importaba — pero la imagen de Dean con la boca ensangrentada no se le iba de la cabeza, mezclándose con todo lo que no se dijeron y esa mirada que no lograba entender. Moth ya no sabía si lo que le dolía era extrañarlo, preocuparse por él, o el dolor de haberse quedado con tantas preguntas sin respuesta.

Al final, solo logró contenerse de seguir mandando mensajes. Incluso cuando días después Dean le escribió como si recién se hubiera acordado de él, Moth decidió no contestar. Todavía no sabía si era una disculpa que nunca llegó a tiempo

Tendría algún sentido, si el otro ni siquiera supiera dónde lo lastimó.

La verdad es que Moth quería vengarse de Dean.

Pero al final no pudo.

Hasta que varios días después, Moth se lo encontró de casualidad — y lo vio sentado en una cafetería, platicando con un chico.

Moth también dudó al verlo. Sus miradas se cruzaron un instante a la distancia, antes de que Dean volviera a hablar con el otro con una sonrisa tan cercana que a Moth le dio un vuelco en el pecho sin saber por qué.

Moth respiró hondo, decidió que no le importaba y se acercó a la barra.

— Un café con leche caliente, por favor.

La encargada le sonrió amablemente.

— Hoy tenemos promoción, dos por uno. ¿Quiere dos vasos?

- Mmm... vine solo — respondió Moth, pero antes de que pudiera decir algo más, la voz de Dean sonó detrás de él:
- El otro es un macchiato de caramelo.

Moth se dio la vuelta. Dean estaba sonriendo como si nada hubiera pasado.

- Es para aprovechar la oferta. Yo pago — dijo Dean, y fue directo a la caja, sin darle tiempo a negarse.

Moth se quedó helado ahí parado, con todo revuelto de golpe por su presencia. No sabía qué sentir al verlo. Quería reclamarle, querer hacer como que no le importaba, igual que él hizo cuando Moth esperaba una respuesta. Pero al ver esa sonrisa tan descarada, se le atoraron todas las palabras.

En la garganta; solo le quedó la vergüenza de haberse descontrolado, sintiendo cómo se le ponía la cara caliente. Al final solo pudo soltar un suspiro suave y dejar que el otro pagara.

Por dentro seguía confundido y dolido — sin saber si estaba enojado con Dean o consigo mismo.

Poco después estaban sentados juntos en una mesa pequeña, cada uno con su café en silencio. Nadie decía nada. Dean lo miraba de vez en cuando, mientras Moth tenía la cabeza baja sin atreverse a verlo. Hasta que Dean habló primero:

- Desapareciste.
- ¿Quién? — le contestó Moth.

— Tú. Te mandé mensaje y no contestaste.

Moth levantó la vista.

— ¿Quién desapareció primero?

— Ah, ya veo, ¿es venganza?

Dean se quedó mirándolo en silencio.

— El silencio dice que sí.

— Dice que no quiero hablar de eso — soltó Moth molesto —. Mejor vuelve a tu mesa con tu conquista.

Dean levantó una ceja y luego sonrió. Le dio un gusto extraño ver al otro celoso.

— ¿Qué conquista? Ese chico es conocido; me contrató para una evaluación y nos vimos para organizar el trabajo.

Moth desvió la mirada tratando de ponerse serio, pero se le escapó una sonrisita en la comisura de los labios que no pudo ocultar. Eso alivió un poco a Dean, aunque no lo suficiente como para olvidar que todavía tenían cosas pendientes. Dean lo miró y le preguntó:

— ¿Y tú qué vienes a hacer por aquí?

— A recoger un pago de trabajo. La oficina está en ese edificio de allá.— señaló Moth.

— Ah, el que te dejé el otro día... — dijo Dean, y sin darse cuenta le bajó la voz.

La sonrisa que traía puesta para aparentar se le quedó pegada en la cara y luego se fue apagando poco a poco. Se le vino a la mente todo lo de esa noche: las llamadas que cortó, las que no contestó, las palabras hirientes que soltó solo por coraje, y la mirada de Moth que hizo como que no vio en ese momento.

Recién ahí Dean se dio cuenta de que en todos esos días no se había olvidado de nada. Solo fingió que no importaba porque si lo aceptaba, tendría que reconocer cuánto le había lastimado a la persona que tenía enfrente. Se le secó la garganta un instante. Bajó la taza de café despacio, respiró hondo como quien junta valor que casi nunca usa con nadie, y levantó la vista para mirarlo serio como nunca antes.

— Te pido perdón.

Moth dudó, y Dean siguió:

— Por haberme quedado callado esa noche. Es que... no estaba teniendo un buen día y no quería hablar con nadie. Y también perdón por lo que te dije. — Dean se detuvo un momento, como si recién se diera cuenta de que todavía faltaba lo más importante — pero no dijo nada más.

— ¿Te acuerdas de todo? — preguntó Moth.

Dean se encogió de hombros.

— Claro que sí, no soy un pez de colores.

Moth se quedó callado un momento y luego le preguntó, como probando el terreno:

— ¿Y hay algo más por lo que quieras disculparte?

Dean frunció el ceño, realmente confundido.

— ¿De qué?

Esa pregunta hizo dudar a Moth. Se le subió la indignación de golpe, de golpe y en caliente. Lo que de verdad le molestaba no era solo que se hubiera ido sin decir nada o las palabras duras: era que Dean había sido quien quedó de verse, lo hizo esperar en un cuarto que él había preparado con todo cuidado sin darse cuenta, y luego se fue como si nada hubiera pasado.

Moth se acordaba de todo: la vela que prendió, la copa de vino que se quedó esperando en la mesa, la cama que tendió como tonto, y la vergüenza que sintió al darse cuenta de que le importaba más de lo que quería aceptar. Pero ¿cómo le iba a decir que estaba enojado por haber esperado, por haber preparado todo, por haber acomodado el cuarto? ¿Quién dice esas cosas?

Al final solo pudo tragarse todo ese dolor y desviar la mirada.

— Olvídalo.

— ¿Eh? — iba a preguntar Dean, pero Moth se levantó primero.

— Ya me voy. Tengo que depositar este cheque antes de que cierren el banco.

Se fue, dejando a Dean con el café y con todas las preguntas sin respuesta.

Dean se quedó sentado después de que Moth se fue. El café enfrente ya se estaba enfriando, pero no tuvo ganas de beberlo. El silencio en esa mesa pequeña se sentía más fuerte que lo que habían hablado momentos antes. Ese “olvidalo” de Moth se le quedó dando vueltas en la cabeza — tan ligero, tan seco, y más doloroso que cualquier insulto que hubiera escuchado en su vida. No sonaba a perdón, sino a que alguien ya estaba demasiado cansado de explicarle su dolor a quien se lo causó.

Había algo en la mirada de Moth cuando le preguntó si tenía algo más por qué disculparse que no era solo un reclamo cualquiera. Parecía la última oportunidad para que Dean se diera cuenta de dónde había fallado de verdad.

Dean se dijo a sí mismo que ya no iba a poner más excusas. Porque la respuesta ya estaba clara desde el momento en que vio a Moth irse: no quería que todo terminara con un simple...

“Olvidalo”.

Dean se levantó de un salto, agarró su celular y la cartera, y salió corriendo tras él gritando:

— ¿Entonces sí me vas a contestar los mensajes?

Moth dudó, se dio la vuelta y se miraron. Lo primero que se le escapó fue:

— No... — Pero al ver la mirada de Dean — esta vez más profunda que nunca, con un miedo leve a que lo rechazara — Moth sonrió y le contestó con picardía:

— No sé.

Moth se alejó rápido, aunque se le escapó una sonrisita en la comisura de los labios. Dean se quedó parado viéndolo y también sonrió sin poder evitarlo. Como si ese “no sé” todavía le dejara una puerta abierta.

En el cuarto de Moth, la luz tenue se reflejaba en el espejo grande. Moth estaba ahí, desabrochándose despacio la camisa, y vio a Dean no muy lejos también desvestiéndose. Se miraron en silencio, como si ninguno quisiera romper ese momento con palabras.

Capaz que uno se enamora no por lo que se ve o se toca directamente, sino porque la otra persona te deja ver una parte de ella que nadie más ve. Moth pensó eso en una fracción de segundo antes de que Dean se acercara, y se besaron con toda la confianza que ya se tenían.

Dean y Moth terminaron juntos en la cama. El beso empezó con todo lo que se habían extrañado y se fue volviendo más profundo. Pero antes de que todo pasara, Dean se detuvo. Se separó un poquito y miró a Moth con una mirada insegura — algo que casi nunca se le veía.

— ¿Te puedo confesar algo? — preguntó Dean suavemente, y Moth lo escuchó sorprendido.

Dean respiró hondo, como si estuviera juntando todo el valor que tenía disperso en el pecho. Abrió la boca para hablar, pero las palabras se le quedaron atoradas. Desvió la mirada un instante, como si esa frase tan corta fuera demasiado pesada para soltarla fácilmente. A Moth le sorprendió verlo así — casi nunca se veía a Dean tan incómodo y sin seguridad. La curiosidad empezó a ganar sobre la timidez.

— ¿Qué cosa?

Moth se quedó esperando. Por un lado le daba gracia que alguien tan desenvuelto como Dean le costara tanto hablar con él. Pero por otro lado se dejó llevar por lo serio que se veía. Al final Dean tragó saliva y siguió:

— Si al final de cuentas no soy tan bueno como parezco... ¿me darías otra oportunidad?

Moth se quedó helado un instante y luego soltó una carcajada. Dean se tapó la boca con la mano, avergonzado.

— No te rías.

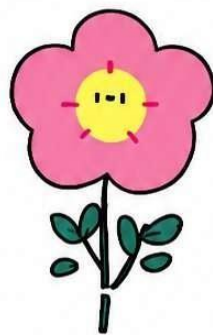
Pero cuando se volvieron a mirar, Dean también terminó riendo, como si él mismo no pudiera creer que había dicho eso.

Se fueron calmando entre risas en ese espacio tan cercano. Moth le pasó la mano por el cabello con cariño y lo despeinó un poco.

— Adelante. Capaz y el nivel no es tan alto como crees.

Dean sonrió más tranquilo. La angustia en sus ojos se le fue quitando — no porque de repente se sintiera seguro, sino porque Moth seguía ahí, riendo, dispuesto a darle la oportunidad de empezar de nuevo. Se acercó y lo besó, y esta vez Moth le correspondió sin dudar. Fue como si todo lo que no se habían atrevido a decir en palabras se lo dijeran con ese beso.







CAPÍTULO 14

¿Por qué clase de cosas se enamora una persona?

¿Por la apariencia?

¿Por la forma de ser?

¿Por el olor?

¿Por la voz?

O tal vez bastan unos segundos en los que unas palabras caen en medio del silencio y dan justo en la parte más delicada del corazón.

Para Ten, la respuesta empezó una noche cualquiera. Con una voz. Una voz de alguien que no conocía, un rostro que nunca había visto... pero que poco a poco se le fue metiendo más adentro que cualquier otra cosa en su rutina.

Meses atrás, Ten estaba sentado frente a su escritorio en casa. La luz de la computadora solo le iluminaba media cara. En pantalla tenía abierto el programa de edición, con la línea de tiempo llena de archivos de audio, imágenes y tomas que todavía faltaban organizar. Esa noche era igual a tantas otras jornadas largas de trabajo: cortar, acomodar, suspirar, retroceder unos segundos, repetir. En medio de esa rutina, volvió a abrir la aplicación Neighbour Yard: para él era casi un lugar de descanso dentro de ese mundo virtual.

Ahí gente desconocida creaba salas para hablar de lo que les gustaba: mascotas, plantas, pasatiempos... cosas sencillas que ayudaban a despejar la mente. Ten nunca mostraba su cara ahí y casi nunca hablaba: solo dejaba la app abierta mientras trabajaba, escuchando voces humanas. Poco a poco se le volvió compañía para las noches largas de

edición. La sala a la que iba más seguido se llamaba GoodBoy Friendly, y era para amantes de perros y gatos. Para Ten solo debía ser ruido de fondo... hasta que una voz dijo:

—En realidad, si el perro se te acerca y se apoya en ti, no lo apartes de inmediato. Puede ser su forma de decir que se siente seguro contigo.

La mano de Ten se detuvo sobre el ratón. En pantalla solo aparecía el icono de un usuario desconocido. La voz siguió hablando, tranquila y amable:

—Hay que fijarse también en el resto de su comportamiento. Mucha gente cree que si un perro mueve la cola es que está feliz, pero no siempre es así. Si está rígido y la mueve muy rápido, puede estar alerta.

Hizo una pequeña pausa:

—Así que si de verdad quieres saber si está contento, tienes que mirar todo en conjunto.

Todo alrededor de Ten se sintió más silencioso. El nombre de usuario era: BagelSmokedSalmon. Abrió el perfil: la foto no mostraba bien la cara, solo se veía un hombre con sombrero sentado en un parque.

Pero Ten empezó a buscar de verdad. Encontró fotos de paisajes, sombras de árboles, luz de sol, sombreros, instantáneas de lugares... hasta que dio con el Instagram de un veterinario influyente con cientos de miles de seguidores. Y ahí estaba su cara. Esa voz tenía rostro, tenía una vida, tenía su propio mundo. Empezó a ver sus publicaciones y sin darse cuenta se puso a sonreír. No era solo su apariencia lo que le atraía, ni la cantidad de seguidores: era darse cuenta de que la persona de las fotos era la misma cuya voz le hacía olvidar el cansancio.

Desde ese momento, esa pequeña curiosidad se convirtió en una misión secreta.

Investigó su clínica, las rutas, los horarios, la agenda de Pun. Se decía a sí mismo que todo era por Mademoiselle: su perrita necesitaba revisiones, chequeos, cuidados... era una excusa perfectamente válida. Pero la verdadera razón era mucho más sencilla: quería conocer al dueño de esa voz. El problema era que Pun era un veterinario muy conocido, tenía la agenda siempre llena y había lista de espera.

Por casi un mes, Ten no logró encontrar una oportunidad que se sintiera natural.

Entonces apareció un obstáculo aún más grande.
Y salió de la propia boca de Pun.

Una noche, la charla en GoodBoy Friendly se alejó de los animales.

Alguien preguntó:

—¿Y tú? ¿Te has enamorado de alguien solo por su voz?

La gente empezó a contar historias.

Hasta que Pun decidió contar la suya propia.

—Me gusta mucho un amigo mío.

Ten se quedó quieto.

Pun siguió:

—Me gusta desde hace bastante tiempo.

Su voz perdió un poco de su ligereza habitual.

—Solo que no sé qué hacer.

La sala se volvió más silenciosa.

—Y no puedo decírselo.

Pun respiró hondo.

—Conozco bien cómo es él. Si se entera de que me gusta, me sacara de su vida de inmediato.

Hizo una pausa.

—Y yo tampoco aguantaría eso.

Ten se quedó sin moverse.

Pun continuó:

—Creo que aunque algún día deje de ser parte de su vida, igual seguiré preocupándome por él.

Bajó la voz:

—Así que me quedo así.

Silencio.

—No somos nada oficial.

Pun soltó una risa suave, sin mucha alegría.

—Pero yo sigo cuidando de él.

Y terminó diciendo:

—Para mí, con eso ya está bien.

El silencio pareció pesar sobre el escritorio de Ten.

Poco después, en el Instagram de Pun, un nombre llamó su atención.

Moth31.10.

Esa sensación que empezaba a florecer en su pecho se marchitó.

No desapareció.

Solo se volvió más dolorosa.

Era ridículo enamorarse de alguien solo por su voz.
Y descubrir que ya había otra persona ocupando el corazón de esa voz lo empeoró todo aún más.
Ahí empezó esa historia confusa que llevaría a Ten desde esa sala silenciosa de GoodBoy Friendly hasta sus torpes intentos de acercarse a Pun en la vida real.
Ten pensó:
Si tiene el corazón roto, tal vez pueda ayudarlo a pegar los pedazos.
Solo había un problema.
Pun apenas si le prestaba atención.
Todo el espacio dentro de él parecía estar ocupado por Moth.

Cuando quedó claro que su esperanza no iba a ningún lado, Ten decidió buscar un atajo: si Moth se acercaba a otra persona, tal vez Pun por fin soltaría su mano... y quién sabe, tal vez quedaría un hueco libre. Así fue como Dean terminó metido en ese plan. El resultado, por supuesto, no salió nada parecido a lo que Ten imaginaba.

Más tarde se volvió a encontrar con Pun y Moth en el MANIAC BAR. Logró hablar un poco más con él, pero la cercanía seguía avanzando muy despacio. En la vida real casi no avanzaba nada; lo máximo que conseguía era hablar por mensaje privado. Hasta que un día Pun dijo que se iba a bañar... y desapareció el resto del día. Ten volvió a empezar desde cero, solo frente a la computadora.

Escuchando a BagelSmokedSalmon en GoodBoy Friendly, y preguntándose si eso de verdad era amor. Pun tenía tiempo para hablar en voz con la gente de la sala, pero no contestaba sus mensajes. Sabía que Pun no hacía nada malo: tenía derecho a dormir, a no contestar, a no sentir nada... pero entenderlo no le quitaba la decepción.

Esa noche las voces se fueron apagando poco a poco, quedando muy poca gente. Alguien bromeó:

—Señor Monsieur, hoy hay poca gente. Déjenos escuchar su voz un ratito. Otra persona siguió la broma:

—O si todavía no se siente listo, que ladre el perro por usted. Al menos así sabremos que esta cuenta no es un robot.

Ten tenía el dedo sobre el botón del micrófono. No es que odiara hablar, pero era lo suficientemente introvertido para sentir que hasta una sala en línea se sentía demasiado pública. Al final apartó la mano. La gente se fue despidiendo y la sala quedó casi en silencio: solo quedaban dos cuentas: Monsieur y BagelSmokedSalmon. Pun se rió bajito:

—Ah... ya se fueron todos.

Hizo una pausa:

—¿Entonces cerramos la sala?

Ten contestó antes de siquiera pensar:

—Ah... hola, señor Bagel.

En cuanto escuchó su propia voz, tuvo ganas de taparse la boca. El silencio que siguió pareció durar una eternidad. En la clínica, Pun se quedó mirando el iPad sorprendido: por fin esa cuenta silenciosa que hasta entonces solo era un nombre en pantalla tenía voz.

—Vaya...

Pun se rió:

—Por fin habla el señor Monsieur.

Ten sintió cómo se le ponía la cara caliente:

—¿El señor Bagel sigue despierto?

—Sí.

Pun contestó:

—Todavía estoy trabajando.

Y añadió:

—Normalmente nunca te escucho hablar.

Ten intentó no darle demasiadas vueltas:

—¿Y por qué el señor Bagel todavía no se ha ido a casa?

—Supongo que iré cuando termine unas cosas aquí.

Pun se quedó callado unos segundos y su mente volvió a esa noche en que tuvo que llevar a Moth ebrio del MANIAC BAR a casa. Esa noche lo obligó a aceptar algo que llevaba tiempo fingiendo no ver: lo que había entre él y Moth estaba cambiando... y tal vez estaba a punto de rompersele el corazón.

Ten preguntó:

—¿Y el señor Bagel no está preocupado hoy?

A Pun le pareció raro la pregunta:

—No puedo dormir.

Ten se quedó callado y entonces Pun dijo más bajito:

—Háblame un rato.

Ten sabía perfectamente que quizás no lo estaba buscando a él específicamente, que tal vez solo necesitaba escuchar una voz cualquiera, un desconocido escondido detrás de un nombre falso.

Un refugio temporal en una noche en la que no quería quedarse solo con sus propios pensamientos. Aun así, Ten quiso saber qué le dolía:
—¿Estás pensando en ese amigo tuyo?

Pun soltó una risa bajita:
—No puedo creer que todavía haya alguien que se acuerde de esa historia.

—Yo escuché callado.

Ten respondió:
—Pero me acuerdo de todo.

Pun se quedó unos segundos sin decir nada y luego dijo:
—No fue nada.

Su voz perdió un poco de firmeza:
—Es que...

Se detuvo:
—Siempre digo que nunca voy a enamorarme de nadie.

Respiró hondo.
—Solo que ahora parece que estoy empezando a tener algo de verdad.

Ten escuchaba con atención. Pun siguió:
—Y no entiendo por qué todo cambia de esta manera.

Su voz sonaba cansada:

—Es horrible.

Hizo una pequeña pausa:

—Yo elegí seguir así.

Y soltó una risa sin gracia:

—Y al final soy yo el que sale lastimado.

Ten apretó los labios:

—O tal vez ese amigo tuyo solo se está divirtiendo contigo.

Lo dijo sin pensar:

—Porque ese tipo no parece alguien que se tome nada en serio.

En cuanto terminó se dio cuenta de que había hablado de más e intentó arreglarlo:

—Quiero decir...

Dudó:

—No te conozco.

Hizo una pausa:

—Ni conozco a ese amigo tuyo.

Pun se rió:

—Tu voz me suena muchísimo.

Ten se quedó helado:

—¿Eh?

Pun siguió:

—Parece la voz de alguien que conozco.

El corazón de Ten se le aceleró:

—¿Quién?

—No sé.

Pun contestó con naturalidad:

—Seguramente nunca nos hemos visto en persona.

Y luego se rió.

—Si alguien que conozco se enterara de que vengo a desahogarme así por internet, no sabría ni qué hacer.

Ten se relajó un poquito:

—Cuando uno lleva tiempo hablando con alguien, la tensión se va.

Habló con más suavidad:

—Nadie tiene que estar fuerte todo el tiempo.

Pun se quedó callado y respiró hondo, como si recién se diera cuenta de lo cierto que era eso:

—Es verdad.

Casi hablando para sí mismo:

—Todo este tiempo...

Hizo una pausa:

—¿Para qué me he esforzado tanto en ser tan fuerte?

Y añadió:

—Gracias, señor Monsieur.

Ten espero:

—Por hablar conmigo como un amigo.

A voz de Pun volvió a ser suave:

—Me hizo bien hablar contigo.

Ten sonrió. Escondido detrás de un nombre falso, a pesar de toda la distancia que él mismo había puesto... esa noche se sintió un poco menos vacía. Tal vez fue la primera vez que sintió que lo que tenía con Pun empezaba a ser de verdad, cara a cara. Aunque ninguno de los dos sabía hacia dónde iba todo eso.

Desde entonces, esas voces se volvieron parte de la rutina de Ten. Empezó a entrar más seguido a Neighbour Yard. No porque la sala fuera entretenida...

Sino porque quería saber quién seguía ahí. Y sobre todo... si BagelSmokedSalmon seguía conectado.

—Señor Bagel, ¿sigue en la clínica? —le preguntó una noche.

—¿Va a volver tarde otra vez?

En pantalla, junto a Pun, aparecía el ícono de Monsieur entre los conectados.

—Sí.

Pun contestó:

—Ya casi termino.

Y añadió:

—Dejé la sala abierta para los amigos.

Alguien bromeó de inmediato:

—¿Abierta para los amigos...

Hizo una pausa dramática

—O estás esperando a alguien especial?

Otra persona se sumó a la broma:

—¿Ese alguien es un perro o qué?

Se llenó la sala de risas y Ten casi se esconde en la silla. No contestó.

Hizo como que los archivos que tenía delante le exigían toda su atención:

—Sigán divirtiéndose.

Dijo al final:

—Yo todavía no tengo sueño.

Poco a poco la conversación cambió de tema y se fueron desconectando los demás. Pero Ten dejó la sala abierta detrás de su programa de edición. Cada vez que escuchaba la voz de BagelSmokedSalmon, su corazón entendía algo antes de que su razón pudiera explicarlo. Hasta que de repente Pun dijo:

—Por cierto...

Ten se puso atento.

—Últimamente el señor Monsieur habla bastante, ¿verdad?

Pun se rió:

—Si estás ahí, ayúdanos a platicar un rato.

Y lo llamó directamente:

—Señor Monsieur, ¿estás ahí?

La mano de Ten se quedó suspendida en el aire. Antes ese nombre no era más que un lugar donde esconderse... ahora que Pun lo llamaba así

frente a todos, sentía que lo sacaban de su refugio. Se inclinó hacia la computadora con el corazón a mil por hora: lo que empezó como algo divertido se volvió puro nerviosismo. Casi se asustó de su propia voz al contestar:

—Ah...

Tragó saliva:

—Aquí estoy.

Toda la sala se quedó callada un instante y luego alguien se rió:

—Espera.

—¿Esa es de verdad la voz del señor Monsieur?

Otro dijo:

—¿No soy el único que se está volviendo loco, verdad?

Y otra voz:

—¿Alguien grabó esto? ¡Es un momento histórico!

Las risas aliviaron la tensión y alguien bromeó:

—Con solo escuchar su voz ya se nota que este grupo dio un gran paso.

Ten se puso más tenso:

—No soy muy bueno hablando.

Lo dijo corto:

—Y hoy hay mucha gente escuchando.

Pun contestó de inmediato:

—No pasa nada.

Su voz seguía siendo amable:

—La gente que habla poco también puede ser muy linda.

Ten sintió cómo se le ponía la cara caliente y Pun siguió:

—Sobre todo cuando sabe escuchar las historias pequeñas de los demás.

Hizo una pausa:

—A veces ese tipo de silencio hace que uno se sienta aún más cómodo.

Ten se quedó sin saber qué hacer y entonces Pun preguntó:

—A propósito...

Se le notaba animado:

—¿El señor Monsieur va a ir a la GoodBoy Party, verdad?

Ten dudó:

—Sí, voy.

Intentó sonar natural:

—Van todos, ¿no?

Toda la sala se entusiasmó.

El GoodBoy Party sería el primer encuentro en persona de la gente de GoodBoy Friendly, después de tanto tiempo conociéndose solo por voces y nombres de usuario. Pun quería que fuera el día en que por fin se vieran las caras: hablar sin pantallas, reír juntos. Y había una regla importante: cada quien debía llevar a su mascota: perro, gato, o cualquier compañerito del que ya hubieran contado historias en la sala. La idea emocionó a todos aún más. Pun se rió:

—Va a ser divertido.

Y añadió:

—Quiero conocerlos a todos.

Y luego, con un tono que sonó demasiado firme para ser solo una broma, dijo:

—Si alguien no viene, no voy a dormir.

Ten tragó saliva. Por alguna razón sintió que esas palabras iban dirigidas a él. Se le volvió a apretar el pecho. Se giró y abrazó a Mademoiselle, que estaba ahí cerca, como si necesitara aferrarse a algo. Sabía perfectamente que su perrita no podía contestar todas las preguntas que le pasaban por la cabeza. Escondió la cara en ella:

—Tal vez sí pueda hacerlo.

Mademoiselle solo parpadeó despacio entre sus brazos. Ten se quedó callado unos segundos y luego murmuró:

—No.

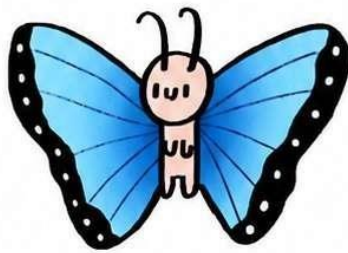
La abrazó un poquito más fuerte.

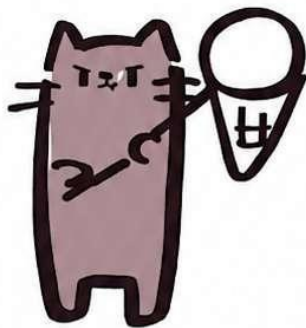
—No voy a poder.

Hizo una pausa:

—Quiero desaparecer.

No sabía si eso era un recuerdo de algo que había dicho BagelSmokedSalmon... o si era su propia voz dentro de su cabeza. Pero una cosa era segura: en el GoodBoy Party, Pun por fin iba a descubrir quién estaba detrás del señor Monsieur. Y con solo pensarlo, Ten sentía ganas de gritar. El único problema era que no tenía ni idea de si eso iba a salir bien... o si iba a ser un desastre total.







CAPÍTULO 15

El GoodBoy Party llegó mucho más rápido de lo que Ten hubiera querido. La noche anterior había dormido abrazado a Mademoiselle, dándose vueltas en la cama mientras las mismas preguntas no dejaban de dar vueltas en su cabeza: ¿debo ir? ¿debo decirle la verdad? ¿Y cuando Pun descubra que yo soy Monsieur... cómo va a reaccionar? Por eso esa mañana no empezó nada tranquila. Ten, que normalmente no era nada exigente con la ropa, se cambió tres veces y tuvo que pelear consigo mismo antes de por fin lograr salir de casa.

Cuando se dio cuenta, ya estaba frente a la casa que se había convertido en el lugar del GoodBoy Party. El jardín y el salón estaban llenos de gente acompañada de sus mascotas: ladridos, risas, ruidos de correas, olor a comida rica. Mucha gente se veía las caras por primera vez después de meses de conocerse solo por un nombre de usuario y una voz en una sala de chat. Ten entró abrazando fuerte a Mademoiselle contra el pecho. Para alguien que llevaba tanto tiempo escondido detrás del nombre Monsieur, cada mirada y cada saludo le hacían latir el corazón más fuerte. Le dio un besito en la frente a su perrita:

—Dale fuerzas a papá, ¿sí, hija?

Respiró hondo. Ese día le diría la verdad a Pun. No volvería a huir.

O al menos eso era lo que se repetía a sí mismo. Recorrió el lugar con la mirada hasta que vio a Pun cerca de la mesa de bebidas hablando con alguien. Su sonrisa hizo que el corazón de Ten se le acelerara. Empezó a caminar hacia él: un paso... luego otro... hasta que Pun levantó la vista justo hacia donde estaba él. Y toda la valentía de Ten se desvaneció. Desvió la mirada de inmediato, cambió de rumbo y se fue antes de decir

ni una palabra. Pun se detuvo un instante, como si le hubiera parecido reconocer a alguien, y luego siguió hablando. Ten se escondió en una esquina y miró a Mademoiselle:

—Tu papá es muy cobarde, hijita.

La abrazó más fuerte:

—¿Qué hago?

Lo pensó seriamente:

—¿Nos vamos a casa?

Antes de que pudiera convertir esa idea en un plan de huida, se le acercó un chico:

—Con permiso... ¿eres Monsieur?

Ten se asustó y asintió sin pensar. Solo se dio cuenta de lo que acababa de hacer un segundo después:

—Ah... sí.

Se quedó helado:

—Quiero decir...

Intentó arreglarlo:

—¿Cómo sabías que soy Monsieur?

El chico se rió un poco:

—No lo sabía.

Ten parpadeó:

—Solo adiviné.

Y le explicó:

—Te vi escondido en una esquina, abrazando fuerte a tu perrito con cara de que querías salir corriendo a casa.

Se rió:

—Me recordaste al Monsieur de la sala.

Y añadió:

—Ni siquiera creí que le atinara.

Ten se puso pálido: el chico solo había adivinado... y él mismo acababa de confirmarlo. Mierda.

Intercambiaron unas pocas palabras más y Ten decidió irse antes de que la situación empeorara. Apenas había dado un paso cuando escuchó:

—¡Oye... Ten!

Se detuvo y se giró. Pun venía hacia él sonriendo:

—No pensé encontrarte aquí.

Listo. Ya era demasiado tarde para huir. Ten respiró hondo: era el momento. Tenía que decírselo:

—Hola. Yo...

Las palabras se le quedaron atoradas en la garganta. Su valentía duró unos dos segundos. Al final, Ten eligió lo que mejor sabía hacer: mentir y huir.

—Es que...

Pensó desesperado:

—Me invitó un amigo de un amigo de un amigo.

Sonrió nada convincente:

—Ni pensé encontrarme aquí con el doctor Pun.

Pun asintió, pero algo en su mirada pareció perder un poco de brillo.

—Ah.

Hizo una pausa:

—Pensé que Ten podría ser alguien de la sala.

Silencio.

—Voy por agua.

Pun se alejó. Ten bajó la cara hacia Mademoiselle:

—Todo el mundo se acuerda de tu papá, hijita.

Suspiró dramáticamente:

—Menos la única persona que yo quería que se acordara.

Poco después invitaron a todos a sentarse en círculo y presentarse. Para Ten aquello se sintió como una ejecución pública. El anfitrión empezó:

—Hoy por fin dejamos de escuchar solo voces y nos vemos las caras de verdad.

Sonrió.

—Así que vamos a conocernos. Yo empiezo: mi usuario es Tío Tua Tat.

Las presentaciones siguieron alrededor del círculo, uno tras otro, hasta que le tocó a Ten. Sintió que se le iban las fuerzas:

—Yo...

Tragó saliva:

—No uso la aplicación.

Y como si el destino se estuviera burlando de él, el mismo chico de antes apareció justo en ese momento:

—Oye.

Lo miró:

—¿Tú no eres Monsieur?

Todos se giraron, incluido Pun. Ten contestó de inmediato:

—No.

Luego intentó sostener la mentira:

—Me llamo Ten. No soy Monsieur.

El chico frunció el ceño:

—Pero cuando te pregunté si eras Monsieur, asentiste.

Otra persona intervino:

—Y su voz es idéntica a la de Monsieur.

Ten sintió el pánico subirle por la garganta: tenía que inventar algo, lo que fuera:

—Es que pensé...

Dudó:

—Pensé que me estabas diciendo “señor”.

Silencio. Siguió desesperado:

—Como...

Hizo un gesto sin sentido:

—“Monsieur” es señor en francés.

La perplejidad se apoderó de todo el círculo hasta que alguien dijo:

—Dios mío.

Hizo una pausa:

—¿Acaso estamos en París?

Ten quería desaparecer. Antes de que la situación empeorara aún más,
Pun intervino:

—Creo que entendieron mal.

Señaló a Ten:

—Él es Ten. Lo conozco.

Y afirmó:

—Él no es Monsieur.

Con la confirmación de Pun, la gente finalmente dejó el tema y siguió con la actividad. Ten le dedicó una mirada de agradecimiento. Pun sonrió... pero había algo en esa sonrisa que le hizo sospechar que no se creía del todo esa historia.

Quizás simplemente decidió sacarlo del centro de atención.

Cuando terminó la actividad, Ten decidió irse: ya había pasado suficiente vergüenza para toda la vida. Pero Pun se le apareció justo en el camino:

—¿Ya te vas?

—Sí.

Pun pareció sorprendido:

—No te vayas todavía.

Ten se detuvo:

—Quédate un rato más.

Pun sonrió:

—Hace mucho que no nos vemos.

Y luego dijo:

—Te extrañé.

El corazón de Ten se le aceleró de nuevo:

—¿Eh?

Intentó procesar:

—Ah... sí, doctor Pun. Yo también...

Pero Pun ya se había agachado frente a Mademoiselle y empezó a acariciarle la cabeza:

—Te extrañé muchísimo, Mademoiselle.

Ten se quedó inmóvil. Pun siguió:

—Hace mucho que no te veo.

Le rascó suavemente detrás de la oreja:

—¿Extrañaste al doctor?

Ten cerró la boca. Claro: la que extrañaba era la perrita. Pero mientras más amable era Pun con Mademoiselle, más se daba cuenta de que seguir ocultando la verdad solo haría que la decepción fuera mayor después.

Esa noche Ten se tiró al sofá y abrió Neighbour Yard. En cuanto entró a la sala alguien exclamó:

—¡Llegó Monsieur! ¿Dónde estabas hoy?

Ten contestó:

—Ah...

Pensó rápido:

—Estaba enfermo.

Y añadió la peor actuación de su vida:

—Cof, cof.

La tos fingida fue tan mala que hasta Mademoiselle levantó la cabeza y lo miró.

—¿De verdad no fuiste? —preguntó alguien—. Hoy dijeron que había alguien llamado Monsieur allá.

Ten contestó deprisa:

—No fui.

E intentó reforzarlo:

—Deben haber entendido mal. La persona pensó que lo estaban saludando en francés.

Hubo una pequeña pausa y luego llegó la pregunta inevitable:

—Si no fuiste...

Ten se detuvo.

—¿Cómo sabes qué pasó en el evento?

Silencio. Ten se quedó helado. Mierda.

Justo en ese momento BagelSmokedSalmon se conectó y la voz de Pun apareció en la sala:

—Hola a todos.

Ten aprovechó la oportunidad de inmediato:

—¡Llegó Bagel!

Cambió de tema con la sutileza de un camión rompiendo una pared:

—¿De qué vamos a hablar hoy?

Pun se quedó callado unos segundos y luego respondió:

—Antes de empezar...

Su voz sonaba distinta:

—Tengo algo que contarles.

La sala se quedó en silencio:

—Después de hoy, probablemente ya no entre más a esta aplicación.

Ten dejó de respirar. Pun explicó que estaría muy ocupado: trabajo, asuntos personales, la apertura de una nueva sucursal de la clínica, tal vez hasta empezar a estudiar un tercer idioma. Pero había algo más: admitió que quizás llevaba demasiado tiempo usando la aplicación como escondite, y que quería volver a vivir más allá de ella.

—Por eso quería ver a todos hoy.

Aclaró:

—Aunque deje de usar la aplicación, ahora ya me conocen de verdad.

Hizo una pausa:

—Ya saben quién soy.

Su voz se volvió más suave:

—Así que siempre pueden verme en persona en la clínica.

Algunos se lamentaron de inmediato: ya no escucharían la voz de Bagel.

Pero para Ten fue peor: algo se le rompió por dentro. Si Pun dejaba la

aplicación... BagelSmokedSalmon desaparecería. Esa voz que tantas veces le había hecho compañía de madrugada, ese lugar donde podía escucharlo sin que su timidez se lo impidiera... todo desaparecería.

Y tal vez Monsieur nunca tendría otra oportunidad de decirle la verdad.

Ten se levantó de golpe:

—¡Doctor Pun!

—¿Sí?

Ten respiró hondo:

—¿Puedo ir hasta allá a la clínica?

Intentó controlar la voz:

—¿Puede esperarme un ratito?

Pun contestó:

—Si vienes, tienes que venir ya.

Hizo una pausa:

—Mi clínica cierra a las nueve.

Ten sintió que se abrían las nubes y una luz brillante lo iluminaba. En su mente empezó a sonar música épica: era el clímax de una historia de amor, el momento perfecto para una declaración.

Si de repente salieran palomas volando por la ventana y cayeran pétalos de rosa del techo, ya estaría listo para ganar el premio Suphannahong. La fantasía duró menos de tres segundos. Miró el reloj: las 8:15 de la noche. La clínica cerraba a las nueve. Ramintra no estaba a la vuelta de la esquina... y el tráfico nocturno de Bangkok no iba a esperar a que él fuera a confesar lo que sentía. Menos de cuarenta y cinco minutos. Salió corriendo con la aplicación todavía abierta y de inmediato escuchó:

—¿Escuché que alguien corre?

Otra voz:

—¿De verdad va a ir Monsieur?

—¡Sí va! —gritó alguien—. ¡Tienes que representarnos y despedirte de Bagel por todos nosotros!

Y otra más:

—¡Todos estamos animándote!

Desde ese momento, toda la noche se redujo a dos cosas: el reloj y la distancia hasta la clínica.

Las calles de Bangkok estaban llenas de filas interminables de luces rojas. Ten iba en la parte trasera de una motocicleta, mirando el reloj una y otra vez: casi las 8:30 de la noche. El viento le golpeaba fuerte la cara, pero no lograba calmar su ansiedad. Con un audífono puesto, escuchaba a la gente de la sala siguiendo su carrera en tiempo real:

—¡Bagel, espera un poquito más! ¡El tráfico está imposible!

Cuando ni siquiera la moto podía avanzar, los usuarios empezaron a funcionar como una central de emergencias:

—¡Monsieur! ¡Toma por la calle Soi Lat Phrao 71, hay un atajo!

Ten se lo indicó al conductor. Fueron, pero también estaba bloqueado.

Otra voz dijo:

—¡Entonces sal por Chok Chai 4! ¡Pasa por la zona de Lat Phrao Khao, queda cerca de Ramintra!

Ten le dio un toque en el hombro al conductor:

—Amigo, vamos por Chok Chai 4.

El hombre asintió y empezó a abrirse paso entre los autos. Ten miró el reloj: las 8:55. Cinco minutos. El tráfico de adelante seguía completamente detenido. Se dio cuenta: no iba a llegar a tiempo en moto.

—¡Párate aquí!

El conductor se detuvo. Ten bajó, le dio todo el dinero que traía y le dijo:

—Quédate con el cambio.

Y salió corriendo: entre los autos, por la acera, esquivando gente. El sudor le corría por las sienes y le costaba cada vez más respirar, pero no bajó el ritmo. Cuando por fin llegó a la clínica, ya no quedaba nada de aquel hombre que había pasado la mañana eligiendo qué ponerse: tenía la camisa empapada, el pelo desordenado, y respiraba entrecortado. Entonces levantó la vista hacia la puerta.

Estaba a oscuras. En el letrero de vidrio: CERRADO. Ten miró el reloj: las 9:05 de la noche. La decepción casi lo hace caer ahí mismo. Por el audífono alguien preguntó:

—Monsieur, ¿encontraste a Bagel?

Otra voz dijo con tristeza:

—Creo que ya se fue.

Ten ya no pudo más:

—Perdón, chicos.

Respiró hondo:

—Ahora necesito hablar con él a solas.

Salió de la sala y llamó a Pun por Instagram. Le temblaban las manos al pulsar el botón de llamada. Pun contestó.

Ten habló de golpe sin siquiera saludar:

—¡Doctor Pun!

Intentó recuperar el aire:

—¡Por favor, sal afuera y ven a verme!

La verdad es que Pun no se había ido. Al escuchar a Ten correr desesperado mientras todos lo seguían en la sala, se había quedado sentado en el auto. Se dijo a sí mismo que esperaría unos minutos... luego unos más... y al final esperó hasta que Ten por fin llegó. Pun bajó del auto y se acercó:

—¿Ten?

Lo vio así y preguntó:

—¿Pasa algo malo?

Ten respiró hondo: era el momento. Ya no podía huir, no después de cruzar media ciudad de esa forma:

—Si te digo la verdad...

Tragó saliva:

—...no te enojés conmigo, ¿sí?

Pun esperó. Ten reunió todo el valor que le quedaba:

—Yo...

Hizo una pausa:

—Yo soy Monsieur.

Se hizo silencio entre los dos. Cada segundo que Pun tardaba en contestar, la mente de Ten se imaginaba lo peor: está enojado, se siente decepcionado, se acabó todo.

Tal vez aquello habría destruido tanto a Monsieur como al propio Ten de un solo golpe. Pun lo observó fijamente un instante más y luego dio un paso hacia él. Ten se tensó, preparándose para la reprimenda que creía merecer. Pero una sonrisa serena apareció en el rostro de Pun:

—Ah.

Hizo una breve pausa:

—Ya sospechaba que eras tú.

Ten se quedó sin palabras: había atravesado todo Bangkok, lidiado con el tráfico, corrido hasta quedar empapado en sudor, reunido todo el valor que tenía... todo para revelar un secreto que Pun ya conocía.

—Así que...

Ten aún intentaba asimilarlo todo.

—¿Está decepcionado doctor Pun?

Pun respondió:

—Un poco.

Ten se puso pálido y Pun siguió antes de que se viniera abajo:

—Pensé que hoy en la fiesta me lo ibas a decir tú mismo.

Ten soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo:

—¿No estás enojado conmigo por habértelo ocultado todo este tiempo?

Pun no respondió de inmediato y Ten añadió sintiéndose culpable:

—Y te mentí.

Hizo una mueca:

—Muchas veces.

Pun no mostró reproche, solo comprensión:

—Entiendo por qué lo hiciste.

Y dio otro paso hacia él.

Se acortó la distancia entre los dos:

—Pero...

Lo miró directamente a los ojos:

—Al menos hoy, me alegra que por fin te hayas atrevido a venir hasta mí.

Ten sonrió: aliviado, avergonzado, y seguramente con un aspecto lamentable después de toda esa carrera. Entonces Pun le preguntó con tanta naturalidad que Ten se quedó helado:

—Entonces... ¿de ahora en adelante...

Ten esperó:

—¿Me dejas conocer al verdadero Ten?

Hizo una pausa:

—Como a alguien con quien me gustaría estar?

La pregunta cayó en el silencio como una chispa.

Ten se olvidó de respirar por completo. Pun no esperó a que la vergüenza volviera a ponerle una barrera más: se acercó y le dio un beso suave en la mejilla. Ten se quedó quieto: un segundo, dos, tres... hasta que se llevó la mano a la cara y lo miró. Pun sonreía bajo las luces de la clínica y Ten no

sabía qué sentir primero: vergüenza, alivio, felicidad... tal vez todo a la vez.

Pun sabía que podía parecer una decisión muy rápida. Demasiado rápida para dos personas que acababan de decirse la verdad, demasiado rápida para algo que apenas había salido de las pantallas y los nombres de usuario. Pero Pun ya llevaba demasiado tiempo queriendo a Moth en silencio: esperando, cuidando, alimentando esperanzas sin atreverse a dar un paso. Al final solo le quedaba cansancio y una pregunta: ¿por qué sigo dejando mi corazón atado al mismo sitio? Ya no quería seguir así: no quería quedarse estancado por miedo, no quería seguir en algo sin nombre ni futuro esperando a que alguien lo eligiera...

Cuando él mismo nunca se había permitido elegirse a sí mismo. Y entonces apareció Ten: no solo como el chico que llegaba sin aire tras cruzar toda la ciudad corriendo, sino como Monsieur. La persona que tantas veces había estado al otro lado de la línea: callado, escuchándolo sin juzgarlo, recordando detalles que él contaba como si fueran importantes, diciéndole cosas bonitas en las noches en que estaba demasiado cansado para fingir que todo iba bien. Ninguna de esas charlas había sido espectacular: no hubo grandes declaraciones ni promesas grandiosas. Pero aun así, le hacían sentir una paz que no había sentido en mucho tiempo.

Como si hubiera alguien a su lado sin presionarlo, sin exigirle nada, sin obligarlo a estar fuerte todo el tiempo. Por eso no encontró razón para rechazar esa sensación bonita que tenía enfrente. Pun no necesitaba tener todo el futuro resuelto, no necesitaba saber dónde iba a terminar todo. En ese momento solo necesitaba una cosa: quería intentarlo. Quería darle una oportunidad al verdadero Ten. Y así, en el momento en

que Ten estaba convencido de que ya era demasiado tarde... empezó la primera noche en que todo de verdad comenzó.





CAPÍTULO 16

En el bar la música sonaba con fuerza entre luces parpadeantes. El olor de las bebidas, el perfume y la emoción del viernes por la noche se sentían en el aire. Hun entró recorriendo el lugar con la mirada. Ohm y Boom ya estaban sentados en una mesa de la esquina. Hun se acercó a sus amigos con cara de satisfacción, pero se sorprendió al no ver a quien siempre estaba ahí.

— ¿Dónde está Dean? No lo veo desde hace días. ¿Va a venir hoy? — preguntó Hun.

Ohm pensó antes de contestar, como si todavía no estuviera seguro:

— Dijo que sí venía...

Pero Boom agregó con tono de quien ya se sabe la respuesta:

— Pero...

Ese “pero” junto con la mirada de Boom hizo que todos se callaran y soltaran un suspiro casi al mismo tiempo. Con solo verles la cara ya se sabía la respuesta sin necesidad de decir nada más.

Mientras tanto, la persona que buscaban estaba en casa, en un silencio totalmente distinto. La mesa estaba puesta con un cuidado casi perfecto. Dos platos blancos perfectamente alineados frente a frente, con sus cubiertos a un lado. Las servilletas de tela dobladas con esmero sobre cada plato. Dos copas de vino cerca de la botella ya abierta, y en el centro una velita pequeña y un florero con flores claras, todo colocado justo en su lugar — sin exagerar, pero tampoco parecía casualidad. Aun

así Dean seguía acomodando todo: movía un poquito la copa, alineaba el plato, revisaba una y otra vez los detalles, como si esas pequeñas cosas fueran lo más importante del mundo.

Ohm, Boom y Hun lo habían llamado diciendo que iban a ir por él al Bar MANIAC después de que él les prometió ir, pero al final los dejó plantados.

- Se me olvidó — contestó Dean de forma corta.
- Vaya... ¿sabes que hicimos una lista enorme de razones por las que podías faltar y tú sales con “se me olvidó”? Ya te estás superando, ¿eh? — dijo Boom entre risas y sin creérselo.
- De verdad se me olvidó. Ya nos vemos después — se disculpó Dean por teléfono.
- Caramba, Dean. Tú no eras así. ¿Qué te está pasando? — insistió Ohm sin dejarlo pasar.

Hun agregó picando:

- Con lo que te dicen tus amigos y encima no apareces, mínimo tenías que venir.

Pero Dean respondió sin dudar:

- No puedo. Quedé con Moth.
- Ahí está. Nadie se equivocó. No digo que no puedas estar con él, pero también dedícales tiempo a tus amigos, hombre — dijo Ohm, como si ya se lo esperaba.

En ese preciso instante sonó el timbre. Dean se quedó quieto, con la mano suspendida en el aire. Toda su atención se fue hacia la puerta. No esperó a que siguieran bromeando y colgó rápido:

— Luego hablamos.

Colgó sin dejar que le contestaran. Guardó el celular y revisó todo una vez más. Aunque ya estaba todo listo, acomodó las almohadas del sofá y alineó las cosas de la mesa, como si quisiera que todo estuviera perfecto esa noche. Luego fue a abrir la puerta, con una emoción que intentaba disimular con cara de tranquilidad.

El frente de la casa de Dean estaba más tranquilo que la calle principal. Solo la luz de la entrada iluminaba el piso de concreto y las sombras de los árboles que se movían con el viento de la noche. Dean salió a abrirle la puerta a Moth. Trataba de verse normal, pero en cuanto lo vio ahí parado se le iluminaron los ojos de alegría.

Moth lo miró y le preguntó:

— ¿Qué hacías?

— Contestando el teléfono. Me llamaron Ohm y Boom para salir — respondió Dean con sinceridad.

Moth levantó una ceja.

— ¿Ah sí? Es viernes, ¿no vas a salir?

— No. Lo que quiero es entrar contigo — contestó Dean sin pensarlo.

Ese doble sentido hizo que Moth le diera una palmadita en el hombro. Dean no se inmutó; al contrario, sonrió como si ya se esperara esa reacción. Se sintió un poco de vergüenza flotando en el aire.

— Digo, entra a la casa. Vamos, pasa rápido — se corrigió Dean apresurado.

Antes de entrar, Moth vio un auto estacionado enfrente. La sorpresa lo hizo detenerse — desde que conoce a Dean nunca lo ha visto manejar ni mencionar que tuviera auto. Ese auto parecía mostrarle una parte de Dean que todavía no conocía.

— ¿Tú manejas? Nunca te he visto manejar — preguntó Moth sorprendido.

Dean se encogió de hombros como si fuera lo más normal del mundo:

— El tráfico en Bangkok es horrible; manejar aquí es muy estresante. El auto lo guardo para cuando voy a otros lados.

— ¿A qué lados? — preguntó Moth.

Dean lo miró y se le volvió a esa sonrisa de burla:

— Ah... viajes al campo. ¿Por qué? ¿Quieres ser la decoración de mi auto?

Moth hizo cara de no querer admitir que se sintió apenado:

— Qué chiste tan malo. Qué cursi.

Aunque decía eso, Moth sonrió sin poder evitarlo. Dean soltó una risita suave, le puso el brazo en el hombro con naturalidad y lo guió adentro.

La luz cálida de la sala hacía que todo se sintiera mucho más acogedor de lo que Moth imaginaba. Miró a su alrededor sorprendido — las cortinas de tela suave, los adornos en los estantes, la mesa ordenada, hasta el florero chiquito en una esquina. Todo se sentía hogareño y cuidado, demasiado cuidado para coincidir con la imagen que tenía de Dean — alguien que parecía no importarle nada y sin embargo tenía la casa impecable.

Moth se volvió hacia él y le dijo sin creérselo:

— ¿De verdad vives aquí solo?

Dean levantó una ceja, como si no entendiera la pregunta:

— ¿Por qué?

Moth miró todo alrededor una vez más y sonrió:

— Parece casa de alguien que vive con su mamá.

— Vivo solo, de verdad. A veces viene mi hermana, pero mis papás casi nunca aparecen — respondió Dean con naturalidad. Moth asintió y siguió recorriendo el lugar, todavía con cara de sorpresa.

Esa casa empezó a cambiar la imagen que Moth tenía de Dean — no era nada más ese chico provocador que finge que no le importa nada, sino alguien que elige el color de las cortinas, acomoda los estantes y cuida cada detalle con más intención de lo que aparenta. Moth lo iba observando todo como si estuviera armando una imagen nueva de la persona que tenía enfrente, pedazo a pedazo.

Dean le vio esa cara y no pudo evitar preguntar:

— ¿Y esa cara de no creer?

Moth no le contestó directamente y cambió de tema:

— Bueno, ¿qué me vas a dar de comer?

Dean se le acercó con una sonrisa pícaro en la comisura de los labios y le devolvió:

— ¿Qué quieres comer?

Antes de que terminara de decirlo, le rodeó la cintura con el brazo, lo atrajo hacia sí y se inclinó para besarlos despacio en esos labios finos y rosados, como aprovechando para calmar todo lo que había extrañado en la noche. Dean daba a entender que no pensaba detenerse ahí; las manos le empezaron a bajar despacio por la cintura y apretarlo suavemente, mientras con la lengua buscaba probar su dulzura sin saciarse. Moth, temiendo que las cosas se estuvieran adelantando demasiado, lo apartó un poco.

— Me invitaste a comer, así que a comer — dijo Moth con tono de regaño, pero toda la cara roja.

— ¿Y no me dejas al menos el aperitivo? — le dijo Dean con cara de malicia, y Moth puso los ojos en blanco.

— El postre siempre va al final — respondió Moth, aunque con las mejillas encendidas.

Moth se mantuvo firme, y por más que Dean le puso cara de cachorro triste — no cedió.

¿A quién quería engañar?

— Bueno, a la mierda.

Dijo esto y lo atrajo de nuevo para besarlo más tiempo, dándose ese gusto antes de pasar a lo principal. Un aperitivo no le hace daño a nadie. Dean le siguió el beso de inmediato, apretándole fuerte la cintura y pegándolo más a él.

Y como si eso no fuera suficiente, ese cuerpo alto y pálido empujó al otro delgado y esbelto contra el sofá y se puso encima. Con eso ya era suficiente para volver loco a Dean, sin mencionar la expresión y la postura del otro, que no hacían más que avivar todo su deseo.

— Vaya, sí venías preparado, ¿eh? — exclamó Dean entre suspiros, impresionado por la seguridad con la que estaba encima.

— Es para que no vuelvas a quedarte dormido — respondió Moth.

Esa pulla en la voz de Moth y esa mirada provocadora hicieron que Dean ardiera por dentro, a punto de estallar.

Cualquiera que viera a Dean así... seguro se le olvidaría cualquier compromiso con amigos.

Dean abrió el refrigerador y Moth se quedó helado viendo lo bien que estaba todo acomodado. Frascos de especias, salsas, limones conservados, pasta de soya fermentada, cajas apiladas y todo separado con cuidado. Moth miró todo eso y no pudo evitar decir:

— ¿Le robaste el refrigerador a un restaurante?

Dean lo miró de reojo y le contestó corto:

— Exagerado.

Moth no hizo caso. Agarró cada caja para curiosear — una con limones, otras con verduras envueltas en papel, casi como en programas de cocina. Mientras tanto Dean abrió la parte de las carnes y sacó con destreza un paquete de lomo.

— Tengo lomo aquí. ¿Quieres un bistec?

La mirada de Moth se fue de las verduras hacia otra caja que estaba en el congelador. La agarró, la miró bien y preguntó con duda:

— ¿Y esto qué es? ¿Pescado seco?

Dean se dio la vuelta:

— ¿Por qué? ¿Se te antoja?

— No. ¿Qué clase de persona tiene pescado seco en el congelador?— preguntó Moth con cara de quien acaba de descubrir un secreto del dueño de casa.

— Alguien que sabe comer bien. Es de verdad, de una granja en específico — respondió Dean con cierto orgullo.

Dean sacó dos trozos de lomo y fue por otra cosa. Moth, con curiosidad, agarró unas bolsas selladas donde había algo congelado en forma de platos y frunció el ceño:

— ¿Y eso?

Dean se cruzó de brazos mirándolo como si le estuviera explicando algo a un niño pequeño, y luego agarró una ramita de tomillo y una caja de mantequilla.

— Caldo.

Señaló las bolsas que tenía Moth y le explicó con calma:

— De cerdo, de pollo, de alga kombu. Los hago cuando tengo tiempo y los congelo. Así cuando cocino todo va más rápido.

Dean se apartó del refrigerador y fue acomodando todo en la barra con destreza. Moth se quedó ahí parado frente a la puerta abierta, con los ojos muy abiertos entre admiración y confusión, como si acabara de descubrir que alguien que aparenta no tomarse nada en serio, en realidad sí se toma muy en serio la comida. Murmuró sin poder evitarlo:

— ¿Y tú quién eres en realidad?

Dean sonrió en lugar de contestar. Esa sonrisa tenía su toque de picardía y también de orgullo. Se puso frente a la barra como si fuera su lugar de siempre. Sacó el lomo del empaque, lo secó bien con papel, le puso sal, pimienta y los condimentos con un ritmo tranquilo. Luego con las yemas de los dedos fue metiendo el sazón en la carne, sin prisas.

Al lado acomodó la mantequilla, el tomillo, el ajo, la ensalada y los platos vacíos, todo en su lugar justo donde se toma fácil — como si ya lo hubiera planeado todo en la cabeza. La sartén al fuego, la llama ajustada con cuidado. Moth a su lado no sabía ni dónde ayudar ni dónde ponerse para no estorbar.

Al final no le quedó más que ver cómo se movía con agilidad, sintiendo admiración, curiosidad y esa sensación de descubrir que la persona que tenía enfrente tenía un encanto que no esperaba.

No tardó nada en poner la carne en la sartén. Se escuchó el chisporroteo y se empezó a oler delicioso. Moth se puso a picar los vegetales para la ensalada con mucha seriedad. Dean lo miró y le dijo:

— Hay lechuga americana, agárrala del refrigerador.

Moth levantó la vista de inmediato:

— ¿Qué es la lechuga americana?

Dean dudó un momento, sin saber si reírse o explicarle primero. Se volvió hacia la sartén y le dijo:

— Espera tantito.

Dean fue por la lechuga mientras Moth se quedaba cuidando la carne nervioso. Al rato regresó con la caja y la puso en la barra.

— Aquí está.

Moth la miró y puso cara de quien acaba de entender algo nuevo:

— Ah, ¿así se llama? Yo nada más le decía lechuga.

— O simplemente verdura — se burló Dean riendo.

Moth abrió la boca para contestarle, pero antes de hablar el aceite de la sartén le salpicó en la mano. Se asustó y se apartó de golpe con cara de susto:

— ¡Caramba, me quemé!

Dean bajó el fuego y en segundos ya tenía la mano de Moth entre las suyas. Se le borró toda la picardía de la cara y solo se le notó esa preocupación sincera que se le escapaba sin darse cuenta:

— ¿Estás bien?

— Quema, ¿no? Qué pregunta tonta — murmuró Moth.

Dean sacó gel de aloe y se lo puso despacito en la mano. Le sostenía la muñeca como si no quisiera apretar fuerte, y con el dedo pulgar iba esparciendo el gel fresco sobre lo rojito, muy suave. Se sentía más delicado que de costumbre, y Moth se quedó mirando cómo se movían esos dedos sobre su mano más tiempo del necesario. El corazón se le fue más lento pero más hondo, de una forma extraña. Luego Dean se acercó y le sopló suave:

— ¡Fuuu! ¡Ya no duele!

Moth sonrió sin poder evitarlo, aunque intentaba poner cara de enojo. Dean lo vio y le devolvió la sonrisa, y volvió a la sartén. Moth se quedó mirándolo un rato y le preguntó curioso:

— ¿Y cómo le haces para que no salpique el aceite?

— No se hace nada. Nada más seguirle — contestó Dean como si fuera lo más fácil del mundo.

Moth le entrecerró los ojos sin dejarlo pasar:

- En serio, quiero saber.
- Hablo en serio — le dio la vuelta a la carne con cuidado y le dijo con tono más serio que de costumbre —. ¿No ves que a mí también me salpica todo el tiempo? Nada más hay que aguantar. Cocinar es no tenerle miedo al fuego. Si le tienes miedo, nunca terminas.

Moth se quedó callado un momento. Esas palabras parecían decir algo más que solo cocinar, pero qué era exactamente, prefería no saber. Capaz porque la persona que siempre se esconde tras sonrisas burlonas de repente se veía tan firme y sincera. Pero no duró mucho la seriedad; Dean volvió a bromear, como si le diera miedo que el ambiente se pusiera demasiado raro.

- ¿Alguna vez has frito un huevo en tu vida?

Moth se rió y ya se dejó llevar:

- Sí, pero en el microondas.

Dean soltó una risita y le hizo señal de que se apartara:

- Entonces siéntate y espera. El Chef Dean te va a cocinar.

Moth sonrió y se fue a sentar en una esquina de la cocina viéndolo trabajar. Dean se concentró de nuevo en la carne con toda seriedad — controlando el fuego, volteándola, acomodando las verduras, hasta que convirtió algo sencillo en algo que se veía riquísimo.

Moth lo miraba con una sonrisa suave. Mientras más lo veía dedicado a cocinar, más sentía que conocía otro lado de esa persona — uno cálido, atento, y peligroso para el corazón, mucho más que esa actitud retadora que Dean siempre usaba para esconderse.

Pensándolo bien... Dean no estaba tan loco después de todo.

O capaz y él se estaba volviendo más loco, hasta el punto de pensar que alguien loco era normal.

Moth no estaba seguro.

La mesa en la casa de Dean estaba puesta con más cuidado del que sugiere un simple “vamos a comer”. Dos platos con bistec uno frente al otro. Las copas de vino reflejaban la lucecita de la vela que estaba en el centro. La luz cálida de la casa hacía que todo se sintiera más suave. Dean lo miraba desde el otro lado de la mesa en silencio, viéndolo cortar la carne con una elegancia sorprendente — más parecía de alguien de buena familia en un restaurante que de quien hace poco no sabía qué era la lechuga americana. Dean no pudo evitar sonreír. Cuando vio que se llevaba el primer trozo a la boca, con los ojos brillándole de satisfacción, esperó a que le contestara.

— ¿Está bueno? — preguntó Dean con tono despreocupado, pero la mirada se le veía más seria que las palabras.

Moth masticó despacio, como si no quisiera admitir lo mucho que le estaba gustando, y contestó con su estilo tranquilo y contenido:

— Está bien.

Dean levantó una ceja de inmediato y se le ensanchó la sonrisa, como si lo hubiera atrapado:

- ¿"Está bien" significa...?
- Significa que está bueno — contestó Moth de inmediato y levantó la copa para beber, escondiendo la cara de satisfacción que se le había escapado. Dean lo vio y sonrió para sí mismo.
- ¿Te vas a quedar a dormir hoy? — preguntó Dean tras un silencio corto entre los dos — un silencio que no estaba vacío, sino lleno de esa conexión suave que los unía.

Moth levantó la vista hacia él con una sonrisa burlona en la comisura de los labios y le contestó sin dejarlo ganar tan fácil:

- Lo pensaré.

Dean sonrió, sabiendo que el otro nada más estaba fingiendo mantener la compostura.

La habitación de Dean no era lujosa, pero se sentía increíblemente acogedora. Todo era sencillo, cómodo y lo suficientemente ordenado para notar que le importaba. Moth miró todo alrededor recorriendo el lugar y luego se volvió hacia él con cara de burla:

- ¿Le diste una limpieza general para recibirme?

Lo dijo con tono de reclamo, pero la sonrisa que tenía en la boca hacía que la pregunta se sintiera más ligera de lo que aparentaba.

Dean puso cara de no querer aceptar que lo descubrieron y contestó corto tratando de no perder la compostura:

- Normal.

Mientras recorría el cuarto mirando todo, pisó algo duro en el piso y se detuvo. Se agachó, lo recogió y era una piecita de Lego. Lo miró a Dean como si lo hubiera vuelto a atrapar y la puso sobre la cabecera de la cama. Dean nada más se rascó la nuca con cara de quien ya no tiene excusas.

— Eh... no guardé todo — admitió Dean con voz baja y resignada.

Moth se acomodó despacio en la cama, cruzó las piernas y lo miró con cara de broma pero también con seriedad. La sonrisa de la boca parecía estarlo molestando, pero en los ojos se le notaba la curiosidad.

— ¿Cuánta gente ya ha venido a este cuarto? ¿Llevas la cuenta? — preguntó Moth como si fuera broma, pero la pregunta hizo que el ambiente se pusiera un poco más tenso.

Dean se giró hacia él y le contestó claro:

— Nunca he traído a nadie.

Moth se quedó callado un momento. Esa mirada que antes era de retos y desconfianza se le suavizó sin darse cuenta. Se quedó mirándolo como si estuviera sopesando lo que le dijo y luego preguntó más bajito:

— ¿Soy el primero?

Esa cara pensativa de Moth hizo sonreír a Dean satisfecho. Se acercó un poquito más y le contestó más serio de lo que Moth esperaba:

— Puedo decir tonterías de otras cosas, pero en esto no miento. Tú eres la primera persona que entra a este cuarto.

Moth soltó una risita suave, como si todavía no terminara de creerlo, pero no se alejó. Poco a poco se recostó en la cama con naturalidad y Dean también se acostó dándole la cara, a una distancia en la que el silencio se sentía más presente.

Dean lo miró sin apartar la vista y siguió diciendo, como si quisiera dejarlo muy claro:

— Lo puedo jurar.

Moth se quedó mirándolo un instante y luego dijo bajito:

— No dije que no te creyera.

Eso hizo sonreír a Dean. Se le fue soltando toda la tensión del pecho. Se acercó más y esta vez Moth no se apartó. Sus labios rosados se abrieron para recibir la lengua del otro, listos para volver a saborear esa dulce atracción — como si todo lo que pasó hace unas horas nunca hubiera existido. Dean y Moth se entregaron a ese placer embriagador como si nunca se saciaran; mientras más probaban, más querían. Si hace unas horas todo era intenso y acelerado por todo lo reprimido, ahora era lento, pausado, pero mucho más intenso.

Se quitaron toda la ropa y solo quedaron los dos cuerpos abrazados. El cuerpo firme de Dean recorrió con la punta de la nariz el cuello delgado de Moth, respirando ese aroma que le encendía todo. Luego bajó despacio hasta que la punta de su lengua rozó suavemente esa pequeña zona sensible, alternando entre delicadeza y cuidado, provocando un temblor que le recorría todo el cuerpo.

— Ya basta... — casi se le escapó un gemido. Dean levantó la vista y lo vio todo sonrojado y sonrió. Qué persona... la boca dice ya basta, pero la mirada dice otra cosa.

La forma, el sabor, el olor, el sonido — y esa contradicción tan bonita que tenía enfrente — solo hacían que las ganas de Dean crecieran más y más.

— ¿En serio... ya basta de verdad? — se burló Dean, tanto con palabras como con su cuerpo, rozando justo donde más sensible era, hasta que el otro le dio la señal.

— Ya basta... entra... ah... —

En cuanto escuchó eso, Dean se entregó por completo, y Moth lo recibió con todo su ser.

— Me encanta. Me estoy volviendo loco de lo mucho que me gusta — susurró Dean mientras su cuerpo lo demostraba. Moth, ya sin poder resistirse, le tomó la cara y lo besó, como diciendo habla menos y haz más. Los dos cuerpos se sincronizaron, se movieron al mismo ritmo y todo terminó al unísono.

Dean escondió la cara en su pecho, mientras Moth lo abrazaba suavemente.

No se imaginaba haciendo todo eso con nadie más — que no fuera con ese loco de ahí.

Cuando todo se calmó, todavía se sentía el calor en el ambiente, pero Moth se empezó a sentir incómodo sin saber bien por qué. Dean se había quedado dormido con el brazo todavía puesto sobre él. Moth fue soltándolo despacio — no porque no quisiera que lo tocara, sino porque tenía miedo de moverse mucho y despertarlo. Se dio vueltas en la cama muchísimo rato y, aunque estaba agotado, no lograba dormir. Al final abrió los ojos, soltó un suspiro suave y se sentó en la cama.

— ¿Pasa algo?

Dean, que dormía a su lado, se movió somnoliento al sentir el movimiento. Abrió los ojos medio entrecerrados, confundido y con sueño. Moth se le quedó mirando con cara de duda, como si supiera que lo que iba a decir iba a cambiar todo lo bonito que se sentía hace un momento.

— Me voy — dijo Moth bajito, como si le diera miedo que esas palabras sonaran demasiado fuerte en un cuarto que todavía olía a los dos.

— ¿Por qué?

Moth bajó un poquito la mirada y le contestó con sinceridad:

— No puedo dormir.

— ¿Está muy frío el aire acondicionado? — preguntó Dean preocupado.

Se levantó, prendió la luz, agarró el control y lo subió de inmediato. Se le fue casi todo el sueño, nada más quería arreglarlo para que estuviera bien.

— ¿Ya está mejor? ¿O la cama está muy suave? ¿Te duele la espalda?
— le siguió preguntando con una seriedad que sorprendió a Moth.

Moth lo miró un momento y luego negó con la cabeza. Le empezó a dar culpa porque Dean estaba dispuesto a cambiar todo por él, cuando el problema no era ni el aire ni la cama.

— No. No me acostumbro. Prefiero mi cuarto — dijo Moth con sinceridad.

Dean se quedó callado un momento. Lo miró como si quisiera pedirle que se quedara, pero sabía que no debía. Se le cruzó una mirada de decepción muy rápida, pero enseguida asintió suave — como si decidiera no hacerlo sentir peor.

— Está bien. ¿Quieres que yo pida el transporte? — preguntó Dean con la voz un poquito más suave de lo normal.

— No hace falta. Yo lo pido — respondió Moth sacando el celular.

El silencio se puso un poco más pesado en el cuarto. Dean se acercó y lo abrazó de lado. No lo apretó, no le volvió a preguntar — nada más se quedó ahí para que supiera que no estaba enojado. Moth se dejó abrazar en silencio, con esa culpa chiquita todavía atorándole el pecho.

Cuando regresó a su departamento, Moth abrió la puerta y se recibió con ese silencio que ya conocía. Se dejó caer en el sofá. El alivio de estar de vuelta en su espacio se mezclaba con esa culpa que no se quería ir. Sabía que Dean no había hecho nada malo — y eso era justo lo que hacía que irse se sintiera todavía más cruel. Agarró el celular y le mandó un mensaje corto: “Ya llegué.”

Pero después de mandarlo, le costó mucho soltar el teléfono. Se recostó en el sofá mirando el techo que siempre lo tranquilizaba, pero esa noche lo que conocía solo le hizo sentir más vacío. Se dijo a sí mismo que se había regresado porque no podía dormir, porque no se acostumbraba, porque necesitaba su espacio.

Sin embargo, no dejaba de ver la imagen de Dean levantándose de prisa a acomodar el aire, la mano que lo abrazó sin apretar, y la voz suave

preguntándole si pedía transporte — todo eso le daba vueltas en la cabeza como preguntas que no quería contestar. Moth no sabía si le daba miedo dormir en casa de otra persona o si le daba miedo aceptar que alguien estaba empezando a hacer que su propio departamento ya no fuera el único lugar donde se sentía seguro.

Capaz que cerrarse a la gente no era nada más por terquedad o por principios. Era algo que llevaba dentro desde hacía muchísimo tiempo — una grieta que ni siquiera sabía cuándo empezó, pero que siempre lo alejaba de todo, incluso cuando la otra persona no hacía nada malo. Siempre terminaba regresando a donde ya conocía. Moth todavía no sabía cómo vencer eso, al menos no esa noche.

Tal vez por eso Pun le había dicho que fuera con un psicólogo.

¿Pero de verdad era esa la única forma de ayudarse...?

Del otro lado, Dean seguía en la misma cama. Miró la pantalla del celular que brillaba en la oscuridad y le contestó: “Ya veo. Que descanses.”

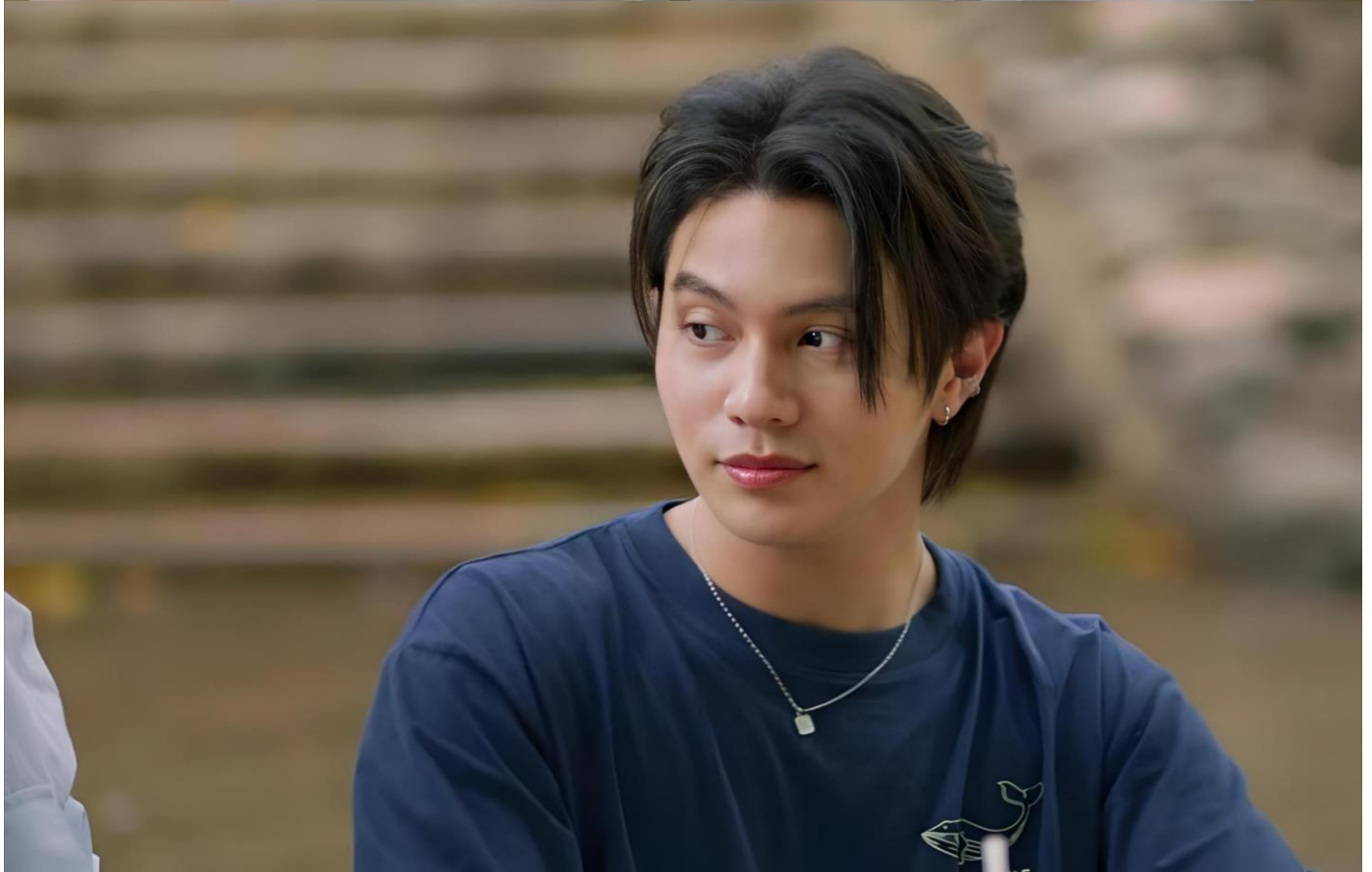
Moth lo leyó y dudó un momento. Esa respuesta tan sencilla le hizo sentir más culpa todavía. Se quedó mirando la pantalla y luego escribió: “Perdón.”

Dean leyó el mensaje en silencio, como si ya supiera qué estaba pensando. No le contestó algo que lo hiciera sentir peor, ni le dijo “no te preocupes” de forma directa como para que se lo creyera — en lugar de eso, le quitó importancia con su forma de ser: “No pasa nada. Nada más lava mi camisa, ¿va?”

Moth dudó y luego soltó una risa sin poder evitarlo. Se acordó de la camisa que llevaba puesta Dean, la que le había prestado después de bañarse. Se le formó una sonrisita en los ojos. Aunque la culpa seguía

ahí, esa broma de alguna forma le aligeró el pecho — como si Dean le estuviera diciendo a su manera que todo estaba bien de verdad.

Y aunque Moth todavía no sabía cuándo iba a poder vencer todo eso que llevaba tan adentro, al menos esa noche, por primera vez, empezó a pensar que capaz debería intentarlo un poquito más.





CAPÍTULO 17

A la mañana siguiente, la culpa de la noche anterior todavía no se iba, pero esa relación sin nombre ya empezaba a pesar lo suficiente como para que Moth, sin darse cuenta, estuviera esperando que sonara el celular de Dean.

De repente, la videollamada vibró e interrumpió el silencio. Moth vio el nombre en la pantalla, se le curvó la comisura de los labios sin querer y contestó despacio.

La cara de Dean apareció en pantalla con una sonrisa radiante, los ojos brillándole como si llevara esperando el momento justo para llamarlo desde que despertó. Su voz sonaba relajada, pero se le notaba esa curiosidad que no podía ocultar.

— Buenos días. ¿Vas a salir hoy?

Moth levantó su taza de café, dejando que ese sabor amargo y caliente le quitara el sueño, y contestó sin dar muchas explicaciones:

— Me voy a quedar en casa. Tengo trabajo.

Dean asintió como si entendiera, pero en la mirada se le veía claro que no quería que se terminara la plática. Se acercó más a la cámara con la sonrisa todavía en la boca y le preguntó con tono de quien no quiere dar importancia:

— ¿Y después de trabajar a dónde vas?

Esa pregunta hizo que Moth frunciera un poco el ceño. Lo miró a la cara en la pantalla como intentando adivinar qué estaba tramando, mientras golpeaba suavemente con los dedos el borde de la taza y miraba hacia el trabajo que tenía sobre la mesa.

— Tengo una reunión por Zoom con un cliente nuevo — dijo Moth regresando a su escritorio lleno de notas, bocetos y la tableta con los archivos abiertos. Dejó la taza con cuidado, miró un momento su trabajo y agregó bajito: — Me contrató para hacerle una mascota. No sé a qué hora termino.

Apenas empezaban a hablar cuando la imagen se movió de golpe, se escucharon risas y aparecieron Ohm y Boom en la pantalla sin más. Los dos iban más arreglados para grabar que el propio Dean. Ohm sonrió ampliamente y lo interrumpió amablemente:

— ¡Hola Moth! ¿Nos prestas a Dean un ratito para una transmisión?

Moth se quedó callado un segundo y entendió que Dean no estaba haciendo nada, sino ayudándoles con su tienda de ropa en línea. Soltó un suspiro más de resignación que de coraje y lo miró con cara de enojo, aunque se le notaba que estaba sonriendo:

— Está bien, vayan a trabajar. Adiós.

Moth colgó y Dean se quedó un poco frustrado. Boom lo miró y no pudo evitar decirle entrecerrando los ojos:

— Estás enganchado con tu novio, ¿eh?

Esa palabra le hizo dudar de inmediato:

— Moth y yo no somos novios.

Ohm y Boom se encogieron de hombros como si no le creyeran — aunque Dean estaba diciendo la verdad.

Esa misma tarde, Dean pasó a ver a Moth como habían quedado, y pronto estaba recargado en su mesa de trabajo sin poder esconder la curiosidad. En la pantalla de la tableta se veían fotos de lugares turísticos de la provincia de Ratchaburi — sitios, construcciones, rincones y el ambiente que el cliente mandó de referencia. Moth iba pasando las fotos una por una con el ratón, con cara impasible, pero las cejas fruncidas delataban que esto no era nada fácil. Dean las miraba con atención y luego le preguntó con interés genuino y un toque de picardía:

— ¿Es esto para lo que te contrató? ¿Para la mascota?

— Sí. Es un lugar turístico. Quieren una mascota para atraer visitantes, pero no me dieron ninguna idea, solo estas fotos — respondió Moth sin apartar la vista. Parecía una queja común, pero se notaba la presión de tener que crear algo con tan poca información.

Dean, en cambio, lo veía mucho más sencillo:

— Mejor así. Puedes inventar lo que quieras.

— ¿Quién dijo? Lo más difícil es trabajar sin referencias claras.

Moth fue pasando las fotos una a una poniéndose más serio, intentando captar el ambiente de lo que veía. Pero mientras más miraba, más sentía que le faltaba algo. Dean lo vio tenso y le propuso:

— ¿Y si vamos allá? Capaz así se te ocurren cosas.

— ¿Por qué? ¿Tú me vas a llevar?

— Nunca hemos ido al campo juntos.

Moth no contestó de inmediato. Nada más apartó la mirada un poquito. Se le notaba apenado detrás de esa frialdad que siempre ponía, mientras Dean sonreía con malicia como si le estuviera leyendo la mente. Ese silencio corto confirmó que los dos estaban igual de nerviosos.

Al día siguiente, el auto de Dean los llevó lejos de Bangkok. El camino se fue abriendo, los edificios y letreros brillantes se fueron cambiando por árboles y un cielo más despejado. Moth iba sentado a su lado con la tableta en las piernas, pero de vez en cuando se le iba la mirada a las manos de Dean en el volante.

Dean se dio cuenta y se le escapó una sonrisa que no pudo contener:

— ¿Qué miras, diseñador? ¿Acaso mis manos son tan bonitas que te distraen?

Moth bajó la vista de golpe a la tableta fingiendo seguir viendo las fotos, aunque se le puso roja la punta de la oreja:

— Qué narcisista. ¿Quién te estaba mirando las manos?

— Ah, ¿entonces sí me estabas mirando? — Dean le inclinó la cabeza para verlo y luego volvió a mirar el camino —. Mira todo lo que quieras, no cobro entrada. Pero si te empiezas a poner nervioso avísame y voy más despacio para que te dé pena más al rato.

Moth soltó una risita suave intentando mantener la compostura:

- Pon atención al camino y no hables tanto que nos vamos a perder.
- Si nos perdemos, perdemos tiempo — le contestó Dean de inmediato —. Pero si te pierdes con la persona equivocada, ten cuidado de no perder...
- ¿Perder qué?
- Perder... — Dean se detuvo y no siguió, nada más le puso una cara sugerente que hizo que Moth lo cortara:
- Ya basta. No hace falta que digas nada. Pon atención al camino.

Se le fue esparciendo un calorcito en el pecho sin darse cuenta. Se puso a mirar el paisaje por la ventana para esconder la sonrisa. Dean puso música suave y todo se mezclaba con la brisa de la mañana mientras se sentían más cerca.

El auto de Dean se detuvo frente al lugar turístico del cliente por la mañana. Era una granja de animales recién abierta al pie de la montaña. Todavía se veía todo nuevo — tenía restaurante, cafetería, jardines que se perdían a lo lejos con las montañas de fondo. El sol iluminaba el patio amplio y el letrero grande que estaba a la entrada.

A lo lejos se escuchaban risas de niños y anuncios de actividades con animales. Se sentía mucho más vivo que en las fotos estáticas. El lugar estaba hecho para pasear, tomar fotos, comer, tomar café y disfrutar de los animales en medio de un paisaje hermoso. Moth bajó del auto con la cámara y la tableta, pero la correa se le atoró en la puerta y se detuvo.

- Quédate quieto — Dean le dio la vuelta al auto y con cuidado le soltó la correa. En ese segundo Moth levantó la vista y se encontró cara a cara con él —. Listo, diseñador talentoso.

Moth bajó la cabeza acomodando la correa para esconder que estaba apenado:

- Ya estaba listo desde hace rato. Nada más no me estorbes cuando esté trabajando.
- Difícil — le siguió Dean de buen humor —. Si no te molesto, ¿de dónde voy a sacar energía?

Moth eligió un lugar desde donde se veía todo bien. Abrió la tableta y empezó a hacer bocetos rápidos — trazos que iban tomando forma de personaje para la mascota. Dean se sentó a su lado, lo miró un rato, agarró otro lápiz y empezó a dibujar con una confianza que no tenía nada que ver con lo que sabía hacer.

- Déjame ayudarte a crear al personaje — dijo Dean seguro de sí mismo trazando una línea —. ¿Ves? Tiene personalidad.

Moth lo miró y soltó una carcajada sin poder contenerse:

- El cliente va a pedir que le devuelvan el dinero — le dio un empujoncito con el hombro y le quitó el lápiz, aunque no se le fue la sonrisa.

Dean se apartó un poco pero se quedó sentado cerca, recargando la barbilla en la mano:

- Entonces ya no dibujo. Nada más te animo. Vas a hacer algo hermoso.

Moth hizo como que no le importaba, pero sus trazos se fueron volviendo más suaves.

— ¿Y cómo sabes?

— Porque quien dibuja es hermoso — le contestó Dean bajito, como si quisiera que solo ellos dos lo escucharan.

Moth volvió a concentrarse y Dean acomodó el celular en un ángulo, como queriendo capturarlo trabajando en silencio. El sol le daba en la cara, justo cuando Moth se agachaba para seguir dibujando. Esa cara tan concentrada hizo que Dean se olvidara de que estaba grabando — se quedó mirándolo tanto que se perdió.

Pero antes de que pudiera darle al botón de grabar, Moth levantó la vista y lo descubrió:

— ¿Me estás grabando?

Dean se asustó y sonrió un poco apenado:

— No te estoy grabando, estoy documentando el detrás de cámaras del artista.

— ¿Y el artista te dio permiso? — Moth le entrecerró los ojos como si lo fuera a regañar, pero se le levantó la comisura de los labios, como si ya lo entendiera y se lo estuviera permitiendo.

— ¿Si te pido permiso ahora todavía alcanza? — le dijo Dean con tono de broma —. Quiero guardarlo. Cuando te concentras... se ve hermoso.

Moth se quedó callado un momento y guardó la tableta en su bolsa para esconder la cara:

— Pues grábame bien. Nada de ángulo desde abajo; eso no te lo perdono.

Moth se levantó y lo jaló para tomar una foto desde un buen ángulo. Levantó el celular para la selfie acomodando todo hasta que la luz y el fondo quedaron perfectos. Dean se acercó sin que nadie se lo tuviera que decir — tan cerca que se tocaron los hombros. Moth lo miró de reojo pero no se apartó.

— ¿Estoy muy pegado? — preguntó Moth, aunque no se le oyó serio.

— Si no lo estuvieras, sería raro — contestó Dean con naturalidad —. ¿Voy a tomarme una foto contigo y aparentar que no nos conocemos?

— ¿Y qué tan bien nos conocemos? — preguntó Moth bajito, todavía mirando a la cámara, pero la pregunta se quedó flotando entre los hombros que se tocaban.

Dean le volvió la cara para mirarlo una fracción de segundo. Esa sonrisa ancha se le suavizó en una mucho más tierna:

— Suficiente para querer traerte hasta aquí, y suficiente para querer quedarme con esta foto.

Moth se quedó quieto un instante y luego se rindió ante esa sonrisa:

— Hablas mucho. Sonríes mucho.

Los dos miraron a la cámara juntos. Dean sonrió ampliamente y Moth sonrió igual de fácil.

Después de tomar notas y fotos hasta que el sol empezó a calentar más, regresaron al auto. El ruido de la gente se fue quedando atrás. Moth estaba recargado en el coche con la tableta en el pecho, pero se sentía la cabeza mucho más ligero que cuando salió de casa. Se dio cuenta de que las ideas no le habían venido nada más por estar ahí — sino porque se permitió salir del cuarto, de la pantalla, y dejar que su mente respirara en un lugar más abierto.

Una felicidad tranquila se le iba metiendo en el pecho a Moth. No era algo exagerado, sino esa comodidad que le daban ganas de tomar el lápiz y dibujar sin esfuerzo. Se dio la vuelta y vio a Dean acomodando las cosas en la cajuela, y de repente entendió claramente que si Dean no se lo hubiera llevado de Bangkok ese día, todavía estaría encerrado mirando las mismas fotos diciéndose a sí mismo que no se le ocurría nada. Dean se veía igual de contento — la sonrisa que se le quedó en la cara al verlo animarse con su trabajo demostraba que para él ya valía la pena haber venido.

Con esa idea, Moth quiso recorrer más el lugar — no nada más por el trabajo, sino porque acababa de descubrir que salir al campo con alguien de verdad le abría la mente. Agarró el celular, abrió el mapa y empezó a buscar cafeterías cercanas hasta que se topó con Rivule Café — un lugar junto a un río, no muy lejos. Las fotos se veían tan bonitas que quiso verlo con sus propios ojos en lugar de solo imaginárselo en la pantalla.

— Vamos a este lugar — le propuso Moth. Pero en lugar de asentir como siempre, Dean negó de inmediato.

— Mejor no. Esas calificaciones son pura mentira, créeme. En la vida real no se ve así de bonito.

Moth levantó una ceja. Se le empezó a notar en la mirada esa terquedad callada de quien no le gusta que otros decidan por él. Volvió a agarrar el celular, miró las fotos y le contestó con voz tranquila pero firme:

— ¿Y por qué juzgas tan rápido? Estas cosas se ven bien en persona.

Dean apretó los labios y se le notó mucho más el malestar en la cara:

— Está lejos, no va de paso.

Moth le entrecerró los ojos, amplió el mapa para ver bien la ruta y le acercó la pantalla a la cara para que no pudiera negarlo:

— ¡Sí va de paso!

La terquedad de Dean empezó a molestar a Moth. Bajó el celular, se le puso enfrente y le habló más tranquilo pero mucho más serio que si le hubiera gritado:

— ¿Por qué? ¿Es dueña alguna ex tuya?

Dean dudó una fracción de segundo. La pregunta pareció tocar un secreto que estaba tratando de esconder. Negó rápido intentando verse normal:

— No, nada... — Dean intentó resistirse, pero al ver esa mirada tan fija del otro, al final cedió: — Está bien, si quieres ir, vamos.

Moth sonrió de inmediato. Dean se sintió bien por verlo contento, aunque el corazón todavía le latía nervioso, esperando que la persona que no quería ver no estuviera ahí en ese momento.

El café Rivule estaba junto a un riachuelo, tal cual se veía en las fotos. Moth entró satisfecho, pero Dean, que iba detrás, se veía extrañamente inquieto. Caminaba más despacio de lo normal mirando a todos lados como si tuviera miedo de encontrarse con alguien.

— Admite que tienes a alguien aquí, no me voy a enojar.

— No hay nadie.

Apenas terminó de decir eso cuando todo se vino abajo. Duen, su hermana y dueña del lugar, salió de la cocina y se lo encontró de frente.

— Dean.

Los dos se quedaron quietos. Moth miró a Duen confundido y luego se dio cuenta de lo mucho que se parecían. Dean soltó un suspiro resignado.

Parece que hoy no tuvo suerte.

— ¡Viniste a casa y no me dijiste nada!

Todo lo que Dean intentó ocultar durante todo el viaje quedó al descubierto frente a Moth, junto con dos tazas de café. Moth estaba sentado con los brazos cruzados mirándolo con cara de desaprobación.

Dean encogido sosteniendo un vaso de agua, sin saber por dónde empezar a explicar.

- Debiste decir desde el principio que aquí es tu pueblo y que este café es de tu hermana. ¿Por qué no dijiste nada?
- Es que... no creí que fuera importante.
- ¿Importante? Claro que sí. Hasta te dije que mis papás son de Phuket. ¿O es que no querías decir porque no es importante? — le recalcó Moth, haciendo que Dean se apurara a explicar:
- No es eso... es que... soy un pueblerino. Nací en el campo, no vengo de familia rica. No sé si a alguien le importaría o si a alguien le interesaría saberlo — dijo Dean como si fuera broma, pero Moth negó riendo:
- Estás siendo exagerado.

Poco después Duen se acercó con un pastel.

- Tomen... pruébenlo, es muy pedido.
- Gracias, Duen — Moth sonrió amable intentando llevarse bien. Duen lo miró con atención, luego sonrió levemente y preguntó:
- ¿Y qué vinieron a hacer? ¿A pasear?

Moth se enderezó con educación:

- Estoy haciendo investigación para un trabajo. Vi el café y decidí entrar. Dean no me dijo nada.

Duen se volvió hacia él de inmediato. Dean nada más pudo apartar la vista, moviendo la pajita en el vaso sin siquiera beber.

— ¿Me ibas a esconder? Maldito hermano. ¿Por qué? ¿No quieres presentarme a tu novio?

Esa palabra “novio” puso a Dean y a Moth igual de apenados al mismo tiempo. Ese silencio corto se oyó más fuerte que cualquier respuesta. Dean miró a Moth queriendo saber qué iba a decir, pero no se atrevió a hablar primero. Moth fue el primero en contestar con una sonrisa educada intentando calmar el ambiente:

— Somos amigos, no novios.

Duen los miró de uno a otro y se le notó claro que no se lo creía. Dean se quedó callado, con la mirada perdida un momento, y luego bajó la vista a su taza como si nada. Pero esa palabra “amigos” se quedó flotando en la mesa más tiempo del necesario — lo suficiente para que Dean se diera cuenta de que ya no quería escucharla de la boca de Moth.

En un rincón más tranquilo del café Rivule, Dean salió del baño como si se hubiera lavado la cara para despejarse. Pero antes de volver con Moth, se encontró a Duen recargada con los brazos cruzados esperándolo. Se le notaba claro que no estaba ahí por casualidad y Dean supo de inmediato que lo iba a interrogar.

— ¿Qué pasa?

— ¿De verdad no es tu novio?

— Ya te dije que... — Dean intentó poner una excusa, hasta que Duen lo cortó:

— Si no es tu novio, ¿entonces qué es?

Dean dudó. Esa palabra “amigos” que había dicho Moth todavía le resonaba en los oídos. Aunque debía estar acostumbrado a las cosas sin nombre, cuando se lo preguntan de frente se dio cuenta de que tampoco quería quedarse con esa respuesta. Duen vio su reacción y entendió lo que pasaba. Soltó un suspiro y le habló más seria:

— Dean, ¿alguna vez has pensado que la persona que está a tu lado sin etiquetas capaz no se siente tan cómoda como tú crees? — le dijo despacio, sin ser grosera, pero cada palabra le daba justo en lo que él estaba evitando —. Capaz no te está esperando para siempre a que te diviertas. Capaz te está esperando a que te decidas.

— ¿Decidirme sobre qué? — contestó Dean con la voz más baja de lo que quería. Sabía perfectamente a qué se refería pero se hizo el que no entendía.

— Dile qué quieres ser de él — le dijo directo —. Si quieres ser su novio, pídelo. Si quieres algo serio, dilo. Y si no te atreves a decir nada, al menos no lo hagas sentir que tiene que esperarte toda la vida.

Dean se quedó callado. Le vino a la mente la imagen de Moth sonriendo educado diciendo que eran amigos. No dolió como un rechazo, pero le recordó que nunca lo había abrazado de verdad.

— Ten cuidado. No ser claro no te protege. Solo hace que la persona que está contigo no sepa dónde poner su corazón — bajó la voz

Duen, pero la mirada se le mantuvo seria —. Y un día, si se cansa de no tener lugar, va a elegir a alguien que tenga el valor de decir las cosas más claras que tú.

Esas palabras dejaron a Dean callado. Miró hacia afuera como si quisiera ignorarlo, pero la imagen de Moth sentado ahí diciendo con una sonrisa educada que no eran novios se le volvió a venir a la mente. No lo alejó, pero tampoco lo acercó más. Y mientras más lo pensaba, más se daba cuenta de que usaba la confusión para esconder su propio miedo, no para cuidar a Moth. Le costaba admitir que eso le dolía, pero el miedo a que su indecisión lo perdiera todo se le quedó quieto en el pecho.

El auto de Dean se detuvo suavemente frente al edificio de Moth. El motor seguía sonando bajito, pero el silencio adentro se sentía más pesado que en todo el camino de regreso. Moth se abrochó el cinturón listo para bajar, pero Dean se quedó sentado al volante como si tuviera muchas cosas atoradas en la garganta. Lo primero que salió fue lo de siempre:

— ¿Puedo dormir hoy en tu casa?

Moth dudó con la mano en la manija de la puerta. Se volvió a verlo un momento. No podía negar que también quería que se quedara, pero el día había sido muy largo. Le contestó con la voz un poquito más suave de lo que quería:

— Estoy cansado. Mejor vete a casa hoy.

Dean asintió entendiendo, pero los dedos sobre el volante se le movieron un poquito, como si todavía no quisiera dejarlo ir.

Moth se quedó callado un momento, le devolvió el saludo confirmando que estaba bien, y abrió la puerta. En ese instante, antes de que bajara, Dean habló:

— Lo siento. ¿Te sentiste incómodo hoy?

Moth se volvió a verlo con cara de verdadera confusión, no fingida:

— ¿Por qué lo dices? — preguntó, como si no supiera a qué momento de tantos se refería.

— Es que Duen... pensó que... que éramos novios.

Moth dudó, no esperaba que sacara el tema.

— Tu hermana... se equivocó.

Lo dijo con naturalidad, pero por dentro sintió un vacío raro. Dean sentía lo mismo.

— Tu hermana es muy amable.

— ¿Y te molesta que ella piense que somos novios?

Los dos se miraron en silencio un instante. La luz del vehículo le brilló suave en los ojos a Moth. No apartó la vista ni se veía incómodo como Dean temía. Nada más asintió levemente y le contestó con tono tranquilo, que hizo que el corazón de Dean diera un vuelco:

— Si ella piensa eso, no me molesta.

Se quedaron mirándose unos segundos más. Seguro de que no había nada más que decir, Moth abrió la puerta y bajó del auto, dejando a Dean solo con esa respuesta unos instantes. La puerta se cerró suavemente,

pero en la cabeza de Dean empezó a sonar todo fuerte de golpe. Se quedó mirando cómo entraba Moth al edificio, intentando descifrar qué significaban esas palabras — o si de verdad eran una señal.

Las palabras de Duen le vinieron a la mente tan claras que parecía que se las estaba diciendo al oído:

“Ten cuidado. Si no te aclaras, capaz se va con alguien que se atreva a hablar más claro que tú.”

Eso le retumbó en el pecho. Se quedó sentado nada más unos segundos y de repente se le fue toda la duda. Apagó el auto, abrió la puerta y corrió tras él hasta el vestíbulo, antes de que la pregunta importante se le quedara atorada como siempre.

El vestíbulo del edificio de Moth estaba iluminado con una luz blanca y limpia. El piso de piedra reflejaba el techo y las sombras de los que pasaban. Moth entró como de siempre, con las cosas en una mano y tecleando algo en el celular con la otra camino al elevador. Sus pasos se escuchaban suaves en el piso brillante. Pero a unos pasos de llegar al botón, una mano le agarró la muñeca por detrás — rápido, pero sin lastimarlo.

Moth se dio la vuelta y ahí estaba Dean, respirando un poco más rápido como si hubiera corrido para alcanzarlo. En los ojos ya no tenía esa picardía de siempre. Lo sostuvo suave y lo soltó enseguida, como si se diera cuenta de que se había apurado demasiado. Pero no se fue para atrás. Lo seguía mirando fijo, como si ya hubiera tomado una decisión.

— Moth... ¿qué te parece si intentamos estar juntos?

Esa pregunta pareció hacer que todo se detuviera. El ruido del elevador, la puerta abriéndose, todo se quedó en segundo plano. Solo quedó Dean

de pie enfrente de él, con el celular todavía en la mano. Se le temblaban un poquito los ojos pero no apartó la vista. Moth se quedó mirándolo en silencio. Sus labios rosados y finos se movieron, como si estuviera a punto de decir algo.

En ese instante, esta historia loca llegaba al momento más importante con una sola pregunta.

La pregunta que podía cambiar todo desde ese momento.





Capítulo 18

Esa pregunta de Dean se quedó flotando en el vestíbulo, como si no quisiera irse. Moth se quedó quieto con el celular en la mano, mirándolo fijamente, intentando distinguir si de verdad lo decía o era otra de esas bromas que siempre hace en los peores momentos. Pero en la mirada de Dean no había rastro de burla — nada más nerviosismo, miedo y un valor que acababa de salir después de mucho tiempo escondido.

— ¿Qué fue lo que dijiste? — alcanzó a decir Moth bajito, como si temiera que si hablaba más fuerte la pregunta se volviera real antes de que pudiera procesarla.

Dean pareció darse cuenta de lo que acababa de decir hasta ese momento. Tragó saliva. Esa mirada decidida de hace un segundo empezó a temblar de una forma casi tierna. Pero como ya había venido hasta ahí detrás de él, no dejó que el miedo lo hiciera retroceder fácil.

— No estoy bromeando — dijo bajito apartando la vista un momento —. Si no estás listo para contestar ahora, está bien.

Dean se dio la vuelta para irse, como si de repente no supiera qué hacer. Pero antes de que pudiera alejarse lo suficiente, una voz desde la entrada lo detuvo.

— Nong Moth.

Dean se quedó helado. Se dio la vuelta y vio a un hombre entrar con una sonrisa familiar dirigida solo a Moth — una sonrisa que de inmediato hacía sentir a los demás fuera de lugar. Moth se quedó igual de aturdido,

como si le hubieran dado un golpe en la cabeza con esa pregunta y de repente tuviera que lidiar con alguien más en el peor momento.

— ¡p'Mes! — lo llamó Moth sorprendido.

Mes se acercó y lo abrazó con confianza. Era un hombre guapo, de esos que llaman la atención de inmediato. Se le notaba el estilo artístico en su camisa de lino clara con las mangas arremangadas y una bolsa de tela sencilla colgada del hombro — pero todo en él se veía impecable: desde el cabello que parecía peinado sin esfuerzo hasta el perfume suave, sin contar esa sonrisa cálida que hacía que cualquiera se sintiera cómodo. Moth le devolvió el abrazo por inercia y luego se apartó, todavía sin entender bien qué pasaba. Miró hacia Dean, como si de repente se acordara de que estaba ahí. Mes se dio cuenta y lo miró con curiosidad.

— Él es Dean, p'Mes — lo presentó Moth, y hizo una pausa demasiado corta —. Un amigo.

Esa palabra “amigo” cayó sobre el pecho de Dean como algo ligero pero lo suficientemente pesado como para quitarle el aire.

Mes sonrió amablemente:

— Hola, soy Mes.

Dean se quedó callado un momento y luego repitió bajito, sin poder contenerse:

— ¿Phi...?

No quería sonar grosero, pero esa forma de llamarlo revelaba una cercanía que él no conocía y de la que no estaba seguro si tenía derecho a preguntar.

Moth se veía demasiado confundido para manejar todo al mismo tiempo — la pregunta de Dean, la aparición de Mes, las miradas de dos personas que parecían estar esperando una explicación.

Así que en ese momento eligió lo más fácil: sacar a alguien de en medio.

— Cuando llegues a casa avísame por mensaje — le dijo Moth a Dean, intentando sonar normal.

Sí... Dean era quien debía irse primero.

Dean dudó otra vez. Debía despedirse bien, irse con su estilo de siempre. Pero tenía la cabeza hecha un desastre. Nada más pudo saludar despacio y darse la vuelta. Pero Mes dijo con toda naturalidad:

— ¿Subimos?

Dean se detuvo y se volvió a ver. Vio cómo Mes le ponía el brazo al hombro con confianza y lo llevaba hacia el elevador. Moth no se apartó — capaz seguía confundido, capaz de verdad se llevaban así, o capaz no había nada de qué preocuparse. Pero esa imagen le apretó el corazón más de lo que esperaba.

¿Quién es este Mes?

Dean salió del vestíbulo con esa pregunta, como si su cuerpo se moviera solo. Se detuvo frente a la puerta automática, se dio la vuelta y vio cómo se cerraba la puerta del elevador con las siluetas de Moth y Mes adentro. Ese sentimiento que no quería llamar celos le empezó a hervir bajito en el pecho.

Dudó unos segundos más hasta que se le acabó la paciencia. Llamó al otro elevador y subió — sin saber siquiera qué iba a hacer cuando llegara. Solo sabía que si los dejaba subir y se iba a su casa así, no iba a dormir en toda la noche.

Cuando el elevador se abrió en el piso de Moth, el pasillo estaba en silencio absoluto; hasta la respiración de Dean se sentía demasiado fuerte. Salió justo a tiempo para ver cómo se cerraba la puerta del departamento — Mes ya había entrado y Moth no se volvió a ver.

Dean se acercó a la puerta. Levantó la mano para tocar pero se quedó congelado en el aire. Ni siquiera tenía una razón para sí mismo de qué iba a decir si le abrían. ¿Iba a preguntar quién era ese hombre si Moth ya le había dicho que era solo un amigo? ¿Iba a reclamarle por qué subieron juntos si todavía no tenía nada con él? Eso lo venció y bajó la mano despacio. Se quedó ahí parado, sin decir nada, dejando que los celos sin derecho lo consumieran en silencio.

Adentro todo era muy distinto a lo que Dean se imaginaba. Moth sacó un libro de arte grueso y bien cuidado de una caja de cartón — se veía caro y muy bien conservado — y se lo entregó a Mes.

— Lo tuve tanto tiempo que ya pensé que ya no lo querías de vuelta.

—

Mes soltó una risita suave: — En la universidad ahorré meses para comprarlo. Ya no se consigue. ¿Cómo no iba a quererlo de vuelta? ¿Alcanzaste a leerlo mientras lo tuviste?

— No mucho. Mi estilo es distinto — contestó Moth, y de inmediato se apuró a cambiar de tema: — ¿Y cómo viniste, p'Mes? ¿En auto?

Mes le levantó una ceja, como si se diera cuenta de que lo quería despachar, aunque Moth hacía todo lo posible por verse normal.

- Vine en taxi. ¿Por qué? ¿Ya me devolviste el libro y ya me quieres correr? — le dijo Mes sonriendo.
- No, para nada, quédate lo que quieras — contestó Moth demasiado rápido, un poco apenado. Mes lo vio y su sonrisa se suavizó.
- Sigues igual, Nong Moth.

Moth levantó la vista y se encontró con la de Mes un instante. El olor de ese libro le despertó recuerdos viejos que no tocaba desde hacía mucho tiempo. Sintió que el corazón se le movió y apartó la vista rápido, fingiendo acomodar el libro en la mesa.

Mes no se apuró por nada. Nada más se puso a platicar como siempre.

- Bueno, ¿cómo estás? Veo que subes mucho a Instagram. ¿Has descansado?
- Es que hay mucho trabajo. Ya pronto termino, ya le doy fin — bromeó Moth, pero Mes notó que el cansancio se le notaba más de lo que admitía.
- Sácate tiempo para viajar. Y si algún día quieres ir a Berlín, avísame. Te llevo — le dijo Mes con toda naturalidad.

Ese nombre tan lejano hizo sonreír un poquito a Moth. No porque pensara ir ya, sino porque Mes lo decía como si fuera lo más fácil — como si el mundo fuera una puerta que siempre está abierta.

— ¿Y esta vez te vas a quedar mucho tiempo, p'Mes? — preguntó Moth.

— Me quedo un rato. Tengo una exposición en una galería y también una subasta benéfica — le respondió, y le tocó suavemente el brazo, más como una invitación que como una orden —. Mañana empieza. Ve, Moth. Quiero que vayas.

Moth miró la mano de Mes en su brazo y se quedó pensativo un momento. Ese roce no se pasaba de la raya, pero le trajo recuerdos viejos mucho más cerca de lo que esperaba.

Incluyendo el dolor.

Dean estaba abajo esperando en el auto estacionado frente al edificio. Se repetía a sí mismo que no estaba esperando, que no tenía celos, que no quería saber — nada más se estaba quieto un momento para calmarse antes de irse. Pero los ojos se le iban solos a la puerta de entrada cada dos minutos. La imagen de Mes tocándole el brazo a Moth se le quedaba pegada en la cabeza.

Pasó tanto tiempo que la angustia se le volvió molestia. Dean miró el reloj y por fin vio salir a Mes solo del edificio. Soltó un suspiro de alivio, pero enseguida le dio una curiosidad de la que no se quería soltar. Esperó a que Mes se subiera a un taxi, agarró el celular y le escribió a Moth: “¿Qué haces?” y lo mandó.

La pantalla se quedó en silencio, sin respuesta. Dean se quedó mirándola un rato, luego suspiró y soltó el celular, aunque no le quitaba la vista de encima.

Esa noche Dean regresó a su casa y se quedó solo en la sala con una sola luz prendida. Se puso a deslizar la pantalla sin rumbo hasta que sus dedos se detuvieron en el perfil de Instagram de Moth.

Bajó y bajó hasta que encontró una foto vieja que Moth había subido hace mucho tiempo. Era una foto grupal en una exposición de arte. Moth todavía con uniforme de estudiante, junto a Mes, con esa mirada que mezclaba timidez y orgullo al mismo tiempo. Alrededor salían otros amigos, pero Dean nada más veía lo cerca que estaban — demasiado cerca para ser solo conocidos.

El pie de foto decía:

“Felicidades, p’Mes. Qué orgullo.”

Y Moth había etiquetado claramente a Mes. Dean leía esa frase una y otra vez sin razón — aunque era algo muy común, esa palabra “orgullo” se le quedaba dando vueltas en la cabeza.

Al final entró al perfil de Mes, sabiendo perfectamente que no iba a cambiar nada.

Las fotos solo le confirmaron que vivían en mundos distintos. Mes tenía fotos de obras en galerías de otros países, en Nueva York, Berlín, París, Londres. Todo parecía ser ese mundo que Moth entendía perfectamente — el arte, las exposiciones, las luces blancas de las paredes, y las pláticas que Dean no estaba seguro de poder seguir.

Dean se dio cuenta de que Mes no era cualquier persona, sino un artista reconocido que había recorrido el mismo camino que Moth, alguien que parecía entender su mundo sin esfuerzo. Poco a poco soltó el celular. Esa seguridad que lo había hecho correr detrás de Moth para hacerle esa pregunta empezó a flaquear otra vez.

A la mañana siguiente la inquietud no era solo de Dean. Moth también se despertó con algo pesado en el pecho. La imagen de Mes regresando de la nada, la cara de Dean congelado cuando lo presentó como amigo, y esa pregunta que le había hecho la noche anterior — todo le daba vueltas sin parar en la cabeza. Al final decidió ir con Pun, aunque no sabía si quería consejos o simplemente que alguien lo escuchara.

Pun lo escuchó hasta el final, se recargó en su silla y lo miró con una mezcla de preocupación y cierto cansancio.

— ¿Regresó del extranjero y fue directo a tu casa?

Moth soltó un suspiro suave, jugando sin rumbo con el borde del vaso de agua sobre la mesa.

— No exactamente eso. Ya lleva unos días de regreso. Nada más vino por un libro que se le había quedado conmigo.

— ¿Y por qué no se lo mandaste por una aplicación? — le preguntó Pun directo, como quien conoce demasiado bien a Moth como para aceptar explicaciones sencillas.

Esa pregunta lo dejó callado un momento, hasta que al final soltó la verdad:

— Pensé que ya no sentía nada por él. Pero cuando lo vi en persona, fue como antes. No sé qué hacer. Tú qué crees que debería hacer.

Pun lo miró serio y le contestó sin rodeos:

— No sé. Si fuera yo, no lo habría dejado acercarse.

Eso hizo que Moth se callara más todavía, porque en el fondo sabía que Pun no estaba equivocado.

Moth se quedó sentado tenso, hasta que el silencio se volvió demasiado pesado. Entonces cambió de tema, como si quisiera huir de sus propias dudas:

— ¿Y tú? ¿Qué hiciste anoche? Te mandé mensaje y no me contestaste.

Pun dudó un poquito antes de contestar con naturalidad, pero lo que dijo hizo que Moth levantara la vista de golpe:

— Fui a una cita.

— ¿Cómo? — se le escapó a Moth sin esperarlo. Pero Pun no tenía nada de broma. Lo miró a los ojos y siguió claro:

— Estoy saliendo con Ten.

Esta vez Moth se quedó más confundido. Lo miró fijamente como si necesitara confirmar que no había oído mal. Pun suspiró bajito.

— Te lo iba a decir hoy, pero tú sacaste el tema de p'Mes primero.

Moth se quedó mirándolo un rato. Cuando se aseguró de que hablaba en serio, asintió despacio.

— Entonces, felicidades. ¿Desde cuándo decidieron esto? ¿Por qué no sabía nada?

- La semana pasada. Pero ya llevábamos tiempo hablando — contestó Pun, y luego lo miró a los ojos con seriedad —. Y trata de romper con lo de siempre.

Esas palabras dejaron a Moth callado. Sabía que no le estaba dando una lección, pero eso de “romper con lo de siempre” le pegó de una forma extraña. Pun suspiró y le dijo más serio:

- En cuanto a ti... piensa bien qué es lo que quieres. Y si se puede, ya no quiero que me hables de p’Mes, ¿va?

Moth nada más pudo asentir. Todavía no tenía respuesta para sí mismo, pero lo que le dijo Pun pesaba más de lo que imaginaba. Porque Moth acababa de darse cuenta de que todos estos años, la persona que lo había escuchado dar vueltas por Mes, que lo había consolado, que siempre estaba ahí como si nada pasara, capaz no lo hacía solo por estar siempre disponible. Capaz Pun, todo este tiempo, seguía queriéndolo en secreto y había aceptado callado un lugar que nadie le había dado.

Ahora Pun ya no estaba ahí. Tenía a Ten, una relación que había elegido con claridad, y decir que ya no quería saber de Mes no era crueldad ni distancia — era devolverle a Moth la responsabilidad que antes le había pertenecido a él. Moth lo miró y entendió que la persona que siempre esperaba que estuviera ahí apoyándolo ya estaba siguiendo su propio camino. Solo él seguía estancado, dudando entre un pasado que todavía dolía al tocarlo y un presente donde alguien le tendía la mano tan claro que ya no podía fingir que no lo veía.

Mientras tanto, en casa de Ten ya no había calma. Ten estaba editando un video en la computadora con los audífonos puestos, mientras Dean caminaba de un lado a otro detrás de él como un tigre enjaulado, con cara de frustración sin rumbo.

A los cinco minutos Ten ya no aguantó más. Se quitó los audífonos y se quejó:

- Deja de caminar. No puedo concentrarme.
- Estoy nervioso — le contestó Dean de inmediato, y se tiró al sillón inquieto —. Deja el trabajo un rato y escúchame. ¿Qué crees que son Moth y ese tal Mes?

Ten lo miró como preguntándole por qué le tenía que meter en eso:

- Ya investigaste y sabes que se conocen desde hace mucho, ¿no?
- Sí — admitió Dean, pero no se le aligeró la cara —. ¿Pero hace falta ir hasta su departamento? ¿Y quedarse tanto tiempo? ¿Qué crees que hicieron ahí?

Ten soltó un suspiro profundo.

- Capaz son igual que tú y Moth.

Dean se giró de golpe.

- ¿A qué te refieres?
- ¿Cómo voy a saber? — le contestó Ten sin rodeos —. ¿Y tú cómo defines lo que tienes con Moth?

Dean se calló de inmediato. Esa pregunta le dio justo en lo que él estaba tratando de evitar. Ten lo vio callado y se sintió más cansado todavía.

- Dean, aclara lo que tienes con Moth. Últimamente no tengo tiempo para que estés hablando de él todo el rato.

- Cuando tú tenías problemas amorosos nunca te dije que no — le reclamó Dean sin dar marcha atrás. Ten sonrió en ese momento — una sonrisa de quien acaba de ganar.
- Pues ya no tengo problemas porque estoy saliendo con Pun.

Dean se quedó congelado unos segundos.

- ¿Qué? ¿El doctor Pun aceptó salir contigo?
- Sí — contestó Ten con orgullo, casi con aire de reto —. Y esta noche tengo una cena con él.

Dean se quedó pensando un momento y luego le dio una palmadita en el hombro.

- Qué bien. Entonces voy contigo. Quiero hablar con Pun sobre lo de Moth y ese veterano.
- ¡No! — se negó Ten en voz alta —. ¡No lo permito! Voy a cenar a solas con mi novio, ¿entiendes? ¡Solo nosotros dos!

Pero Dean pareció no escuchar nada — la curiosidad por Mes se había apoderado por completo de su mente.

Esa noche, en el restaurante que Ten había reservado para una cena para dos, Pun ya estaba sentado en la mesa. Cuando vio entrar a Ten, iba a sonreír para recibirlo, pero la sonrisa se le detuvo al ver a otra persona detrás.

Ten forzó una sonrisa, consciente de que estaba mal.

— Perdón, Pun. Salió un tema del que necesito hablar.

Pun miró de Ten a Dean confundido.

— ¿Perdón por qué?

Antes de que Ten pudiera contestar, Dean jaló una silla y se sentó con cara de intentar ser lo más amable posible:

— Hoy vengo de “tercero en discordia”.

Pun se quedó callado un momento y luego sonrió manteniendo la educación:

— Como quieras.

Ten puso cara de querer llorar pero no pudo. Dean no perdió tiempo: se inclinó hacia adelante y preguntó directo:

— Pun, ¿conoces a alguien llamado Mes?

Pun no se sorprendió como Dean esperaba — de hecho, parecía haberlo adivinado desde que vio entrar a Dean con Ten.

— ¿Lo conociste?

Dean asintió con cara más seria de lo normal.

— Sí, en persona. En el edificio de Moth.

Pun soltó un suspiro suave antes de dejar el vaso de agua sobre la mesa.

— P'Mes es alguien que conoció a Moth desde la universidad...
También fue su primer amor.

Esas palabras “primer amor” dejaron a Dean congelado. De repente todo alrededor pareció silenciarse. Le vinieron a la mente las fotos de Instagram de la noche anterior — la foto de Moth con uniforme junto a Mes, mirándolo con una admiración que iba mucho más allá de un conocido. Pero esta vez los celos no vinieron solos; trajeron un dolor extraño, porque Dean empezó a imaginar que Moth ya le había entregado todo su corazón a esa persona.

En el recuerdo de Pun, Moth en la universidad miraba a Mes con unos ojos que no escondían que lo admiraba, que quería ser como él y quería estar a su lado. Con que Mes nada más sonriera y saludara, Moth se quedaba callado todo el día, como si se guardara esa sonrisa para sí mismo.

Cuando Pun terminó, Dean seguía aturdido. Mes no era solo alguien que apareció en el momento equivocado — era un pasado que Moth llevaba guardado adentro.

Al regresar de la consulta, Moth no se puso a trabajar de inmediato. Se quedó sentado en su cuarto más tiempo del que quería, revuelto por los recuerdos de Mes que Pun había despertado. Al final se levantó, abrió el armario y sacó despacio una caja vieja que tenía guardada al fondo.

Una capa fina de polvo en la tapa confirmaba cuánto tiempo llevaba ahí. Moth la abrió con cuidado. Estaba llena de dibujos antiguos — hojas de bocetos, lienzos pequeños, papeles de colores que usaba para practicar. Fue recorriendo cada uno viendo cómo había cambiado: de las líneas

duras de al principio a los colores que empezaban a tener más técnica. Todo se veía muy distinto a las líneas sencillas que usa hoy — parecía obra de otra persona.

Entonces se detuvo frente a una pintura. Los colores se habían opacado un poco con el tiempo, pero todavía recordaba cuánto esfuerzo le había puesto. Esa imagen hizo que algo en su pecho se estremeciera, y recuerdos viejos empezaron a volver.

En ese entonces todavía era estudiante, sentado en una esquina de la facultad de arte pintando. El aire olía a pintura acrílica; los amigos platicaban atrás; la luz de la tarde entraba por la ventana. Moth tenía la cabeza baja concentrado en el lienzo, hasta que notó que Mes estaba parado detrás de él. Se inclinó para ver de cerca y su sombra cayó sobre el hombro de Moth.

— ¿Qué te parece si le pones un poco de blanco aquí? — sugirió Mes con voz suave, como nada más dando una idea —. Para darle más fuerza.

Moth no se apartó, aunque esa cercanía le hacía latir el corazón más rápido. Solo hizo un gesto leve y le extendió el pincel con confianza. Mes lo tomó, lo mojó en la pintura y le dio unos toques de luz en algunas partes como ejemplo. Ese pequeño cambio transformó la pintura — le puso luz justo donde Moth no la había visto.

Pero Moth no se quedó mirando la pintura. Levantó la vista hacia el rostro de Mes, a la forma en que sostenía el pincel con concentración, a la suavidad de sus ojos mirando el trabajo. Y algo empezó a nacerle callado en el pecho — en ese entonces era demasiado joven para saber que eso se le iba a quedar ahí para siempre.

— Gracias, p'Mes — dijo Moth más bajito de lo normal —. Siempre me ayudas.

Mes sonrió.

— Algún día vas a ser mejor que yo. Capaz serás tú quien tenga que ayudarme a mí.

— Qué exageración. ¿Yo? ¿Mejor que tú? — Moth se rió, pero se le pusieron rojas las mejillas por el cumplido inesperado.

Mes miró la pintura y le dijo más serio:

— Moth, no creas que eres cualquiera. Para mí eres lo más especial.

Moth se quedó helado. Esa frase “lo más especial” le pegó en el pecho más fuerte de lo que podía ignorar. Mes le sonrió y le preguntó, como si supiera que lo había descolocado:

— ¿Sabes por qué?

Moth se quedó callado sin saber qué contestar. Mes siguió retocando detalles con el pincel sin quitarle la vista al cuadro:

— Porque tú pintas de adentro hacia afuera, sin preocuparte si está bien o mal. La técnica y la precisión se aprenden con el tiempo o te las pueden enseñar. Pero lo que es tuyo de verdad es la honestidad con la que expresas lo que llevas dentro.

Le devolvió el pincel a Moth y agregó con la misma suavidad:

— Cuando dejas fluir lo que sientes y eres honesto con ello, eso se nota en tu trabajo. Eso es lo que deja huella.

Esas palabras hicieron que Moth sintiera que por primera vez veían su obra de verdad — no como técnica o apuntes, sino como algo que salía de adentro. Mes miró el cuadro con admiración y luego lo miró a los ojos:

- Prométeme, Moth. Que no dejes que esto se pierda. Quiero seguir viéndolo siempre.
- Si p'Mes no se va de mi lado, lo vas a ver — dijo Moth bajando la cabeza para esconderse, porque se dio cuenta de que sonaba más serio de lo que quería. Mes nada más sonrió, no se burló, no preguntó más. Solo le dijo que terminara rápido el dibujo y que lo iba a invitar a comer algo rico. Moth asintió viendo cómo se alejaba, con la mirada de quien empieza a entender que está enamorado en secreto.

Todo eso se le seguía viendo muy claro en la memoria. Ya habían pintado juntos, se habían acercado lo suficiente como para hacer temblar un corazón joven, y Moth lo miraba con ojos llenos de admiración por esa calidez, sin saber cómo ocultarlo.

El arte fue lo que los unió. Moth nunca supo bien si a Mes le interesaba de verdad su forma de pintar o si a veces había algo más allá de maestro y alumno. Pero de algo sí estaba seguro en ese entonces: estaba enamorado de Mes.

Y poco después aprendió lo mucho que puede doler un sentimiento que no es correspondido.

Día de San Valentín, hace seis años...

... el día en que Moth abrió los ojos.

Frente a la facultad todo estaba lleno de parejas, flores, risas y amigos cantándole a los solteros. Moth estaba en el pasillo con una rosa en la mano. La apretaba más de lo necesario porque todavía no estaba seguro de si tendría el valor de acercarse a Mes.

Mes estaba sentado en su lugar de siempre pintando. Moth se le acercó despacio, pero antes de que pudiera llamarlo, Mes giró la cabeza y lo vio primero.

- Vaya, Moth. ¿Quién te dio esta flor? — preguntó Mes como sacando plástica, sin dejar de mirar su trabajo. Moth tragó saliva y le dijo bajito que nadie se la había dado. Mes preguntó casi sin voltearse:
— ¿Entonces para quién es?

Que no le pusiera atención le fue quitando el valor a Moth. Se quedó ahí parado con la rosa en la mano mientras Mes seguía pintando, como si nada de lo anterior hubiera importado. Al final Moth se obligó a decir:

- Feliz Día de San Valentín, p'Mes.

Mes dudó un poquito antes de contestar con un tono más frío de lo que Moth podía soportar:

- A mí no me llaman mucho estas fechas. ¿A ti sí?
- No mucho — contestó Moth rápido, aunque la rosa en la mano lo delataba por completo.

Mes no se volvió a verlo bien, nada más hizo un sonido con la garganta como dándole la razón, como si no valiera la pena seguir hablando de eso, y siguió pintando. Su pincel se movía constante, frío y sin detenerse, como si la rosa que Moth traía no fuera el valor de alguien que la había cuidado todo el día, sino algo que se le había cruzado por casualidad.

Mes no la tomó, no lo rechazó de frente y ni siquiera le dio oportunidad de explicar nada. Lo dejó ahí parado con la flor en la mano, en silencio.

Mucho tiempo.

Demasiado tiempo.

Tiempo suficiente para sentir que te ahogas.

La vergüenza le subió a la cara. Moth apretó la rosa con fuerza y se fue despacio, sin valor para decir nada más. Desde ese día, el Día de San Valentín dejó de ser una fecha de amor — se convirtió en el día en que aprendió que no era lo suficientemente bueno para entregarle su corazón a nadie.

Desde ese día Moth dejó de ser la misma persona — la voz de Pun devolvió a Dean a la mesa del restaurante. Todo seguía igual alrededor, pero Dean sentía como si acabara de ver a Moth en un momento que nadie más conocía. Pun lo miró y siguió contando con tono sereno:

- Irónicamente, al año siguiente Mes se fue al extranjero a estudiar y empezó una relación. Desde entonces, cada Día de San Valentín publicaba cosas bonitas con su pareja. Y Moth, que alguna vez sostuvo una rosa hasta que las espinas le lastimaron las manos, se convirtió en alguien que llegó a odiar esa fecha.
- Y la pareja de p'Mes es alguien muy destacado — siguió diciendo Pun, sin querer hacer sentir mal pero sin ocultar la verdad —. Eso... hacía que Moth se sintiera todavía menos.

Dean se quedó callado más tiempo de lo normal y luego preguntó bajito, sin dar crédito:

- ¿Hay alguien que haya hecho sentir menos a Moth?

Pun suspiró.

- En el fondo todos nos comparamos con los demás. Y sobre todo Moth, que nunca dice nada de frente.

Dean se quedó pensativo. Los celos que sentía al principio se empezaron a mezclar con algo mucho más pesado. Preguntó con cuidado:

- Si le hizo tanto daño, ¿por qué sigue hablando con él?
- Porque en el fondo todavía siente algo, probablemente — contestó Pun directo —. Todo este tiempo Moth ha sido duro con todo el mundo que se le ha acercado. Parte es por esa herida, pero otra parte... capaz nunca lo superó del todo.

Esa respuesta dejó a Dean completamente callado. Pensó que Mes era nada más alguien que apareció en el momento equivocado. Pero ahora entendió que era una herida vieja que capaz Moth nunca llegó a cerrar. Los celos no se le quitaron — pero ahora se mezclaron con miedo.

Miedo a que, aunque se atreviera a pedirle que estuvieran juntos, Moth siempre tuviera la vista puesta en otra persona.





Capítulo 1G

Cuando los recuerdos viejos volvieron y le dejaron el corazón pesado, Moth empezó a guardar los dibujos uno por uno en la caja. La cerró con cuidado, como si temiera que el ruido despertara el pasado — aunque ya estaba bien despierto y atorado en su pecho, sin querer irse.

Se levantó y fue a la cocina pensando en abrir el refrigerador por agua fría para calmarse. Pero primero vibró el celular que estaba sobre la mesa. Moth miró la pantalla y se quedó quieto al ver el nombre de Mes. Dudó un momento con el dedo sobre el botón de contestar y al final respondió despacio.

— ¿Puedes hablar un rato, Moth? — le preguntó del otro lado, algo corto pero suficiente para que todo lo que acababa de guardar amenazara con salir otra vez. Moth respiró hondo y contestó tratando de sonar lo más normal posible:

— Sí... claro, p'Mes. ¿Qué pasa?

Mes soltó una risita suave desde el otro lado.

— Abrí el libro que me llevé de tu casa y encontré una nota adentro. Me recordó a cuando éramos jóvenes. Te gustaba mucho el arte contemporáneo y abstracto.

Esas palabras hicieron dudar a Moth, y se le escapó una sonrisa suave sin querer. No quería admitir que todavía se acordaba de esas notas, pero hay recuerdos que no piden permiso para volver.

- Ya me olvidé de todo eso, phi — contestó Moth, sin estar muy convencido. Mes se rió, como si supiera la verdad.
- Qué exageración. Esas cosas no se olvidan tan fácil. Para ser sincero, para mí sigues siendo igual que siempre.

Eso dejó a Moth callado un momento. Se sentó en el sofá y se dejó llevar por la plática que se alargó más de lo que esperaba. Sostenía el celular con una mano y con la otra en la rodilla sin saber qué hacer. Esa calidez de antes volvió a aparecer peligrosamente — conocida, tierna, recordándole la época en que todavía creía que lo que sentía sería correspondido.

Moth colgó con Mes y vio la pantalla: tenía varias llamadas perdidas de Dean. Frunció el ceño confundido y le devolvió la llamada de inmediato.

- ¿Pasa algo? — preguntó cuando contestó, pero lo que le dijo lo dejó callado.
- Estoy abajo. Baja un momento.

La voz de Dean sonaba más tranquila de lo normal — tan tranquila que Moth sintió que algo andaba mal.

Poco después Moth bajó al vestíbulo. Vio a Dean cerca de la entrada, todavía con la misma ropa de la cena, pero con cara de quien no acaba de pasar un buen rato con amigos. Se le acercó confundido.

- ¿Qué tienes? — le preguntó, pero Dean le contestó con otra pregunta:
- ¿Por qué tenías ocupado?

Moth levantó una ceja.

- Estaba hablando por teléfono — y esa respuesta corta no calmó para nada a Dean.
- ¿Con quién? — preguntó más rápido de lo que quería. Moth lo miró fijo, empezando a notar que su tono era extraño.
- Con un conocido de hace tiempo.
- ¿Nada más un conocido? ¿Una hora hablando?

Se le escapó eso antes de poder contenerse. Moth se calló y se le puso la cara seria. La confusión de hace un rato se le cambió por molestia.

- Si estás así, no quiero seguir platicando — dijo Moth con tono neutro y se dio la vuelta hacia el elevador.

Dean le agarró la muñeca, pero esta vez apretó un poquito más fuerte por un instante. Se dio cuenta de inmediato y la soltó suave. Siguió hablando más bajito, como tratando de contenerse:

- Espera... ¿entonces a dónde vas mañana?

Moth miró la mano que le sostenía la muñeca y luego lo miró a los ojos con advertencia.

- A depositar un cheque — contestó suspirando, como tratando de calmarse ante tantas preguntas.

Pero esa respuesta no le bastó a Dean. Lo miró como si todavía tuviera algo atorado en la garganta:

- ¿Y después? ¿Vas a estar todo el día ahí? — se le salió con ironía y desconfianza, y un miedo que apenas intentaba ocultar. Moth se quedó helado. Entendió que ya no era una pregunta sencilla.
- ¿Qué te pasa? Si tienes algo que decir dilo de una vez — le dijo Moth directo, tratando de no perder la calma, pero la molestia le subía rápido. Dean lo miró un momento y le soltó:
- ¿Puedo hablar claro?

Moth cerró los ojos un segundo, tragándose el coraje para no decir algo de lo que se arrepintiera. No quería pelear ahí, no quería que todo lo que llevaba guardado de Mes y su propia confusión estallaran frente a él.

- Pues piensa lo que vas a decir antes de hablar — dijo Moth despacio, marcando cada palabra —. Piensa bien qué es lo que quieres decir de verdad.

Moth se dio la vuelta para irse, pero Dean lo agarró del brazo otra vez. Esta vez no eran celos, era el miedo de quien sabe que si lo suelta se le va a acabar el momento para preguntar.

- Espera... está bien. Solo te voy a preguntar una cosa — respiró hondo, como si necesitara todo el valor que le quedaba —. Después de todo esto... ¿qué somos nosotros?

Esa pregunta dejó a Moth callado más tiempo que nunca. Entendió perfectamente lo que le preguntaba, pero la respuesta era tan pesada que no se atrevía ni a decírselo a sí mismo. Dean lo seguía sosteniendo suave, con los ojos llenos de una esperanza que no podía ocultar. Moth le soltó la mano despacio y le contestó tan bajito que casi se perdió con el ruido del aire acondicionado:

— No lo sé.

Dicho eso, Moth se metió al elevador sin voltear a verlo. Dean se quedó mirándolo irse, y poco a poco se le fue vaciando la mirada. No fue un golpe fuerte, pero la decepción le cayó pesada y silenciosa, haciendo que esa pregunta que por fin se había atrevido a hacer pareciera que no tenía sentido.

Llegó apurado al Bar MANIAC y fue directo a la mesa de Ohm, Boom y Hun, que ya estaban por irse. Los amigos dudaron al verlo aparecer a esa hora, con cara peor que de costumbre, los ojos un poco rojos de contenerse y una decepción que no sabía cómo llamar — tanto que la confusión de los tres se volvió preocupación de inmediato.

— ¿A qué vienes ahora? Ya nos íbamos — dijo Ohm primero, pero Dean se encogió de hombros y contestó tratando de sonar normal:
— Pero todavía no se van, ¿no?

Ignoró por completo las caras de sus amigos, se sentó, agarró un vaso y se lo tomó de un golpe. El ardor del alcohol le bajó por la garganta como si pudiera quemar lo que llevaba dentro. Pero entre más tomaba, más claro se le venía la imagen de Moth y su respuesta “no lo sé”. Ohm, Hun y Boom se miraron entre sí sabiendo que no era broma. Al final decidieron no irse y se quedaron cuidándolo.

— ¿Qué pasó? — le preguntó Boom con cuidado, pero Dean no contestó. Solo levantó la mano pidiendo más y le gritó al de la barra: — ¡Jo!

Jo le hizo una seña y entendió de inmediato. En un momento le pusieron otro vaso enfrente. Dean lo levantó y se lo tomó de nuevo. Sus amigos intentaron detenerlo pero ya era tarde.

— Oye, cálmate — le advirtió Boom, mientras Hun fruncía el ceño.

— Estás tomando como si fuera agua; te vas a desmayar.

Pero Dean no escuchaba a nadie. La música sonaba más fuerte, las luces parpadeaban sobre su cara. Cada vez que la luz le daba, parecía que intentaba sonreír, pero con cada trago se le vaciaban más los ojos.

Tomaba vaso tras vaso, como si quisiera que lo amargo de la bebida ahogara la respuesta de Moth que no se le iba de la cabeza; y ahogara la sensación de perder contra un pasado ajeno, y ahogara el miedo a no tener lugar en el corazón de Moth.

Al final todo se le empezó a ver borroso. Las voces de sus amigos llamándolo se alejaron hasta que todo se volvió oscuridad.

La luz de la tarde se filtraba por las cortinas desgastadas formando rayas largas en el piso de su cuarto. Se veían partículas de polvo flotando, como si el tiempo se hubiera detenido desde anoche. El olor leve a alcohol mezclado con el aire cerrado le revolvió el estómago antes de siquiera abrir los ojos. El calor sofocante lo fue despertando poco a poco, con dolor. Sentía la cabeza pesada, como si le hubieran puesto una piedra encima toda la noche.

Dean abrió los ojos despacio. Miró el reloj y frunció el ceño al ver que ya eran casi las dos de la tarde.

Se quedó acostado un rato intentando armar lo que pasó anoche, como si fuera un video mal editado. Lo último que recordaba era la luz del MANIAC, la música fuerte en los oídos y el sabor amargo del alcohol bajando vaso tras vaso. Después de eso todo se volvió negro. Se llevó la mano a la frente y cerró los ojos fuerte tratando de recordar — pero entre más lo intentaba, menos lo lograba. Todo se veía en pedazos: luces, música, vasos, y la cara de Moth clavada en su mente como un golpe.

— Lo que hice ayer... — murmuró con la voz ronca.

Todavía no le había caído la vergüenza del todo, porque el mareo y el peso en el pecho eran más fuertes. No recordaba qué le dijo a quién, ni cuánto tomó, ni siquiera cómo regresó a casa. Lo único que tenía claro era lo que sintió cuando Moth le contestó “no lo sé”. Solo de recordarlo se le volvió a apretar el corazón. Se dio la vuelta mirando el techo empañado, con ojos que mezclaban dolor, vergüenza y coraje contra sí mismo.

El celular al lado de la almohada no dejaba de vibrar y chirriar contra la cabecera, como si le recordara lo que había hecho anoche. Dean lo agarró medio dormido y medio muerto, y vio decenas de notificaciones. Sus amigos lo habían etiquetado en fotos y historias por todos lados. Solo de ver los nombres de Ohm y Boom juntos se le cayó el alma a los pies.

Abrió la primera foto y quiso apagar el celular de inmediato. Ahí salía sentado en medio de la mesa llena de vasos, con los ojos entrecerrados, con cara de quien acaba de perder una batalla muy grande. El pie de foto de Ohm era corto pero dolió:

“Ayer alguien se quedó con el corazón roto.”

Dean apretó los labios y siguió viendo las historias, como quien sabe que se va a encontrar con su propia humillación. En uno de los videos salía en

una silla con un micrófono en la mano y la otra secándose las lágrimas sin importarle nada. Cantaba desafinado mientras sus amigos se reían. La cámara grababa a Ohm, Boom y Hun filmándolo todo como si fuera lo mejor del año.

Entre más veía, más quería esconderse debajo de la cama. Había fotos con la cabeza sobre la mesa, despertando para seguir tomando, y al final un video donde lo subían a un taxi mientras él gritaba y lloraba con el corazón roto, diciendo con voz temblorosa:

— *¿Qué hice mal? ¿Qué tiene él que no tenga yo? ¡Dime, dime!*

Y todos se reían sin piedad.

Dean cerró todo y se tiró de nuevo a la almohada. La vergüenza le subió junto con el dolor de cabeza, y no sabía si maldecir a sus amigos o a sí mismo.

— Qué hice... — murmuró ronco —. Estoy en un problema serio.

La resaca lo tenía pesado. Se levantó con esfuerzo, abrió el refrigerador, agarró agua fría y se tomó casi toda la botella de golpe. El frío le fue aclarando la mente, y entre más recuperaba la conciencia, más aparecía el nombre de Moth como una maldición. Entró a su Instagram pero no tenía ninguna historia.

Siguió buscando hasta que encontró la historia de Mes. Salía una esquina de una galería blanca y limpia con cuadros colgados, y decía: “primer día de exposición”.

Dean se quedó mirando la imagen unos segundos. El mareo del alcohol se le cambió de golpe por inquietud.

Menos de diez minutos después, Dean se cambió apurado, se puso lentes oscuros para esconder los ojos hinchados y salió de casa todavía con dolor de cabeza. Sabía que no debía ir, pero la duda de si Moth estaría ahí era más fuerte que cualquier razón.

El aire frío del aire acondicionado fue lo primero que sintió Moth al cruzar la puerta. Era como si el interior de la galería estuviera separado por completo del calor y el caos de afuera. La exposición **Confesión en Pigmento** ocupaba un espacio amplio y blanco. Una luz suave caía sobre cada obra, haciendo que los colores cobraran vida, como si respiraran en silencio.

Las paredes blancas reflejaban las siluetas de la gente que caminaba despacio. Los invitados, bien vestidos, recorrían la sala con copas en la mano. El sonido de los pasos, el choque suave de los vasos y las voces bajas se mezclaban en el aire como una música de fondo que nadie escuchaba de forma consciente.

Sin darse cuenta, Moth se detuvo frente al cuadro más grande de la sala. Se quedó mirándolo mucho tiempo, como si lo atrajera hacia ese mundo de colores y pinceladas.

La obra de Mes lo seguía cautivando igual que antes. Su belleza le provocaba admiración y al mismo tiempo un dolor profundo. Se sentía pequeño ante esa luz, como si todo lo que él hacía estuviera todavía muy lejos del mundo en el que vivía Mes. Y aun así no podía apartar la vista.

— Nong Moth — sonó una voz conocida detrás de él. Moth dudó, se dio la vuelta y vio a Mes acercarse con esa misma sonrisa que años atrás le hacía latir el corazón.

- Llegaste y no avisaste — dijo Mes acercándose.
- ¿Cómo estás? — Esa pregunta corta lo hizo dudar, porque no sabía si se refería a la exposición o a él. Mes le vio la cara y soltó una risita suave: — ¿Qué te parece la exposición? ¿No vas a decir lo que piensas? Critica con confianza.
- Es broma, p'Mes. ¿Cómo te voy a criticar? — contestó Moth rápido, y luego bajó la voz inseguro —. Como si yo fuera capaz de pintar algo así.

Mes se puso frente a él de inmediato: — Entonces pinta. Tú puedes, Moth.

Moth dudó ante esas palabras. No se atrevía a sostenerle la mirada mucho tiempo, así que volvió a mirar el cuadro de enfrente y trató de hablar de la obra:

- P'Mes pinta como siempre... o mejor que antes. Antes ya eras bueno; ahora eres mucho mejor. Por eso eres artista.

Mes sonrió levemente.

- Yo solo pinto lo que siento. Supongo que es lo mismo para ti, Moth.

Moth soltó una risita sin darle crédito.

- Cuando trabajo solo pienso en la fecha de entrega, en si voy a alcanzar a terminar, en si el cliente va a pedir cambios, si le va a gustar a la gente, qué se lleva ahora... No me queda tiempo para sentir nada.

— Pero al final todo se reduce a lo que sentimos, ¿no crees? — dijo Mes.

Moth se quedó callado y luego contestó más a la defensiva que confirmando:

— No, hace mucho tiempo que no siento nada al pintar.

Mes dudó un momento y su sonrisa se suavizó.

— Qué lástima. Porque eso era justo lo que te hacía especial — Mes lo miró directo a los ojos y Moth se sintió incómodo —. Pero veo que todavía lo llevas dentro.

— ¿Ver qué? Te estás inventando cosas — dijo Moth fingiendo molestia, pero una sonrisa pequeña que se le escapó delató lo que sentía. Mes lo miró con ternura y le dijo más suave: — Sigues creyendo que eres cualquiera, Moth. Pero para mí siempre has sido especial.

Mes le puso la mano suavemente en el hombro. No apretó fuerte, pero a Moth le pareció que el pasado le tocaba justo en el centro del pecho. Alrededor se escuchaban risas bajas y el sonido de las cámaras en otra parte de la sala, pero para Moth todo se apagó un momento. Miró esa mano, levantó la vista y le sonrió sin darse cuenta.

Entre todos los invitados bien vestidos que parecían saber bien qué hacían ahí, Dean era probablemente el único que entró con lentes oscuros, con resaca y fingiendo que no venía siguiendo a nadie.

Se detuvo un momento en la entrada. El sonido de la pluma tachando los nombres se mezclaba con el ruido de las puertas. Los lentes le ayudaban

a esconder los ojos hinchados de anoche, pero no hacían que se viera menos perdido. Al ver un puesto de bebidas en una esquina con hielo y luces, Dean fue directo hacia ahí como quien encuentra agua en el desierto.

— Una lata, bien fría — le pidió al encargado con voz ronca. Se la entregaron, pagó, la abrió y se la tomó de golpe. El gas frío le bajó por la garganta y se sintió un poco mejor, aunque sabía que no era la mejor idea.

Dean siguió caminando entre las obras buscando a Moth sin entender casi nada de lo que veía. Pláticas sobre colores, luces y técnicas le pasaban de largo. No tardó en verlo: estaba frente a un cuadro junto a Mes, bajo una luz que parecía ponerlos en su propio lugar. Solo de verlos juntos tan a gusto, los celos que todavía no se le habían ido de anoche le volvieron a apretar el pecho.

La molestia le subió tanto que apretó la lata con fuerza para contenerse. El aluminio se arrugó y soltó un ruido más fuerte de lo que quería.

Poco después Mes se despidió para ir a tomar fotos con los medios.

— Sigue viendo un rato más, Moth. Ya regreso.

Moth asintió y soltó un suspiro bajito, tratando de sacudirse ese sentimiento que no debería tener. Pero al voltear vio a Dean ahí parado, con lentes oscuros y una lata en la mano. Moth abrió mucho los ojos, y Dean pensó: *esto salió mal*.

Dean intentó irse, pero antes de que pudiera salir Moth lo alcanzó, le agarró del brazo y lo detuvo. Se le puso la cara seria.

— ¿Qué es esto? ¿Me estás siguiendo?

Dean ya no tenía cómo esconderse. Se bajó un poco los lentes y lo miró con ojos que mezclaban resaca, celos y dolor, hasta que ya no pudo contenerse:

- Sí, te sigo. Quería ver cuántas veces más vas a dejar que te endulce el oído. ¿No te da vergüenza? Después de años de que te rechazara, regresa, te dice unas cosas bonitas y tú ya te pones todo sonriente, todo tímido. Qué ridículo.

Moth apretó los dientes. La rabia le subió de golpe, pero trató de contenerse para no armar un escándalo en medio de la exposición.

Miró la lata de cerveza que tenía en la mano y le preguntó directo:

- ¿Estás borracho?
- No

Contestó Dean de inmediato, levantando la lata como prueba

- Esto es nada más para quitarme la resaca. Nada más eso.

Moth se cruzó de brazos sin creerle.

- Entonces si no estás borracho, ¿qué tienes?

Celos...

Dean lo pensó pero no tuvo valor para decirlo. Antes de que pudieran seguir discutiendo, Mes regresó y notó lo tenso que estaba el ambiente. A lo lejos todavía se escuchaban los flashes y las cámaras, pero entre los

tres se hizo un silencio extraño. Mes miró a Dean un momento hasta reconocerlo de ese día en el edificio.

— Ah, tú eres el amigo del otro día, ¿verdad?

— Eso parece — contestó Dean con una sonrisa demasiado educada.

— Moth dice que soy un amigo.

Mes los miró a los dos y pareció entender algo sin necesidad de que nadie explicara. Sonrió tranquilo:

— Soy Mes. Mucho gusto. Me alegra que hayas venido a mi exposición.

Dean le extendió la mano como saludando, pero con un tono provocador que a Moth le dieron ganas de sacarlo de ahí jalándolo.

— Hola, phi. Soy Dean, el amigo... de Moth. Estudiaste en el extranjero, ¿no? ¿Tengo que inclinarme o darte la mano?

Mes dudó un poco ante esa actitud, y Moth le lanzó una mirada de advertencia a Dean, que por supuesto hizo caso omiso. Sacó rápido el celular:

— P'Mes, ¿nos tomamos una foto? Quiero sentirme cerca de una celebridad — dicho eso se le acercó y se tomó la foto antes de que pudiera decir nada. La subió a historias y etiquetó a Mes con una sonrisa retadora —. Ya te seguí, phi. No se te olvide seguirme de vuelta.

A Moth le dio tanta vergüenza que quería desaparecer. Sintió cómo la gente alrededor empezaba a voltear a ver. No se detuvo todo, pero todo

se sintió más silencioso, y solo escuchaba los latidos de su propio corazón. Intervino rápido:

— P'Mes, me llevo a mi amigo.

Dicho eso, lo agarró del brazo para sacarlo, pero Mes les dijo amablemente detrás de ellos:

— Esta noche hay una recepción aquí. Hay gente a la que me gustaría presentarte, Moth. Si quieres venir con tu amigo, eres bienvenido.

Moth estaba por decir que no, pero Dean contestó primero sin poder contenerse:

— Yo sí voy. Nos vemos esta noche, p'Mes — y le volvió a sonreír de forma desafiante, como si le declarara una guerra en medio de la galería. Moth ya perdió la paciencia. Lo sacó de ahí jalándolo sin importarle quién viera.

Moth lo sacó jalando y le soltó el brazo de inmediato, como si temiera que de seguir tocándolo la rabia se le pasara a él. Estaba por llover; el viento afuera era más frío que adentro, pero no le alcanzó para enfriar la sangre que le hervía.

Se giró hacia él con la mirada más dura que nunca.

— Ya basta de esto y vete a casa.

— ¿Por qué me hablas así? — le contestó Dean como si no supiera qué había hecho mal. Moth respiró hondo tratando de contenerse, pero Dean no paraba de provocarlo.

— Sabes bien qué estás haciendo.

Dean se rió con desprecio.

— Nada más estoy conociendo a tu conocido. ¿No es una celebridad? Yo también quiero conocer artistas famosos. Parece más interesante.

Eso hizo que Moth cerrara los ojos un momento, como si necesitara toda su fuerza para no dejar que la voz le temblara de coraje.

— Vete a dormir y se te pasa la resaca. Hablamos cuando estés en tus cinco sentidos.

Algunos invitados empezaron a asomarse desde adentro, sus siluetas se veían borrosas detrás del cristal. La música seguía sonando, pero para Moth cada mirada que se daba vuelta le aumentaba la vergüenza y el coraje. No quería que sus problemas se convirtieran en espectáculo. Pero Dean no paraba:

— Está bien, ya me voy. Pero regreso en la noche.

— No, no vas a regresar — le dijo Moth claro, pero Dean insistió terco:

— ¿Por qué no? ¿No escuchaste que me invitó?

Ahí se le acabó la paciencia a Moth. Lo miró con una mezcla de enojo, tristeza y decepción.

— Si vienes, te voy a odiar para siempre.

Dean se calló de golpe. Esa cara de provocación que traía se le borró al ver que Moth no estaba amenazando — hablaba en serio. Moth no dijo nada más, se dio la vuelta y volvió a entrar, dejándolo solo ahí con la lata en la mano, que ya no le servía de nada.

Dean se quedó parado frustrado consigo mismo, entre el ruido de los autos y la lata que se enfriaba. Los celos que lo llevaron ahí se le convirtieron en culpa. Se dio cuenta tarde de que lo que hizo por miedo a perderlo podía estar alejándolo más.

Cuando Dean se fue, todo volvió a su ritmo tranquilo. Las luces se suavizaron, empezó a sonar jazz suave, se escuchaban las copas chocando y la gente platicaba como si nada hubiera pasado. Solo Moth se sentía fuera de lugar en ese mundo.

Moth sostenía una copa de vino siguiendo a Mes hacia un grupo de artistas reconocidos, con la postura tensa. No sabía cómo comportarse en un lugar donde todos parecían conocerse. Se sentía como si lo hubieran puesto en el lugar equivocado dentro de un cuadro costoso. La copa estaba fría, pero le sudaba la mano — porque entre más se acercaba a ese grupo, más pequeño se sentía.

Moth hizo una reverencia respetuosa a un hombre mayor.

— P'Sam, qué tal.

El otro sonrió ampliamente, le dio una palmada en el hombro a Mes y felicitó la exposición con un tono que dejaba claro que eran del mismo medio:

— Felicidades. La exposición está muy buena, hay mucha gente.

- Muchas gracias, P'Sam — contestó Mes, y se volvió hacia Moth con una sonrisa suave —. Él es Nong Moth. Nos conocimos en la universidad. También se dedica al arte.

Moth inclinó la cabeza rápido. P'Sam sonrió educado y preguntó por cortesía:

- ¿Y tú qué tipo de trabajo haces? ¿Escultura, pintura, grabado?

A Moth se le enfrió todavía más la copa en la mano, aunque apenas había probado el vino. Forzó una sonrisa y contestó más bajito de lo normal:

- Pues... hago cómics y diseño gráfico.

No dijo nada malo, pero en cuanto terminó de hablar, Moth sintió que su voz se perdía entre todas las demás. Fue como si las palabras “cómics” y “diseño gráfico” cayeran ahí de golpe y no tuvieran nada que ver con el resto.

Sabía que nadie lo estaba menospreciando, pero la incomodidad le fue subiendo y bajó la mirada a la copa, sin atreverse a ver a los demás a los ojos.

- Ah, qué interesante — el cumplido no fue grosero, pero fue tan ligero que Moth sintió que no dejó huella.
- Ya he visto el trabajo de Moth, P'Sam. De verdad tiene talento — intervino Mes, como queriendo que le tomaran más en cuenta. P'Sam volvió a sonreír, pero no se quedó mirando a Moth. Su atención se volvió naturalmente hacia Mes, como si él fuera la estrella — a diferencia de Moth.

- Oye, Chatch y los demás te andaban buscando. Quieren platicar de un proyecto nuevo — le dijo como si todo el mundo entendiera de qué hablaba. Mes asintió y se volvió a Moth con cara de disculpa:
- Moth, ¿me esperas un momento? Voy a saludar a los demás.

Moth sonrió rápido, todavía tratando de reponerse de lo anterior.

- Ve tranquilo, p'Mes. Yo me quedo viendo las obras.

Mes le agradeció con una sonrisa y se fue con el grupo. Moth lo vio alejarse y ser recibido con naturalidad por todos. Todos lo saludaban, se reían, y Moth no podía evitar admirarlo — pero esa admiración venía acompañada de la sensación de que él no pertenecía ahí.

Era como si, entre más brillaba Mes en el centro de la luz, más claro se le hiciera a Moth su propia sombra.

Se quedó ahí parado solo, tomando el vino que apenas había bajado a la mitad. Nadie se le acercó a platicar, nadie le preguntó ya qué hacía. Miraba al grupo de enfrente y se preguntaba en silencio si de verdad pertenecía ahí. ¿Debía intentar ser como ellos? O la verdad era que simplemente había entrado a un mundo que nunca le había hecho espacio desde el principio. Eso le hizo saber el vino más amargo que de costumbre — como si todo ahí le estuviera mostrando qué tan cerca estuvo de un sueño y qué tan lejos estaba ahora.

Pasó el tiempo y la gente empezó a irse. Algunos se reunían afuera, las voces de adentro se fueron apagando y solo quedó la música repitiéndose. Moth se quedó solo un rato hasta que Mes regresó, relajado como si por fin hubiera terminado de saludar a todos.

- Vamos a la casa de Chatch. Ven conmigo — lo invitó, pero Moth negó con educación.
- Mejor no, phi. Tú ve, yo me voy a casa. Mañana tengo que entregar un trabajo, ya voy dos días tarde. Tengo que trabajar.

Mes lo miró con ternura un momento y luego se puso serio:

- Moth... ¿volverás a pintar de verdad? Por favor.

Moth frunció el ceño.

- Pero si ya pinto, phi. Precisamente eso es lo que hago.

Mes negó suavemente con la cabeza.

- No, no me refiero a los cómics. Ya sabes a qué me refiero — le puso la mano suave en el hombro. Ese mismo gesto que antes le hacía latir el corazón ahora le dio la sensación de que el pasado y el presente se mezclaban —. Vuelve a pintar, Moth. Déjame volver a ver lo que haces.

Moth se quedó callado, como si esas palabras lo hubieran hechizado.

Mes sonrió, dio unos pasos y se volvió a despedir:

- Y no te preocupes si nadie lo compra. Yo lo compro. Al precio que sea.

Pero Moth negó con la cabeza.

Esa mirada llena de esperanza lo dejó inmóvil más tiempo del que debía. No sabía si sentir alegría, presión o dolor. Parecía un cumplido y una

orden al mismo tiempo — como si le hablara al chico que antes creía en lo que hacía, pero ese chico ya no estaba seguro de seguir ahí dentro.

Cuando Mes se fue, Moth salió afuera de la galería. El viento de la noche le pasó por la cara pero no le alivió el nudo en el pecho. Se sentó en una banca, suspiró hondo tratando de decirse que no era nada — que estaba cansado, que no estaba acostumbrado a esto, o simplemente que había tomado de más. Pero todo se fue al suelo cuando las lágrimas empezaron a caer sin razón aparente.

Esa fragilidad que intentó ocultar todo el día lo venció otra vez, y esta vez ni siquiera tuvo fuerza para enojarse consigo mismo por llorar.

Moth se secó las lágrimas de cualquier manera cuando vibró el celular. Vio el nombre de Dean en la pantalla, dudó un momento y contestó sin decir nada. La voz de Dean se escuchó primero — más tranquila que en la galería y llena de culpa:

— Perdón por haberme pasado de la raya.

Moth dudó. Al otro lado se escuchaban los autos y la música de algún lugar.

Dean estaba afuera del Bar MANIAC con cara seria, ya sobrio y consciente de lo mal que se había portado.

— Ni yo sé por qué me porté así hoy. Fui horrible. Si yo fuera tú me habría sacado de ahí. Perdón... yo... — se detuvo y dijo bajito lo que más le importaba: — ¿Puedes no odiarme?

Moth suspiró hondo. Todavía estaba enojado, pero la voz de Dean le suavizó un poco el coraje. No contestó de inmediato; se quedó mirando

el río cerca de la galería, donde el agua oscura reflejaba las luces temblorosas, igual que sus pensamientos.

Antes de contestar, le dijo:

— Ven conmigo.

Poco después Dean llegó a la orilla con una bolsa de la tienda. Le dio una bebida fría con torpeza, abrió la suya y se sentó a su lado — lo suficientemente cerca para no parecer que huía, pero con respeto.

— ¿No estuvo bueno con ellos para que estés aquí solo? — preguntó Dean con cuidado, bajando la voz como si no quisiera romper el silencio del río. Moth destapó la bebida y tomó un trago. Lo frío y dulce le ayudó a desahogar la garganta.

— ¿Divertirse? ¿Esos saben qué es divertirse? O su forma de divertirse es distinta a la nuestra.

Dean lo miró y le preguntó suave:

— ¿Y tú no eres como ellos?

Moth se quedó callado y luego sonrió con tristeza mirando el agua.

— Pues no sé. Al final, ¿quién soy yo?

Se quedaron callados un buen rato, hasta que Moth pensó en voz alta:

— Pero yo sí sé qué es divertirse. Y estar con esa gente no es divertirse.

Dean vio cómo estaba y temió que todo fuera por Mes, pero ya no se atrevió a preguntar de frente — todavía recordaba lo que pasó hace rato. Así que forzó una sonrisa y propuso:

- ¿Quieres ir al MANIAC? De verdad a pasarla bien.
- No, mejor me quedo aquí — levantó la botella y tomó otro trago, sintiéndose un poco mejor. Solo se escuchaba el viento, los autos lejos y el agua. Dean lo miró a la cara, sonrió y le preguntó bajito:
- Entonces... ¿ya no estás tan enojado por lo de la galería?

Moth se giró a verlo de inmediato:

- No hables de eso. No quiero volver a empezar.
- Está bien — asintió Dean rápido, entendiendo.

El silencio no duró mucho. Una sombra pequeña se movió despacio por la pared del otro lado. Un gato callejero caminaba por el borde bajo la luz tenue, se detuvo en una esquina, miró todo el alboroto de la noche con indiferencia y se subió con confianza, como si ese lugar fuera suyo desde siempre. Moth lo miró mucho rato y luego sonrió con terquedad:

- Yo quería ser gato.

Dean se giró confundido:

- ¿Qué?
- No sé... capaz el mundo así es más sencillo.

Eso hizo que Dean se quedara mirándolo más tiempo de lo normal.

— ¿Estás bien? ¿Pasó algo?

Moth lo miró a los ojos, y en ellos llevaba cosas que ni él mismo sabía nombrar — cansancio, miedo, vergüenza y una tristeza que no sabía cómo decir. Al final solo pudo decir la verdad más confusa:

— No lo sé. No sé si estoy haciendo lo que me gusta, ni siquiera sé quién soy...

Al decir eso, sintió que sin querer se había quitado una armadura justo frente a él.

Dean se quedó callado. Quería ayudarlo, pero no sabía cómo sin empeorar todo.

— ¿Hay algo que pueda hacer por ti? — le preguntó sincero.

Moth lo miró, vio la buena intención que casi siempre escondía detrás de su actitud retadora y le contestó honesto:

— No se me ocurre nada.

— Dime al menos — insistió Dean, queriendo de verdad hacer algo.

Moth pensó un momento y luego le preguntó bajito, como si le diera pena pedirlo:

— Entonces... ¿puedo... recostarme en tus piernas?

Dean dudó un segundo y luego se acomodó para que pudiera acostarse. Moth recostó la cabeza ahí. Ese calor sencillo y sin palabras le revolvió el pecho pero al mismo tiempo le alivió. Cerró los ojos un momento y dejó que el sonido del agua, el viento y la ciudad lejos se llevaran todo lo que llevaba en la cabeza.

No porque ya estuviera bien del todo, pero en ese momento al menos no tenía que demostrarle nada a nadie. No tenía que ser un buen artista, no tenía que tener respuestas para todo. Solo estaba cansado, y alguien lo dejó descansar tranquilo.

Dean lo miró ahí recostado y le preguntó sonriendo:

— ¿Algo más?

Moth levantó la vista y le volvió una sonrisa traviesa:

— Cántame una canción.

Dean puso cara como si le hubieran pedido que se tirara al río.

— Esto va a estar peor.

— Ándale, ¿no vas a hacerme caso?

Al final cedió. De verdad cantó — desafinado, riéndose de sí mismo a la mitad. Su voz se mezclaba con el agua y los botes a lo lejos, y de una forma tan rara que Moth no paraba de reír. Esa risa hizo sonreír también a Dean. Cantaba y se reía, y Moth lo miraba en silencio notando que él también lo miraba con una sonrisa más tierna que nunca.

De repente Dean se calló y miró al gato que estaba tranquilo en la pared. Entendió que no todo en el mundo hay que entenderlo a prisa.

— Míralo. No tienes que estar fuerte todo el tiempo. Cuando estás cansado, te sientas y descansas.

Moth levantó la cabeza.

— ¿Qué?

Dean se encogió de hombros.

— Tú dijiste que querías ser gato. Pues piensa como gato.

Moth siguió la mirada hacia el gato, que tranquilamente se empezó a limpiar la pata sin importarle nada, y soltó una risita.

— Sí, pues ya, qué más da.

La tensión se le fue aflojando poco a poco. Los dos se rieron juntos. Dean volvió a cantar sin importarle si afinaba, y Moth se rió tanto que por un momento se olvidó de todo. Su risa se escuchaba suave sobre el ruido de la ciudad, pero clara y cálida a la orilla del río. El peso no se le fue del todo, pero se quedó quieto un momento, sin apretarle el pecho tan fuerte. Como si esa noche, después de haberse equivocado y confundido, sentados ahí con bebidas frías, el río y un gato callejero, se hubieran dado el consuelo pequeño que de verdad podían ofrecerse.







Capítulo 20

Ten abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar pasar a Pun, con un gesto de timidez que apenas lograba ocultar.

— Está un poco desordenado — dijo.

Aunque ya había acomodado todo lo que pudo antes de que llegara, era de esas personas que se quedan quietas en la puerta y no pueden evitar disculparse de antemano.

Madmoiselle salió corriendo a recibirlos, tan contenta que no dejaba de mover la cola. Ten se agachó, la levantó y la abrazó contra él. La cara tensa que traía por primera vez invitando a alguien a casa se le suavizó de inmediato.

— Ya llegó tu papá, hija. Hoy tenemos visita.

La acercó a Pun con el orgullo de quien presenta a lo que más quiere a alguien importante. Pun se agachó con confianza y le acarició despacio la cabeza.

— Cuánto te extrañé, ¿eh? ¿Quieres un premio? — le habló tan suave que Ten no pudo evitar sonreír.

Pun sacó un premio pequeño para llamarla. Madmoiselle se sentó de inmediato como si ya supiera qué hacer, con los ojos muy abiertos fijos en el premio sin parpadear. Esa imagen sola le dio calidez a toda la casa. Ten los miraba de lado sonriendo, contento y aliviado, sintiendo que su casa se sentía más hogareña solo con Pun ahí.

— Mientras tanto puedes jugar con ella — dijo Ten, como si se acabara de acordar de algo. Miró la pantalla de la computadora que tenía abierta en el estudio y se le cambió la cara a culpa —. Tengo que subir un archivo. Rápido, muy rápido.

Esa cara de culpa hizo que Pun sonriera con ternura en lugar de molestarse.

— No te preocupes, haz lo que tengas que hacer. Yo me quedo aquí con ella — contestó Pun acariciándola, mientras la perrita seguía esperando su premio. Al escuchar eso Ten se tranquilizó un poco, les hizo una seña y corrió al estudio, como si temiera que si tardaba mucho el archivo se enojara.

Pun la puso en su regazo y jugaba con ella viendo a Ten ocupado frente a la pantalla, con una sonrisa divertida.

— ¿Tu papá sabe qué vino a hacer el doctor aquí? — le susurró bajito a la perrita. Madmoiselle inclinó la cabeza como si entendiera y luego le lamió la mano, haciendo que Pun soltara una risita.

Ten andaba apurado subiendo el archivo, moviendo el ratón sin parar, mientras la barra de carga avanzaba despacio, muy despacio. Pero antes de que terminara de suspirar, se escuchó un estruendo afuera que lo detuvo de golpe. Y de repente todo se quedó oscuro.

— Maldición — soltó Ten antes de pararse y mirar por la ventana. Las luces de la calle se fueron apagando una tras otra —. Debe ser el transformador.

Se giró para avisarles, y ahí estaban Pun y Madmoiselle sentados en medio de la sala, confundidos.

Minutos después la casa entera parecía una pequeña emergencia. Ten buscó una linterna y sacó un ventilador portátil para ponerlo justo frente a Madmoiselle. La perrita se quedó ahí acostada tan tranquila como si nada, mientras él andaba de un lado a otro preocupado, cosa que le dio risa a Pun.

Ten se asomó por la ventana. Solo veía las sombras de los vecinos a lo lejos, pero no venía nadie a reparar nada.

— Todavía no vienen a arreglarlo — y eso hizo que la oscuridad se sintiera más larga.

Ten se giró hacia Pun dudando, y se le notaba la preocupación en la voz:

— ¿Quieres irte? Va a estar difícil pedir un auto — le dijo, aunque en el fondo no quería que se fuera. Pero tampoco quería que se quedara atrapado sin luz.

— No te preocupes, me quedo contigo — esa respuesta sencilla hizo que Ten dudara un instante. La alegría le subió de golpe y no le dio tiempo a esconderla. Volvió a preguntar inseguro:

— ¿Estás seguro?

Pun asintió. Ten solo pudo sonreír con vergüenza y encendió unas velas más. La luz naranja suave empezó a llenar la habitación oscura de calor. Las sombras de los dos se proyectaban en las paredes y el suelo. Madmoiselle seguía tranquila bajo el ventilador, ajena a que su papá estaba nervioso en el sofá.

Cuando todo se calmó, se sentaron juntos en el sofá. Con las pocas velas encendidas se sentían más cerca que con la luz prendida. Ten lo miraba varias veces, pero cada vez que Pun se volteaba, él bajaba la vista como

niño que hace algo malo. Quería decir algo para que el silencio no se hiciera largo, pero entre más pensaba qué decir, menos palabras encontraba. Solo le quedaba la timidez, y no sabía dónde poner las manos.

— Perdón, te invito a mi casa y se va la luz — se rió nervioso tratando de restarle importancia, pero en los ojos se le notaba que de verdad se sentía mal. Pun lo miró un momento y sonrió suave entre la penumbra:

— No te preocupes. Así está mejor.

Ten levantó la vista sin entender:

— ¿Por qué dices eso?

— Tal vez porque no tengo que andar cuidando tanto cómo me veo — contestó Pun por fin bajito pero claro en la oscuridad —. Siento que me quito una armadura, no tengo que estar fuerte ni fingir que nada me afecta. Así se siente como si de verdad estuviéramos platicando.

Ten dudó un momento, como si esas palabras le hubieran tocado algo adentro. Se rió bajito y avergonzado y le contestó:

— Pero tengo miedo de que pienses que no soy lo que parezco.

Pun negó con la cabeza, sonriendo suave:

— No. Cada quien tiene sus cosas buenas. Y creo que sabes escuchar muy bien.

Ese cumplido hizo que Ten sonriera sin querer, y se le llenó el pecho de alegría como si acabara de ganar algo que no sabía que quería.

- ¿Ah sí? Entonces déjame escucharte — dijo bajito, más de lo normal, como si temiera que al hablar fuerte lo que había entre ellos se fuera con la luz.

Pun pensó un momento:

- ¿Qué quieres saber? Siendo sincero, mi vida es bastante sencilla.
- Lo que sea que me ayude a conocerte mejor — contestó Ten de inmediato, más serio que si fuera una plática cualquiera.

Pun soltó una risita suave y luego empezó a contar un poco inseguro:

- ¿Qué decir? Ya sabes mi nombre. Nací el 15 de octubre, soy médico veterinario y mi único amigo muy cercano es Moth...

Al decir el nombre de Moth dudó un momento. Se le suavizó la sonrisa y Ten lo notó. No lo presionó, solo se quedó callado escuchando, como si le hubiera dicho que sabía escuchar.

- En realidad, que haya vuelto p'Mes no solo afecta a Moth y a Dean — dijo Pun al fin, con tono más serio, como tocando algo que ya quería dejar atrás.

Ten suspiró, como si también se acordara de su amigo:

- Claro que afecta. Hasta a mí me llegó, que ando consolando a Dean — se quejó, pero en la cara no se le veía tan molesto como decía.

Pun sonrió levemente al verlo quejarse de Dean con más preocupación que coraje. Se quedó mirando sus manos un momento y le volvieron recuerdos viejos — el cariño que nunca dijo, el dolor de ver a quien le gustaba mirar a otra persona, y la vergüenza de pensar que nunca saldría de ahí. Y siguió:

— Eso me hizo ver mi propio pasado. Yo quería a Moth, y Moth quería a p'Mes. Era un círculo que no tenía fin.

Esas palabras hicieron que el silencio se sintiera más denso pero no incómodo. Pun levantó la vista, le tomó la mano despacio y dijo:

— Pero ya no quiero volver a eso — dijo con más firmeza que antes, apretándole suave la mano —. Porque ahora te encontré a ti.

Ten se quedó quieto como si esas palabras lo hubieran hechizado. Poco a poco se le dibujó una sonrisa inmensa. La alegría le subió tan rápido que casi no se atrevió a respirar hondo, por miedo a que todo fuera un sueño. Miró la mano que le sostenía y luego los ojos de quien tenía enfrente, y se le llenó el pecho de calor.

Pun lo miró un momento y luego le dijo como prometiendo:

— Ya cerré ese libro. Ahora quiero empezar el siguiente.

Eso hizo que Ten sonriera más que nunca, sin poder ocultar la felicidad. La luz de las velas se les reflejaba en los ojos, y por primera vez esa noche el silencio no era de vergüenza, sino de algo demasiado grande para decirlo con palabras.

Se quedaron mirándose mucho rato, y Pun se inclinó para besarlo de repente. Ten se quedó inmóvil, sin aire, y Pun que había tomado la iniciativa también se detuvo asustado. Todo el valor que había juntado se

le fue en un segundo hasta que la timidez y el miedo a haberlo puesto incómodo lo vencieron. Se separó más rápido de lo que quería, con cara de quien pierde el equilibrio.

— Mmm... perdón. Mejor me voy.

Pun se dio la vuelta y dio unos pasos, pero Ten reaccionó y lo siguió tomándolo suave de la muñeca:

— Pun... ese momento...

— Olvídalo — dijo Pun rápido, queriendo salvarse de más vergüenza, pero Ten negó con la cabeza.

— No, es que... no esperaba que estuvieras listo para esto.

Pun lo miró confundido y le preguntó directo:

— Entonces, ¿para qué crees que vine a tu casa?

Ten dudó y contestó con toda sinceridad:

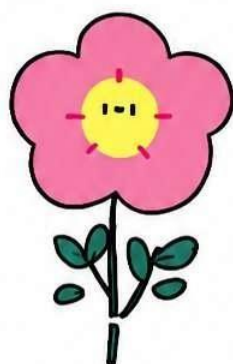
— Pensé que solo venías a jugar con la perra.

Pun soltó la risa de inmediato — risa mezclada de ternura y vergüenza, hasta no saber qué cara poner.

— ¿O crees que vamos muy rápido? — le preguntó Pun más suave.

— No es que vayamos rápido... pero sí vamos rápido — negó y asintió al mismo tiempo, haciéndolo reír más, y luego confesó: — La verdad sí vamos un poco rápido, pero no me molesta.

— A mí tampoco me molesta — contestó Pun casi de inmediato. Esta vez fue Ten quien sonrió primero, aliviado. Se acercó y lo besó otra vez, más suave que antes pero con más claridad. Pun cerró los ojos despacio, dejando que su corazón, que siempre iba con cuidado, descansara en ese contacto. Y así, esa noche que ya estaba por terminar se convirtió en el inicio de algo bonito y fuerte.





Capítulo 21

Moth abrió las cortinas para que entrara la luz de la mañana. Se quedó quieto un momento mirándola, con cara más decidida que ayer, como si hubiera decidido que el miedo y la confusión ya no lo iban a detener. Muchas veces antes se había puesto excusas para no hacer lo que sabía que debía hacer. Pero hoy, al menos, quería intentar de verdad empezar de nuevo, aunque fuera una sola vez.

Llevó un lienzo al centro del cuarto, puso una tela en el piso y acomodó las pinturas, pinceles y la paleta. Todo se sentía como un pequeño ritual volviendo a su lugar. Se dijo que ya era hora de atreverse a empezar y tomó el pincel.

Pero apenas la punta del pincel quedó sobre el lienzo blanco, se quedó congelado. Lo que debía tener en la mente estaba en blanco, y eso lo asustó. La confianza que se había armado en la mañana se le fue desinflando poco a poco. Se quedó sentado en silencio varios minutos, y el silencio de la habitación hizo que el lienzo se viera cada vez más blanco y más lejano. Tal vez empezar de nuevo era más difícil de lo que se decía a sí mismo. Y lo más aterrador no era pintar mal, sino darse cuenta de que ya no sabía qué pintar.

Pasaron horas y en el lienzo apenas había unas cuantas manchas sin sentido, como pensamientos dispersos. Lo miró tenso hasta que al final decidió dejarlo y llamó a Pun. Sonó un momento y contestó con una voz que parecía saber de qué se trataba antes de que hablara:

— ¿Qué hago? — preguntó Moth en cuanto contestó. Pun, que seguía en la clínica, suspiró suave reconociendo ese tono:

— ¿De qué hablas? ¿Del corazón o del arte?

Moth contestó de inmediato:

— Del trabajo, claro. Te llamo por consejos del trabajo, no de Dean. —
Hizo una pausa y, como si se diera cuenta de que lo mencionó sin querer, agregó:

— Solo dije que Dean me pidió salir, pero eso no tiene nada que ver.

— ¿Y tú qué vas a hacer? ¿Vas a salir con él? — preguntó Pun con tono neutro. Moth se calló un momento y repitió firme:

— Ya te dije que hablo del trabajo.

— ¿Todavía no sales de ahí? — se impacientó Pun —. Ya te dije que no le des tantas vueltas. Pinta lo que quieras, pinta lo que sientas.

— Es que... tengo miedo de que no salga bien — confesó Moth más bajito. Parecía hablar del cuadro, pero en el fondo sabía que hablaba de mucho más. Pun guardó silencio un momento y luego fue directo: — ¿Esto es solo por el cuadro, o también tiene que ver con lo tuyo con Dean?

— ¡Dean no tiene nada que ver, maldición! — casi gritó Moth —. ¿Por qué me sales con eso?

Pero entre más lo negaba, más sabía que Pun no andaba tan equivocado.

Pun no insistió más y le dijo más serio:

— No importa de qué se trate; pensarlo mucho no te va a ayudar. Tienes que hacerlo y ya, y después ves si sale bien o mal. Porque si solo te quedas pensando, nunca vas a salir de ahí.

Eso hizo que Moth suspirara hondo y cambiara de tema, como queriendo huir de la verdad:

- Quiero ir a tomar algo. ¿Estás libre hoy?
- Ya tengo planes con Ten — esa respuesta corta lo hizo dudar. Se le cruzó otro pensamiento y preguntó directo:
- ¿Tú y Ten van en serio?
- Sí, en serio — contestó Pun sin dudar —. Desde el principio lo he tomado así. Y ahora estoy muy contento. — Hizo una pausa y le preguntó con tono de quien lo conoce bien: — ¿Tienes algún problema con eso?

Moth dudó un poco y contestó rápido para que no se malentendiera:

- No, para nada.

Pero Pun lo conocía demasiado bien:

- Si tienes algo que decir, dilo.

Moth se calló un momento y al final se soltó con lo que sentía:

- Es que... ¿no crees que te estás apurando demasiado? ¿Tomarte tan en serio a Ten? — Se detuvo sabiendo que lo que iba a decir sonaba mal, pero lo dijo igual: — Si esperaras un poco más, capaz encuentras a alguien mejor.

El silencio del otro lado duró lo suficiente para que Moth empezara a sentirse mal.

- Perdón, no fue mi intención faltarle al respeto — dijo rápido, porque lo que quería decir sonó como si juzgara a quien había elegido. Pero Pun le contestó tranquilo:
- No te preocupes, entiendo lo que dices. Pero para saber si Ten es para mí, primero tengo que intentar que sea mi pareja, ¿no?
- Tenemos que ir conociéndonos todavía — siguió diciendo Pun —. Pero ahora me hace feliz. Y eso ya es suficiente.

Moth se quedó callado. La preocupación que llevaba se le fue disolviendo despacio. De verdad estaba contento por su amigo.

- Está bien, entonces que sea Ten. Ya no te molesto.

Colgó y se quedó mirando la pantalla un rato, y luego miró el lienzo que seguía igual que antes.

Esa noche Dean logró sacarlo de su cuarto y se fueron a un bar pequeño. No era ruidoso, tenía música suave y luz cálida que ayudaba a relajarse un poco. Dean ya tenía su bebida en la mano, mientras que la de Moth seguía intacta enfrente de él. Jugaba con las gotas del vaso con los dedos, con la misma cara tensa que tenía enfrente del lienzo.

- No llego ni al diez por ciento — se quejó Moth, queriendo reírse de sí mismo pero sin poder de verdad. Dean miró su vaso y se lo acercó deliberadamente.
- Toma un poco, o te voy a hacer beber a la fuerza.

Moth levantó la vista y la frustración de antes se le mezcló con un reto:

- Si te atreves, adelante.

Dean levantó una ceja y se le dibujó una sonrisa juguetona:

— ¿Normal o especial?

Eso le sacó una sonrisa a Moth, pero alejó el vaso de sí:

— No se puede dar trato especial; todavía no está listo el trabajo.

Dean lo miró y la sonrisa se le fue apagando. Notó que no era simple cansancio — había algo pesado en su pecho, tanto que hasta tomar un trago le hacía sentir culpa. Dean apartó su propio vaso y le preguntó más serio que de costumbre:

— ¿De verdad es tan importante ese trabajo? ¿Tanto que si no lo logras dejas de sentirte artista?

Moth se quedó callado mucho rato y solo dijo:

— No lo sé. Pero quiero que salga bien.

Fue una respuesta corta, pero Dean entendió lo que pesaba. En lugar de consolarlo directo, prefiero bromear:

— ¿Sabes que cuando estás estresado te ves un poco menos guapo?— dijo levantando las manos en defensa al ver que lo miraba mal — Bueno, poquito menos.

Se recargó en la silla y lo miró con más ternura que con las palabras:

— ¿Y mañana? ¿Estás libre?

— ¿Cómo voy a estar libre? No he terminado — contestó Moth como si fuera obvio. Dean asintió como si ya lo supiera:

— ¿Y quedarte enfrente del lienzo te va a ayudar a pintar? — Se detuvo pensando —. Entonces mañana me quedo contigo. O si necesitas que te ayude en algo, me dices.

Moth lo miró largo rato. El entusiasmo en los ojos de Dean le suavizó el pecho tenso, aunque no quiso aceptarlo. Sabía que de verdad quería ayudarlo, y parte de él quería apoyarse en eso, pero entre más pensaba en el lienzo en blanco que lo esperaba, más claro veía que nadie podía resolverlo por él.

— Gracias por querer ayudar — dijo despacio, eligiendo bien las palabras —. Pero esto... creo que tengo que resolverlo yo solo.

Dean dudó. La sonrisa se le quedó congelada. Moth lo vio y se sintió peor, pero siguió bajito:

— ¿Puedo alejarme un tiempo?

Salió más suave de lo que quería, pero se sintió pesado. Dean lo miró de inmediato y Moth se apuró a explicar:

— No es que no quiera verte. Es que necesito concentrarme. Si estás cerca, me da miedo que me eche en tus brazos para no enfrentarme a mí mismo y al final no resuelva nada.

Dean se quedó callado. La expresión que traía se le fue apagando sin poder ocultarlo. Se notaba que no le gustaba nada, y casi le salía decir que no, pero vio que Moth hablaba en serio.

Y no era algo que se pudiera ignorar. No era la mirada de quien aleja de alguien, sino de quien pide espacio para sostenerse por sí mismo.

Dean se tragó la frustración despacio y asintió, aunque la voz se le escuchó más pesada de lo normal:

— Está bien — dijo forzando una sonrisa débil —. Si es lo que necesitas, no te voy a estorbar.

Hizo una pausa y agregó más suave:

— Pero si te sientes muy agotado, no olvides que sigo aquí.

Moth le hizo una seña con la mano sin decir nada más. Pero esa respuesta le alivió un poco el pecho. Al menos alejarse un tiempo no significaba tener que borrarlo de su vida.

Esa noche Moth volvió al lienzo con el mismo miedo de siempre. Pero ahora empezó a entender que ese miedo también era parte de empezar.

Cuando Moth le pidió ese espacio, Dean se sintió demasiado solo para quedarse y no tenía ganas de salir con nadie. Además, Ten siempre estaba ocupado con su pareja. Así que decidió irse a su casa en el campo.

Salió a las diez de la noche y llegó casi a la una de la madrugada. La casa vieja estaba más tranquila de lo que recordaba. La televisión seguía prendida en la sala y su papá dormía en el sofá como si nada. Su mamá todavía no se había acostado y corrió a abrazarlo regañándolo:

- ¿Por qué no esperaste a la mañana? Andar de noche es peligroso.
- No quería encontrarme con el tráfico — contestó Dean abrazándola.
- ¿Y tú por qué no te acostaste?

Ella lo miró como si fuera obvio:

- Te estaba esperando, preocupada.

Esa respuesta corta lo dejó callado.

Miró a su papá que seguía dormido frente a la tele sin enterarse de nada. Su mamá le espantó un mosquito de la cara, lo despertó suave y lo mandó a dormir.

Su papá lo miró medio dormido y Dean le sonrió débil. Al ver que no tenía nada más que decir, se despidió:

- Me voy a dormir, ma.

Ella le hizo un gesto cariñoso:

- Ve, hijo. Mañana levántate temprano para comer juntos.

Mientras tanto, Moth seguía frente a su lienzo. Las pinturas ya empezaban a tomar forma mucho más que el primer día. Estaba concentrado cuando le llegó un mensaje al celular.

Lo tomó y leyó:

Dean: *Ya llegué a mi casa del campo.*

Moth se sorprendió un poco y le contestó:

Moth: *¿Cuántos días te vas a quedar? ¿Cuándo vuelves?*

Del otro lado, Dean subió a su cuarto y se tiró a la cama frustrado. La maleta pequeña seguía junto a la puerta, prueba de que ya estaba ahí. Le tomó una foto y se la mandó.

Dean: *No lo sé.*

Se quedó mirando la pantalla mucho rato, escribió y borró varias veces antes de decidirse a enviar:

Dean: *¿Te puedo llamar?*

Moth lo leyó y dudó bastante. Tenía ganas de escucharlo, pero al mirar el lienzo supo que si contestaba ahora, todo el enfoque que acababa de recuperar se le podía perder. Al final contestó corto:

Moth: *Mejor no.*

Dean lo leyó y se golpeó contra el colchón. Le dio mucha decepción, pero esta vez no insistió. Solo asintió para sí mismo aceptándolo. Moth se quedó mirando el celular un momento con una pena que no entendía, respiró hondo y volvió a concentrarse en su trabajo.

Volver a su casa le hizo escuchar su propio silencio más claro que nunca. Ese silencio que antes tapaba con música, luces y gente que aparecía y desaparecía. Alguna vez creyó que lo sencillo era algo aburrido que nadie

quería recordar. Pero esta vez, estar ahí le quitó capa tras capa hasta que solo quedó él, sin nada de qué presumir — y tal vez ese era él de verdad.

No fue algo que cambió de un día para otro; poco a poco se fue acomodando al ritmo tranquilo de la casa. El canto del gallo al amanecer, el olor a lluvia en las hojas, la comida de su mamá — todo eso lo conocía de siempre. Era la vida en la que había nacido. Pero en algún momento le pareció demasiado simple y se fue buscando ruido y gente para no escucharse a sí mismo. Ahora, sentado en medio de esa misma calma, entendió que lo que daba miedo no era la vida sencilla, sino él mismo cuando no tenía nada con qué llenar el vacío que llevaba adentro.

Los días pasaban siempre igual. Por la mañana iba en bicicleta al mercado con su mamá, cruzando arrozales, canales y flores de agua. Por la tarde ayudaba a su hermana en la cafetería o se quedaba tranquilo en la tienda. Al cenar todos juntos con luz cálida, escuchaba a su mamá quejarse de los precios y a su papá toser despacio mientras veía las noticias. Y de noche se dormía con el canto de los grillos, sin música fuerte. No pasaba nada extraordinario, nadie lo aplaudía por nada, no había nada que contar. Pero esa calma le devolvía poco a poco algo que había perdido.

Era una vida muy sencilla — pero en esa sencillez todo tenía su lugar, su nombre y su peso. Ahí era él, el hijo de la casa, el hermano menor de Duen, el sobrino que todos habían visto crecer. No era famoso ni nadie lo reconocía, pero al contrario de cuando estaba en la ciudad, aquí sí lo conocían de verdad. No era alguien que aparecía y desaparecía sin dejar huella, sino alguien que importaba.

Y cuando la nostalgia por Moth se mezcló con ese ritmo tranquilo, Dean entendió que no era como las emociones pasajeras de antes. No le daban ganas de huir, sino de tener algo propio. Quería a alguien a quien volver a ver todos los días. Quería despertar sabiendo que no tenía que

buscarse en luces ni ruido, sino en los brazos de la misma persona una y otra vez sin cansarse. Y Moth era, tal vez, esa calma que había buscado toda su vida sin saberlo.

Lo que sentía por Moth no necesitaba brillar como las luces que perseguía antes, ni ser espectacular como el arte con el que Moth quería demostrarse a sí mismo. Tal vez era justo esa sencillez que los dos temían: donde Dean no tenía que ser especial para ser querido, y Moth no tenía que hacer arte perfecto para que le importara. Una relación que a otros les parecería aburrida, pero donde podían ser ellos mismos sin fingir, y quererse sin tener que ser perfectos.

En esa casa vieja Dean fue acomodando muchas cosas en su corazón.

Pero lo que de verdad lo movía...

...era que se moría de ganas de ver a Moth.

Algo cambió en Moth cuando la última capa de pintura se secó. No supo explicar qué era, pero sabía que este cuadro no se parecía a los anteriores.

Cuando terminó, Mes lo miró y sonrió. Igual de amable que siempre, pero Moth sintió que se guardaba algo.

— Está muy bien, Moth. Has mejorado mucho.

Moth le miró la cara y supo que no le había dicho todo.

— Te quedaste callado todo este tiempo solo para decir eso? Dime lo que piensas, no me voy a ofender.

Mes soltó una risita suave, como si lo hubieran descubierto.

- No te preocupes, Moth. No creo que haya nada malo. Es solo que... no esperaba que pintaras algo así. — Volvió a mirar el cuadro y se le suavizó más la mirada —. Salió mucho más romántico, ¿no crees?

Esa palabra hizo que Moth volviera a mirar su obra. Era una escena nocturna a la orilla del río, pintada con trazos sueltos. Las luces de la ciudad se reflejaban en el agua en tonos dorados, naranjas y lilas, como un recuerdo que no termina de quedarse quieto. En medio de esa luz, dos siluetas sentadas una junto a otra — no se les distinguía la cara, pero se veía que estaban cerca, que el silencio entre ellas no era de distancia. Las capas de pintura se mezclaban hasta que los bordes de los dos se fundían con la luz, como si el amor naciera despacio — no fuerte, no claro, no apresurado, pero con suficiente peso para iluminar todo desde adentro.

Mes lo miró un momento y siguió sincero:

- Pero me alegra muchísimo que hayas vuelto a pintar de verdad. Créeme, este cuadro te va a llevar a lugares nuevos.
- Un cuadro no me va a cambiar la vida, ¿no? — contestó Moth con poca confianza. Mes asintió despacio:
- Solo con volver a hacer lo que te corresponde, ya te cambió la vida.

Le sonrió y tomó una foto para enviarla a la organización del evento. Moth se quedó mirando su obra en silencio, y esas palabras se le fueron asentando en el pecho. Ese orgullo que creía perdido empezó a despertar despacio.

Esa noche en casa de Dean había un pastel en la mesa. Nueve velas encendidas, y la luz se reflejaba en los ojos de su papá sentado en medio, mientras él, su mamá y Duen le cantaban las mañanitas. Se reían y cantaban un poco desafinados, pero a nadie le importaba porque la casa entera estaba llena de esa alegría sencilla que no siempre se tiene juntos.

Cuando terminaron de cantar, su mamá se le acercó y le dio un beso en la mejilla. Duen se rió y también lo abrazó, y todos terminaron abrazados alrededor de la mesa. El papá hizo cara de enojado, pero sonreía más que nunca. Duen le dijo en voz alta:

— Que papá sea muy feliz y viva cien años.

El papá se rió:

— ¿Quién va a vivir cien años?

Dean miraba todo eso con una sonrisa tranquila, hasta que vio que Duen seguía grabando con el celular. Fue a apagarlo pero Duen lo detuvo:

— Oye Dean, ¿a dónde vas? Ven a felicitarlo, que ya todos lo hicieron.

Dean miró a su papá tan contento entre su mamá y Duen, y puso cara de aburrido para disimular que estaba tímido:

— Ya fue al templo con mamá en la mañana, ya lo bendijeron los monjes, ¿no?

Su mamá le contestó de inmediato:

- La bendición de los monjes está bien, pero la de los hijos y la familia es la mejor. Ándale, dile algo bonito a tu papá para que se sienta querido.

Dean suspiró como cediendo, aunque se le levantó la comisura de los labios solo. Se acercó como sin ganas:

- Entonces, que papá y mamá se sigan queriendo igual que el primer día. ¿Te parece bien?

Eso hizo que los dos sonrieran juntos. Su mamá lo abrazó más fuerte y le dio otro beso en la mejilla mientras él fingía quejarse. Duen se reía tanto que se tapaba la boca con la mano.

Dean los miraba y sintió algo en el pecho. No era tristeza, pero ver ese amor tan tranquilo y seguro le hizo sentir algo raro. Un amor que no hay que perseguir ni adivinar ni pedir permiso para estar ahí. Y viéndolos así, no pudo evitar pensar en Moth. De repente vibró el celular.

Apareció el nombre de Moth y a Dean se le iluminaron los ojos de inmediato. Se fue a un rincón para contestar y ni siquiera se dio cuenta de que sonreía más que cuando felicitó a su papá.

- ¿Ya terminaste el cuadro? — le preguntó alegre en cuanto escuchó su voz —. ¡Qué bien! Entonces ya puedes volver a vivir, ¿no?

Moth soltó una risita:

- Qué exagerado, volver a vivir.
- Pues ya no tienes que estar encerrado. Puedes salir a comer rico, ir al cine, escuchar música, ver gente... eso es vivir — le dijo Dean en

broma, pero en el fondo solo quería saber cuándo iba a tener tiempo para él.

- Esa es tu forma de vivir, no la mía — contestó Moth, pero ya no sonó tan seco como siempre. Hizo una pausa y preguntó: — ¿Sigues en Ratchaburi?
- Sí — contestó Dean mirando por la ventana. Todo estaba tranquilo afuera.
- Ya van varios días ahí. ¿No decías que no te gustaba quedarte en casa? — preguntó Moth como si nada, pero Dean notó que le importaba.

Dean sonrió para sí mismo:

- Mi mamá me pidió que me quedara hasta el cumpleaños de papá, quería que estuviéramos todos juntos. No me atreví a decir que no. Acabamos de soplar las velas.

Moth no preguntó nada más. Se quedó mirando la foto en silencio un momento y luego preguntó algo que parecía sin importancia:

- ¿Cuándo vuelves?

Dean lo escuchó y se le levantó la comisura de los labios sin querer:

- ¿Por qué?
- ¿Ahora también contestas con otra pregunta? — le dijo Moth de inmediato, pero la risa al final le dejó claro que no estaba molesto.

— Pues dilo y ya — insistió Dean alargando la voz, aunque el corazón se le iba a mil por hora —. Ya sabes qué quiero escuchar.

Se hizo silencio del otro lado lo suficiente para que Dean casi se le escapara la sonrisa, y entonces Moth dijo bajito:

— Te extraño.

Dean se quedó sin saber qué decir — él mismo lo había estado presionando para que lo dijera. Se tapó la boca con la mano como si alguien lo fuera a ver:

— ¿Qué?

— Te...— Moth intentó corregir de inmediato, pero la vergüenza que se le notaba en la voz le quitó toda dureza.

— Yo también te extraño — contestó Dean de inmediato. Sin fingir, sin dar vueltas, sin bromear como siempre.

Y entonces Moth volvió a hablar, más suave pero más claro que nunca:

— Me muero de ganas de verte.

Dean se rió sin poder contenerse. Los celos, el miedo y todo lo que no se habían dicho se desvanecieron en esas palabras.

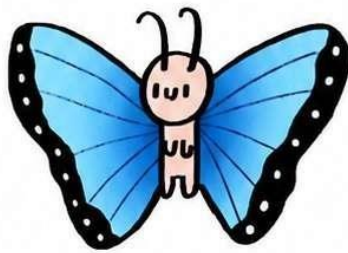
— ¿Te mueres? ¿Te mueres? ¿Te mueres?

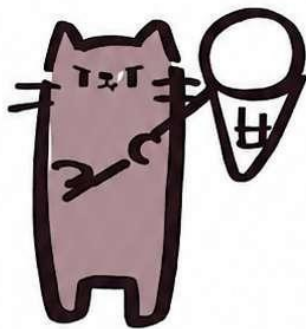
Moth también se rió:

— ¿Por qué compites con todo?

- No es competencia. Si lo fuera, yo gano. Yo te extraño más — dijo Dean muy seguro, pero esta vez Moth no lo regañó. Solo sonrió al teléfono, como quien pierde pero no quiere aceptarlo.
- No es cierto — le contestó Moth suave, y se quedaron platicando de cosas sin importancia que en el fondo eran lo más importante. Cada uno sonreía a su celular desde ciudades distintas, y esos días separados les habían hecho entender mejor qué significaba echarse de menos.

Aunque todavía no tenían un nombre para lo que eran, esa noche al menos los dos sabían que se estaban esperando.







Capítulo 22

Esa palabra de “extrañar” no se quedó solo en la llamada. Siguió flotando entre los dos, y cuando por fin se volvieron a ver en una exposición en medio de un centro comercial, rodeados de cuadros, luces cálidas y gente hablando de arte como si descifrarán secretos, Dean entró ahí con el corazón acelerado solo por una persona.

Dean entró solo. Miraba los cuadros uno por uno tratando de entender, aunque mucho se le escapaba. Pero se esforzaba porque sabía que ahí había algo de Moth, y solo de pensarlo ya se le aceleraba el corazón.

Al doblar una esquina vio a un grupo de gente frente a un cuadro hablando maravillas. Decían que no era solo arte, era alma; que las líneas fluían como el agua y tenían vida; preguntaban quién era el autor porque querían conocerlo; hasta decían que bien podría estar en el Museo del Louvre.

Dean los escuchó y frunció el ceño, sin saber si estaban exagerando. Pero cuando vio el cuadro, leyó la placa que decía: ***“El hermoso caos” (La belleza del caos)***, y luego vio la firma de Moth en el borde, todo se quedó en silencio para él.

Se quedó parado frente a él mucho más tiempo del que debía. No sabía de términos ni de teoría, no sabía si las líneas eran buenas o los colores profundos. Pero reconoció el cansancio de Moth, reconoció las noches que pasó forzando la vista, y sintió todo lo que puso ahí sin decirlo. Entre más lo miraba, más veía a ese Moth que nadie más veía — terco, callado, que se cansa fácil pero sigue intentando amar lo que ama. Y para Dean, eso lo hacía el cuadro más hermoso de todos.

Alguien tosió suave detrás de él. Se giró y vio a Moth ahí parado cerca. Se acercó y se quedó a su lado sin decir nada. Dean volvió a mirar el cuadro y le dijo con la voz más sencilla:

— Está demasiado bonito. Muy bonito.

No fue un cumplido complicado, sin palabras difíciles ni explicaciones. Pero se le notaba tan sincero que Moth sonrió.

— ¿De verdad dices eso o solo me estás dando la razón? — le bromeó, pero Dean se quedó serio un momento, como si no lo hubiera tomado como broma.

— Yo no sé hablar como la gente de aquí — contestó despacio sin dejar de mirar el cuadro —. No sé qué líneas son buenas, qué colores son profundos ni qué palabras se usan para el arte.

Se detuvo y lo miró a los ojos:

— Pero no estoy ciego, Moth. Yo veo todo lo que le pusiste en cada detalle. Se nota que lo hiciste con cuidado. Con eso basta para que sea hermoso para mí.

Esa respuesta tan sencilla dejó callado a Moth un momento. La sonrisa con la que se burlaba se le suavizó sin darse cuenta.

Moth se giró a mirarlo, y esa mirada que siempre llevaba capas de reserva se abrió con más claridad:

— ¿Quién dijo que solo es cuidado?

Dean se giró esperando que explicara, y Moth sonrió levemente:

— También hay ganas de estar contigo.

Lo dijo bajito para que nadie más escuchara, pero lo suficientemente claro para que Dean contuviera el aliento. Se quedaron mirándose un instante. Alrededor seguía habiendo gente y ruido, pero entre ellos el silencio era tan profundo que solo se escuchaban los latidos del otro.

Entonces Dean lo abrazó fuerte, como si temiera que si pasaba un segundo más todo se fuera a desvanecer, y le susurró:

— Me muero de ganas de estar contigo.

Moth le correspondió el abrazo, apoyando la frente en su hombro, sin dejar espacio para nada más entre los dos.

De repente se escuchó el flash de una cámara. Se separaron y vieron a Mes no muy lejos con el celular en la mano.

— Perdón, no era mi intención tomarles foto a escondidas — sonrió y bajó el celular —. Pero lo que vi hace un momento encajaba tanto con el tema de la exposición que no pude evitarlo.

Moth se puso rojo de inmediato:

— P'Mes, apaga eso.

— La borro si quieres, tú eres el artista, ¿quién soy yo para oponerme? — contestó Mes tranquilo y amable —. Solo vine a decirte que me alegro mucho por ti, Moth. Tu trabajo llamó mucho más la atención de lo que esperaba.

Esas palabras dejaron a Moth pensativo. Dean, que hasta hace un momento estaba tranquilo, se puso más serio y derecho.

— ¿Le costó mucho trabajo a p'Mes? — preguntó Moth bajando un poco la voz —. Que de repente mi trabajo apareciera aquí.

Mes negó de inmediato. Seguía sonriendo educado pero con seriedad:

— No fue nada de trabajo — dijo —. Y no usé ninguna influencia. Tu obra encajó con el tema. Solo la envié a los organizadores y ellos mismos se interesaron. Yo solo abrí la puerta para que la vieran.

Moth todavía no terminaba de creerlo, pero se le relajaron los hombros. Dean lo miraba en silencio, y cada vez tenía más claro que quería estar ahí a su lado.

Entonces Mes sacó una calcomanía y la pegó junto al cuadro.

— Alguien ya mostró interés en comprarlo — dijo Mes orgulloso. Moth no podía creerlo, miró la calcomanía y luego a Mes con desconfianza:

— ¿Fue Phi quien lo compró? — preguntó directo —. Si lo compró solo para darme gusto, no lo voy a vender.

Mes soltó una risita y negó con la cabeza, entre divertido y cariñoso por la desconfianza de Moth.

— No fui yo — le contestó claro —. Alguien de verdad se interesó por tu obra. Ni yo la compré ni le pedí a nadie que lo hiciera.

Dean los miraba platicar y se sentía un poco fuera de lugar. Mes se giró hacia él amable:

— ¿Y tú, Dean? ¿Algún cuadro te llamó la atención? — le preguntó —. Si quieres te puedo recomendar algunos.

Dean le devolvió la sonrisa educada, pero algo le empezó a molestar sin saber bien por qué.

— Voy a verlos — contestó, y luego le dijo a Moth: — Voy al baño un momento.

Se fue en silencio, con una frustración que no lograba explicarse.

En el baño abrió la llave y se quedó mucho rato con las manos bajo el agua fría. Debía calmarse, pero la imagen de Moth platicando con Mes no se le iba de la cabeza. Se miró las manos bajo el agua intentando decirse que no pensara tanto, que no se pusiera peor de lo que ya estaba.

De repente escuchó dos voces afuera de la puerta. Entraron y salieron, y mientras caminaban por el piso de mármol hablaban entre risas relajadas que contrastaban con lo que sentía Dean.

— ¿De verdad compraste **El hermoso caos**? — dijo uno como quien pregunta por una bebida —. Cuando vi la etiqueta de vendido pensé que era broma.

El otro se rió bajito:

— Sí, la compré. No estaba cara. Fue como apostar a un caballo. Si ese chico se vuelve famoso después, ya gané.

Dean se quedó quieto con las manos todavía bajo el agua. El sonido del agua tapaba algo, pero no lo suficiente para no escuchar lo que siguió:

- ¿Pero de verdad te gusta? — preguntó el otro —. Yo no le veo nada de especial.
- No es que me guste tanto — contestó el comprador con indiferencia —. No creo que vaya a ser gran cosa, pero comprarla y guardarla no me cuesta nada. A lo mucho queda como adorno en la colección.

El agua estaba helada pero a Dean le hervía la sangre. Cerró la llave de golpe y el golpe metálico resonó tanto que los de afuera se callaron un momento. Dean se miró al espejo con la mirada endurecida, sin poder ignorar lo que sentía.

Quería abrir la puerta y preguntarles si sabían cuántas noches pasó Moth pintando eso. Si sabían que no era una apuesta ni una lotería ni un adorno para cualquiera.

Pero al final apretó los puños frente al espejo. No le temía a la pelea, pero temía que su enojo hiciera que el primer trabajo de Moth se recordara por un escándalo y no por lo que de verdad era.

Cuando regresó, Mes seguía hablando con Moth frente al cuadro, con voz suave pero con cara más seria que antes.

- Creo que ya deberías empezar a pensar en tu siguiente obra — dijo Mes despacio —. Si ya hay interés en este cuadro, tienes que pensar más allá de uno solo. Tienes que decidir qué clase de artista quieres ser.

Moth escuchaba callado, todavía tratando de asimilar esa palabra “futuro” que le llegaba tan de repente. Mes siguió amable pero con más firmeza:

— Alguien ya quiere tu cuadro para una colección. Es una oportunidad importante. Quiero que te enfoques en lo que de verdad vale la pena para ti. No dejes que otras cosas te desvíen del camino.

Dean se detuvo a unos pasos. El coraje que traía del baño no se le había pasado, y esas palabras lo volvieron a encender. Sabía que no lo había nombrado, pero cada palabra parecía dirigirse a él.

Se acercó y los interrumpió:

— ¿Cuánto cuesta este cuadro? — preguntó con voz seca —. ¿Cuánto pagó el comprador? Yo le doy el doble.

Moth se sorprendió y se puso en medio:

— ¿Qué te pasa?

Pero Dean ya no escuchaba. Solo sabía que ese cuadro no podía ser una inversión ni algo que se guarda por especular.

— Este cuadro vale mucho más que eso — dijo bajito —. El comprador ni siquiera sabe todo lo que Moth pasó para hacerlo.

Moth lo miró tan impulsivo y se le dibujó una sonrisa — que Dean no vio, porque seguía mirando a Mes y la etiqueta de vendido como si fueran enemigos. Mes se puso entre los dos incómodo:

- Ya fue vendido, Dean. No hay nada que hacer — dijo educadamente —. Deberías estar feliz por Moth. Su primer trabajo ya está en manos de un coleccionista.

Dean no se rindió:

- Entonces dame los datos del comprador. Yo se lo compro a él.

Antes de que empeorara, Moth le puso la mano en el brazo, apretándole suave con los dedos como tratando de sacarlo de ese enojo.

- Está bien — dijo claro.
- Pero... — cuando Dean se giró, vio que lo miraba tranquilo.
- De verdad está bien — insistió —. Es solo un cuadro. No tiene tanta importancia. Deja que se lo lleven.

Esa frase de “no tiene tanta importancia” le dolió a Dean. No sabía si hablaba del cuadro o si, como siempre, estaba minimizando todo lo que le costó hacerlo. Quería decirle que valía mucho más, que él también merecía que lo valoraran. Pero Moth lo miraba tan tranquilo que Dean entendió que nada de lo que dijera en ese momento iba a cambiar nada.

- Ve afuera y espérame ahí.

Dean se tragó el coraje y salió, sin saber bien si debía defenderlo o confiar en él.

Cuando se quedaron solos, Mes miró hacia donde se fue Dean. Seguía con cara tranquila pero su voz sonó más cortante:

- Sabes que alguien como Dean no entiende realmente tu mundo, ¿verdad? — le dijo como dándole un consejo. Bien intencionado.
- Te hace sentir bien, pero solo consuelo no te lleva lejos. Solo quiero que elijas a quien te ayude a crecer, no a quien te haga olvidar cuál es tu camino.

Moth se quedó callado. No porque no supiera qué decir, sino porque esa voz la llevaba dentro desde hace demasiado tiempo — la que le decía que tenía que ser suficiente, que iba por el camino correcto para merecer algo. Y al escucharla de nuevo, todo lo viejo se le vino encima. Se le enfrió la mano aunque todo estaba iluminado y cálido. Escuchaba los latidos de su corazón más fuerte que cualquier ruido, como si su cuerpo le preguntara si de verdad quería volver a ser quien era antes.

Se giró a mirar su cuadro. Ese que no hizo para demostrarle nada a nadie, sino la noche que extrañó tanto a Dean que hasta la pintura temblaba en la punta del pincel. Recordó la voz de Dean diciéndole que lo extrañaba, sin pedirle que fuera mejor, más talentoso o famoso.

Respiró hondo y se dio cuenta con sorpresa que ya no necesitaba que Mes lo valorara. No quería ganar, ni vengarse, ni demostrar quién tenía la razón. Solo quería decir la verdad.

- P'Mes — lo llamó.

Mes se giró y Moth le dijo claro:

- Tú ves mi obra. Pero Dean me ve a mí.

Mes dudó un instante y Moth siguió cada vez más seguro:

- Dean nunca me enseñó a pintar mejor. Pero me hizo pintar feliz. Y con eso basta.

Mes intentó decir algo, pero esta vez Moth no esperó a que sus palabras lo convencieran otra vez. Miró su cuadro y sonrió leve — no como quien gana, sino como quien entiende que algunas cosas valen por sí mismas, sin que nadie les ponga precio.

- Este cuadro llegó aquí gracias a ti, p'Mes. Pero lo pinté porque lo extrañaba a él. El precio que se pagó no fue por mi talento, sino por todo ese sentimiento. Dile eso al comprador.

Mes se quedó sin decir nada. Y en ese silencio Moth sintió que algo que llevaba atado en el pecho se soltaba poco a poco. Respiró hondo como quitándose un peso de encima:

- De ahora en adelante, mejor que cada quien siga su camino, p'Mes.

Por primera vez, alejarse de alguien no se sintió como huir. No lo hacía para protegerse como siempre, ni para terminar algo antes de que le hiciera daño. Lo hacía porque por fin se atrevía a creer que merecía algo mejor. El amor de Dean no lo hizo perfecto de un día para otro, pero le hizo entender que no tenía que ser perfecto para ser querido. Y que dejar que alguien lo amara de verdad no era señal de debilidad.

Moth salió de la exposición sin mirar atrás. Afuera Dean seguía esperándolo, frustrado y confundido, sin saber bien contra quién estaba molesto. Pero en cuanto lo vio llegar, antes de que pudiera decir nada, Moth le tomó la mano primero. Estaba más caliente de lo que imaginaba, y lo apretó con tanta firmeza que se le quedaron todas las preguntas atoradas en la boca. Dean le preguntó a dónde iban, pero Moth no contestó. Solo lo miró un momento con una mirada tranquila y segura, como si todas las respuestas ya estuvieran en esa mano entrelazada.

- ¿Ya terminó todo? — volvió a preguntar Dean. Moth sonrió leve sin detenerse:
- Sí, ya terminó — contestó corto. Pero Dean entendió de inmediato que no hablaba solo de la exposición.

Caminaron de la mano cada vez más rápido, casi corriendo por el pasillo. La risa de Moth se escapó suavemente, y Dean también se puso a reír sin saber bien hacia dónde iban. Eran como dos personas que por fin salían de un lugar estrecho y salían volando hacia su propio cielo.





EPÍLOGO

Curiosamente, esa noche no fue nada especial. No hubo música fuerte, ni gente nueva que llamara la atención de Dean, ni luces ni miradas de nadie. Solo una mesa pequeña, dos copas y Moth enfrente — y sin embargo a Dean no le faltó nada. Antes creía que la sencillez volvería su vida monótona y aburrida, que tenía que buscar emociones fuertes por miedo a que lo cotidiano se lo consumiera por dentro. Pero en ese momento, quería quedarse ahí, quería que esa noche sencilla se repitiera mil veces.

Terminaron en una bodega tranquila, en una mesa pequeña junto a la ventana, donde las sombras de los dos se reflejaban juntas en el vidrio como otro cuadro más. Dean estaba frente a Moth, ya se le había pasado el enojo, pero seguía tocando la copa con los dedos, como quien no sabe bien dónde poner todo lo que siente.

— En lugar de gastar en comprar mi cuadro, mejor hubieras comprado un vino más rico para los dos — le dijo Moth sonriendo con cariño.

Pero Dean seguía con cara de terco:

— ¿No sería mejor si yo fuera quien lo tuviera?

Eso hizo sonreír más a Moth que nada de lo que pasó esa noche — porque sabía que no lo quería por el valor ni por el nombre, sino porque quería cuidar algo que era parte de él.

Moth le puso la mano suavemente sobre la suya, como quien calma a un niño que ama demasiado y no sabe cómo contenerse.

— No es que vaya a pintar un solo cuadro en toda mi vida — le dijo Moth más tranquilo —. Cuando me inspire, pintaré otro. Mejor que este. O tal vez una obra maestra. Ahí sí me lo compras.

Dean dudó. Se miraron a los ojos por encima de las copas. La mano de Moth seguía sobre la suya, tibia y suave, y Dean no se atrevió a moverla. Parecía hablar de pintura, pero Dean entendió algo más: que habrá más cuadros, más momentos, y que él también tendrá su lugar ahí.

Moth se acercó despacio, como si fuera a limpiarle una mancha de vino en la comisura de los labios. Pero justo antes de tocarlo, se detuvo. Ese pequeño espacio fue suficiente para que los dos escucharan lo que siempre les había hecho huir. Moth pensó en todas las veces que alejó a los demás antes de que lo vieran poco suficiente. Dean pensó en todas las veces que se llenó de ruido y gente para no admitir que lo que quería era mucho más sencillo.

Y poco a poco, ese miedo se fue apagando.

Moth le acarició la mejilla con la yema de los dedos, como reconociendo esa ternura que nunca se había permitido. Dean puso su mano sobre la de Moth, sin jalarla ni soltarla. Solo ahí, firme, para que los dos supieran que, si daban un paso más, ninguno se iba a ir.

El beso que siguió no fue un accidente. Se tocaron los labios despacio, entre el aroma suave del vino y el leve olor a pintura que todavía llevaba Moth. No hubo prisa, ni promesas grandiosas, ni necesidad de ponerle un nombre para el mundo. Solo el aliento que se acompasaba lentamente, y las manos entrelazadas sobre la mesa. Para Moth fue como soltar el último escudo, después de una vida sintiendo que tenía que demostrar que merecía ser querido. Para Dean fue como dejar de huir por primera vez, sin sentir que perdía algo — porque todo lo que siempre buscó entre luces y ruido estaba ahí, en ese silencio. Y en ese silencio vio no solo esa

noche, sino el reflejo de muchos días sencillos que vendrían, con Moth a su lado.

Cuando se separaron, ninguno apartó la mirada como antes. Moth mantuvo la frente cerca, sintiendo el aliento tibio del otro. Dean apretó un poco más su mano sobre la mesa, sin que hiciera falta decir nada. Nadie dijo “sí”, nadie preguntó cómo llamarse de ahora en adelante. Pero el silencio después de ese beso valió más que todas las respuestas que antes evitaban. Los dos sabían que estaban eligiendo lo mismo.

Un amor que no necesita juegos, ni lastimarse para creer que es real.

Todavía les queda mucho por aprender — a querer sin huir, a estar cerca sin miedo, a creer que merecen toda esa ternura. Pero esa noche empezaron algo más firme que cualquier promesa: Moth empezó a creer que podía ser amado tal cual es. Y Dean entendió que lo que siempre buscaba era simplemente estar con la persona que tenía enfrente.

Su futuro todavía no está pintado por completo. Pero, por primera vez, los dos miran ese lienzo en blanco y ya no sienten miedo.

